MAFER COLMENARES



SE BUSCA NOVIA FALSA

REQUISITO: SER MI MEJOR AMIGA



MAFER COLMENARES

Título: **SE BUSCA NOVIA FALSA ©**

María Fernanda Núñez Colmenares

Primera edición: julio 2024

Editor: Tinta Venezolana

tintavenezolana@gmail.com

Corrección: Carolina Vivas

Cubierta: Carolina Vivas

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes está expresamente prohibido copiar, transcribir, almacenar, alterar o reproducir el contenido de esta obra sin permiso del autor.

A ti, Lucero, que me cuidas desde el cielo.

ÍNDICE

Prefacio
Requisito 1
Requisito 2
Requisito 3
Requisito 4
Requisito 5
Requisito 6
Requisito 7
Requisito 8
Requisito 9
Requisito 10
Requisito 11
Requisito 12
Requisito 13
Requisito 14
Requisito 15
Requisito 16
Requisito 17
Requisito 18
Requisito 19
Requisito 20
Requisito 21
Requisito 22
Requisito 23
Requisito 24
Requisito 25
Requisito 26
Requisito 27
Requisito 28
Requisito 29
Requisito 30
Requisito 31
Requisito 32
Requisito 33
Requisito 34
Requisito 35
Requisito 36
Requisito 37
Requisito 38
Requisito 39

Requisito 40
Requisito 41
Requisito 42
Requisito 43
Requisito 44
Requisito 45
Requisito final
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

Prefacio

La propuesta



Esto era absurdo desde cualquier punto de vista. No sabía qué era más sabio hacer o decir: «Sí, acepto» o irme corriendo de una vez por todas. Mi amigo estaba desquiciado, claramente.

«¿Casarnos? ¿Él y yo? ¿Desde cuándo era una posibilidad?»

—¿Disculpa? —Tenía que preguntar.

—Como me oyes, Teira, necesito que nos casemos, hay todo un plan perfecto detrás de mi propuesta —explicó como si estuviera hablando de zanahorias en vez de un casorio[1].

—De acuerdo, détente, no continúes diciendo tonterías. —Lo detuve casi hiperventilando, todo lo que salía de su boca me parecía descabellado, sin duda alguna.

—¿Por qué actúas como si te estuviera pidiendo que asesináramos a mi tía Ruperta? —me acusó con su alocada pregunta, observando mis ojos con demasiada calma, como si yo fuese la demente y él un simple ser razonable.

—La verdad es que estoy considerando el hecho de que estar encerrado tantos días en este despacho te está malogrando el cerebro, mi querido amigo —afirmé, al mismo tiempo que me levanté de la silla que estaba frente a su escritorio.

—No comprendes —intentó convencerme, pero lo interrumpí de inmediato.

—Lo que comprendo es que los dos somos amigos, no unos simples amantes empedernidamente enamorados que deciden fugarse a Las Vegas para que, Elvis-falso- Presley, oficie nuestra boda a las doce de la noche, ¡por Dios santo!

Dije todo aquello tan rápido que simplemente me hizo sentir como si me fuese a desmayar en cualquier momento, y con toda la razón del mundo, no podía mirarlo a la cara, porque entonces mi alma expresaría lo obvio hasta para un ciego; cualquiera que revisara mi pulso cada vez que estaba a metros de Killiam se daría cuenta de lo que en realidad acontecía en el fondo de mi corazón.

No era nada más atracción, su forma de ser me encantaba, todo él me encantaba.

—Calma, Teira, yo sé que somos muy buenos amigos y es por eso mismo que te hablo a ti de todo esto. Escucha por un momento, ya han pasado cinco meses desde mi regreso al pueblo y la rehabilitación terminó hace más de dos, mi representante exige que juegue este año sí o sí para las ligas mayores ¿sabes de qué estamos hablando, nena?

Claramente, él tenía un punto, y como lo explicó con tanta ansiedad dejó en evidencia lo que realmente me estaba pidiendo, era un compromiso muy fuerte con partes del contrato que aún desconocía.

Los dos nos quedamos en silencio, más que todo para entender a lo que él quería que yo me enfrentara, la propuesta en sí era una estrategia de publicidad oculta, todo se redujo a un estúpido pasado, a una vida que había quedado en escombros para Killiam, quien me miró cuál cordero degollado a la espera de una respuesta conforme a su petición.

No entendí muy bien lo de la propuesta de matrimonio, pero sí entendí que el hombre no deseaba pasar por el escrutinio de los paparazzi y sus miles de preguntas sobre la joven promesa del fútbol americano, es decir, sobre él mismo. Killiam había pausado su carrera antes de que algún equipo importante lo tomase en cuenta y todo por culpa de una mujer sin escrúpulos que había dejado su corazón hecho trizas en tan solo pocos segundos.

Aquella parte de su vida era todo un fracaso para sí mismo, muchos periódicos recordaban el hecho como una burla y luego añadan la lesión física que tuvo en uno de los juegos en los que debutaba por primera vez, eso lo dejó peor de lo que estaba.

«¡Puf!»

Después de esa serie de tragedias todos pensaron que el joven estrella del fútbol no se recuperaría para nada y hasta el mismo Killiam desconfió de su recuperación, por tan solo el simple motivo de sentirse lastimado, y no nada más de forma exterior, sino también interna. Definitivamente, él tenía un punto a su favor.

Como pude, respiré profundo y cerré los ojos, derrotada, era una estúpida por aceptar su propuesta, pero en el fondo algo me decía que si no lo hacía me arrepentiría por no apoyar su locura.

Me arrepentiría por no darle la mano a mi mejor amigo.

—Solo quiero confirmar algo muy importante —dije después de unos minutos sin hablar, nuestras miradas estaban conectadas en aquella oficina descuidada—. Siendo más fácil buscar a alguna de esas chicas famosas que solías conocer en Nueva York ¿por qué yo?

Sabía con antelación que su respuesta no implicaría nada del otro mundo más que el sencillo hecho de ser “amigos”, pero de todas formas algo en mí esperaba que dijese otra cosa. Algo en lo profundo de mi corazón quería mantener la esperanza de que algún día tendría el coraje suficiente para explicar que yo sí estaba perdidamente enamorada.

—Te elijo a ti porque eres la única persona capaz de no juzgarme, solo tú sabes lo mal que la pasé todo este tiempo, no quiero regresar y ver cómo todos los noticieros apuntan hacia mí y se meten en mi vida sin permiso.

Pareció un hombre sincero, pero en el fondo sabía que solo era una fachada, así que lo dejé pasar y me centré en hacerle saber mi lado en este juego.

—No dejes que sus horribles comentarios te afecten, los que de verdad te conocen saben qué clase de persona eres, yo sé qué clase de hombre eres y lo que vales, que una batalla perdida no te detenga.

La determinación en cada una de mis palabras logró hacerme sentir un poco más valiente, si la loca idea se trataba de tener un poco más de coraje para apoyarlo y ser fuerte por él, lo haría gustosa una y otra vez. La prensa llegaría en el momento menos esperado y él no debía dar explicaciones demás debido a la ausencia en su carrera profesional.

—Sabes que no es fácil, por eso quiero fingir que estamos casados —insistió, sacándome de

mis delirios—. Así nadie se fijará en mis fracasos.

Escuché sus palabras, observando sus labios con detenimiento en cada sílaba y sentí cómo una simple palabra me lastimó en lo más profundo de mi corazón ilusionado.

«Fingir»

Fingir, como si el amor que sentía por él fuera una farsa, como si no me importara el hecho de ser su esposa o formar parte de su vida siendo más que su simple mejor amiga.

Fingir, ese era el trato, al parecer.

—¿Estás seguro de que eso es lo correcto? —pregunté temerosa, ya que me estaba metiendo en un gran lío.

Killiam, con su altura prominente y su cara de niño esperanzado, caminó hasta el otro lado de su escritorio, hasta estar frente a mí, tomó mis manos entre las suyas de forma delicada y las apretó, depositando toda su fe en ese simple gesto, luego prosiguió con un abrazo, dejándome paralizada.

—Vas a ver que todo será perfecto, nadie se dará cuenta —dijo, susurrando en mi oído a duras penas.

Mi mente y mi corazón recibieron el abrazo y entraron en disputa para no aceptar esa propuesta inconclusa. Mi mejor amigo buscaba una novia falsa y yo… yo buscaba el amor correspondido, buscaba entender por qué me había quedado tanto tiempo en este pueblo en vez de dejar todo el pasado atrás.

—Está bien —acepté a medias, con mi cabeza reposando en su pecho—, pero debe haber condiciones —agregué de inmediato, porque si de algo estaba segura era de que no quería que se aprovechara de la situación.

—Sabía que no podía cantar ¡victoria!

—Sí o sí debe haber condiciones —recalqué para que no se confiara.

—Como tú digas, jefa —aceptó separándose de mí para ponerse firme con una señal militar.

«Hablando de guerras avisadas…»

—Entonces… —dije, como quien no quiere la cosa.

—Será un matrimonio falso perfecto, nena.

«O un matrimonio de pesadillas para mí»

Requisito 1

Un trato es un trato



Un trato se compone de reglas básicas entre dos partes interesadas que buscan un buen resultado para sus propios beneficios, pero, si las dos partes están en conflicto, ¿qué viene a ser el supuesto acuerdo?

Killiam llevaba al menos dos semanas y tres días intentando negociar los términos de nuestro matrimonio falso, pero cuando mi amigo decía que sí, yo iba más atrás y decía que no.

—Lo ideal es hacerlo público frente a las cámaras —dijo cuando iniciamos la tercera semana, su sonrisa de oreja a oreja, como si la idea de ser la comidilla de miles de revistas fuera la solución a nuestros problemas.

—¡Claro! Hacerlo público y que toda mi familia se entere, incluida la tuya, ese cuento no se lo creerá nadie, si apenas nos volvimos a reencontrar hace cinco meses.

—Tienes razón —admitió resignado, después de horas de llevarme la contraria en el asunto.

Aquel momento de frustración de su parte fue la oportunidad perfecta para empezar con mi plan. No se vería sospechoso, pues la mayoría del tiempo en que habíamos vuelto a tener contacto, él prácticamente hacía estas cosas.

—Pienso que debe ser algo casual. Empieza por buscarme en el trabajo y luego pasas algún día sin ningún motivo para salir —expuse mi gran idea—. Todo eso hasta que se termine el mes en el que se supone lanzaremos la bomba de que me casaré contigo en la Gran Manzana.

—¡Por supuesto! Además, no se verá sospechoso, ya que llevamos saliendo a todos lados desde que me acompañas a mis terapias, nadie pensará que es falso —añadió Kill, ahora sí convencido de que mi súper idea era mejor para cerrar el acuerdo.

—Todo esto teniendo en cuenta de que me vas a prometer por lo que más quieres en este mundo, que nadie, y en esto estoy hablando sumamente en serio, Killiam Hasting —lo acusé con un dedo—, a nadie se lo vas a decir.

Básicamente esa era una de las partes del trato que más me importaba, no quería que de la noche a la mañana mis padres vieran la clase de mentirosa en la que se había convertido su hija solo por seguirle el juego a su amiguito.

—Prometo que no le diré a nadie, nena —profesó Killiam, mirándome con la misma cantidad de seriedad, ahí fue donde pude asentir con tranquilidad.

Por cualquier lado que se mirase seguía siendo un plan descabellado, pero sabía que el arrepentimiento era el que tomaba el papel principal en todo este asunto, así que confié en su palabra y por un rato más continuamos discutiendo los detalles.

El verdadero flirteo iniciaría mañana por la tarde, donde él pasaría a recogerme al colegio en el que yo trabajaba, luego iríamos a la feria que realiza la junta comunal todos los viernes por la noche. Esa noche del jueves nos despedimos con un abrazo y una vez fuera de la oficina de Kill cada quien se fue por su lado, cosa súper graciosa, porque nuestras casas quedaban una frente a la otra.

Solo una acera nos separaba.

Dejé atrás a mi amigo y me dispuse a abrir la puerta de la casa de mis padres, inmediatamente sentí el olor inigualable de la cena de mamá. Coloqué mis cosas en la mesa del *living* y caminé sonriente hasta donde se cocía el olor sabroso del cordero al horno de mi progenitora. No hice gran escándalo sobre mi llegada, pues seguro mis padres me habían escuchado abrir la puerta; pasé por el sillón donde mi papá estaba viendo su juego favorito en la televisión y besé su coronilla con cariño.

—Oye, creí ver al chico Hasting pasear estos días contigo —puntualizó mi padre sin despegar la vista del juego en pantalla.

Lo miré de reojo sin decir nada al respecto, conocía mucho al señor, que es una de las personas que más quiero en el planeta entero y sabía que sería muy difícil hacerle creer todo lo que supuestamente Kill y yo habíamos decidido hacer. Obviamente, mi padre tenía conocimiento de mi enamoramiento, pero también era obvio que yo no era correspondida, lo cual lo hacía más difícil. Tenía que actuar de forma creíble.

—Sí, queremos pasar juntos el mayor tiempo posible, pronto regresará a Nueva York. —Dejé caer la trampa y raramente se creyó todo.

—Es bueno que pasen tiempo juntos, pequeña —dijo despegando la vista del juego que estaba por culminar—. Significa que el muchacho se ha dado cuenta de lo valiosa que es tu compañía.

La sonrisa de mi padre se extendió por todo su rostro al decir aquellas dulces palabras, haciéndome sentir la peor hija del mundo.

—Tenía que darse cuenta tarde o temprano, mi niña —secundó mi madre, que venía saliendo de la cocina con su delantal de cuadros rojos y blancos bien sujeto a la cintura—. Estoy segura de que muy pronto te pedirá una cita.

Su manera alegre de pronunciar tal evento solo me causó náuseas repentinas.

—¡Oh, chicos, no inventen! —exclamé tratando de restarle importancia, mis padres siempre me recordaban cuánto babeaba por mi mejor amigo—, solo nos reunimos como siempre para sus terapias, puede que a mí me guste su compañía —les recordé—. Pero Killiam está por irse de nuevo a su mundo de jugador estrella y yo pasaré a la historia en cuestión de horas.

Los dos me observaron con una sonrisa un poco lastimera. Sabían de lo mucho que había reprimido mis sentimientos desde que regresé al pueblo a visitarlos, en un principio se suponía que serían solo dos semanas de vacaciones y ya se había convertido en mucho más tiempo del estimado, me había establecido aquí en el pueblo sin fecha de retorno.

Sacudí la cabeza al recordar al culpable de mi estancia en el sitio y traté de concentrarme en la cena con mis padres, que en seguida se sentaron a la mesa a degustar los divinos manjares de mi súper mamá. Mientras revolvía la comida entendí que en realidad no estaba siendo sincera con mis propios sentimientos, Kill podía no darse cuenta de lo que de verdad sentía por él, sin

embargo, era porque traía puesta una venda imposible de retirar o porque yo también había esquivado toda oportunidad de declararme. Además, estaba el hecho de que los dos seguíamos atados a los fantasmas del pasado. Principalmente él.

Inclusive, el día de nuestro encuentro, a simple vista pareció un chiste de mal gusto del destino; yo estaba en el terminal camino a Nueva York, lista para hacer escala en el aeropuerto hacia Chicago, porque ese se había convertido en mi hogar por un tiempo indefinido. De repente, y como por arte de magia, venía bajando Killiam del autobús con dos muletas a su costado y una expresión de tristeza absoluta como compañía.

En ese punto de nuestras vidas, ambos nos habíamos convertido en dos completos desconocidos que no sabían ni como dar inicio a una sencilla conversación, solo recuerdo vagamente que me pidió ayuda para llegar a su casa y yo acepté, dejándome llevar por su cara de perro atropellado. Lo demás se fue dando hasta llegar a lo impensable…

Matrimonio falso.

Novia falsa.

Mientras escarbaba mi lasaña con desánimo traté de aplacar esa vocecita en mi cabeza que me decía que todo era una locura, esa no era para nada la manera en la que imaginé estar a su lado, nada de lo que mi mente pensaba incansablemente me dejaba pasar bocado, así que, para no alzar sospechas entre mis padres, dije que ya había cenado con Killiam y que deseaba retirarme a mi habitación cuanto antes. Como buena hija esperé educadamente a que los dos terminarán su cena y luego de ayudar a mi madre a recoger todo de la mesa me fui a mi cuarto, completamente distraída de mi entorno.

Llena de ansiedad y nerviosismo encendí las luces y abrí un poco las cortinas del lugar para que corriera el aire, en esta época del año empezaba a hacer un poco de calor en esta zona del pueblo. Del otro lado, justo enfrente de mi cuadriculada ventana, estaba la habitación de mi amigo, las luces estaban encendidas y el dueño del lugar sostenía una nota que decía:

¿Cita?

Mañana a las cinco de la tarde paso por ti, hermosa.

El hecho tan bobo me hizo sonreír un poco a pesar de la preocupación, pues anteriormente habíamos quedado en que todo se daría de forma paulatina y casual. Su cortesía me estremeció el cuerpo, pero busqué de inmediato cómo responderle. Agarré una pizarra que usaba de pequeña para hacer esta clase de cursilerías y escribí:

No queda de otra, nos vemos mañana a las cinco, Hasting.

Y él respondió:

Nos vemos mañana, nena.

Hice un ademán de despedida con mi mano izquierda y me quité de la ventana antes de siquiera intentar decir otra cosa, aquella forma tan dulce de hacer la propuesta más difícil solo me hería muy profundo, claro está que no debía enojarme, ahora los dos habíamos crecido y no éramos los mismos adolescentes hormonales.

Me recosté en mi vieja cama con el corazón latiendo de prisa. Nunca pensé que amar a alguien sería tan difícil, incluso había llegado a pensar que después de tantos años lejos cualquier sentimiento se había anulado. Después de todo, Killiam siempre me había dejado tan claro como

el agua que era un imposible para mí.

La chica inocente que se ilusionó de ese joven que era tan amable y coqueto no lo entendió al principio, pero la mujer adulta de soy hoy, solo reafirma una cosa en particular: lo amo, sí, además admiro la forma apasionada en la que dicho galán me cuenta sus metas y proyectos, su parte audaz y alegre es lo que me mantiene prendada.

Él se ha convertido en un caballero de enormes sentimientos con el cual puedo conversar por horas sin cansarme, tiene aspiraciones más grandes que solo ser un jugador profesional, y por sobre todas las cosas, protege a sus seres queridos a capa y espada, su familia lo es todo para él, y obviamente, aparte de que es apuesto, es inteligente.

Desde muy joven, Killiam trazó un plan maestro para poder culminar sus estudios de forma rápida, quería graduarse con honores en la carrera de derecho, también se esforzó al máximo en su carrera deportiva. Los méritos llegaban uno detrás de otro y eso me pudo haber causado admiración como mejor amiga, pero ahí ocurría algo más, porque cuando tenía toda su presencia frente a mis sentidos… ¡Diablos! Mis latidos se podían escuchar a miles de kilómetros. Todos eran capaces de oírme, todos menos él.

«¿Kill también notará mis atributos como mujer y profesional?» Porque tengo un montón de ellos, todos heredados de mi estadía en Chicago, de la cual Killiam no tiene conocimiento alguno.

Cerré los ojos poco a poco, recordando por qué esta parte no la sabía mi amigo, y di con el justo y preciso momento...

Requisito 2

Tengamos una cita



Recordé tener al menos unos dieciocho años cuando intenté ser completamente franca con lo que sentía, sin embargo, Killiam se me adelantó y en el momento menos pensado me salió con el cuento de que una chica se había adueñado de su corazón y yo no tenía derecho para reclamar eso.

La inocente Teira que era antes, quedó desilusionada en ese instante de su vida y decidió que, en vez de repartir los pedazos de su corazón roto, se largaría cuanto antes hacia su futuro. También recuerdo claramente haberlo felicitado con una sonrisa de oreja a oreja y le dije que me iría a Chicago en menos de una semana, él se extrañó un poco, pero como andaba idiotizado e ilusionado, lo dejó pasar, me dejó pasar.

El primer semestre de mi carrera lo hice en una nueva ciudad y me enfoqué en ser la mejor en todo, una parte de mí que no estaba conforme con haber sido enviada a la zona de amigos, quería asegurarse de que, si Killiam preguntase por mí, le dijeran, ¡ella es una mujer de éxito!

Con el pasar del segundo semestre el enfocarme en mí desvió cualquier intención de estar cerca de mi ex mejor amigo, a tal punto de que solo volví a saber de él al año siguiente, cuando su mamá falleció. En esas fechas estuve en el pueblo donde crecí por las fiestas decembrinas. La familia Hasting había perdido a uno de los integrantes más importantes de su vida y justo ese día que yo llegaba a mi casa, mis padres me dieron la noticia de que iban camino al funeral de la señora Talulah.

Sé que ese día le di el pésame al señor Kevin, padre de mis dos amigos mellizos de infancia, Killiam y Lucia, pero hasta ahí; no me topé en ningún momento con él, que al parecer seguía eclipsado por la chica de sus sueños.

Kelly era el diablo vestido de ángel y la razón por la cual no fuimos amigos en un buen período.

Ese último recuerdo me trajo de nuevo al presente, siendo su nombre lo que me amargó la noche. Él aún la amaba, incluso después de que lo abandonó como un perro sucio en pleno día de su casamiento.

Sabía que este teatro de novios falsos tenía que ver con ella. ¿Acaso eso no debería servir para darme un tortazo con mi verdadera realidad?

Debería, pero ya había aceptado.



El día siguiente había llegado demasiado pronto para mi gusto.

Abrí los ojos despacio, sintiendo el cansancio de mi mente y la flojera de ir a trabajar. Estiré el cuerpo sobre la mullida cama y en pocos segundos ya me estaba quitando la ropa para darme una merecida ducha. Pensé seriamente en llamar y decir que había cogido la gripe solo para no asistir, pero luego recordé que yo era la coordinadora y que ante todo debía dar el ejemplo. Además, Killiam pasaría por mí al terminar mi horario laboral, por lo que organicé todo en menor tiempo y en veinte minutos estaba lista, peinada y uniformada para salir hacia el trabajo.

El colegio quedaba relativamente cerca de casa de mis padres, muchos de los niños iban caminando colina abajo sin problema; en menos de diez minutos estaba frente al estacionamiento principal de la institución. Algunos de los estudiantes me saludaron con una sonrisa amable, a pesar de que yo tenía el segundo cargo de mayor rango, no era una coordinadora a la que se le temiera, ellos me respetaban y de manera gustosa me demostraban un lindo aprecio.

Al llegar al pueblo, tiempo atrás, pensé que se me haría cuesta arriba desenvolverme en mi profesión, estaba muy acostumbrada a mis actividades en Chicago y con todas las malas experiencias que me había llevado a los dieciocho años, la idea de volver nunca me resultó del todo cómoda, hasta que de pronto este trabajo apareció. Disfruto enseñando y dándole mis conocimientos a los más pequeños de la casa, el colegio era mi refugio, había sido el remedio perfecto para sanar por completo mi corazón herido y hasta el día de hoy es el lugar en el que más tiempo me la paso, claro está, todo eso antes de volver a encontrarme con Killiam, pero bueno, ese es otro cuento.

Me enfoco en las tareas pautadas y pronto me veo enfrascada por completo en mi trabajo; sabía que no podía dejarme perturbar por mis ideas.

El tiempo pasó en un dos por tres, cuando la jornada estudiantil culminó, mi reloj marcaba las cuatro y media de la tarde. Antes de retirarme realicé un breve recorrido por los pasillos de la institución para verificar que todo estaba en orden y al terminar el recorrido regresé a mi oficina para finiquitar los últimos detalles de mis informes escolares.

Mi celular sonó con un mensaje entrante, que seguramente era de Kill, y en efecto, cuando deslicé mis dedos por la pantalla, apareció su texto donde me aclaraba que ya estaba afuera de las instalaciones, esperando por mí.

Las manos me empezaron a sudar repentinamente.

—Querida, hay un papacito que pregunta por ti en la entrada —comentó Dulce en tono jocoso, quien se había asomado un poco por la puerta de mi oficina. Ella era una de las maestras de quinto grado y una de mis compañeras más cercanas.

Le sonreí, negando divertida por sus palabras, no debía dejar en evidencia mis ganas de verlo otra vez, así que, con parsimonia recogí mis pertenencias, apagué todo en mi oficina y cerré con llave, encontrándome con Dulce afuera.

—Si es un papacito, ¿por qué no lo invitaste a pasar? —cuestioné siguiéndole el juego, con ella detrás de mí.

—¡Querida, ese tipo de hombres suculentos no se fijan en cualquier mujer! —exclamó con su tenue acento provinciano, haciéndome reír mucho más.

—Le puedo dar tu número, si le hablo bien de ti hasta se interesa —bromeé un poco más y ambas nos matamos de la risa ante mis palabras.

Dulce estaba felizmente casada desde hacía mucho tiempo y conocía a Killiam desde la secundaria, ese tipo de chistes privados sobre el físico de mi amigo ya se había vuelto una costumbre desde el momento en que empezó a pasar por mí diariamente.

—Disfruta mucho, Ter.

—Nos vemos temprano el lunes, mi linda Dulce.

Me despedí en la entrada con un beso y un abrazo, antes de que se le ocurriera decir otra barbaridad con Killiam tan cerca. No obstante…

—¡Hasta luego, tortolitos, nos vemos esta noche en la feria! —gritó a todo pulmón mi compañera, logrando que el chico a pocos pasos de mí se riera también. Estaba acostumbrado a la forma en que Dulce se refería a los dos, a pesar de que para él solo era un juego.

Caminé hasta donde se hallaba estacionado su coche y lo saludé con un abrazo, como era habitual.

—Te ves muy bella, nena —me elogió.

—¡Ay, vamos Hasting! No intentes esa clase de piropos conmigo —lo regañé un poco ruborizada.

Sinceramente no había nada del otro mundo en mi atuendo, era solo mi uniforme, una falda gris ajustada hasta la cintura con una blusa azul turquesa, todo eso a juego con mis ojos claros y mi cabello rizado.

—No son simples piropos, señorita coordinadora —dijo mientras guardaba mis cosas en el maletero del carro.

—¿Soy una bomba llena de sensualidad, señor jugador estrella? —pregunté una vez que estuvimos dentro del automóvil, uniéndome a sus chistes.

—¡Oh, hermosa! Esas clases de Pilates están haciendo efecto, tenlo por seguro —respondió burlón, sabiendo que mis mejillas se colorearían de un rojo intenso.

Golpeé su brazo con un poco de fuerza y en pocos segundos los dos estábamos riendo. El hecho de que se fijase en esos simples detalles me hacía sentir como en una cita de verdad, si es que se le podía llamar así, dado que el trayecto era como siempre, una conversación sin espacios incómodos y con los típicos cuentos sobre nuestro día.

Cuando llegamos a la feria ya había oscurecido un poco y el cielo estaba amenizado con los colores vivos de las atracciones del parque. Una carpa inmensa se alzaba sobre nuestras cabezas, adornada con guirnaldas en las que se avistaban luces brillantes de color amarillo; en el camino había una variedad de puestos de comida rápida y los infaltables: palomitas de maíz y algodón de azúcar.

—¿A dónde quieres ir primero? —escuché, Killiam me estaba dejando elegir sin soltar mi mano, la había cogido desde el primer minuto en que bajamos del automóvil.

—A leguas se nota que quieres ir a la estación de tiros, pero el viernes pasado fuimos como ocho veces —recordé, viendo su puchero por querer ir de nuevo a la misma estación—, esta vez iremos primero al trompo girador —reté a mi amigo con una ceja alzada.

Kill no era fan de ese tipo de juegos donde terminas con el almuerzo revuelto en el estómago, pero si yo quería subsistir a esta primera cita, debía encender bien los motores con algo que

liberara todos los nervios y se los llevara lejos.

Requisito 3

Acepta este anillo



La cita sin duda fue eso, una verdadera cita con dos jóvenes dispuestos a entretenerse y pasar un rato agradable, incluyendo los momentos en los que subimos a un par de atracciones divertidas.

El tiempo a su lado pasó volando y para cuando el reloj marcó las diez de la noche ya estábamos sentados en lo alto del viejo tanque de agua del pueblo, donde se podía disfrutar de una de las mejores vistas de las colinas y la feria con sus colores.

Dos *hot dogs* y un vaso extra grande de gaseosa fue la cena, agregando ese ingrediente especial que Killiam sabía que me encantaba: salsa picante.

—Eres la única mujer que conozco que le puede gustar tanto la salsa picante en la mayoría de las cosas que come —dijo, al tiempo que me pasaba el frasco con el contenido rojo fuego.

—No sabes de lo que te pierdes, ¿quieres un poco? —ofrecí, alzando el frasco hacia el chico que veía las comisuras de mis labios porque las tenía manchadas con un poco de salsa. Me quedé a la espera de su respuesta, sin embargo, este solo se carcajeó ante mi inocente insistencia y yo tampoco pude evitar reírme. A su lado todo pasaba a ser sencillo, no había lugar para la incomodidad, pues estábamos acostumbrados el uno al otro.

—Esta vista no se consigue en Nueva York —murmuró Killiam con ese tono de voz nostálgico que usualmente usaba para referirse a cosas buenas de nuestra vida en el pueblo.

—Es cierto, ni siquiera en Chicago puedo disfrutar de esta tranquilidad. —Sonreí mientras limpiaba los últimos restos de salsa de mi boca, luego tomé un sorbo de gaseosa y esperé por esa pregunta que, sabía que se moría por hacerme.

—¿Extrañas vivir allá?

—Pues, creo que solo extraño mi rutina y las cosas que están dentro de mi departamento —dije con total sinceridad.

—Nunca me has contado sobre tu estadía allá —acotó el chico a mi lado, buscando entrometerse en una parte de mi vida que nadie conocía.

Pensé en si sería sensato contarle un poco, pero tomé en cuenta que contarle una parte solo arrastraría todo el cuento en esencia y presencia, cosa para la cual no estaba preparada.

—No hay mucho que contar, la verdad —hablé sin mucho misterio de por medio.

—¡Oh, por todos los cielos! No me puedes mantener sin algo de información, pasamos más de tres años sin comunicarnos, te fuiste tan lejos…, lejos de mí.

Arrugué el ceño un poco confundida por lo que acababa de escuchar.

—¿Lejos de ti? ¿En serio?

—Sí. Nunca me llamaste, ni siquiera para decirme que habías llegado. Ahora que lo pienso bien, volvimos a tener contacto fue cuando llegué lesionado al pueblo —continuó cavilando.

Sus palabras eran más que acertadas, pero yo no afirmaba ni negaba.

—No le des tantas vueltas, simplemente fui aceptada en la universidad y debía irme cuanto antes. —Zanjé el tema con un sabor amargo en el paladar, y no era por la salsa picante, sino por sus preguntas.

«¡Desgraciado amor!»

—Sé que hay algo más, pero algún día me contarás, ¿cierto?

—Sí. —Suspiré derrotada.

Después de eso ninguno de los dos volvió a tocar el tema. Bajamos hasta la cancha que se hallaba detrás de la feria y jugamos una partida de fútbol americano por media hora, hasta que caímos muertos de cansancio sobre el césped bien cuidado.

Luego de unos minutos nos sentamos uno frente al otro, Killiam en posición de indio y yo tratando de cuidar que mi falda no se subiera tanto. Nos miramos por mucho rato sin decir nada, hasta que él tomó la iniciativa, acercándose hasta quedar a pocos centímetros de mi rostro.

—¿Qué haces? —Quise saber al ver tanta cercanía. Intenté alejarme un poco, pero mi compañero seguía acortando el espacio entre los dos, no había escapatoria—. ¿Qué sucede?

—Quiero saber si de verdad me vas a ayudar.

—Creo que esa parte ya la habíamos discutido, por eso ésta “cita”, ¿recuerdas? —Remarqué la palabra «cita» haciendo comillas con mis dedos, pero a pesar de eso sus ojos no dejaron de verme fijamente. Lo conocía muy bien como para saber que algo tramaba—. ¿Pasa algo más?

No dijo nada ante mi pregunta, así que me tomé el atrevimiento de ser yo quien se acercara un poco más, hasta que toqué su mejilla con cariño. Su mano realizó el mismo gesto, convirtiendo la escena en algo más íntimo.

—Ter, yo te quiero… agradecer —murmuró muy bajo, solo para mis oídos.

—No tienes nada que agradecer, anoche ya dejaste todo claro.

—Sí, pero este agradecimiento es diferente —insistió, con su toque aún en mi mejilla, se sentía cálido y eso me estaba matando, podía ver cómo mi mano temblaba sobre su rostro.

—Diferente, ¿por qué?

—Porque todos estos meses fuiste mi apoyo incondicional, no dejaste que me rindiera nunca y sé que gracias a todo eso estoy completamente recuperado.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. El pelinegro podía ser muchas veces despistado para lo más cercano a su campo de visión, pero que reconociera todo lo anterior de forma tan sincera solo hablaba bien de él. Sé de lo maltrecho que había quedado su cuerpo después de la lesión tanto física como emocional, recuerdo muy bien que Killiam luchó por volver a jugar, incluso antes de llegar al pueblo, o eso figuraba en las mil de revistas de farándula deportiva, sin embargo, esa lucha se detuvo en el momento en que lo dejaron plantado.

—No tienes nada que agradecer —repetí, rompiendo el lazo entre nuestras manos y miradas. Observé el campo de fútbol y este se notaba en completa calma, éramos solo él y yo en medio de

la grama, luego desvié la mirada hacia mis pies descalzos, tal vez si me concentraba en el color de mi esmalte de uñas no empezaría a hiperventilar.

—De todas formas, tengo que agradecerte, nada más esta locura en la que me ayudas será un agradecimiento eterno.

—Es lo que harías tú por mí, ¿o me equivoco? —pregunté sin levantar la vista, esto estaba siendo demasiado.

—Claro que lo haría, nena.

—Entonces no hay nada que agradecer, solo mantén la promesa de que nadie se va a enterar y listo —corté el tema, sin éxito.

—Es por eso que te traje hasta aquí.

No entendí al principio, pero cuando alcé un poco la cara, observé cómo se sacaba una cajita de terciopelo azul del bolsillo.

—Kill, no hay necesidad de hacer esa parte.

—Sí que la hay, es para sellar nuestro pacto.

—¿Con la alianza de tu mamá? —pregunté escandalizada.

—No veo cuál es el problema, a ella le caías muy bien y estoy seguro de que sería una de las pocas personas que nos apoyaría en este desmadre que vamos a hacer —dejó claro, sacando de la cajita la sencilla pero hermosa sortija de compromiso.

La Teira enamorada quería aceptar porque ese gesto venía con cariño de parte de Killiam, pero la Teira celosa y caprichosa solo quería devolver la alianza al rememorar que en algún instante ese obsequio también le fue entregado a Kelly.

Era tarde para arrepentimientos, si me echaba para atrás solo crearía más dudas en el chico frente a mí, así que solo estiré mi mano izquierda, temblorosa, y escuché las promesas de un compromiso falso.

—Acepta este anillo como lo que es en realidad, no como un compromiso falso —advirtió, leyendo mis pensamientos—. Sino más bien un sello de amistad entre los mejores amigos del universo.

Al culminar sus serias palabras me dejó sentir el peso del anillo sobre mi piel, no quería verlo a la cara, por lo que me abalancé encima de su cuerpo para que me recibiera en un abrazo. Mi corazón estaba debatiéndose entre el llanto y la amargura, ya no había vuelta atrás.

—Te quiero mucho, Teira —escuché las dulces palabras de Killiam, quien me apretaba más contra sus cálidos brazos.

No me salían las palabras por el nudo en la garganta, así que solo me levanté de a poco hasta quedar de pie.

—Creo que es mejor irnos, dentro de poco vendrá el señor Silva a apagar las luces del campo —dije refiriéndome al conserje del pequeño lugar.

—Tienes razón. Además, tu padre me va a matar por llevarte tan tarde a casa.

Le sonreí un poco ante el mal chiste y enseguida nos fuimos del lugar.

Una vez dentro del carro sentí mucho cansancio en mi cuerpo y decidí que echarme una siesta no estaría mal, sin embargo, me había quedado profunda y solo pude sentir los brazos de mi amigo, que me llevó cargada hasta la entrada de casa de mis padres.

Lo siguiente que supe es que estaba recostada sobre mi cama y con demasiado sueño como para abrir los ojos y despedirme de Killiam.

—Creo que pasaron un tiempo agradable —escuché a duras penas lo que decía mi padre.

—Sí, el tiempo al lado de Teira pasa volando, pero es muy agradable su compañía, su hija es increíble, señor —aceptó Killiam.

Quise reír por sus boberías, pero de verdad el sueño se adueñaba de mí. Lo último que logré oír fue:

—Más te vale que cuides a mi hija, ella te quiere mucho…

«Así es, papi, lo quiero con todo lo que soy». Pensé mientras Morfeo me avisaba que estaba por caer muerta del sueño.

Requisito 4

Mi familia no se debe enterar



El café me sabía a mierda, clara señal de que el fin de semana no sería algo excitante para nada. Me había despertado muy temprano para mi gusto, además de tener una jaqueca del demonio, lo más seguro que por haberme subiendo a las atracciones mecánicas de la feria, lo cual no mejoró después de llegar al lavabo del baño y dejar que se me cayera el cepillo de dientes en el inodoro. Las señales de que todo iría de mal en peor estaban puestas sobre la mesa, agregando que no me pude dar un baño decente por los problemas que presentaba el grifo de agua caliente. El destino se estaba ensañando conmigo por ser una mentirosa, eso era definitivo.

Resignada a la derrota, bajé a la cocina y me tomé una taza de café negro, el cual tampoco terminé. Me recosté sobre uno de mis muebles favoritos de la sala, una especie de *puff* con tela de gamuza, y encendí mi celular para husmear un poco las redes sociales. La casa estaba sola desde tempranas horas de la mañana, ya que mis adorables padres habían ido en coche a buscar a mis hermanos al terminal para el habitual fin de semana de una vez al mes.

Sí, de hecho, no soy hija única.

El suspiro que dejé sacar de mi cuerpo fue el momento de relajación total. En las redes sociales solo tenía unos cuantos amigos cercanos, creo que la única persona famosa en mi celular era Killiam con sus miles de seguidores y, a decir verdad, con eso me bastaba y sobraba para toda una vida. No era una admiradora particular de andar alardeando sobre mi vida privada cada cinco minutos y dudo mucho de que alguien esté interesado en mis terribles mañanas; lo que me hizo pensar en ese objeto que había guardado a propósito en mi habitación más temprano.

El anillo de compromiso.

Ahora que lo pensaba con detenimiento, yo era la única que no estaba emocionada por el compromiso, porque si allá afuera en el mundo existía alguna chica que quisiera ser parte de la vida del jugador estrella del momento, estarían encantadas de publicar la noticia. Sin embargo, yo no quería ese lujo, no cuando ni siquiera sabía cómo comentarles la situación a mis padres.

Además, que mi parte soñadora se imaginaba mi compromiso de bodas como algo sacado de otra dimensión, no como una propuesta que sonaba más bien a un agradecimiento.

¡Pero, vamos! Eso solo era algo que yo quería.

«En esta vida no se puede tener todo, Teira». Pensé, rodando los ojos un poco, hastiada de tener que hablar de estas cosas conmigo misma.

Me levanté del sofá y dejé el celular a un lado, dejé de tener lástima por mí y empecé a idear una manera correcta y clara de hacerle comprender a mis familiares que me iba a casar con mi mejor amigo, que supuestamente no sabe que yo gusto de él.

Mientras maquinaba todo esto en silencio, escuché la puerta principal de la casa abrirse de par en par, mostrando a mis tres singulares hermanos y a mis padres más atrás de ellos. Me quedé muy quieta al ver su cara de felicidad y asombró, siendo yo la sorprendida al escuchar lo que gritaron a continuación:

—¡¿Te vas a casar?!

De acuerdo, eso sí que no me lo esperaba.



En la sala de mi casa se había realizado una junta de la cual no estaba enterada, cinco pares de ojos me observaban desde posiciones diferentes; mis hermanos gemelos, sentados en un mueble a mi derecha, mi hermanita menor en una silla a mi izquierda y mis padres en todo el frente, apoyados sobre la mesa de la sala, muy cerca estaba yo, mordiéndome las uñas de la mortificación.

Buscar la manera simple de explicarles no era para nada mi solución inmediata y, dicho sea de paso, no me salía ni una sola palabra de la boca. Estaba hecha un lío, así que me dediqué a ver a cada uno de mis hermanos, en conjunto y por separado. En total, la familia estaba compuesta por cuatro hermanos y dos padres maravillosos; mi mamá siempre contó la historia de amor de ella y papá como algo que solo sucedía una vez cada dos siglos.

Ambos se conocieron en un momento particular, justo en medio de una guerra en Afganistán. Mi padre era un militar herido y mi madre una enfermera que se ocupaba de todos aquellos pobres soldados que llegaban maltrechos a la carpa de resguardo. En ese instante, sus miradas se cruzaron y el universo les dio la oportunidad justa y necesaria para ser tan felices, como lo eran hasta el día de hoy. Después llegaron sus hijos mayores, mis hermanos, los gemelos idénticos, pero al mismo tiempo son completamente diferentes, Terrence y Troy.

La idea principal de mis padres siempre fue tener una familia grande, pero no satisfechos con tener dos calcomanías iguales, me trajeron a mí, luego a mi hermanita menor, Tammy.

La diferencia entre las dos es que ella es la extrovertida de la familia, una *fashionista* de pies a cabeza, yo solo soy la hermana del medio, a la que nada le resalta mucho, hasta el día de hoy, porque a alguien se le ocurrió la gran idea de contarles que me casaré con mi vecino y mejor amigo de la infancia.

—Teira, creo que no te das cuenta de que estamos a la espera del cuento famoso en donde Killiam te pide matrimonio, cual príncipe de telenovela mexicana —pronuncia mi hermanita Tammy con todo el glamour que le corresponde a su tono de voz.

Dejé de verlos en busca de mi propia explicación y sonreí con un solo propósito en mi mente: aniquilar a Killiam antes de siquiera prometerle estar juntos hasta que la muerte nos separe.

—Bueno, creo que ya él les fue con el chisme, ¿cierto? —murmuré, manteniendo la sonrisa fingida.

—¡Oh, por Dios! —gritaron los gemelos—. Nuestra hermanita se va a casar primero que nosotros.

«¡Ahora sí que lo mataré!»

La risa que emergió desde mi centro sonó demasiado nerviosa como para ser una risa normal,

obviamente, quería salir corriendo de aquella sala, pero al detener mi vista en la de mis dos hermosos padres dejé de reírme para preocuparme.

—¡Bueno, tropa, vayan todos a cambiarse, la familia Hasting nos espera para un almuerzo! —exclamó mamá al ver mi cara de circunstancias.

Automáticamente, cuatro pares de ojos dejaron de verme para largarse a sus respectivas habitaciones, dejándome con el único par de ojos al que le debía una muy buena explicación. Caminamos hasta la mesa del comedor y nos sentamos uno frente al otro, al ver la cara del señor Templeton de repente me sentí como cuando estaba pequeña, porque en más de una oportunidad se tomó el tiempo de explicarme sobre la clase de cretinos con los que me cruzaría en la vida.

—Siento que no estás muy feliz por la propuesta, o simplemente son ideas mías —hablé primero, entrecerrando los ojos un poco, a la espera de una buena regañina que nunca llegó.

—Pues, me hubiese gustado enterarme por ti al lado de Killiam, pero él se adelantó anoche cuando te vino a dejar —comentó de lo más tranquilo.

Abrí los ojos un poco asombrada por el atrevimiento de mi amigo, a quien todavía tenía ganas de asesinar.

—¿Qué te dijo exactamente? —pregunté alarmada porque a Killiam seguro se le fue la lengua con todo lo referente al pacto de amigos.

—Solo me contó sobre tu mudanza a Nueva York luego de realizar la ceremonia, me pidió tu mano de forma muy seria.

Aquello solo me dejó más intranquila de lo que ya estaba. Kill pidiéndole la mano a mi padre era algo irónico y solo me hacía enojar, meter a mi familia en este embrollo no estaba dentro de las cláusulas.

—Entonces, ¿estás de acuerdo? —Lo puse a prueba.

—Pequeña mía, lo único que me importa es tu felicidad, has postergado mucho tu vida al regresar al pueblo para ayudar a los viejos de tus padres con sus problemas económicos —me recordó con pesar la realidad del asunto—. Es hora de que hagas tu propio mundo con la persona que sé que va a acompañarte el resto de tus días, lo veo en sus ojos.

No me quedó de otra que asentir con la misma sonrisa nerviosa, las afirmaciones de mi papito estaban basadas en un cuento de hadas inexistente. Me odié por décima vez en la semana, le estaba mintiendo a las personas más importantes en mi existencia.

Killiam debió haberse buscado su muerte natural.

Requisito 5

¿Existe la posibilidad de un beso?



La sala quedó vacía de nuevo, mi padre se había retirado con la excusa de que debía ir a vestirse cuanto antes o mamá lo llevaría a empujones hasta la habitación, así que prácticamente estaba de nuevo con mis meditaciones propias, hasta el punto de verificar que había estado reteniendo el aire en todo el proceso de la conversación padre-hija.

Sí o sí tenía que calmarme o alguien se daría cuenta de que todo era una farsa, por lo que rápidamente caminé hasta mi cuarto y busqué algo rápido para vestirme y arreglarme. A medida que me arreglaba para el almuerzo me daba cuenta de que incluso antes de siquiera dar inicio a este compromiso falso, ya me estaba quedando sin fuerzas. Me observé en el espejo de cuerpo completo y encontré que ni siquiera aquel jean suelto y aquella blusa blanca de botones perlados me hacían sentir menos culpable. No había iniciado el verdadero momento en el que tendría que fingir, pero de solo imaginarme en medio de todas las cámaras, en medio de toda la prensa husmeando, me causó náuseas. Me detuve al menos unos cinco minutos ahí, únicamente para resguardar la imagen original de la verdadera Teira Templeton. Sabía que mi forma de ser y la mujer que siempre había querido ser eran mucho mejores versiones que la del futuro. Mi figura delgada, mi cabello con sus rizos desarreglados y mi estilo informal y sin esfuerzo, a ella era a quien debía tener presente en todo momento o el mundillo de Killiam me absorbería y al final no quedarían más que sobras de mí.

«No te pierdas en el proceso». Me dije a mí misma con toda la convicción mental del universo.

—¡Hija, apresúrate! —escuché cómo mi madre gritaba desde la planta baja.

Terminé de completar el atuendo con unas bailarinas de color negro y unos aretes pequeños, debía aparentar que me emocionaba la cuestión de la boda y el compromiso. Cuando bajé las escaleras toda mi familia me miraba, a la expectativa de cualquier indicio de mi parte sobre la situación “matrimonio”. Al darse cuenta de que no soltaba prenda sobre lo acontecido, todos partimos en fila india, de menor a mayor, hacia la casa de los Hasting.

La calle estaba vacía y el sol se alzaba en lo alto de la colina, resplandeciente en un día tan penosamente gris. Cuando terminamos de cruzar la calle, mi padre tocó el timbre con amabilidad, siendo recibido de inmediato por cierto cómplice que yo quería despellejar vivo. En el momento en que abrió la puerta de su casa quise clavar un palo de madera en su cabeza, todo el teatro de la reunión de compromiso me empezaba a parecer demasiado. Sin embargo, frente a mis padres y el papá de Kill no podía hacer más que sonreír como mansa paloma.

Aunque, ahora que lo pienso… «Puedo dejar caer la balanza a mi favor y reaccionar de la única forma en que mi amigo no se espera».

En un impulso idiota de mi parte, dejé que todos pasaran y reuní todas las fuerzas para

plantarle cara a Killiam y estamparle un beso en la boca. Aquella invasión fue una sorpresa para mi compañero, quien no tuvo mejor cosa que hacer sino afianzar su agarre en mi cintura para no caerse de culo. Antes de ni siquiera pensarlo, lo vi cerrar los ojos y volver el beso brusco a un beso de telenovela mexicana, como diría mi hermanita menor.

Cuando quise mostrarme molesta por su insolencia de decirle a nuestros padres todo sobre nuestra supuesta boda, él llegó con esa acción fuera de lugar, así que levemente mordí su labio inferior para hacerle partícipe de mi mal genio.

¿No quería él un compromiso falso? Pues, que lo aprovechara.

Al parecer, el mundo se detuvo una eternidad, pero tan solo habían pasado dos minutos de aquel beso en el que debí haber dejado una advertencia sobre el único punto importante de aquel trato: Él no podía ir por ahí diciéndole a todo el mundo que se casaría conmigo. No obstante, mi amigo volvía a sorprenderme, afinando sus labios encima de los míos, que se hallaban reticentes a seguirle el juego, a pesar de que era nuestro primer beso.

Más que un beso, parecía la primera guerra mundial de besos…

La escena daba a entender que había más sentimientos de los que podíamos demostrar, una novedad hasta para mí que, en el *shock* de la situación, lo único que logré escuchar fue el carraspeo de una garganta, desconectando así el momento y separando al fin nuestras bocas ansiosas.

Abrí mis ojos y fui consciente de los suyos, que me veían un poco nerviosos y… ¿deseosos?

De acuerdo, esa revelación sí que no me la esperé.

—Bueno, familia, y esa es la mejor manera de dar inicio a una excelente celebración —habló mi hermano gemelo número 1, Terrence Junior, quien se llevó un regaño por parte de mi padre que segundos atrás estaba dándose la mano con el papá de mi mejor amigo.

Los nervios se sintieron en la atmósfera, dando indicios de que lo que había sucedido no era una mera casualidad, ninguno de los dos sabía cómo reaccionar.

Aquel beso me había dejado noqueada y llena de dudas, a tal punto de sentir hormigueo en la boca del estómago y en los labios.

—Bueno, Terry, dejemos a la parejita platicar un rato a solas. —Acudió al rescate el padre de Kill—, pasemos al patio trasero para almorzar todos juntos. Lucy, trae unas cuantas copas para hacer un brindis —escuché que le decía el señor a la hermana melliza de mi amigo.

No reparé en el hecho de que todos estaban ahí, pues no tenía forma alguna de retirar mis ojos de mi prometido falso, en busca de respuestas sobre lo acontecido.

El señor Kevin había hablado y todos lo siguieron hasta la parte trasera de la casa, dejándonos a solas. Killiam no sabía en dónde esconderse.

—Bueno, creo que con eso ha quedado claro que podemos fingir excelente —murmuró sin verme, rompiendo mi corazón en el acto.

¿Qué había dicho? ¿Fingir? ¿Acaso el beso también había sido una farsa?

«¿Cómo creíste que Killiam tendría otro tipo de reacción?» Me regañé mentalmente, queriendo darle un golpe en los testículos.

—Claro, todo es para que no piensen que es mentira, ya que cierto imbécil cometió el grave error de meter a mi familia en todo este enredo —agregué molesta, tratando de recomponer mis sentimientos y volver a ser la prometida falsa. No me iría de dicha celebración, pero algunas actitudes tenían que cambiar o me hundiría rápido en ese mar del pacto entre amigos.

Killiam se sintió más sorprendido al ver mi reacción brusca, pero no le di oportunidad de replicar, lo dejé ahí parado, sin dirigirle otra palabra y me fui directo al patio, donde todos ya estaban sentados degustando el banquete que la familia Hasting había preparado.

El hogar del padre de Killiam era tal cual como cuando yo era un renacuajo de cinco años que andaba correteando con el otro renacuajo. Los ventanales abiertos, las cerámicas blancas bien pulidas, los portales dobles de color plomo y las escaleras en forma de caracol que daban hacía los dos pisos superiores. Más que una casa tenía pinta de fortaleza italiana. En la mesa había una cantidad de platillos que me dieron el hambre suficiente como para olvidar por un instante el trago amargo que me estaba haciendo pasar Killiam con sus ocurrencias.

Tomé mis cubiertos y mientras comía un poco de ensalada con pollo, traté de concentrarme en la plática que había en la mesa solo para no tener que pensar en la amargura que me había dejado el beso de mentira.

—Bueno, ya que mi hijo está un poco nervioso, pienso que es un buen momento para hacer un brindis —intervino el padre de mi “prometido” después de varios minutos.

—Creo que yo también me sumo —secundó mi padre, elevando su copa de champaña por encima de su cabeza.

—Chicos, de verdad que no hace falta —rogué, queriendo evitar más vergüenza por el día de hoy. Mentir sin saber qué decir para continuar con el engaño solo me hacía querer salir corriendo.

—Por supuesto que hace falta, querida —insistió el señor Hasting, pidiendo con un ademán que todos alzaran sus copas en honor a los futuros novios—. ¡Por un matrimonio próspero y lleno de felicidad!

—¡Por un matrimonio próspero y lleno de felicidad! —repitieron los demás, logrando así que mis mejillas se encendieran de un color rojo intenso.

Además, Killiam me dio un apretón de manos por debajo de la mesa, como si no estuviese lo suficientemente enojada con él. No quise mirarlo en ningún momento, solo retiré mi mano y escuché la conversación que a medias tenía mi “cuñada” con mi hermana sobre la boda.

—Hay que empezar con los preparativos del vestido y con la decoración de la recepción —comentó Tammy.

De inmediato sentí un dolor de cabeza interminable. Cerré los ojos un segundo para no exteriorizar todo lo que guardaba por dentro y cuando los abrí, las miradas seguían ahí, a la expectativa. Killiam ni siquiera hacía el intento de cubrirme, sino que estaba igual de mudo; si así iba a ser la mayoría del tiempo no me creía capaz de continuar con el pacto.

—Entonces, chicos, ¿para cuándo tienen pensado realizar la ceremonia? —preguntó el gemelo número 2, Troy.

—Dentro de tres meses —dije yo.

—Dentro de tres semanas —dijo Killiam.

Las caras confusas de nuestros padres y nuestros hermanos fue épica, casi tuve que contener la risa, nosotros no servíamos para mentir, eso estaba claro.

—La verdad es que tenemos planeado que sea dentro de poco —aclaró mi mejor amigo, volviendo a juntar nuestras manos, esta vez por encima de la mesa y como muestra de evidencia y de equipo unido—. Mi representante exige mi asistencia al próximo evento del Supertazón, así que creo que sería propicio presentar a mi futura esposa frente a todos mis colegas del fútbol.

Lo miré de reojo, escuchando cada una de sus palabras con asombro. El chico de verdad estaba metido en todo el asunto, no había marcha atrás.

—¿Irse? —interrogó mi padre y de inmediato sentí que no le gustó la idea.

La conversación se centró en el futuro yerno y suegro, los demás no decíamos ni una sola palabra.

–Pues… —Kill titubeó un poco—. Los dos pensamos que sería extraño vivir aquí en el pueblo cuando estamos acostumbrados a nuestras vidas en la ciudad.

—Teira vivía en Chicago, no en Nueva York —recordó mi padre.

Mi amigo se quedó sin defensa alguna, pues sobre mi vida en Chicago él no tenía conocimiento, solo lo que yo le permitía saber.

—El plan es que, una vez terminada la temporada de juegos, irnos hasta Chicago y buscar un lugar para los dos.

—¿Entonces renunciarás al puesto de coordinadora en el colegio? —La pregunta la hizo mi madre y esa era la cuestión más difícil de contraatacar.

Ladeé el rostro en busca de ayuda porque no sabía cómo hablar o reaccionar, Kill solo sonrió, como si nada, respondiendo en el acto:

—Sé que a todos les parece una idea descabellada, pues Teira y yo recién nos reencontramos después de mucho tiempo sin vernos, pero les aseguro que el amor que siento por ella no me deja pensar en más nada que no sea ser el único hombre en su corazón —dijo muy serio, mirando a nuestros padres de forma individual.

La risa nerviosa que salió de mi cuerpo sonó a ironía y es que no sabía qué era peor, haberme quedado callada para escuchar tal mentira o ver las sonrisas enormes que figuraron en las caras de mis padres y el padre de él, demostrando que estaban de acuerdo con las dulces palabras de Killiam-mentiroso-Hasting. Le propiné un golpe directo en la pierna mala para hacerle saber que se estaba pasando de la raya, pero éste fingió demencia y continuó masticando su almuerzo, como si nada.

—Entonces, creo que no hay mucho que discutir, ¿cierto Terrence? —se dirigió el señor Hasting a mi progenitor, quien asintió feliz.

—Completamente de acuerdo, Kevin, es más, creo que es propicio que la ceremonia se celebre dentro de una semana —determinó mi papito, haciendo que mis ojos se abrieran como platos.

«¡¿Una semana?!»

¡Ahora sí que Diosito nos agarrara confesados!

Requisito 6

Los amigos no se besan en la boca



La mesa estalló en aplausos y risas de felicidad, en medio de toda esa celebración y algarabía estaba yo, fulminando con la mirada a Killiam. Mi familia y la suya destaparon otra botella que se acabó en un dos por tres, ocasión perfecta para ir en busca de más, así aprovechaba para asesinar a mi supuesto amigo en la cocina.

—Kill, acompáñame. —No se lo estaba preguntando y tampoco le estaba pidiendo un favor, más le valía levantarse de su asiento y venir conmigo.

Él se disculpó con todos en la mesa y me siguió hasta el interior de su casa, donde aproveché y le metí un pellizco en el brazo.

—¡Auch! –se quejó, sobándose la parte afectada.

—Agradece que no te hice algo peor, porque creo que en ese caso tendrías que regresar a terapia —lo amenacé muy molesta.

—No entiendo por qué tanto maltrato, Ter, si hace como media hora estabas besándome muy feliz —se burló entre susurros de desesperación.

—¡Ay, por favor! Ese beso no hubiese pasado si hubieras mantenido tu gran bocota cerrada y no le hubieses pedido la mano a mi papá —ataqué, dejando la botella vacía en la barra de la cocina espaciosa. Mis nervios estaban alterados y era muy capaz de darle con la botella por la cabeza, a ver si así cambiaba de opinión sobre todo lo que estaba haciendo.

—¿Este comportamiento es por eso? Lo hice por puro formalismo.

—Tus formalismos te lo puedes meter por donde no te da el sol, Hasting.

—Entiendo, estás enojada —aceptó, alzando sus manos en señal de bandera blanca.

—Sabes que no me gusta mentirles a mis padres.

—Tampoco deseo mentirles, si te pedí este favor es porque tampoco quiero que mi padre se esté preocupando por mí mientras me voy a Nueva York, suficientes disgustos le he ocasionado.

Resoplé al escuchar su defensa y traté de calmarme antes de explotar. Cerré los ojos, conté hasta diez y estiré mis manos, que casualmente estaban hecha puños por la cólera.

—Que quede claro que me caes mal en este momento, pero igual te voy a ayudar —le recordé, apuntándolo con mi dedo índice.

—¡Esa es mi nena! Verás que una semana pasa volando. —Alzó las manos para chocar las palmas, pero yo no tenía ánimos.

—Pasará más rápido si mantienes cerrada la boca y te centras en hacer de esto una relación

creíble.

—La verdad es que el beso que me diste se vio muy creíble, podemos intentar de nuevo para que no sospechen —dijo muy relajado y con un toque sinvergüenza.

«¡¿Cómo se atreve el muy zángano?!»

—Eso solo lo hice porque mi familia estaba dudando del supuesto compromiso, no volverá a pasar.

—¿Segura? –preguntó, alzando sus cejas de forma sugerente.

—Demasiado segura, los amigos no se besan en la boca. —Tal ultimátum lo dejó callado, su sonrisa se congeló unos segundos y trató de enfocar la conversación en otra cosa.

—Está bien, de todas maneras, para dejar todo claro, ¿nos vemos más tarde donde siempre?

Lo pensé bastante. Dado todos los acontecimientos recientes, quería estar a solas con mis pensamientos, pero al mismo tiempo quería y necesitaba tener todo claro con respecto a los términos de nuestro pacto.

—De acuerdo, es hora de firmar un contrato real.



Unas horas más tarde…

—¡Tammy! ¿Cuántas veces te he dicho que no uses mi ropa para tus experimentos de moda? —grité, asomando la cabeza por la puerta del cuarto hacia el pasillo; mi mamá venía pasando.

—Pequeña, ¿por qué los gritos?, ¿qué hizo tu hermana ahora?

—Lo de siempre, buscar trapos en mi armario para hacer sus modelos de maniquíes —dije, suspirando un poco hastiada de todo.

Habían pasados unas tres horas al menos desde que regresamos del almuerzo de compromiso y no hallaba la manera de concentrar mis energías en alguna tarea; empecé a ver y a contar los minutos en las agujas del reloj y todo gracias a las maravillosas ideas de Killiam Hasting.

En el pasillo de la segunda planta de mi casa estaban todos dentro de sus habitaciones, solo mi mamá paseaba por ahí, haciendo oficio como acostumbraba. Suspiré un poco agotada y noté que ella intentaba escudriñar en mis ojos en busca de alguna señal para hablar. Desde que tenía uso de razón, mi madre trataba no inmiscuirse mucho en las cosas de sus hijos; era más de dejar que cada uno tomase la decisión por sí solo y estar ahí en los momentos en los que a lo mejor alguna de esas decisiones no era la apropiada. No para juzgar, sino para apoyar.

—¿Pasa algo, madre? —pregunté alzando las cejas.

La señora que llevaba su cesta de ropa doblada diligentemente, respiró hondo y dejó el cesto a un costado, ingresando por completo a mi habitación.

—No había querido preguntar, pero dado todos los indicios, pienso que es necesario.

«¡Ay, por todos los santos, seguro ya sabe que todo es una mentira!»

—No estoy entendiendo —dije, haciéndome la tonta sobre el tema, a ver si ella desviaba la conversación. Las dos estábamos ahí paradas en medio de mi antigua alcoba de adolescente.

—No te espantes, cariño, es solo que he visto cómo todos celebran la buena nueva de tu boda y tú eres la única que se ve descontenta con el hecho.

«Con que eso era». Pensé, desinflando mis nerviosos pulmones.

—¡Oh! —exclamé desconcertada por su pequeña diatriba.

—¿No estás feliz? —cuestionó, ladeando la cabeza un poco hacia la izquierda, a la espera de una buena respuesta. Y yo se la daría de la forma más sincera que pudiera, dadas las circunstancias.

—La verdad es que sí me causa alegría, pero siento que en cualquier momento despertaré de este sueño y todo habrá terminado demasiado rápido.

—¿A qué se debe esa inseguridad, mi niña?

—¡Oh, por todos los cielos, mamá! —Le señalaría aquello que era evidente hasta para un ciego—. He estado enamorada de Killiam desde que los dos éramos unos preadolescentes y ahora, después de todo ese tiempo, ¿crees que de verdad suceda?

Mi madre acarició mi brazo dulcemente, sonrió con ternura y trató de aminorar cualquier desasosiego en mi corazón.

—Es normal que te sientas así, pero te voy a dar el secreto para que comprendas el paso importante que estás por dar —expresó la señora frente a mí, frunciendo los labios para concentrarse en lo que estaba por desembuchar—. Mi pequeña, el matrimonio la mayoría del tiempo tiene sus altas y bajas y los dos, como un equipo, deben aprender a escuchar sus corazones cuando estén en diferentes situaciones.

El consejo tal vez serviría para un matrimonio o pareja que no estuviese actuando para aparentar, pero para mí y Killiam eso no era algo viable. Tal vez éramos un equipo, pero no uno donde nuestros corazones estuvieran involucrados, al menos no el de él.

—Lo haces sonar tan fácil…

—Lo parece a simple vista, pero ten en cuenta que has recorrido tu vida queriendo siempre a la misma persona, eso te hará darte cuenta de si lo que sientes y haces es solo por amistad o por verdadero amor. Todo es mutuo, mi niña.

Al menos, en ese punto, no le podía quitar la razón. Únicamente, yo sabía si lo que sentía era amistad y atracción o amor verdadero y puro. Lo único que podía hacer era asentir ante los consejos de mi cariñosa mamá y rogar para que no se sintiera decepcionada cuando se enterara de la verdad.

En cuanto a Kill, no sabía si lo que intentaba con esto de los novios falsos era demostrarse a sí mismo algo, o como en mi caso, que quería demostrarle a él cómo mi corazón palpitaba locamente cuando lo tenía cerca.

Requisito 7

No seremos amigos con derecho



El despacho del padre de Killiam era, por así decirlo, el lugar donde la mayoría de nuestros acuerdos se daban. Tenía un aire acogedor por los colores madera y los muebles del mismo material. Contra todo pronóstico, él lo había convertido en su especie de búnker, sobre todo cuando empezó a odiarse en las terapias por no recuperarse rápido.

Cuando nuestra amistad se reanudó, este despacho evolucionó y pasó a ser “nuestro lugar”.

Las paredes revestidas de papel tapiz azul marino hacían un contraste enormemente agradable con los muebles marrones, arreglados estratégicamente por todo el espacio, hasta culminar en la chimenea apagada frente al sofá largo en el que los dos nos hallábamos sentados.

—Killiam.

—Dime.

—¿Te sientes preparado para volver a jugar? —pregunté, tratando de darle inicio a la supuesta reunión que tendríamos después del almuerzo en su casa.

Una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios gruesos y al mismo tiempo se tocó la pierna derecha, antes lesionada, tal cual como si estuviese acariciando a un viejo amigo. Ahí, debajo de sus bermudas, se avistaba una cicatriz con forma de rayo; le faltaba bastante para sanar por completo, pero había avanzado lo inimaginable para alguien que había pasado de silla de ruedas a muletas y que luego comenzó a caminar por sí solo otra vez.

—Tengo miedo de no dar la talla, eso es todo. Por muchos meses pensé que no sería seleccionado para ningún equipo, menos para el Supertazón.

—No todo es tan malo, te han escogido.

—Sí, a pesar de que los doctores dijeron que la lesión no se curaría por completo. Creo que debe haber un ángel por ahí, haciendo de las suyas para que continúe con mi carrera.

Sabía que por «ángel» se refería a su mamá en el cielo. Killiam le tenía demasiada fe al hecho de la señora Hasting siendo parte de cada uno de sus triunfos, se los dedicaba sin parar.

—Eso es cierto, la señora Talulah está siempre al pendiente de sus mellizos favoritos. Seguro estaría preparando un pastel de zanahoria para celebrar tu selección en las ligas grandes –comenté, tratando de aliviar el aire de tristeza que rondaba en el ambiente. Su mamá lo era todo para él y después de tantos años de haber fallecido, el cariño de sus hijos y esposo se mantenía intacto, como si la señora hubiese muerto hace pocos meses.

—Esas son las cosas que logran que te pida ser mi compañera en este viaje, sabes ponerle humor y color a mis días tristes y grises —elogió, lo que solo me dejó oportunidad para sonreír

tímidamente.

Y aquí venía la parte de la cual nadie quería hablar, aunque, el trato podía esperar unos segundos más.

—Claro, eso me hace pensar en el día en que la señora Silvia te persiguió con su perro por todo el vecindario, después de que la hicieran enojar por cortar sus tulipanes —recordé con diversión, llevando la conversación a otro lado.

Las carcajadas de ambos se elevaron en todo el despacho, amenizando la noche. Pero quedaba pendiente una discusión crucial y ninguno de los dos tenía escapatoria.

—¿Cómo vamos a proceder con el supuesto matrimonio falso? —pregunté.

Mi amigo me miró de reojo y yo le devolví la mirada a la expectativa.

—Bueno, nuestros padres no nos dejarán ganar tan fácil, así que hay que seguirles el juego para poder ir hasta Nueva York y ser una pareja creíble.

Negué, molesta, porque él más que nadie sabía lo mucho que me costaba mentirles a nuestras familias.

—Si es necesario, hay que poner reglas por escrito, estoy confiando en que todo saldrá bien y que nadie se enterará de que estamos mintiendo.

—Todo va a terminar bien, nena.

—Más te vale, Hasting. Debe tener un final decente, porque mi padre no me perdonará una vez se entere. —Hice hincapié en la última parte.

—Como usted diga, jefa.

—No me hagas ir en busca del perro de nuestra vecina para que te persiga por todo Nueva York —le recordé nuevamente en modo bromista.

—¡Oye, mocosa, ya te has reído mucho a mi costa! Esto no se quedará así —acusó, moviéndose del mueble hasta alcanzarme para empezar a hacerme cosquillas. Nuestras risas se mezclaron con el ajetreo de mis piernas y brazos que eran retenidos por las piernas y brazos de él, notando de por sí, cómo mi vestido se alzaba un poco cuando trataba de huir.

—¡Por favor, detente! —imploré entre risas.

Killiam estaba siendo despiadado con el ataque, tanto así que, en el intento de atajar sus manos, terminamos en una posición donde su cuerpo estructuralmente exquisito chocaba un poco con el mío. Las carcajadas descendieron de nivel y fueran reemplazadas por un deseo inexplicable que explotó en medio del despacho.

—No es tan fácil huir de mí —murmuró, su aliento cálido con toques de menta impactó en mis labios entreabiertos.

—Creo que eres tú quien no quiere huir de mí —solté lo primero que se me vino a la mente. Si había un secreto entre los dos, era ese, un indicio tenía que fluir, algo que me diera a entender las intenciones que él ocultaba.

El agarre de sus manos se desvaneció y en cambio, éstas tomaron lugar en el costado de mi cintura, el tacto de sus yemas era una sensación como de electricidad, como una fuente de energía a punto de lanzar chispas.

—Sabes que estamos jugando con fuego, Teira —explicó con un tono de voz que sugería placer y deseo, sobretodo, por su mirada oscurecida.

No tomé en cuenta sus palabras y con mis manos libres inicié un recorrido con las puntas de mis dedos, que palparon sus brazos y fueron acariciando sus hombros, hasta sujetar su cuello y acercar nuestras bocas. En aquella situación íntima no había rastros de ninguna Teira miedosa, sino más bien de una Teira impulsiva con ganas de besar al amor de su vida.

—¿Qué pasa si me quiero quemar? —susurré sobre sus labios.

Solo esas palabras bastaron. Killiam acortó el espacio entre los dos, pegó su boca a la mía y las chispas terminaron de explotar.

En cuestión de segundos estábamos recostados en el sofá, luego me cargó en sus brazos, hasta sentarme sobre el escritorio del despacho, quedando ambos a la misma altura.

Este era un beso diferente al que le había robado en casa de su papá, este estaba siendo uno más desesperado y explícito, tal vez mucho más salvaje y raro de explicar.

Ya no estábamos en una habitación común, el despacho se había convertido en un escenario lleno de sensaciones. Nuestros corazones latían al ritmo del desasosiego. Él sabía cómo besar a una mujer y enloquecerla en segundos; yo, por mi parte, sabía cómo recibir lo que Killiam no tenía forma de decir con palabras.

Sus manos bajaron lentamente hasta mi cintura, descendieron hasta mi espalda baja y sin previo aviso las dejó en mis nalgas, sin dejar de besarme, logrando así que sintiera aquel centro potente y caliente que se cernía por debajo de su pantalón. Aquel simple movimiento me hizo flotar, como si de repente no estuviese sujeta a la superficie, estaba levitando sobre mis propias emociones, al punto de tener que detener el beso para respirar unos minutos. Sin embargo, ese corto tiempo me explotó en la cara, porque cuando pensé que ya todo estaba dicho en nuestro contrato, Kill me salió con un requisito adicional:

—Nena, creo que además de ser novios falsos también somos algo así como…

«¡Que no lo diga! ¡Que no lo diga, por favor!»

—Somos algo así como amigos con derecho.

«Lo dijo…»

Y la duda en su tono de voz me hizo consciente del daño mayor que me estaba ocasionando con esta súper idea.

¡Bendito sea el día en que se me ocurrió besar a Killiam Hasting!

Requisito 8

Un cura falso, un baile, vestidos de novia y algo más



Una semana había pasado desde el beso y en esa semana también transcurrieron todos los preparativos de nuestra boda falsa. Killiam había logrado armar todo un teatro en la menor cantidad de tiempo posible, planear una boda real con novios de verdad llevaría mucho más. Tanto era la insistencia que hasta un oficiante falso iba a participar en nuestra locura.

—Repito por tercera vez desde que llegamos, ¿de dónde sacaste a este hombre? —susurré en el oído de Killiam al notar lo mala que era la actuación del tipejo.

—Mi representante se hizo cargo de los arreglos —comentó él, como si nada—. Lo conocerás en la boda.

—¿Seguro que no va a decir alguna imprudencia?

—Todo está fríamente calculado —aseguró pelando los dientes, como si de una propaganda de dentífricos se tratase.

Negué en desacuerdo, como con la mayoría de las cosas que se hacían dentro de esta extraña relación, pero, aun así, dejé que el supuesto hombre explicara todo el papeleo correspondiente a su trabajo. Al darme cuenta de que no lo soportaba, lo detuve con la única pregunta que me interesaba:

—A ver, vamos a ser rápidos con esto. —Tomé el mandato ante tanto disparate. —¿Cree que estará disponible para oficiar la boda mañana en la mañana? Responda sí o no.

—Claro, señorita, para eso me han contratado —dijo, y me pareció que se había escandalizado por mi pregunta.

—Muy bien, siguiente pregunta: ¿Me da su palabra de que, después de casarnos, podrá olvidarse de que todo fue un matrimonio falso?

—Soy un profesional, me ofende —replicó el actor, dándome la razón sobre su reacción anterior.

—Perfecto, espero no ver algún titular loco que diga “Se busca novia falsa” o haré que se tragué todas sus palabras —le advertí y quedó zanjado el asunto—. Ya nos podemos ir, Hasting.

—Espera… —Me detuvo mi amigo al ver que ya quería retirarme—. ¿No piensas decirle más nada?

—Acabas de decirme que tu representante, a quien no tengo el gusto de conocer, hizo todo el arreglo, entonces este tipo ya está listo para hacer su parte. No tenemos tiempo, ni siquiera he escogido el desgraciado vestido —le recordé, tratando de quitarle el peso sentimental a todo lo que Killiam me hacía pasar para cumplir su trato.

El hombre que sería mi esposo se sonrojó ante mis palabras, pero simplemente se levantó de su puesto y me siguió hasta la salida.

—Definitivamente eres un caso incorregible —murmuró una vez que estuvimos afuera del local donde se encontraba nuestro casamentero.

La brisa calurosa del pueblo nos recibió, acompañándonos en todo el camino hasta la boutique más cercana para ver los vestidos de novia. Los dos íbamos caminando en completo silencio por la acera, como si nada pasara, hasta que a Killiam se le ocurrió soltar una de sus enormes ideas:

—Hay algo que me preocupa.

—¿Qué cosa?

—Que yo no sé bailar.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Sabes que tengo dos pies izquierdos.

—Sí, lo sé, pero no es algo demasiado difícil.

—Lo dices como si yo bailara todo el tiempo.

—Bailaste conmigo en varias fiestas familiares —le recordé—. Es más, hagamos algo muy sencillo —dije deteniendo nuestra caminata.

—¿Qué haces? —preguntó al ver que dejaba mi bolso sobre el asfalto.

Ladeé la cabeza en ambas direcciones para ver si venía algún carro y al notar la ausencia de ellos lo jalé hasta quedar frente a frente.

—Ni se te ocurra hacerme bailar en medio de la calle, todos nos verán —se quejó cuando advirtió mis verdaderas intenciones.

—Si eres capaz de bailar en medio de la calle, no tendrás pena el día de mañana cuando los demás nos vean.

—Solo te haré caso porque se supone que tú eres la maestra y yo el estudiante obediente —intentó bromear, pero pisé la punta de su zapato para que dejara de insinuar sus locuras sensuales—. ¡Oye!

—Atento —lo regañé—, primero, colocas tu mano en este lugar. —Le di instrucciones y las siguió al pie de la letra, apremiando su mano en mi cintura—, la otra mano va a sostener la mía y yo colocaré mi mano sobre tu hombro —le advertí, haciendo ambos todo lo que yo decía desde el inicio.

—¿Ahora?

Nuestras miradas se conectaron en un segundo, nuestras respiraciones profundas y nuestros cuerpos entrelazados en esa danza.

—Ahora, piensa que este primer baile es el primer paso que da una pareja hacia su nueva vida juntos, pero con música.

Una pequeña sonrisa asomó en su boca al oír lo específico de mis palabras. Lo casual de este baile era la melodía proveniente de la plaza cercana a nuestra posición, era una mezcla de balada un poco movida, tocada por una guitarra suave a lo lejos. Todo particularmente diseñado para el

momento.

Al ver sus ojos muy fijos en los míos, recordé la noche en que nos besamos. Miré sus labios entreabiertos y deseé volver a besarlo, hasta que me acordé de la propuesta indecente detrás del plan de novios falsos. Mejor era concentrarse en los pasos de baile.

—¿Ves que no es tan complicado? —pregunté después de ver cómo se atrevía a darme una media vuelta y agarrar de nuevo el ritmo.

Una vez terminada la melodía, ambos hicimos una reverencia entre risas y a los minutos continuamos nuestro recorrido por la calle.

Amaba esos momentos en los que Kill y yo podíamos comportarnos como dos simples amigos que disfrutaban de la vida y del hermoso día. Sinceramente, esto de la planificación de la boda es algo que se hace con tu mamá y tus damas de honor, pero no quería ilusionarme más de la cuenta, así que solo éramos los dos. Nada de rastro de mi cuñada, mi madre o mi hermana pequeña, que seguro estuviese encantada de participar.

En el transcurso de la mañana recorrimos al menos unas tres tiendas y dos boutiques, pero ninguna tenía atuendos parecidos a trajes de novias, todo era particularmente antiguo o feo, aun así, no podía arrepentirme, sí o sí debía escoger algo. Y cuando estaba por resignarme, Kill señaló un hermoso vestido de color azul celeste que se extendía hasta el suelo de forma elegante y formal, parecía una obra de arte sacada de alguna revista de moda parisina y lo mejor es que no tenía parecido alguno a un traje de novia.

—Tienes que probártelo —insistió Kill al ver cómo mis ojos brillaban al ver tal belleza de traje.

Por un instante pensé que sería el adecuado, lo volví a pensar y la razón por la cual sería el indicado era muy obvia, ese vestido clamaba «novia de tu mejor amigo» por todas partes.

—De acuerdo, hay que acabar con esto de una vez —dije con demasiada vehemencia después de pasar unos minutos cavilando mis posibilidades de no morir de angustia por un simple y maravilloso vestido.

Tomé impulso y entré en la tienda para pedir que me pasaran la pieza de estilo único. Caminé decidida hasta el interior de los vestidores y me lo puse.

Un segundo… dos… tres… y abrí los ojos para observarme.

—Esa es la clase de vestido que me gustaría quitarte en nuestra noche de bodas, señorita —dijo Kill, paralizando mi corazón al verlo detrás de mí, frente al espejo.

—¡Oh, por todos los cielos! ¡Killiam, sal de los vestidores! —lo regañé, cerrando la cortina de inmediato, de fondo se oían sus carcajadas por la interrupción.

Respiré profundo y me solté el cabello para apreciar un poco más el vestido, se veía espléndido y… lo odié. Tendría que llevarlo y posar en las fotos de mi boda falsa con tan lindo atuendo.

—Solo lo usarás una vez y listo, será rápido, práctico y sencillo —le aseguré a la Teira del espejo que escondía el miedo en cada expresión de su cara.

Regresé a mi ropa anterior y salí en busca de la cajera para pagarlo, sin embargo, ya Kill se estaba adelantando con su tarjeta de crédito.

—¡Oye! —acusé al hombre, señalando hacia la dependienta que ya había cobrado el vestido—. Me estresa esa manía de pagar por los demás sin consultar.

Kill me observó sumamente relajado y guardó su tarjeta dorada en su billetera al finalizar la compra.

—Deja de regañarme tanto y aprecia tu regalo —replicó con voz suave y calmada.

—¿El regalo es para tus ojos o es para mi cuerpo? —pregunté de forma atrevida, más como un desafío.

Su mirada se desorbitó y observó apenado a la amable cajera, que le entregó una caja de color negro con el vestido adentro.

—Eres muy graciosa, señorita, pero no graciosa de risa precisamente —me acusó, apretando mi nariz a modo de juego con su dedo índice y pulgar, aligerando su asombro.

No me quedó de otra que reírme a viva voz y aceptar el regalo que me estaba dando.

Los dos salimos de la tienda con el paquete en mano y con todos los asuntos del día zanjados.

—Ya está todo, ¿cierto?

—Sí, creo que me da tiempo de ver unas cosillas en el colegio y de ahí me iré a casa de mis padres —dije todo esto viendo mi celular para saber si las maestras de primaria tenían algún reporte para mí, pero estaba vacío—, ¿qué planes tienes tú? —pregunté, a la espera de una respuesta sólida, pero mi amigo parecía estar en la luna.

Alcé la vista para entender por qué Kill no decía nada y encontré la verdadera respuesta. Mi prometido falso observaba a ambos lados de la calle en busca de señales desconocidas para mí, ésta ya vendría a ser la quinta vez en todo el recorrido en la que su reacción era la misma para cada salida de tienda, como si buscara a alguien o algo. Sus hombros tensos, su perfil bajo, sus ojos exaltados. Definitivamente estaba mal.

—¿Crees que alguien te reconozca en este lado del pueblo?

—No tengo la menor idea, pero mi representante ya dio indicaciones a la prensa sobre mi regreso al fútbol, lo más probable es que los seguidores se acuerden de que todos estos meses me escondí aquí, en el fondo más recóndito de las afueras de Nueva York.

—¡Está exagerando, hombre! No estás al fondo, solo estamos a tres horas de la Gran Manzana —le recordé con un poco de diversión, pero este no se reía conmigo, clara señal de que en realidad sí le preocupaba lo que podía suceder si empezaban a llegar admiradores de una de las selecciones más exitosas de toda la temporada.

La magnitud de su nueva fama era un requisito que no me agradaba para nada, ya que era la amiga de un deportista profesional. A veces, alguno que otro turista le pedía fotos o autógrafos al jugador estrella y él aceptaba gustoso la atención, pero me causaba terror saber que yo sería parte de esa situación.

Y fue como proyectarlo y crearlo en un dos por tres, ya que de la nada salió un chico sonriente, reconociendo a la sensación del momento.

—¡Por todos los cielos, es Killiam Hasting! —gritó el admirador, sacando su celular automáticamente para tomar muchas fotos en pocos segundos.

¡Ahora sí que no había escapatoria, damas y caballeros!

Requisito 9

Una ola de paparazzi no estaba entre los planes



Los minutos corrieron demasiado rápido para detectar que, a parte de ese admirador, había una oleada de fans que venían desde el puerto del pueblo, dispuestos a recibir un autógrafo de su jugador favorito. Lo primero que hice fue apartarme a un lado, justo detrás de Kill, lejos del peligro y la euforia. Era una ola salvaje y yo no sabía nadar.

—¡Kill! —grité de verdad asustada y llena de ansiedad, no estaba acostumbrada a este tipo de tumulto.

El chico aclamado giró su vista hacia mí, el pánico era visible en su rostro. Trataba de calmar a la multitud y atender las peticiones de fotografías y autógrafos de cada uno de sus seguidores, pero no entendíamos cómo habían llegado todos hasta esa tienda, era como si alguien les hubiera pasado el dato de que Kill se hallaba ahí.

Empecé a hiperventilar al ver cómo todas esas caras desconocidas tomaban fotos de mi rostro en ángulos nada favorables y sin permiso alguno.

—¡Teira! —llamó mi atención al verificar que estaba entrando en pánico—, sube a ese carro ahora mismo —señaló hacia un auto que estaba estacionado a lo lejos, uno que mantenía su puerta abierta para ingresar. Pensé mucho en si era correcto dejarlo solo con todos esos fans, después de todo, se suponía que seríamos una pareja falsa, pero luego de dos minutos, Killiam gritó de nuevo, haciéndome entrar en razón—. ¡Es ahora! ¡Tienes que subir al carro!

Asentí ante su insistencia y corrí como una posesa hasta el automóvil. Después de unos segundos, advertí que el conductor había arrancado a toda velocidad conmigo adentro y que ya estábamos alejándonos de toda la avalancha.

—¡Espera, falta Killiam! —le grité al ver cómo se iba quedando atrás con todos sus fans emocionados.

—No se preocupe, señorita Templeton, el señor me ha indicado que la lleve sana y salva a su casa —comentó dicho conductor, causándome un sobresalto en el asiento de cuero negro. Me tomé un instante para verificar quién me hablaba y me encontré con un chofer, que más bien parecía un armario de lo fuerte y musculado que se veía.

—Disculpe mi mala educación, pero, ¿quién es usted?

—El chofer del señor Hasting, a su servicio —se presentó muy galantemente, logrando que me relajara un poco ante el movimiento anterior de pánico.

—Entiendo. —Fue lo único que opiné y recosté mi cabeza en el respaldar del asiento y traté de contar hasta diez para comprender todo lo que había sucedido.

—Si no me cree, puede enviarle un mensaje al señor Hasting para corroborar toda la

información —indicó unos segundos después, al ver que no decía nada más sobre su presentación.

—¡Oh, no se preocupe! Es que estoy un poco aturdida por todo el bullicio —me apresuré en mis palabras, pues este señor a simple vista solo hacía su trabajo, tal cual como le habían pedido.

Busqué mi celular y le envié un mensaje a Kill para saber cómo estaba. El no estar acostumbrada a ese tipo de eventos hizo que me retorciera por dentro, no me veía siendo participe de los cotilleos de la prensa y menos en revistas de famosos donde solo había espacio para el escándalo. Estaba habituada a mi privacidad, no a ir corriendo por ahí para que no me tomaran fotos. Sacudí la cabeza un poco y enseguida me di cuenta de que el carro se había estacionado frente al jardín de mi madre.

—Hemos llegado, señorita Templeton —confirmó el conductor, no sabía su nombre todavía.

—Gracias por salvarme de ese desastre. —Sonreí afable y también un poco distraída, me urgía saber cómo estaba Killiam.

Bajé del auto misterioso con mi caja toda destartalada y observé que el auto volvía colina abajo, seguramente en búsqueda de mi amigo. Una vez desapareció de mi vista me encaminé hacia la entrada del hogar de mis padres y no me detuve hasta estar sana y salva en mi habitación.

Me desplomé sobre el colchón y tomé una respiración profunda antes de cerrar mis ojos por unos minutos. Mi actitud solo declaraba un hecho muy importante: estaba incómoda. Y con toda la razón, pues si de algo estaba muy segura, es de que nunca me había fijado en los verdaderos detalles que conllevaban el compartir el mundo de Killiam Hasting. Eso incluía su fama y su fortuna.

Cuando vivía en Boston, solía verlo triunfando en muchos programas de televisión, pero como su amiga, nunca me interesó esa parte de su estilo de vida. Estaba emocionada por sus logros, no por los millones que se ganaba. Yo lo amaba a él, no a su cuenta bancaria. Sabía que lo primero que sacarían a relucir en esta clase de cotilleos era que la nueva esposa del jugador estrella solo estaba detrás de los billullos[2] del chico.

Después de respirar profundo un poco más, me senté a meditar en mi sofá orejero; teniendo este pequeño detalle en mente me prometí a mí misma que esto no me debía afectar en ningún sentido, los demás podían hablar a gusto, pero yo no tenía por qué hacer caso a los chismes. Aquella seguridad me sirvió para levantarme y enviarle otro mensaje de texto a Kill, luego de eso puse mi entera atención a darme una ducha y acomodar lo que faltaba dentro de mi habitación.

Todo estaba casi empacado. La mayoría de las cosas que aquí habían eran de mi adolescencia, mis verdaderas pertenencias se hallaban en Chicago, lo poco que había recolectado en mi estadía en el pueblo no era mucho y en cierta forma me gustaba que fuese así, pues definitivamente no era muy admiradora de la decoración que tenía. El rosa pálido de las paredes y las cortinas color lila habían sido elección de mi madre, el sillón color turquesa que había en una esquina desentonaba por completo, no era nada convencional, así que lo único que atesoraba de este lugar eran los momentos.

La primera vez que me probé un sostén con copa c, los días después de clase en donde solía leer, las conversaciones con mi padre cuando algo en mi vida tenía una participación importante,

mi primer beso con un compañero del instituto, mis padres castigándome por eso, y lo más importante, que ahí en esa ventana que da hacia la casa de los Hasting había conocido a mi mejor amigo y ahora futuro esposo; cada pequeño segundo de ese instante lo recuerdo con exactitud, a pesar de que solo tenía siete años.

La pequeña Teira había llegado de sus clases de ballet y sin pensarlo, observó que un niño asomaba su cuerpo por la ventana de su propia casa, dicho niño le obsequió una sonrisa con pocos dientes, como si la conociera de toda la vida, lo que la hizo arrugar la frente. Ambos niños se miraron por un rato largo y sin esperarlo el niño pegó un papel al vidrio de su ventana, señaló el papel para que la pequeña Teira leyera lo que ahí decía:

¿Quieres jugar?

Te invito unas paletas de helado.

Kill H.

La niña con rizos castaños saltarines se carcajeó al ver que el niño desconocido había firmado el pie del papel arrugado y solo para no hacerlo sentir mal buscó también un pedazo de papel y escribió en él:

Que sean tres paletas. Bajo enseguida.

Teira Templeton

De esa manera tan dulce nació una amistad.

Aquella niña vestida con un tutú y zapatillas de bailarina descubrió lo lindo que había sido conocer a un amigo en un asunto tan desinteresado como lo era una nota. Ahora esa nena había crecido para convertirse en la Teira que era hoy en día.

Tal vez es un matrimonio falso, pero algo me dice que en el fondo de toda la situación hay algo más. Mañana, cuando los dos digamos «sí, acepto», sabremos qué hacer con eso que nuestros cuerpos sienten al tocarse, pero que nuestros corazones no entienden al latir.

Requisito 10

Nunca te confesaré que estoy enamorada de ti



Oficialmente, estaba rotundamente loca y desquiciada. Sí, estaba loca. No sé cuántas veces revisé mi reflejo en el espejo de cuerpo completo que había en mi habitación de adolescente, lo único que logré ver era un cartel brillante sobre mi frente que predicaba: masoquista.

Parecía una eternidad lo que llevaba ahí, paralizada del todo. Mi madre, mi hermana y mi futura cuñada, me habían dejado muy bien arreglada y maquillada, era una novia de pies a cabeza y para nada podía reconocerme. Me perfilé frente al cristal, con mis tacones y mi escote bien ajustado, era todo lo que desde el día de hoy empezaría a odiar y en lo que tristemente me había convertido. Si seguía por ese camino de destrucción, estaba segura de que no alcanzaría a llegar al altar, no hasta que lograse escuchar de los labios del mismo Killiam lo que más temor y terror me causaba.

«Nadie se va a dar cuenta de que todo es falso, Teira. Nadie va a juzgarte por haberte comprometido ante un juez de manera falsa». Pensé, imaginando todo lo que mi amigo seguro me diría en este momento de ansiedad. Solo Dios sabía lo mucho que amaba al hombre con el que supuestamente me iba a casar, pero solo yo sabía lo mucho que me estaba costando decir mentira tras mentira.

Intenté probar con respiraciones profundas, pero el ambiente dentro de mi habitación estaba viciado por mi ataque de pánico.

—¡Knock, knock! —escuché la voz de mi papi y eso calmó un poco mis nervios. Ese señor era justo y necesario en mi vida.

—Papito —dije con un tono de voz asfixiado, casi ni me escuché a mí misma.

—Mi niña, ¿qué sucede? Todos te están esperando abajo.

—Sí, es que… —Traté de inventar otra de mis mentiras, pero nada salía por lo exasperada que estaba—, en dos minutos ya estoy lista —finalicé muerta del pánico.

Mi progenitor, conocedor de la mayoría de mis manías al estar nerviosa, se acercó hasta donde estaba a punto de desfallecer.

—Estás nerviosa, ¿es correcto o me equivoco? —indagó, juntando sus manos con las mías.

—Y-yo... —contesté de forma atropellada, dejando en evidencia todo mi malestar, no podía claudicar a último minuto, menos enfrente de mi padre, que estaba por llevarme al altar.

—Escúpelo, pequeña, ya sabes cómo hacerlo —recordó él, sabiendo de antemano las mil veces en que estos ataques de pánico se adueñaban de todo mi ser.

Lo miré a los ojos, tan idénticos a los míos, y me sentí mal del estómago, pues yo no era

buena para ocultar cosas, pero tampoco era tan loca como para hacer que el plan de Killiam se destruyera en un nanosegundo; así que solo dije lo único cuerdo que podía salir de mi boca:

—¿Puedes pasarme mi celular para llamar a Killiam? Quiero escuchar su voz —le rogué, separando nuestras manos, sin poder mirarlo de nuevo a la cara.

Inmediatamente, hizo lo que le pedí y una vez depositado el artefacto electrónico en mis manos, salió de la habitación.

—Vengo en cinco minutos.

—Gracias —susurré a duras penas.

Mi padre cerró la puerta y dos segundos después ya estaba marcando al número de mi futuro esposo. Al menos unas cuatro veces llamé y ninguna de esas lo cogió, hasta que decidí dejarle un mensaje de voz.

—Hola, Hasting… Sí, lo sé, esto de llamarte justo antes de casarnos no es lo idóneo, pero, ¡no contestas! —exclamé, sabiendo de antemano que mi tono de voz era el de una novia desquiciada—, bueno, solo quería decirte que… —Dudé varios segundos, ¿esta era la manera correcta de confesarme? Y simplemente no pude resistirme más—: lo que quería decirte es que… ¡Diablos, Hasting, Te amo! Nunca tuve los ovarios para decirte esto que siento y menos para decirlo en voz alta. Estoy asustada aquí en mi habitación, hablándole a una contestadora, pero más asustada estoy por lo que estamos a punto de hacer. —Expulsé todo sin dejar nada por dentro—, siempre he estado enamorada de ti y quiero creer que, en algún punto, tú has sentido lo mismo y que lo de "casarnos" va a estar bien, pero… —Tragué saliva y entendí que hasta ahí había llegado mi valentía—. Solo olvida este mensaje. Adiós.

Colgué la llamada y cerré los ojos, derrotada. Además, era tarde para retractarme de la boda, también era tarde para retractarme del mensaje y de todo el tiempo que no le dije a Kill lo que sentía mi corazón.

Me saqué las lágrimas que clamaban por salir, enderecé el vestido y salí de la habitación.

Una boda me esperaba.



El exterior del patio trasero de mis padres estaba más espléndido que nunca. La decoración dispuesta en una especie de carpa que estaba adornada con flores blancas, para ser más precisos, tulipanes blancos. Mis favoritos.

Ese simple detalle en la decoración me devolvió la seguridad que había perdido a medida que bajaba las escaleras de la casa hasta el jardín. Los invitados, obviamente, eran pocos, por decisión del novio y novia falsa, por lo que en vez de una boda parecía un día normal en nuestras vidas.

Mi padre, que seguía fiel a esta locura en la que su hija se había metido, sostuvo mi mano hasta el altar improvisado, íbamos acompañados por la leve melodía de fondo. Claro está que, tenía muchas ganas de salir corriendo de ahí, sin embargo, recordé que al final de ese pasillo de flores me esperaba mi mejor amigo, así que mantuve el paso y finalicé la marcha nupcial hasta quedar a un costado de Killiam, que iba bien arreglado en un traje color celeste, haciendo juego con las tonalidades de mi vestido.

Respiré hondo y me preparé para verlo directamente a la cara y conservar esa calma que solo su mirada me daba en los momentos de angustia, no obstante, cuando giré mi rostro, entendí por qué no había cogido el celular para responder a mi llamado. Su semblante era demasiado frío para mi gusto, no había complicidad en este asunto que estábamos por afrontar, sino más bien una línea de separación enorme, como una especie de abismo palpable.

«¿Qué diablos está pasando?»

—Te estaba llamando a tu celular —indiqué mientras esperábamos al juez falso que nos casaría.

—Estaba ocupado —respondió sin verme en ningún momento.

—Sentía muchos nervios —dije en busca de alguna respuesta que me trajera un poco de consuelo ante su hostilidad, pero él se quedó mudo.

Asombro era poco comparado con lo que sentí y con la tensión que se instaló en la escena, definitivamente, solo tenía una opción: borrar el desgraciado mensaje de su bandeja de buzón y por mi bien, callarme lo que sentía. Aquella clase de persona acartonada no merecía ni un ápice de mis sentimientos, no merecía ni siquiera un desgraciado mensaje de voz en su contestadora.

Desde ese punto de la situación, mi mente se mantuvo en blanco, en una especie de ceremonia automática. Mi cuerpo y mente estaban divididos de aquel instante, sé que nos casamos, que firmé un papel que solo contenía mentiras y que sellamos todo el teatro con un beso escueto y lleno de frialdad.

Este tercer beso fue algo semejante a un cubo de hielo, un beso lleno de frustración y desánimo. Estaba tan desilusionada que no me interesó el resto de la velada, ni siquiera el baile como pareja oficial.

Dejé que los pocos que conformaban la recepción me felicitaran por mis falsas nupcias y que todos disfrutaran de la tarde, incluido mi esposo, que mantenía conversación con el resto, a excepción de mí. El único momento en que se dignó a hablarme fue para presentarme a su manager.

—Erick, te presento a Teira… Mi esposa —agregó esa última palabra a la oración, era la primera vez que salía de sus labios y me hubiese erizado la piel si tan solo no lo hubiera expulsado de su sistema como un improperio a la vida.

Definitivamente, este día debía terminar cuanto antes.

Requisito 11

Todo inicia en la Gran Manzana



La actitud de Killiam, sin duda, era insólita y más estando presente su manager entre los dos y entre el abismo que de repente se había creado entre ambos.

—Mucho gusto, señora Hasting, he oído bastantes cosas buenas sobre ti —expresó el representante.

Fui ojeada por Kill, que seguro estaba a la espera de alguna oración imprudente de mi parte. Estaba tan enojada con su comportamiento que no pensaba dirigirle la palabra, por lo que concentré mi atención en la apariencia de este nuevo personaje del cual nunca me había hablado. Erick era, ¿cómo decirlo?, un hombre particularmente bien parecido físicamente, de estatura promedio, cabello bien peinado, ojos rasgados y contextura similar a los deportistas. A simple vista, parecía ser una buena persona y alguien agradable, pero algo en su modo de ser me mantenía alerta.

Aparentemente, yo no le gustaba como elección de novia para su cliente. Erick sabía de lo nuestro, logré confirmarlo en la forma en que me inspeccionó de pies a cabeza, como si yo fuera la mismísima bruja loca del oeste que dejaría en la ruina a su pobre jugador estrella. El susodicho nos dejó a solas una vez dejé mi mano extendida para estrecharla con la de Erick, convirtiendo el juego de miradas en algo incómodo. El señor se dedicó a decir solo cosas buenas de Killiam y su carrera prometedora, hasta que tocó un tema que no esperaba oír de parte de nadie, menos de parte de un desconocido.

—Ahora comprendo por qué te escogió a ti para hacer todo esto —expresó con un tono de voz demasiado calculador para mi gusto. La forma en la que se refería a mí, como si fuese un experimento, me dio a entender que buscaba desenmascarar a la persona errónea.

—¿Disculpa? —Me hice la desentendida solo para saber qué tan lejos tenía pensado llegar con el atrevimiento.

—Lo bueno de todo esto es que solo es un matrimonio falso y que no harás lo mismo que Kelly.

El haberla nombrado me demostró que mi papel en todo esto prácticamente era nulo y sin beneficio alguno, más que el de una profunda decepción. No obstante, yo merecía respeto.

—Creo que no tengo por qué hablar con usted de ese tipo de temas en un día tan espléndido como este, ¿me equivoco? —sugerí, dándole el mismo lugar que él me estaba dando a mí como la mejor amiga que se prestaba para semejante negocio. Obviamente, no quería sonar cortante, pero sinceramente, ese nombre no era bienvenido en mi entorno, así que se podía ahorrar todo el comentario para sí mismo.

«A otro perro con ese hueso».

—Tienes toda la razón, Teira. Me disculpo —agregó varios minutos después, al ver el disgusto que me ocasionó lo que dijo.

—En este momento necesito una copa de champaña, así que si me disculpa. Fue un placer —dije, esquivando cualquier otro comentario desdeñoso.

No me caía mal, pero su forma inquisitiva de buscar un culpable en mi interior solo me dejó un mal sabor en la boca del estómago. Tenía suficientes problemas con todo el teatro, como para ahora agregarle a eso un representante buscador de arpías caza fortunas, así que me fui en busca de esa copa y también en busca de mi novio falso. Si mis cálculos no fallaban, ni siquiera había escuchado el mensaje, así que tenía poco tiempo para interceptar su aparato telefónico y eliminar mi estúpida metida de pata. Pensé en una solución rápida e inmediatamente se me encendió el foco al ver pasar a mi cuñada.

—¡Ey, Lucía! —exclamé lo más emocionada y natural posible—, vamos a tomar fotos, ¿tienes tu celular? —pregunté, a sabiendas de que, por su trabajo, la chica lo mantenía cargando siempre.

—Uy, lo siento mucho, Ter, ¡lo acabo de poner a cargar! —confirmó mi suposición.

—No te preocupes, querida, pídele el celular a tu hermano —insistí de lo más tranquila, no sabía si de verdad esa idea funcionaría, pero más me valía probar y poder obtener el celular antes de la gran catástrofe.

La movida fue sencilla. Mi cuñada logró tener el celular de Killiam en sus manos y en pocos minutos estábamos tomándonos varias fotos *selfie*. Para cuando habíamos tomado al menos unas diez tomas, alguien llamó a Lucía y ella se disculpó, dejándome el celular de su hermano.

«¡Bingo!»

Alcé la vista solo un momento para verificar que el dueño del aparato no se hallara cerca, una vez confirmado, me incursioné en el mundo tecnológico del jugador estrella de la Gran Manzana. El hombre tenía demasiadas aplicaciones abiertas, entre ellas, las del buzón de voz, que para mí mala suerte contaba con una contraseña de patrón.

«¡Ahora sí que no tienes solución, Ter!»

Con esto entre mis manos nada más me quedaba eliminar la aplicación y rezarles a todos los santos para que Killiam no se diera cuenta de lo que faltaba en su celular. Una vez listo el asunto, decidí que el aparato debía ser devuelto, pero por obras del destino, un mensaje entrante llegó. El número no estaba registrado, aunque una imagen de perfil denotaba claramente de quién se trataba. El pecho me ardió de disgusto. El único motivo capaz de nublar mi día y sacar a flote mi mal carácter tenía nombre y apellido.

Aparentemente, Kelly regresó al acecho, irrumpiendo en la vida de su ex prometido y colmando mi paciencia, que hasta este punto era muy poca.

Aquella conversación de chat daba a entender que no era la primera vez que la chica intentaba contactar al jugador. Sin embargo, no me correspondía a mi leer el mensaje, que a simple vista se veía un poco largo, debía recomponer mi apariencia y volver al papel. Así que con el mismo mal humor que ya venía cargando a cuestas le hice entrega del celular a su dueño, girando en el acto hacia otra parte, lejos de él y de su cara de perro rabioso.

—Teira, espera… —Me sujetó del brazo, hasta darme la cara, era el primer contacto visual en

todo el día.

«Si las miradas matarán ya estarías enterrado, Hasting».

—¿Qué quieres? —inquirí con un tono de voz brusco, pero este me ignoró olímpicamente.

—En media hora salimos.

—¿A qué te refieres? —pregunté nuevamente un poco aturdida por su propuesta autoritaria y su cambio de planes.

—Nos vamos a Nueva York —contestó como si fuera lo más obvio del mundo—, el carro está esperando en la entrada —agregó de forma cortante.

No le presté atención a más nada de lo que dijo, el mundo se había detenido y todo iba más lento de lo normal. El día había acontecido de una manera diferente a lo esperado y ahora él me daba a entender que la locura y el viaje estaba por empezar. Un viaje para el cual no estaba preparada. Desde ese momento sabía que se había acabado mi estadía en el pueblo y lo que era más triste, mi estadía al lado de mi familia. Reaccioné a mi propio futuro y me encontré un poco desencantada al saber que esta no era la manera en la que quería vivir mi vida durante los próximos meses.

En la entrada, todos nos despidieron con alegría y lágrimas en los ojos, lo que generó sentimientos encontrados en mí. Mi vida estaba por dar un giro de 180°.

Requisito 12

Ella no debe ser nombrada



La primera vez que viajé a Nueva York tenía al menos unos doce años de edad. Recuerdo haber ido con mi papá por carretera, alrededor de tres horas y media, solo para ir a uno de los estadios de la ciudad a ver el juego del equipo de fútbol sensación en ese momento. Ahora, después de tantos años, el lugar se mantenía intacto en algunas cosas y en otras daba la apariencia de estar más grande de lo normal; los edificios rascacielos, las luces led brillando intensamente en las calles de Manhattan y la infinidad de anuncios que acompañaban a los transeúntes a medida que realizaban su recorrido. A simple vista era algo bochornoso ver tanta gente ir y venir.

Mientras el chofer nos conducía hacia nuestro destino, logré observar alguna que otra publicidad gigante del *show* del Supertazón; cantidad de imágenes se colaban, mostrando a los jugadores participantes y las apariciones especiales de celebridades. Una de las fotos que más pasaban era la de mi querido “esposito”. Aquel anuncio demasiado luminoso me hizo recordar quién era y a qué venía a esta ciudad.

—En unos minutos llegamos al edificio, seguro habrá fotógrafos —comunicó mi acompañante bien derecho en su asiento en la parte trasera, recordándome la forma en la que me había estado ignorando la mayoría del trayecto.

No agregué ninguna palabra y me di el gusto de comportarme como una malcriada al no mirarlo ni siquiera para asentir, no merecía mi trato amable, al menos no por ahora.

El automóvil se detuvo en la entrada de un majestuoso edificio de veinticinco pisos de altura. Al estacionar por completo, dos amables señores de seguridad abrieron nuestras respectivas puertas y otros dos se dieron a la tarea de llevar la mayoría de nuestro equipaje, que justamente venía en un camión de mediano tamaño. El despliegue de seguridad y cortesía terminó por abrumar mis sentidos, hasta hacerme sentir minúscula y fuera de lugar por completo. A eso le sumaba el mutismo de Killiam.

Tenía que armarme de valor y demostrar que las objeciones que se presentaran de aquí en adelante no serían más grandes que todo lo inteligente y capaz que era para llevar a cabo mi papel. Así que caminé liviana, sin reparar mucho en los flashes de las pocas cámaras que había en el recinto y llegué entera al elevador, donde ya Killiam se encontraba. Suspiré un poco y esperé a que se dignara a decir algo, pero solo se tomó el tiempo justo para presionar el piso quince y devolverse a su sitio.

Una vez el ascensor dio aviso de que habíamos arribado al nivel indicado, Kill abrió la puerta del lugar con una llave metálica que no había visto anteriormente. En realidad, nada de lo que iba viendo era de mi conocimiento. Mordí mis labios llena de aprehensión, pues nunca había estado en este lugar. Era un departamento de soltero del jugador estrella.

Desde que abrió la puerta de la enorme bóveda, todo me pareció demasiado blanco o

demasiado negro, muy poco parecido al dueño, o lo que yo conocía del dueño. Una sala con muebles impersonales, un comedor con ocho puestos completamente solitarios, parecía más bien una casa piloto sacada de una revista de bienes raíces en vez de un hogar, distaba mucho del calor común de una casa familiar y estaba segura de que las manos que habían influido en la decoración tan inhóspita tenían que ver con cierta pelirroja irritante.

Nuestras maletas ya estaban ahí, así que, sin preguntar, rodé mi maleta por el lugar con el temor de manchar el piso que estaba completamente pulido, bajo mis tacones que ya me estaban matando, por cierto. El dueño del departamento de la nada se perdió por uno de los pasillos, dejándome a solas con mis propios pensamientos e inseguridades.

Retiré mis sandalias de tacón alto con cuidado y solté mi cabello bien peinado para respirar mejor, me dolía un poco la cabeza, pero seguro se debía al hambre o porque no les había avisado a mis padres que ya habíamos llegado.

—Creo que ya no tenemos la posibilidad de salir a cenar —escuché a Killiam, que interrumpió mi diálogo interior.

Arrugué la frente sin decir nada y observé su dedo, señalaba hacia el gran ventanal que daba al balcón. Dejé mi maleta y mis tacones a un costado y me encaminé hasta donde estaba el susodicho, mostrando el motivo por el cual moriríamos de hambre.

Una pequeña multitud se había aglomerado en la entrada del edificio, todos admiradores de Killiam, seguro se habían enterado de su llegada y la mía. Estábamos solos, con hambre, enojados y sin escapatoria.

—Bueno, en ese caso, creo que tendremos que pedir servicio a domicilio —murmuré con todo el sarcasmo posible, logrando que después de tantas horas, una sonrisa se asomara a los labios de mi acompañante. Sus ojos negros me miraron ahora sí por completo, pidiendo disculpas en silencio, sinceramente quería entenderlo, pero estaba muy enfadada—, ¿Makis o pizza? —pregunté para desviar su intento de tregua.

—Puede ser una combinación de ambas —propuso mientras iba en busca de su celular para realizar el pedido.

No podía dejarme llevar por sus encantos, muy a mi pesar, ya no aguantaba el no hablar fluidamente.

«¡Vamos! ¡No somos dos niños!»

—Me parece una excelente decisión —culminé la pequeña conversación sobre la cena.

Kill hizo las llamadas pertinentes sin dejar de mirarme directamente, lo más probable era que por su cabeza estuviesen pasando millones de ideas absurdas, como: yo huyendo en cualquier instante, yo pegando gritos como loca porque nada de lo que hacíamos era correcto. Sin embargo, eso era lo que yo estaba pensando, lo que inmediatamente hizo que todas mis alarmas se encendieran una vez finalizó el pedido a domicilio.

«¡Ay, por favorcito, que no se dé cuenta del buzón de voz!»

—¿Listo? —pregunté, logrando que por un minuto se olvidara de su aparato telefónico y se concentrara en mi palabreo sin sentido—. La vista, sin duda, es lo único que se puede apreciar en este lugar, es demasiado… ¿cómo decirlo?

—Poco cálido —afirmó sin dejar que continuara.

Respiré un poco aliviada al ver que ya no tenía su celular inteligente cerca y también me concentré en lo que decía.

—Bueno, solo le falta un poco de gente y uno que otro color, pero del resto…

—Sigue siendo poco cálido, Teira —insistió, dejándome muda al llamarme por mi nombre completo—. El servicio a domicilio tardará una media hora por el tráfico, así que puedes acomodarte en el cuarto que está al final del siguiente pasillo.

—Creo que este lugar conserva un poco del mal humor que llevas todo el día —solté de la nada, con toda la mala intención para que se diera cuenta de que estaba siendo estúpido y arrogante, luego lo dejé con la palabra en la boca, caminando hacia el condenado cuarto.

El departamento estaba dispuesto en forma de letra *V*, solo había dos largos pasillos, el que llevaba a las habitaciones y el que llevaba hacia la cocina y otras instalaciones del espacio. Todo bien impecable y con un color blanco que daba mareo; al final había una puerta de color negro que estaba abierta a medias.

Ingresé con cuidado y noté qué habitación estaba ocupando: la habitación principal de Killiam y Kelly.

—Ya entiendo por qué ni siquiera eres capaz de darme un recorrido decente en esta casa, Hasting —dije en voz alta, como si de alguna manera me fuese a escuchar, pero estaba completamente sola en ese gran espacio.

La diferencia de todo el exterior con esta habitación es que tenía todo intacto, como si Kelly no lo hubiese abandonado en medio del altar frente a cientos de invitados. La cómoda con perfumes y joyas, el armario con ropa de los dos, ambas mesitas de noche con pertenencias de cada uno y… la cama perfectamente tendida.

—La comida acaba de llegar —anunció el dueño del departamento, asustándome por completo.

No advertí que había estado paralizada en medio de tantos recuerdos desconocidos, no hasta que vi su mirada perdida en el pasado, tenía el cuerpo afuera de la habitación y el corazón roto.

Esto iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado, una cosa era la amistad que habíamos reconstruido en el pueblo y otra muy diferente era lo que íbamos a hacer acá en Nueva York. Era una zona no segura para mi corazón, me estaba traicionado a mí misma al someterme ante un romance falso, un romance que no tendría un final feliz.

—En seguida voy, quiero quitarme este vestido —susurré, sintiendo un nudo en la garganta.

Él asintió un poco ansioso y se fue de inmediato, dejándome de nuevo con mis terribles meditaciones. Deseé no ser tan buena con los demás y pensar un poco en mí, pero, ¡diablos!, era demasiado tarde para arrepentirme.

Saqué un pijama cómodo y colgué el hermoso vestido con el que me había casado en un lugar que no perteneciera a esa mujer inescrupulosa; mis pantuflas de panda, me retiré el maquillaje y de nuevo me sentía yo.

Salí por donde entré, hasta llegar al salón de muebles, donde ya Kill estaba sirviendo algunos pedazos de pizza y una variedad de Makis.

—Buen apetito —le dije mientras me sentaba frente a él.

Los dos empezamos a engullir todo en silencio, solo masticando, de verdad la situación ya era aplastante y agotadora.

«¡Esto tiene que terminar!»

—De acuerdo. ¡Ya basta! Esto no puede continuar así.

—¿De qué hablas? —preguntó, haciéndose pasar por santo, tomando de su gaseosa como si nada.

—Hablo de ti, Hasting. Llevas todo el puto día siendo cortante e hiriente. Si algo te molesta, ¡escupe de una buena vez, hombre! —Crucé mis brazos, a la espera de su tremenda explicación.

Él respiró hondo al ver que mi molestia era enorme.

—Yo… —dudó por dos segundos—, temprano, en casa de tus padres, tenía miedo de hacer esto —dijo refiriéndose a la boda.

—¿Miedo a qué? —cuestioné temerosa por la respuesta que podía obtener a cambio.

—Es difícil, ¿sabes?

—Creo que no entiendo el contexto.

—Teira, estuve a punto de casarme una vez y lo que pasó ese día, pues…

Esa oración me dejó sin aire. Todo estaba siendo referente a esa mujer, hasta esta casa era la representación de su personalidad destructiva. Esta conversación debía acabar cuanto antes.

Requisito 13

Welcome to New York



La cara de pena y tristeza que Killiam tenía me dejó sin palabras.

—Ayer por la noche recibí un mensaje, era ella.

Actué sorprendida solo para que no se enterara de que le había estado echando una ojeada a su teléfono.

—¿Has hablado con ella? —pregunté sin darme cuenta de que estaba hablando en susurros, con el corazón en la garganta.

—No tengo el coraje suficiente. Ver esos mensajes me espantaron.

—¿Cuál es tu verdadero miedo?

—No sé, si te soy sincero, hago todo esto con el único propósito de demostrar que puedo hacer lo que vine a hacer, que puedo triunfar y ser reconocido por mi excelente estrategia en el juego —dijo con los ojos un poco atormentados—. Además, tú estás aquí, ayudándome, siendo mi esposa y dejando atrás los cotilleos de mi ex y su forma cruel de dejarme plantado.

La forma de decir cada palabra con tanta convicción y disposición a demostrar sus verdaderos sentimientos me dejaron más muda de lo que ya estaba.

—Es un poco, no sé cómo decirlo…

—Sé que puedes pensar que es algo absurdo lo que digo, pero yo sé de lo que hablo —gesticuló, dejando su comida a un lado para explayarse en el tema—. Teira, yo tenía miedo a que hoy me dejaras y te fueras corriendo en cualquier momento.

Aquel descubrimiento estaba siendo lo más cercano a una declaración inesperada, pero yo sabía que si no quería darme un tortazo con la realidad debía colocar un *stop* ya.

—Pero, si todo es falso, Kill —le recordé.

Sus ojos me observaron, como intentando decirme algo, pero los desvió y convirtió el tema en más de lo mismo.

—¡Eso ya lo sé, Ter! —exclamó, olvidando la pizza y los Makis—. Es solo que mi panorama era otro. Yo era el hazme reír de los periódicos dedicados al deporte.

Quería comprenderlo, no obstante, se me hacía difícil por un asunto en especial, sabía cómo era esa persona en la cual Kill había depositado toda su confianza y amor; la verdad no se merecía estar en una posición tan condescendiente.

—Killiam, tienes que enfocarte en el ahora, los que de verdad te conocen, saben que eres capaz, eso es todo lo que te debería importar —dije sin prestar atención a la otra parte del

cuento—. Si crees en ti, no hay nada que no puedas lograr.

Hasta ese punto de la conversación, sinceramente, no me interesaba qué diablos decía el supuesto mensaje, sino que este hombre terco creyera en sus habilidades y no en sus debilidades. Todos lo habían visto jugando cuando inició y sinceramente no conocía a nadie que mereciera tal oportunidad más que él.

Ladeó su cabeza, seguro pensando en mis palabras de aliento.

—Está bien —aceptó—. Creeré en ti y aprenderé a confiar un poco más en mí.

Dentro de mí hice un bailecito de lombriz sensual, estaba feliz y emocionada por obtener algo positivo de aquella conversación reveladora.

—¡Excelente! Ahora puedo comer tranquila.

—¿En serio? ¿Tanta insistencia para terminar comiendo de nuevo? —preguntó, al tiempo que los dos nos carcajeamos.

—¡Claro, amigo mío! —exclamé emocionada—, ya cumplí mi objetivo, de acá en adelante nuestras vidas pueden continuar —dije, tomando mi siguiente pedazo de pizza.

Cada uno entendió que no había nada más que hablar por el momento y después de unas miradas cómplices nuestra amistad quedó renovada. Así, todo volvía a ser como la mayoría del tiempo. Normalmente, él se decantaba por ser un conversador nato, capaz de sacar a colación cualquier tema interesante, manteniendo ideas constantes. Así tenía que mantener nuestra relación de convenio. Sus sentimientos importaban, pero no sería capaz de vivir con la indecisión de lo que sentía por la arpía de su ex novia, alguna cosa me haría claudicar a último minuto y luego estaría perdida.

Amarlo era un problema, así que más que un contrato, era un acuerdo conmigo misma para no dejar mi corazón hecho trizas en el piso al terminarse todo el espectáculo.



Dos días deberían pasar en un santiamén[3], más en mi fuero interno, empezaba a sentir que llevaba un siglo en la fortaleza de color blanco, sintiendo la mayor asfixia y aburrimiento posible.

La mujer independiente y libre de ataduras estaba pidiendo a gritos salir, no era de quedarme en casa cuando sabía que había cosas por hacer, y ahora menos, que no quería ser considerada como una de esas esposas perfectas que se quedan en su hogar, haciendo solo oficio hasta que su esposo llega a cenar.

Sin embargo, no tenía la absoluta decisión sobre mis movimientos en esta ciudad, no cuando había una fila de admiradores, aguardando para tomar alguna fotografía de mi cara. Salir del edificio no estaba dentro del itinerario de ninguno de los guardaespaldas apostados en el *lobby*, para empezar. Así que, decidí que debía hacer alguna otra cosa en vez de estar dando vueltas como loca.

En lo que respecta a Killiam, no estaba por la zona, se mantenía ocupado entrenando y la verdad, prefería que así fuera, las hormonas de una mujer enamorada no podían dejarme mal parada. Inclusive, tuve la grandiosa idea de intentar cocinar algo, más todo quedó en un intento, porque a leguas soy una de las peores cocineras. Era un perder-perder para mí y después de

cavilar lo que era aconsejable en estas situaciones, solo se me ocurrió algo: escapar.

Sabía que esto no le gustaría nada a mi querido “esposito”, pero era eso o lanzarme por la ventana.

—Más te vale ser rápida, Teira —me dije a mí misma en voz alta mientras me ponía mis zapatillas deportivas. Agregué una chaqueta a mi atuendo desenfadado, unos lentes de sol y listo, con eso pasaría desapercibida.

Al abrir la puerta de salida me aseguré de que no hubiese nadie, según me había comentado Killiam, su representante se había tomado la molestia de contratar un guardia de seguridad, hasta que la prensa se enterase correctamente de nuestra boda y todo el asunto; solo que el guardaespaldas no estaba, seguramente se había cansado de cuidar a alguien que solo estaba encerrada y eso era un punto a mi favor.

Me deslicé hasta el ascensor, dispuesta a relajarme un rato en el parque más cercano del edificio. Una vez fuera, me fijé bien en que a mi alrededor no hubiera ningún enloquecido admirador, y en efecto, estaba todo tranquilo.

Caminé unos pocos pasos en dirección contraria al edificio. Sentí cómo el aire frío impactaba sobre mi rostro, aquella simpleza de la vida me hizo sonreír gustosa y caminé un poco más en busca de alguna plaza con muchos niños; eso de estar alejada de mi centro de estudiantes me causaba un poco de ansiedad.

Estaba hecha para mantenerme ocupada entre evaluaciones, juntas de profesores y demás reuniones con los padres de cada alumno, esa era yo y a medida que pasaban los días me alejaba más de esa mujer. Caminé por veinte minutos, calle abajo, hasta llegar a una de las avenidas principales de Manhattan. Si me dejaba llevar por los detalles, sabía que no me podía perder, así que busqué como pude un arco enorme de entrada hacia el parque central y sus alrededores. Una vez en su interior pacífico me senté cerca de unos árboles con asientos individuales y saqué mi celular para ver si tenía algún mensaje o llamada perdida.

Mis padres me escribían cada vez que podían para saber cómo me adecuaba y cómo me iba, dudosos por las decisiones apresuradas de su hija del medio; en el caso de mis hermanos gemelos, ya habían retornado a sus trabajos en conjunto con nuestra hermanita menor. Todos estaban alejados. Adicional a lo anterior, tenía mensajes del conjunto de profesores líderes, indicándome que disfrutara mucho mi luna de miel, como si eso fuera posible. En realidad, no sabía cuántos meses duraría mi estancia en Nueva York o cuánto duraría esta travesía.

Cerré los ojos para desconectarme de los problemas y me relajé del todo en mi asiento, sin darme cuenta de que esa calma duraría poco.

—¡No puede ser! —gritó alguien a varios metros de mi puesto—. ¡Es la chica de Killiam Hasting!

Mis ojos se abrieron con rapidez, llenos de espanto, al oír a una nueva oleada de gente viniendo hacia mí. Agradecí en silencio al saber que llevaba zapatillas cómodas, pues era ahora o nunca el echarme a correr. Me levanté rápidamente y no me percaté de más nada, sino de huir lejos de todos esos fans.

—¡Es Miss Hasting!

—¡Teira! –gritaban dejándome desconcertada.

«¡¿Cómo diablos saben mi nombre?!»

La única persona capaz de matarme, a parte de los fans enloquecidos, era Killiam. Así que debía correr igual de enloquecida si no quería correr el riesgo de ser asesinada por mi adorado esposo falso.

Sentí mis pulmones desfallecer con el trote, lo que me hizo comprender que de ninguna manera estaba en forma, lo mío era comer y engordar felizmente. A lo lejos, divisé el gran edificio, listo para acogerme en mi huida. Los gritos me empezaban a aturdir y mi intención inicial fue respirar un poco de aire fresco, no perderlo.

—¡Teira! —Seguían los alaridos y apresuré el paso hasta la entrada del edificio, donde estaban los guardias, incluido el que supuestamente debía cuidarme.

Todos me rodearon, verificando que estuviese bien y creando un cintillo de seguridad solo para mí, donde me sentí sana y salva.

Me di el lujo de tirarme en el primer sofá del *lobby* en busca de recobrar el aliento, ya sentía una presión latente en la parte de la frente y la nariz por tanto correr.

Cuando por fin logré restaurar mi pulso, alcé la vista para agradecerle a los de seguridad, uno de ellos, que era el que debía resguardarme de cualquier peligro, me ofreció un vaso de agua y luego me miró con cara de reproche. A lo mejor para el hombre no era normal ver a una chica despeinada e hiperventilando, eso quería creer fervientemente, porque en realidad, su mirada se debía a alguien que en seguida sentí a mis espaldas.

El perfume al que me estaba acostumbrando ingresó en mis fosas nasales, solo bastó el agarre de su mano en mi brazo izquierdo para estar frente a su mirada inescrutable. La verdad, decir que mi corazón iba a mil por minuto era exagerar, pero así lo sentí al ver la cara enojada de Killiam. Cólera y rabia, todo junto en sus facciones.

—¿Se puede saber qué carajos hacías sola fuera del edificio? —murmuró entre dientes, gruñendo en cada sílaba, conteniendo hasta la más mínima célula de su cuerpo para no matarme.

«¡No hay quien me salve de esta, señores y señoras!»

Requisito 14

Solita me metí en esto, solita me quemo con fuego



Básicamente, el tema iba de que yo era completa y absolutamente culpable ante los ojos rabiosos de Killiam Hasting, ¡y pobre de aquel que intentase decir lo contrario! Al menos una media hora había pasado desde que subimos al departamento para resguardar nuestros rostros famosos de aquellas cámaras entrometidas.

Mi mejor amigo caminaba de un lado a otro con mucho enojo acumulado, parecía que en cualquier instante se iba a abrir un hueco en el piso de la sala común. Debía admitir que no había sido nada prudente de mi parte escaparme de esa manera, pero tampoco podía venir a regañarme como a una niña pequeña.

—Vamos, Killiam, no es para exagerar —dije, restándole importancia al hecho de que una avalancha de gente corría en mi dirección, pero solo bastó que dijera esa pequeña frase para que él se detuviera a mitad de camino y me mirara más molesto aún.

—Es mejor que no continúes por ese camino, Misteira —exigió con un tono de voz siniestro.

Mi nombre completo entre sus labios era una muy mala señal, eso me hizo comprender que el hombre en verdad no estaba de humor, así que mantuve mis labios presionados para no decir otra burrada y me quedé ahí a la espera, sentada en el sofá, mientras él seguía rondando de aquí para allá. Me permití observarlo un poco, iba vestido con un pantalón deportivo y una franela sin mangas que dejaba a la vista todos aquellos músculos que mis manos ansiaban tocar.

«¿Qué locura estoy pensando?»

Me hice la pregunta mentalmente, tratando de aplacar el delirio de calentura. La verdad sea dicha, ese hombre empezaba a convertirse en una tentación increíblemente antojosa; tanto así, que parecía que estaba por cometer algún pecado con tan solo mirarlo de reojo. Sin embargo, sus cambios de humor le quitaban toda la sazón al asunto, como por ejemplo en ese momento, que me dejó ahí con la palabra en la boca, sentada como una niña regañada en el rincón del salón.

Todo mi cuerpo se sintió pesado de la nada, el reloj dispuesto en la mesa de la sala común indicó que ya eran pasada las tres de la tarde y ni siquiera había tenido tiempo de ingerir algún alimento, y para ser sincera, con la mala actitud que últimamente desprendía Kill, no me apetecía comer nada. Mi estómago estaba todo revuelto, así que me desplomé en el sofá y poco a poco me fui quedando dormida, en realidad estaba agotada.

Sé que algo preocupante estaba soñando, porque me sentía un poco agitada en los brazos de Morfeo, tanto así, que ni siquiera sentí que unas manos cálidas me depositaban sobre una superficie más suave que el sofá. Estas mismas manos cálidas acariciaban mi mejilla, dejándome tendida en un nuevo y maravilloso confort, dejando atrás cualquier mal sueño. Las caricias terminaron por devolverme a la realidad, encontrándome con la dulzura de sus ojos negros, ya

libres de dureza y enojo.

—Estabas hablando en sueños, te quedaste dormida en el mueble —susurró.

Me estiré un poco en la cama, dándome cuenta de que no se trataba de la habitación a la que Killiam me había llevado el primer día de haber llegado al departamento. Si giraba un poco la mirada podía ser consciente de un lugar igual de grande, pero con más accesorios, como una televisión bien sujeta a la pared, una cómoda con objetos masculinos, como un perfume y un reloj que anteriormente le había visto puesto. A mi derecha también había una puerta blanca que dirigía hacia un baño particular y debajo de mi cuerpo se sentía la suave sábana acolchada de un color azul marino que cubría toda la extensión de la cama. Esta sí era la habitación de Killiam, lo que me daba a entender que más nunca logró ingresar a la otra habitación.

—¿Qué hago aquí? —pregunté en voz baja, sin comprender por segunda vez su cambio repentino de humor, además, no quería saber qué cosas me había atrevido a decir en sueños.

El esposo falso me miró con ganas de decir algo, pero en cambio, se limitó a acercarse cual pantera negra en busca de seducir a su presa, estaba demasiado cerca como para aclarar mis pensamientos.

—Yo… —habló muy bajo, impactando su aliento exquisito sobre mi rostro que estaba a pocos centímetros.

Se había bañado y olía a *shampoo*, traía puesto un pijama. No quería alzar la vista, sabía lo que ahí encontraría: Deseo. Puro y carnal deseo.

—¿Quieres decirme algo? —volví a preguntar con la vista baja, enfocada en sus labios entreabiertos.

—Yo no sé qué es eso que tienes que me desordena todo por dentro —finalizó su frase sin despegarse ni un centímetro, la piel de mi cuerpo se erizó sin permiso dejando en evidencia lo que su cercanía provocaba en mi pulso.

—No sé… —respondí en un suspiro, recordando todas aquellas sensaciones que me produjo su cuerpo en el despacho de su padre. Aquí en la comodidad de su habitación no había mucha escapatoria, solo éramos él y yo. Él con una faceta un poco más caliente de lo normal y yo que me moría por probar sus labios nuevamente.

—Es extraño, pero me causa intriga —dijo, arrugando un poco su cara, logrando que mis ojos se conectarán con los suyos.

El contacto visual era todo aquello que me permitía saber qué era lo que ocultaba, qué era lo que no me decía en realidad, sus pupilas dilatadas clamando por un placer previo a la locura. La sensación de explotar estaba siendo inevitable, tan solo un toque y juraba que los dos nos volveríamos locos en un dos por tres. No tenía conciencia plena de que lo que hacíamos se debía del todo a la curiosidad y no al enojo anterior. Los nervios eran palpables, el sueño y la comodidad habían quedado atrás hacía minutos.

—Kill, estoy muy segura de que no quieres jugar esta clase de juego conmigo —dijo mi parte sensata, viendo la magnitud de lo que estaba por acontecer y lo caliente que me empecé a sentir. Habíamos acordado fingir, sin embargo, esto se estaba convirtiendo en una tarea imposible de realizar.

—Estoy muy seguro de que tu cuerpo me dice otra cosa en este preciso minuto —murmuró, al

mismo tiempo que se alejaba de mis labios para posar los suyos en la base de mi cuello y darme un ligero beso ahí, donde la presión se estaba disparando.

Mi cuerpo tieso se ablandó en el momento en que sus manos me atrajeron por la parte baja de mi espalda, para luego recorrer mis hombros y posar ambas manos sobre mis mejillas coloradas.

«Me quiere besar» Pensé al ver la clara intención.

—¿Me detengo?

La osadía con la que se atrevió a preguntar, aunado a la sonrisa atractiva que desprendía su ser, se convirtieron en el aliciente perfecto para destruir todas mis fortalezas y sucumbir al encanto Hasting.

—Bésame ahora, Killiam.

La confirmación que salió de mis labios fue lo único necesario para desatar el huracán de excitación en nuestros cuerpos. Mis brazos subieron a su cuello y su boca enseguida atajó la mía en una danza de "bésame, que yo te beso", una especie de revuelta de deseo que no tenía final. Su lengua sacudió la mía, intensificando la manera en la que nuestras bocas se comunicaban, no había tiempo final en esta guerra, solo deseo y más deseo. Si antes no había existido noche de bodas, estaba segura de que esta noche sería el preámbulo para esa oportunidad.

El fuego líquido que emanaba de ambos movimientos terminó por llenar la habitación de calor, subiendo la temperatura, hasta el punto de tener que desaparecer la ropa que traíamos puesta. Este fuego emanaba desde lo más profundo de nuestro ser, un volcán en erupción que explotaría en el momento menos pensado.

Una a una, fuimos quitando nuestras prendas, dejándonos la piel al descubierto, solo lo necesario como para besar donde la desnudez nos mantenía cautivos de placer. Cada curva de mi cuerpo se cruzó con cada músculo tonificado de la piel de Kill. Su anatomía era un manjar listo para degustar.

Sus labios tomaron lugar en mi cuello, bajando hasta mis senos, donde se entretuvo lamiendo y acarició cada montículo con sus dedos hábiles. Ambos estábamos produciendo pura electricidad chispeante, de esa que solo los dos teníamos la capacidad de encender.

—Ter, eres muy suave —murmuró entre dientes, volviéndome loca con lo profundo del sonido de su voz y la forma en que sus manos acariciaban mis curvas.

Respiré profundo, sacando un lado demasiado atrevido y desconocido para mí, seguro le parecía lo mismo a Killiam porque me miraba hambriento y deseoso de más. No podía expresar en palabras lo que sentía cuando con nerviosismo, el futbolista empezó a retirar mis bragas, seguido de mis manos desatando el nudo de sus pantaloncillos deportivos que ocultaban la prominente excitación. Ambos nos detuvimos solo tres segundos para observar hasta qué punto habíamos llegado y también para recuperar un poco el aliento. Una sonrisa lobuna asomándose en medio de la oscuridad de su habitación, seguramente mi cabello estaba todo despeinado y mi cuerpo enrojecido por sus besos suculentos.

Ninguno de los dos quería detenerse. Y en efecto, no lo hicimos.

Los besos regresaron con más ahínco hasta llegar a lugares inesperados. Estaba recostada sobre la enorme cama, con el peso de Kill aplastándome lo justo y necesario para empezar a sentir en todo mi centro su virilidad imponente. Varios gemidos ascendiendo mientras

aumentaba la velocidad de sus acercamientos. Quería que me hiciera suya, pero también quería probar un poco de eso para lo que claramente estaba preparada.

Descaradamente, hice que se girara hasta dejarlo debajo de mi cuerpo semidesnudo y como nunca, hice que me viera, que observara cómo me agachaba lentamente sobre él, hasta llegar ahí, hasta el inicio de toda su calentura. Este hombre estaba a punto de recibir un poco de su propia medicina.

—¡Oh, señorita! ¡Diablos! —Respiró fuerte al ver mis intenciones hechas realidad, estaba disfrutando el espectáculo que nuestra sensualidad lograba alcanzar. Subí la mirada cuando lo tuve en mis manos y lo miré fijamente, a la espera de su primera y auténtica reacción—, ¡por todos los cielos, Teira! —exclamó, justo cuando mis manos se hicieron cargo del asunto completo, logrando llevar la escena a un nuevo nivel.

Estábamos en otra dimensión, era como si hubiese activado un botón con solo tocar en el lugar preciso y de repente explotar en un mar de emociones y en un… ¿grito de niña?

Sus manos retiraron las mías y sus brazos me envolvieron fuertemente.

—¿Qué hechizo me has lanzado, bruja? —preguntó, buscaba recuperarse de su propio éxtasis particular y divertido.

No pude contener la risa, a pesar de estar a la expectativa del asunto.

—Hablando de hechizo, ¿qué onda con esa voz de niña? —devolví, haciendo una réplica burlona de su gemido personalizado.

Mi sexy esposo falso solo atinó a reírse para dejar claro que no tenía comentarios al respecto.

—Eres tremenda, nena.

Ambos nos quedamos recostados en medio de la oscuridad, el deseo aún presente y peor aún, la gran incógnita del siglo. ¿En qué momento nos dejamos llevar de esta manera?

Me levanté un poco, apoyándome sobre mis codos y encendí la primera lámpara cercana a nuestra posición enredada, debíamos aclarar esto o me volvería loca.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto que hicimos recién?

Sus ojos se veían un poco nerviosos bajo la tenue luz.

—¿Por qué saliste de esa forma tan peligrosa del edificio?

—Que quede claro que la primera en preguntar he sido yo, así que más te vale responder.

Su silencio causó estragos en mi poca paciencia, hasta que por fin habló:

—Ya te dije, no sé qué es eso que haces, pero sin duda hay algo que causas dentro de mí.

—¿Es simple deseo o es…?

—Es un error, una locura. Los dos somos mejores amigos.

Asentí con una risa irónica de fondo, esto era de esperarse dados los acontecimientos anteriores. Lo que me causaba rabia era que él pensara que lo nuestro es imposible solo por ser amigos, más aún después de habernos entregado el uno al otro de aquella manera sobre su cama. Desvié la mirada y como pude me metí al baño para recuperarme del golpe bajo al que me había sometido con sus ofensas.

A partir de ese día decidí que, si él quería quemarse con mi fuego, lo haría, pero solo si disfrutaríamos los dos, no uno solo.

Simplemente por hoy había sido suficiente.

Esa noche dormimos juntos con situaciones y aclaraciones incompletas.

Llena de confusión y desánimo por todos lados me desperté más de una vez, no lograba pegar un ojo después de tanto pensar en lo que ese hombre negó a toda costa.

Observé su rostro plácidamente dormido, sus pestañas largas, privándome de sus pupilas oscuras, tenía una respiración pausada y los labios un poco entreabiertos. Nunca lo había visto dormir de aquella manera tan cómoda, como si nada malo le pasara.

Un pensamiento serio se plantó en mi cabeza, sobre cómo el cariño que él me daba me parecía una vil farsa del destino; una idea que me rondó toda la madrugada sobre un tema delicado que se debatía entre mi cerebro y mi corazón herido.

Requisito 15

No esperes que sea como ella



La única solución que podía con mi insomnio era un buen baño de agua fría. Me levanté de la enorme cama y observé que afuera ya estaba por amanecer. Ingresé al baño del hombre que estaba roncando plácidamente encima del colchón y me deslumbré un poco por lo enorme que era el espacio. Una bañera tipo jacuzzi y una ducha del tamaño de la cocina de mis padres me saludó, me quedé a la expectativa, ¿cuál clase de baño tomaría?

Con un poco de paciencia conseguí abrir la llave y ajustarla a un nivel en donde solo saliera agua tibia con gotas agradables que cayeran por mi cuerpo.

Mientras enjuagaba mi cabello, recordé que hoy iniciaba la verdadera prueba de matrimonio falso. Killiam me había comentado cómo sería la agenda del Supertazón. Una cantidad de jugadores donde varios equipos se reunían en la ciudad de Nueva York para unas cuantas entrevistas referentes al evento, luego tomarían rumbo a otro estado, donde se daría pie al mayor espectáculo deportivo.

Entendía que debía adoptar cierto comportamiento cerca de tanta gente célebre, no obstante, deseché la idea inmediatamente, yo no podía fingir mi personalidad, mucho menos hacerle creer a los demás que era una mujer diferente cuando era todo lo opuesto a lo que la mayoría imaginaba. Ellos estarían esperando a Kelly, seguramente, pero solo se encontrarían con Teira.

—No vayas por ahí, mujer, termina de bañarte —repliqué en voz alta, entendiendo que no debía compararme con nadie.

Unos minutos más y ya estaba lista para arreglarme.

Salí del baño, envuelta en una toalla enorme y me fui del cuarto de Kill directo hacia el mío, este se hallaba al otro extremo del pasillo. Todo el departamento estaba oscuro y en silencio, sin vida prácticamente. Llegué hasta mi maleta y busqué ropa abrigada, pues el frío que hacía no era nada normal. Solo unos pequeños retoques en mi cabello ondulado y estaba preparada para el primer *round* de la mañana.

—Buenos días, señora Hasting —escuché su voz masculina a mis espaldas, erizando toda mi piel—. Me he despertado y no estabas ahí.

Me giré, nerviosa por saberlo cerca, verlo después de lo sucedido anoche era un gran paso en la historia de amor que aparentemente teníamos. La Teira tímida se hizo presente en ese preciso momento, pidiendo a gritos estar a solas con sus pensamientos carnales.

—Buen día, Kill —pronuncié lo más relajada posible, pero él no era tonto, no después de ver cómo prácticamente me lo comía como paleta sobre su cama.

—¡Vaya que son buenos! Señora Teira-curvas asombrosas-Hasting —dijo con ese tono de

voz sugerente que me volvía loca, sonrojando mis mejillas en el acto.

—¡Oh, para de coquetear! Vamos tarde al entrenamiento. Andando. —Traté de esquivarlo, pero sin previo aviso me acurrucó entre sus brazos, cortando mi huida.

—Adoro cuando eres tan mandona, Ter —murmuró, depositando un suave beso en mis labios que me tomó desprevenida. Sus impulsivas atenciones desequilibraron mis fuerzas y resistencias, convirtiéndome en una plastilina entre sus brazos fuertes. Al separarse de mí traté de ajustar mis pensamientos para lograr salir del departamento, pero este de nuevo me detuvo al ver que no llevaba nada conmigo—, ¿no hiciste tu maleta? —preguntó enseguida.

—¿Maleta? —repetí sin saber a qué se refería.

—Tengo el presentimiento de que cierta señorita está un poco distraída el día de hoy —aseguró, depositando ahora un beso en mi frente.

—Yo… —tartamudeé como toda una idiota—, pensé que íbamos a volver por las cosas después del entrenamiento —me excusé al ver que sus dotes de coqueteo estaban dejándome muda.

—No dará tiempo, el avión nos va a esperar después de las entrevistas que tengo pendientes —habló con propiedad y conocimiento del asunto, luego señaló el pasillo para que arreglara mis pertenencias, colgándose también una mochila donde imagino llevaba su ropa y cosas de aseo personal.

Asentí, aún un poco desconcertada por la demostración de afecto en la puerta de mi cuarto y me fui en busca de esa maleta que ya había preparado a conciencia. Agregué una bolsa con maquillaje, mis documentos, toallitas, un libro que siempre llevo para leer en tiempos muertos y una chaqueta, por si refrescaba el día.

—¿Todo bien? ¿Tienes todo? —averiguó Killiam.

—Sí, creo que ya podemos irnos —acepté, tratando de actuar normal—. ¿Quién cuida esta fortaleza mientras no estamos?

—La verdad, nadie, hay un agente de bienes raíces que le está buscando dueño, tengo pensado venderlo —mencionó como de pasada—, ya no tiene sentido conservarlo —agregó, ahora sí rígido en su andar, seguro se había acordado de algo.

—Creo que solamente le falta un poco de calor humano, con un poco de dedicación, encontrarás un verdadero hogar —opiné, sintiéndome una entrometida en su vida pasada.

Y al culminar aquella frase sus ojos regresaron a mí, intentando apreciar mis palabras como algo más. Sabía que Kill era el tipo de hombre que admiraba el sueño de crear su propia familia, por lo que aquello fue sugerir cierto tipo de plan.

—Bueno, pensándolo bien, los dos podemos darle todo el calor humano posible, ¿no crees? —expresó de nuevo con tono de voz divertido.

—Soy profesora, no decoradora de interiores. —Hice hincapié en la frase con todo el doble sentido del mundo, dándole la espalda para salir hacia el ascensor.

—Eso lo sé, pero sería genial que en algún momento hiciéramos una cena para varios amigos que quiero que te conozcan, sería como un proyecto de fin de año —agregó, siguiendo el mismo camino hacia el ascensor.

Tragué saliva, incómoda, no quería conocer a sus amigos, no porque me parecieran malas personas, sino más bien porque yo no estaría mucho tiempo por ahí.

—Me imagino que es para que no sospechen —dije con una ceja alzada en modo sarcasmo, buscando distraerlo de sus ideas locas de acogerme dentro de su sociedad elitista. Todo lo referente a su mundo de jugador estrella y falso matrimonio venía con alguna de sus locuras del pacto entre amigos.

—Exactamente. —Sonrió de oreja a oreja quitándole peso a mi chiste con doble sentido.

—Está bien, te ayudaré —acepté, rodando los ojos en señal de rendición—, pero, ten algo muy claro, muchachote. —Lo apunté con el dedo índice—. No soy una esposa trofeo, este matrimonio es completamente falso, pero mi personalidad sigue intacta y no pienso cambiar solo porque te estoy ayudando.

El pobre hombre alzó sus manos mostrándose inocente, para luego asentir rápidamente.

—¡Como usted diga, jefa!

—Bien —gruñí molesta por ceder a otra de sus grandes ideas.

—Muy bien. —Se carcajeó dejando en evidencia su triunfo.

Bajamos agarrados de las manos y a la expectativa de los paparazzi que tomaban una que otra foto matutina. Dentro del auto respiramos en paz, confiando en que nadie dudaba de nuestro trato.

—Este clima está de locos. A veces, pienso que estamos en un libro del escritor Jonathan Mariñas, donde todo es frío y gris, ¿cómo es que se llama?

—¿Te refieres a *Sin cambios no hay mariposas*? ¿Has leído ese libro? —me burlé, pues no sabía que a Kill le sobraba tiempo para novelas de romance paranormal.

—Sí, también he leído uno que otro de una escritora venezolana llamada Carolina, es muy famosa por su libro *Asunto Pendiente*, ese es igual al clima de Nueva York en navidad —comentó, como si nada.

Los dos nos observamos por un minuto y al siguiente, como siempre, ya estábamos matándonos de risa. La conversación fluía sin ningún inconveniente cuando no teníamos que pensar en lo de fingir. Me gustaba que, a pesar de no parecerlo, los dos teníamos varios gustos en común.

—Tus gustos de lectura son tan raros como mi gusto por la salsa picante —le hice saber, escuchando cómo enumeraba su top 5 de novelas de romance que más le gustaban y las canciones que había escuchado al momento de leer cada una de ellas.

—¡Oh! Si quieres algo picante tienes a la escritora Marian, esa mujer sabe cómo describir escenas fogosas, sin duda alguna —aseguró con absoluta convicción.

Las carcajadas volvieron a oírse y la conversación continuó. Dos mejores amigos enfrascados en una sencilla conversación sobre libros, canciones, series favoritas y cosas sin importancia, olvidando por completo las pretensiones y problemas del día a día. Solo él, yo y… ¿la radio?

—¿Le puede subir un poco? —le pidió Kill al chofer, para que elevara el volumen de la radio deportiva nacional en la cual hablaban del gran evento del momento, donde los jugadores de alta categoría eran invitados a participar.

—«Cabe destacar que con este gran evento esperamos ver el triunfo de las grandes promesas de este año en el Supertazón, ¿no es así, Mike?» —escuchamos a uno de los narradores de la sección de deporte.

—«¡Eso es correcto, Steve! Aunque, confieso que en esta oportunidad debo decir que mi corazón atlético se inclina hacia el primer triunfo de las Águilas verdes» —confirmó el tal Mike, haciendo referencia al equipo de fútbol en el cual mi mejor amigo participaría—. «Además, todos ansiamos el regreso de una de las jóvenes estrellas del fútbol, ¡el mariscal de campo, Killiam Hasting!»

—«Sin duda alguna, esperamos que este chico tome las decisiones correctas a la hora de recibir el balón».

—«¡No tengo dudas de que será un año genial para Hasting! ¡Después de todos los inconvenientes con su lesión y su terrible ruptura, lo merece, ahora mucho más, que viene acompañado de una chica misteriosa que se rumora es su esposa!»

—«Como lo escuchan, Nueva York, el quarterback de las Águilas verdes ha retornado a las grandes ligas con la soga al cuello y los admiradores de Hasting desean conocer un poco más de esta señorita desconocida».

¡Diablos, sabían de mi existencia!

—«¡Se dice que esta nueva chica aporta una buena vibra al jugador mientras que otros indican que solo quiere cazar su fortuna por ser uno de los famosos talentos de la NFL!»

Tragué saliva al darme cuenta de algo horrible: ellos me estaban comparando con Kelly.

—Teira… —llamó Kill, tocando mi brazo al ver que no respondía—. ¿Pasa algo?

—Nada —contesté automáticamente al ver que Killiam no había reparado en el comentario del locutor. Mis manos empezaron a temblar de forma involuntaria, pues eso prácticamente me daba un golpe contra la realidad, una realidad aplastante. Alcé la mirada hasta los ojos de mi esposo falso, intentando buscar la razón verdadera por la cual deseaba que fuera su especie de tapadera en todo este asunto, pero la indignación de saber que alguien en el exterior me comparaba con semejante mujer, hizo que quisiera retroceder y largarme. Tenía que escuchar la versión de sus labios para cerrar este problema lo más pronto posible y eso debía ser antes de bajar del carro—, ¿me parezco a ella? —indagué, ladeando un poco mi cabeza con muchos sentimientos encontrados.

—¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando? —devolvió la pregunta con otra más, siendo su tono de voz un poco cansado.

Me acomodé en el asiento del carro y toqué su mano derecha en busca del contacto de su calidez, de la misma calidez que siempre había tenido para mí.

—¿Kelly y yo somos iguales?

Ese silencio que se venía presentando en cada una de nuestras conversaciones desde que nos casamos frente a un cura falso, se hizo presente de nuevo. Nunca, en todo el tiempo que estuvimos en el pueblo, sacamos este tema de su exnovia a colación, solo una vez estando mi amigo sumamente en mal estado y borracho.

—¿A qué viene esa pregunta? Si se puede saber —habló primero, con el semblante serio y lleno de oscuridad.

—Acabas de escuchar lo que dicen de mí en la radio —le recordé, apuntando con el dedo lo obvio, sin embargo, algo dentro de mí me pedía retroceder en el interrogatorio—, es muy sencillo responder, no deseo que al salir por ahí en las revistas todos estén diciendo que soy igual a ella. —Crucé los brazos para hacer énfasis en mi supuesto enojo, no debía titubear o se enojaría muchísimo más de lo que ya aparentaba estar.

—Nadie hará eso. Y ahora debemos bajarnos del carro —finalizó sin verme del todo, pero mi parte terca no podía dejar eso así.

—¿Aún la amas?

Escuché que su respiración se ralentizaba, sus puños apretados en forma de piedra.

—Creo que es un tema que no te interesa, Teira. ¿Podemos bajar?

—Claro que me incumbe, me interesa desde el momento en que decidiste casarte conmigo y meterme en todo este lío. No quiero que se hable de mí como una impostora. ¿Soy o no soy igual a Kelly?

—¡YA DEJA DE NOMBRARLA! —El grito me hizo saltar del asombro y del susto, su cara era de “mírame y no me toques”.

El chofer miró en mi dirección, apenado por la escena. En cambio, Killiam solo señaló la puerta del carro para bajar cuanto antes, no me dio oportunidad de protestar o defenderme.

Esta persona, este hombre no era Killiam para nada, ni mucho menos el ser con el que había firmado un pacto entre amigos, era un hombre herido del corazón, lleno de enojo y rabia, que solo buscaba algo en particular con este matrimonio falso, llamar la atención de su único amor: Kelly.

Requisito 16

Siempre sé única, siempre se tú, nena



Paralizada y completamente muda, una mujer sin gracia y sin nada bueno que aportar. Eso definía mi personalidad ante las cámaras y revistas de farándula que aguardaban por ambos en el aeropuerto internacional. Sentía que las horas pasaban lentamente y que las palabras grotescas de Killiam se repetían una y otra vez en mi mente, sin embargo, sonreía plásticamente y le hacía creer a todos que éramos una pareja perfecta de recién casados.

Pasamos un rato ante los flashes incandescentes de las cámaras y después separamos nuestros caminos. Killiam se fue hacia una parte privada del aeropuerto donde aguardaba el avión que llevaría a todo el equipo de futbol mientras que yo me embarqué en otro avión con asiento en primera clase que me dejaría a tiempo en la ciudad de Minneapolis.

Las ganas de llorar eran fuertes, pero debía guardar las apariencias y tragarme cualquier mínimo sentimiento de tristeza, así que me concentré en el clima frío y en el cielo hechizante de la ciudad en la que estaba por aterrizar. Según el reporte del clima de mi celular para estas fechas de febrero es donde se podían sentir las temperaturas más bajas, por lo que la mayoría de las personas iban abrigadas. Estar a kilómetros del pueblo me hacía ver lo lejos que estábamos de las calles veraniegas y las plazas llenas de turistas cálidos.

Al bajar del avión me recibieron con una limusina negra y un ramo de flores, un lindo detalle para la esposa del jugador. Tenía entendido, según lo que sabía de la agenda de Killiam, que este auto me llevaría directo al estadio principal dónde se celebraría la llegada de los jugadores convocados.

—Teira —escuché mi nombre por primera vez desde que él me había gritado salvajemente. Subí la mirada y advertí que el avión del equipo de fútbol también había llegado y la pista de aterrizaje se había llenado nuevamente de fotógrafos y reporteros.

—Fue un viaje corto —comenté, siendo la primera frase que salía de mi boca en horas, sin embargo, él me ignoró por completo.

—El chofer te dejará en el hotel, yo tengo que hacer unas cosas con Erick —pronunció, refiriéndose a su representante—. Aquí están las llaves de la *suite* donde nos quedaremos.

Estiré mis manos para recibir lo que me daba y él desvió su mirada por completo, largándose con los demás colegas.

La limusina aguardaba para que me subiera y una vez dentro me llevó lejos, tan lejos del aeropuerto que no me dio tiempo de verificar mi entorno.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no reparé en el hecho de cuándo el ostentoso carro se había estacionado frente a un hotel de lujo. Comprendí que debía bajarme y cuanto antes llegar a la dichosa *suite*, ahí lograría desencadenar el mar de lágrimas que tenía atoradas en mis

ojos, porque ya parecía que tuviera una especie de alergia.

En el interior del hotel cinco estrellas me recibieron varios empleados con educación y cortesía; el lugar estaba lleno de muchos famosos reconocidos, así que debía recomponer mi cara de tragedia si no quería aparecer de nuevo en las revistas como la loca sin presencia. Un joven me ayudó a llevar las maletas que ni recordaba haber bajado del automóvil y enseguida me condujo al piso veinte, que era donde estaba la *suite* en donde mi esposo y yo estaríamos mientras se desarrollaba todo lo referente al Supertazón.

—Bienvenida a Minneapolis, señora Hasting…

Y eso fue todo.

Me quedé sola en aquella habitación inmensa con mi mejor amigo molesto al otro lado de la ciudad.

Lo único que se me ocurría para salir de ese incómodo estupor era comunicarme con mis padres, así que me desplacé hasta donde se lograba avistar una pantalla plana gigante y al tiempo que encendía la televisión, marcaba el número. El pitido del otro lado de la línea sonó cuatro veces y justo cuando iba a darme por vencida, la voz de mi papito respondió al llamado.

—Hola, papi —murmuré temblorosa, con las lágrimas al borde de mis ojos.

—Mi pequeña, me alegra tanto que llamaras, ¿cómo va tu vida de recién casada?

Aquel simple y dulce comentario me hizo estallar en lágrimas, pero no podía dejar que mi papá se diera cuenta del estado de tristeza en el que me encontraba, así que respiré muy profundo y me tragué el nudo en la garganta, lista para expulsar más mentiras.

—Todo va genial… Lo único es que Kill ha tenido muy poco tiempo libre con lo del Supertazón —mentí a medias mientras veía que en la televisión empezaban las noticias sobre deporte.

—Me imagino. Tu madre y yo lo estamos viendo en la rueda de prensa que pasan en el estadio, se ve como toda una superestrella —comentó mi padre muy orgulloso de su yerno falso. Si había algo que le emocionaba a mi progenitor, era ver que sus seres queridos cumplían la mayoría de sus sueños, incluido Killiam.

—Sí, también lo estoy viendo por la televisión.

—¡Oh, pensé que estarías en el estadio con él! —habló desanimado, lo que me indicó que ya era tiempo de cortar la llamada.

—Verás, es que estaba cansada por el viaje y preferí venir al hotel, sabes que eso de las cámaras no es lo mío. —Reí menos llorosa y al mismo tiempo llena de nervios, sabía que luego de esto, mi papá empezaría a hacer más preguntas que yo no podía responder con honestidad.

—Bueno, pequeña, entonces te dejo para que descanses. Mamá te manda saludos.

—Los extraño… Un beso enorme —me despedí sin esperar otro «te extraño también».

Al colgar la llamada mis ojos no aguantaron más y las lágrimas empezaron a deslizarse por mis mejillas.

Lloré por cobarde.

Lloré por miedosa.

Lloré por aquel hombre en la televisión que nunca se daría cuenta de cuánto lo amaba, pero sobretodo, lloré por haberme comparado con Kelly, incluso antes de hacerle la pregunta a Killiam. En mi interior, sabía que en nada me parecía a ella, pero al tener tanto temor a lo obvio era inevitable no sentirme desplazada en su vida.

Lo observé en la pantalla plana y vi la determinación en su forma de actuar e interactuar con la prensa. Sus sueños solo incluían dos cosas: el fútbol y Kelly.

Ese pensamiento solo aumentó más mi llanto, hasta que caí rendida del cansancio sobre el sofá, con el control en la mano y el celular a un costado.

En esta oportunidad no hubo manos suaves que me llevaron directo a descansar sobre una cama, pero al despertar, sí me di cuenta de que alguien había tenido la amabilidad de colocar una manta sobre mi cuerpo para evitarme el frío. Como pude, soplé mis mocos y me levanté del mueble. Necesitaba lavarme la cara urgente y también comer algo con urgencia.

Me adueñé rápido de lugar donde se hallaba la cocina, esta estaba escondida detrás de una barra americana, llena de aperitivos que no había tomado en cuenta cuando pisé el interior de la *suite*. La mayoría era comida rápida y alguna que otra ensalada de frutas, pero no se me antojaba, así que continué con la búsqueda, encontrando lo que deseaba ingerir. Cereal de chocolate con leche.

Destapé el paquete y encontré un recipiente para servir la cantidad normal que solía comer. Aproveché de lavar mi cara en el lavabo de la cocina para disminuir la hinchazón de mi rostro después de tanto llorar, pero cuando me giré para buscar un papel que me sirviera de toalla me encontré con un personaje no deseado en la escena: Killiam.

La tristeza ya se me había pasado, pero en cambio, la decepción hizo acto de presencia.

No me sorprendió verlo ahí parado en medio de la cocina, con su cabello recién peinado, su perfume exquisito después de bañarse y su cuerpo candente a pocos metros de donde yo estaba sentada. Me concentré en mi tarea y di con el papel-toalla, secando mi cara de manera apresurada. Cogí mi recipiente de cereal y en la barra americana comencé a comer sin decir nada. De reojo, observé que no perdía detalle de mis movimientos, para luego caminar hasta el mismo lugar donde me había servido el cereal y hacer el mismo procedimiento. Sin decir ni una sola palabra se sentó frente a mí y empezó a masticar, solo escuchaba el crujir de nuestras bocas hasta que culminé mi platillo, no obstante, en vez de retirarme, esperé.

—Hoy me fue muy bien en el estadio —inició su diálogo sin verme del todo a la cara.

—Qué bueno —comenté, reacia a dar mi brazo a torcer.

—Sí, todos me recibieron de maravilla —indicó mientras escarbaba en su recipiente de cereal.

—Qué bueno —repetí como si nada.

—Incluso nos invitaron a una cena en casa de unos amigos.

—Genial.

Todas mis respuestas eran iguales, pues no tenía ganas de hablar con él, a menos que se disculpara por cómo me había tratado. Sabía que estaba bajando la guardia para ver si yo lo perdonaba, pero no se lo pondría tan fácil.

—Ter…

—Killiam…

Sé qué no le gustaba que lo ignorara. Muchas veces, cuando éramos unos chiquillos, le hacía la ley del hielo[4] para que se diera cuenta de que no podía andar comportándose como un niño malcriado cada vez que algo le salía mal, y en este caso no había mucha diferencia.

El hombre frustrado frente a mí, apartó su tazón de cereal a un costado y se pasó las manos por la cara, demostrando lo agotado que estaba de todo. Desde mi posición, entendí dos cosas: podía preguntar o seguir quedándome callada para no sentirme una intrusa en su universo. Pero él se adelantó.

—No sé qué diablos estoy haciendo… —susurró en unos cuantos sollozos.

Tragué saliva un poco preocupada, él era mi debilidad número uno y verlo en ese estado podía conmigo.

—Yo tampoco lo sé —secundé, haciendo una mueca de negación.

El lugar estaba poco iluminado y lleno de ese malestar que los dos presentábamos, solo se escuchaba mi respiración y el leve sollozo de un hombre herido a un paso de mí.

—De verdad discúlpame por haberte gritado de esa manera, no tengo justificación alguna, es solo que… yo… —dudó, no sabía si era buena idea volver a hablar de lo mismo estando en tan mal estado—. No soy el mismo desde que todo eso pasó y que preguntes sobre ella solo coloca alertas rojas por todos lados, ¿entiendes?

Asentí sin decir nada al respecto, no lo entendí del todo, solamente la parte de las alertas por todos lados.

Recordé con exactitud que en años anteriores fui notificada por las redes de que Killiam y Kelly se habían comprometido, para así planificar su vida de ensueño juntos. Nadie mejor que yo conocía las verdaderas intenciones de esa mujer que aparentó amar a Killiam con locura; a lo mejor no estaba físicamente, pero sabía que con las acciones del jugador estrella no tardaría en aparecer.

—Por favor, di algo, nena.

Intenté decir algo varias veces, pero cada vez que abría la boca me quedaba sin aliento, no quería consolarlo y que luego todo siguiera como si nada. Tenía que ser completamente sincera.

—Pues, estoy segura de que todavía te duele y eso lo siento mucho, pero…

—¿Pero?

—Kill, tú y yo…

«¿De verdad se lo diré de esta forma? ¿Así le hablaré de todos mis sentimientos?»

—Dime, Ter, sabes que puedes confiar en mí —pidió mientras sujetaba mis manos entre las suyas por encima de la barra del comedor.

—No lo sé… es solo que no quiero sentirme desplazada y mucho menos comparada con nadie. Tú me importas y no quiero que cualquiera de las situaciones que pasemos mientras hacemos esto nos termine separando. —No era toda la historia, pero decir una pequeña parte seguro le demostraría un poco lo que yo sentía en realidad.

Killiam apretó mis manos al escuchar tal confesión de su mejor amiga y no perdió

oportunidad de acercarse y abrazarme fuerte. Podía escuchar los latidos de su corazón mientras seguía sentada y con la cabeza a la altura de su pecho. Aquí quería estar toda mi vida.

—«¿Desplazada?» —cuestionó mi horrible palabra y se carcajeó un poco. Gracias al cielo no me estaba viendo a la cara porque mis mejillas seguro estaban rojas de la vergüenza.

—Sí —susurré.

—Nena, tú estás aquí conmigo y eso nadie lo va a desechar tan fácilmente.

—Claro, pero… —intenté defenderme, aunque él me interrumpió cuando se separó de mí para colocar su dedo pulgar sobre mis labios.

—Silencio, Ter —murmuró con cariño, calentando mi cuerpo entero con su aliento fresco chocando en mi boca—. Voy a responder a tu pregunta.

—De acuerdo.

La conversación había tomado otro rumbo y ahora nuestras respiraciones eran mucho más intensas al sentirnos tan cerca el uno del otro.

—Teira… —empezó él, todo divertido con la situación.

—Te escucho —dije ansiosa.

—Tú no eres igual o mejor que Kelly —comentó de forma clara y alta.

—¿Entonces?

—Tú eres… —inició la frase, pero se detuvo para colocar nuestras manos juntas sobre mi pecho, que subía y bajaba demasiado fuerte—. Eres única, mi corazón, en todos los sentidos posibles, y nadie va a venir a desplazarte.

Una sonrisa se desplegó en mis labios al oír esas palabras tan dulces. Si bien sabía que para Killiam solo era su mejor amiga, me reconfortó saber que él no me veía como si fuera la mujer inescrupulosa que lo dejó plantado en el altar, sino que veía todas las cualidades que yo tenía en mi interior. Decidí que esa respuesta estaba bien por el momento y lo abracé, respirando su olor sabroso, disfrutando de la dulce tentación que crecía entre los dos.

Requisito 17

Un reto es un reto



Dos días después…

—Te dije que íbamos a llegar tarde —repliqué mientras el chofer conducía camino a casa de los amigos de Killiam.

Según lo que me había comentado mi novio falso, el Supertazón daría inicio el día de mañana y ya habían pasado cuarenta y ocho horas desde nuestra llegada y nuestro altercado en el auto. Esa noche en particular, habíamos quedado en ir a una fiesta, a la cual asistirían varios jugadores con sus respectivas esposas.

—Eso te pasa por no querer bañarte conmigo, señora Hasting —me acusó con el dedo, haciendo que mis mejillas se colorearan un poco de rojo, pues el conductor estaba a solo un metro de distancia.

—Sabía lo que estabas pensando y por eso salí corriendo por toda la *suite* —le recordé nuestra loca travesía antes de salir.

Más temprano habíamos estado en entrevistas, entrenamientos y lidiando con fotógrafos que estaban afuera de las instalaciones del estadio, no había un momento de paz, pero ningún conocido de Kill debía darse cuenta de que el matrimonio era falso, ellos solo debían ver que nuestra relación era algo real, y a eso íbamos. Killiam lo llamó: «Convencer al público más difícil». Sus mejores amigos de toda la vida.

—Tú solo querías disfrutar de un baño diferente y ya teníamos el compromiso con tus amigos, sabes que no soy fanática de las tardanzas.

Su cara mostró un poco de satisfacción ante mis palabras y después la cambió a una cara de angelito, esos angelitos que supuestamente no rompen ni un plato, pero que en realidad rompen toda la vajilla.

Sinceramente, no estaba nerviosa por conocer a sus amigos, lo cual era raro, en realidad estaba nerviosa por no saber cómo actuar como la mujer de un jugador profesional, ya que en definitiva esta era la primera vez que nos rodearíamos de gente en plan de recién casados.

El carro se detuvo frente a unas escaleras de madera refinada, al parecer, no se trataba de un conjunto residencial, sino de una cabaña vacacional. Mi acompañante, muy diligente, se acercó por el lado derecho del auto y me tendió la mano para salir a su encuentro; a su vez, una pareja nos esperaba en lo alto de dichas escaleras.

—Hermano, pensé que no llegarían a tiempo —saludó el hombre que reconoció muy bien a mi esposo falso—. Siempre me alegro de verte, compadre.

Los dos chocaron sus brazos en un saludo masculino y lleno de fraternidad. Me gustó saber

que a pesar de la vida solitaria que llevaba mi mejor amigo, existieran este tipo de personas que sacaran su lado real y transparente.

—Te prometí venir. Además, tu señora esposa no me perdonaría por estar en Minneapolis y no asistir a una de sus fiestas más famosas —bromeó Kill con auténtico humor y jovialidad—. Más bien, disculpen la tardanza, pero una señorita muy hermosa retuvo mi tiempo.

Escuché lo que hablaban y cómo se reían entre ellos, pero no sabía que la «señorita hermosa» a la cual se refería era yo, hasta que los dos hombres me observaron.

—Ya me imagino de qué forma retiene tu tiempo. —Siguió el juego el amigo de Kill, a quien no tenía el gusto de conocer o saber su nombre aún—, tú debes ser la famosa mujer de la que tanto habla Killiam en los entrenamientos. Es un placer conocerte, mi nombre es Dairo —dijo con un tono de voz grueso y sensual y por su acento pude adivinar que era latino—. Y ella es Almudena, mi esposa.

La forma de presentarse me dio a entender que eran personas amables que no vivían solamente de sus lujos, sino más bien de su educación y amor por sus amigos. Almudena y Dairo eran a leguas esa pareja de revista que todo el mundo envidiaba, el atractivo de ambos era palpable a simple vista y olor, no obstante, mantenían su aura llena de carisma y jovialidad. Y ese mismo ímpetu de carisma me mantuvo al margen, pues yo era más del equipo de los tímidos que de los extrovertidos.

Almudena, desde su posición, advirtió mi nerviosismo y se acercó con una sonrisa tan deslumbrante que solo logró intimidarme más, pero al ver que solo quería saludarme me calmé. Un abrazo cálido me hizo sentir bienvenida.

—Mucho gusto, Teira, como siempre es un placer recibir a los amigos de mi esposo. Me alegra verte, Killiam —habló con un tono de voz delicado y adecuado a su estilo—. Pasen adelante, los demás están reunidos en la sala principal.

Las palabras cordiales fueron compartidas con la apertura de la puerta de su cabaña. Ingresamos rápidamente y dejamos nuestros abrigos en un pequeño armario que contenía más ropa de invierno. El interior de la cabaña era de ensueño, ahí sí se sentía el calor humano. El techo era una especie de pintura abstracta en colores azules, amarillo y rojo con blanco; al caminar lo que más destacaba en todos lados era la madera de colores claros a oscuros y la manera en que habían acondicionado todo para que nadie pasara frío o calor. Llegamos a un pasillo que dejaba avistar y escuchar voces de más invitados, pero mientras Killiam y Dairo iban conversando adelante, yo me quedé hipnotizada e intrigada por una pared en especial. Desde el piso hasta el techo se podía apreciar imágenes preciosas de diversos paisajes a los cuales Almudena y su esposo habían visitado, en cada imagen salían posando alegres y por lo visto no tenían hijos, porque las instantáneas eran solo de los dos o de forma individual.

—Es hermoso, ¿cierto? —comentó la dueña y señora de la casa, acompañando su pregunta con esa sonrisa cariñosa que me había ofrecido en la entrada.

—Tienen una casa preciosa —hablé por primera vez, sintiéndome minúscula al lado de su belleza inigualable.

—Realmente no es nuestra casa principal, pero siempre que venimos trato de esmerarme para que se convierta en un lugar cálido para Dairo —agregó endulzando su tono de voz al hablar de su esposo, de verdad estaban enamorados.

—¿Cuánto tiempo llevan conociéndose?

—Siendo amigos, alrededor de unos ocho años, siendo un equipo en el matrimonio, hace cuatro —aclaró igual de sonriente.

La forma en la que habló de su matrimonio como un equipo me hizo sentir parte de una ilusión, de un mundo de ensueño que yo nunca llegaría a tener con Killiam, dada las razones de su contrato falso, pero eso no tenía por qué saberlo Almudena.

—Me alegro mucho por ustedes dos, de verdad se ven muy bien juntos. Disculpa que me entrometa, pero el acento me da a entender que son latinos, ¿es correcto?

—De hecho, sí, Dairo es de Venezuela y yo soy de República Dominicana, pero debido a la carrera de Dairo no podemos ir tanto como nos gustaría —contó un poco nostálgica.

—Mi vecina en Chicago es de Venezuela y siempre me ha contado cosas maravillosas de su país.

—Sí, tiene lugares hermosos, ahí fue donde Dairo me pidió casarnos —dijo señalando una foto en el centro de la pared que dejaba ver una montaña con colores vivos, los dos orgullosos de mostrar la argolla de compromiso. Al ver tan hermosa propuesta recordé con un poco de tristeza la que me hizo Killiam en el campo de fútbol de la feria del pueblo—. ¿Todo bien, Teira?

—Sí, solo me acordé de algo, pero bueno, vine aquí a pasarla bien con ustedes —aseguré sacudiendo mi cabeza antes los molestos pensamientos.

—¡Esa es la actitud! —exclamó mientras alzaba las manos en modo de celebración—. Vamos, te presentaré a todos, están emocionados por ver quién ha robado el corazón de Kill.

«Lo que se dice robar, no, pero, ¿quién era yo para contradecir sus palabras?»

Almudena me condujo hasta el final del pasillo y llegamos a una sala principal donde, en efecto, todos estaban reunidos, incluido mi esposito, que ya denotaba estar demasiado alegre con su bebida en mano. Antes de sentarme en uno de los muebles me presentaron a varios jugadores del equipo y a sus encantadoras novias o esposas. En sí, el grupo estaba conformado por unos diez hombres fortachones y llenos de esa felicidad deportiva, todos me hicieron sentir confianza como para actuar normal y no fingir tanto.

—Bueno, chicos, creo que como cada año es necesario saber los detalles jugosos sobre la nueva pareja del equipo —expresó Dairo, levantándose en medio de la sala para dar inicio a una conversación entre amigos—, cuéntanos, Teira, ¿qué tal es la vida de casada al lado de este rufián? —bromeó con un tono de voz jocoso, invitando a todos a escuchar mi respuesta.

Observé al supuesto rufián y le sonreí con mucha picardía de por medio. Recordé el motivo por el cual Killiam nos había hecho llegar tarde y de repente me encontré con ganas de hacerlo pagar a mi manera todo el deseo acumulado que me había hecho sentir momentos atrás.

—La verdad es que hasta el momento se porta muy bien, hace caso y llega temprano a nuestro departamento en Nueva York —bromeé, sintiendo las burbujas de la champaña en la cabeza.

—¡Oh, compadre! Eso sin duda es una punta, esta mujer es de temer –gritó Dairo lleno de alegría.

Todos en la sala se mataron de risa, disfrutando de la velada y de la camaradería.

—Creo que se está equivocando, Sra. Hasting, porque hasta donde tengo entendido es usted

quien ruega para que yo llegue temprano a complacer sus necesidades.

«Con que esas tenemos». Pensé con una ceja alzada, taladrándolo con la mirada.

—¡Vamos, chica, no te dejes! —exclamó una de las novias de los jugadores, su nombre era Marian.

—De acuerdo, señores, esto se pone serio. Creo que es hora del bautizo, ¿qué dice la audiencia? —expuso el dueño de la casa.

—¡Así se habla, compadre! —gritó otro de los jugadores que estaba a pocos asientos de Dairo, su nombre era Patrick.

Todos se levantaron de sus puestos y formaron un círculo alrededor de mí y Kill, no entendía mucho de qué iba el bautizo, pero me hice a una idea al ver dos vasos de cerveza y dos tragos pequeños de tequila con su respectivo limón al lado. Mi esposo falso estaba ahí, disfrutando del instante igual que yo mientras nuestros acompañantes chiflaban llenos de emoción por lo que estaban a punto de hacer. Si era un bautizo seguro que muchas de las parejas que estaban aquí reunidas había estado en la misma posición comprometedora.

—Esto es muy sencillo, damas y caballeros —explicaba Dairo, siendo un excelente anfitrión—, quien se acabe primero los dos tragos hará lo que el otro le pida, y les advierto que no hay empates en esto, la ultimas vez perdió nuestro querido Lawrence, ¿cierto Marian? —le preguntó a la misma chica que me había apoyado hace pocos segundos.

—¡Mujeres al poder, Teira! —exclamó la esposa de Lawrence con auténtica felicidad. Definitivamente era una tradición entre ellos.

—¿Lista, nena? —indagó mi contrincante, haciendo que devolviera mi atención entera hacía él.

—Cariño, prepárate para perder —aseguré en voz alta, sonriente y segura de que lo podía vencer.

—En sus marcas… —inició Dairo.

—Listos… —continuó Almudena.

—¡Fondo, fondo, fondo! —gritaban todos al unísono, instándonos a darle pie al asunto, dando inicio al “bautizo”.

Agarré el tarro de cerveza con ambas manos y tomé el primer sorbo, estaba súper helado, pero con todo el gusto del mundo me lo empiné hasta ver que llevaba medio vaso vacío. Estaba sedienta y dispuesta a ganar a como diera lugar. En pocos minutos me lo acabé, siendo alentada por todos mis compañeros para finalizar con el respectivo chupito de tequila seco.

—¡Señores y señoras! ¡Damas y caballeros! ¡La ganadora esta noche es Teira Hasting, carajo! —dictaminó Dairo en un grito de júbilo, alzando mi brazo como si de un ring de cuatro esquinas se tratase.

Los vítores de los chicos me llegaron como una descarga de adrenalina, ahora era una mujer eufórica y con el cuerpo lleno de alcohol. Todos gritaban en son de burla hacia Kill y con ánimo hacía mí. Respiré profundo, sintiendo el ardor del tequila en la garganta y el calor en todo mi cuerpo cuando mi esposo falso me dio cierta mirada sugerente. El ambiente, sin duda alguna, se prestaba para disfrutar con toda esta gente, aunque en ese instante deseé estar en otro tipo de

fiesta privada. Esta era nuestra oportunidad para saber de qué estábamos hechos, así que con la idea en mente continuamos celebrando con nuestros nuevos amigos, hasta que dieron las doce de la noche, hora de retirarnos a nuestra *suite* del hotel.

—Chicos, de verdad que muchas gracias por esta noche, lo disfruté al máximo —expresé en modo de gratitud hacia los mejores anfitriones de la noche.

—Es cierto, chicos, Teira y todos los demás disfrutaron un montón. Gracias, compadre —agregó Kill, al tiempo que me ayudaba a bajar las escaleras.

Ambos colegas chocaron sus puños y se despidieron.

—¡Nos vemos en el campo! —finalizó Dairo.

Una vez terminadas las despedidas nos subimos al auto negro que más temprano nos había llevado esa noche, dejando atrás una diversión para ingresar a otra que nos esperaba al llegar a nuestro destino.

Requisito 18

Los amigos no deberían dormir en la misma cama



Killiam había presionado el botón de la diversión dentro del coche, su mano derecha tocaba mi piel con una sola advertencia: hacerme perder la cabeza con sus simples y delicadas caricias.

Mientras el conductor nos llevaba en medio de la ciudad helada de regreso al hotel, sus manos empezaron un viaje diferente por todo mi cuerpo. Una de sus manos descendió con parsimonia hasta el botón de mis pantalones mientras que la otra retiró solo un poco la tira de mi blusa, dejando espacio suficiente para que sus labios besaran la base de mi hombro y cuello.

—Killiam… —dije entre tartamudeo, llevada por las olas de placer que producían sus caricias, pero al mismo tiempo, recordando que no estábamos solos dentro del automóvil.

El recién nombrado hizo un gesto de silencio con su mirada oscura y regresó su atención a la tortura de sus manos sobre mí, hasta que alcanzó mi centro e introdujo uno de sus dedos dentro de mis bragas un poco húmedas. La ligera presión de su dedo medio en ese lugar prohibido dejó mi respiración atascada, hasta el punto de abrir un poco más las piernas para recibir su atención; sentir cómo realizaba pequeños movimientos en círculos me estaba llevando a la locura.

«¡Santos calzones húmedos!»

Estaba tan concentrada que tuve que tapar mi boca para que no se escuchara el gemido que clamaba por salir de mi pecho, no podía perder la cordura, pero unos segundos después al verlo sacar su dedo de mi centro y chuparlo frente a mis narices, como si de un caramelo se tratase, me dejó atónita.

—¿Puedes caminar, señorita? —preguntó, pegando sus labios a mi oreja.

El cuestionamiento y el tono de voz ligero que usó Kill estaban demás, mis piernas literalmente temblaban al pensar en dar un paso, pero para no entrar en detalles, avancé lo más derecha posible hasta el elevador, con Killiam a un costado, como si nada lo afectase.

Aquella noche prometía dejar de suprimir el deseo, uno que no estaba incluido en nuestra lista de requisitos.

Al abrir la puerta de la *suite* nos encontramos de frente con la oscuridad de la sala, cosa que no importó demasiado porque en el interior de nuestros cuerpos solo había espacio para una especie de lava ardiente, lava enardecida que gritaba por salir y adueñarse de todo el lugar, arrancando el éxtasis de los dos. Solo tomé aire para quitarme el abrigo y dejarlo mal puesto sobre uno de los sillones, porque en seguida, Kill volvió a tomar posesión de mis labios, mordisqueando a conciencia y dejando un pequeño espacio entre nuestras bocas, logrando sentir su aliento caliente con un poco de licor al fondo.

—Soy todo tuyo, Teira —susurró sin tapujos, usando de nuevo sus manos para acariciar mi

piel erizada por sus palabras.

«Es hora de tomar el control» Me dije a mí misma, llevada por el deseo que los dos desprendíamos.

—Todo mío… —aseguré, deseosa por tenerlo de esa manera en la que él se ofrecía. Dejé que apartara mi cabello para besar de nuevo la base de mi cuello, justo ahí en el lugar donde la respiración se aceleraba más de la cuenta.

—¿Qué quiere que haga, mi dulce nena? —preguntó, siendo su voz un tanto profunda y ronroneante, podía sentir sus labios sonrientes sobre mi piel caliente. Me despegué lo justo para girar entre sus brazos y desnudarme ante su atenta mirada. A tientas llegué a una de las mesas de la *suite* e hice algo que me hizo sentir poderosamente sexy.

—Te quiero a ti… aquí —señalé mi centro, abriendo mis piernas de par en par, entregando todo de mí en ese instante de calor. Sabía que estaba siendo más osada que nunca, pero este hombre me estaba enloqueciendo con todo lo que decía.

La expectativa no duró mucho porque Killiam Hasting caminó en la única dirección factible y se detuvo a mitad de camino para tomar una flor que estaba bien acomoda sobre un florero de la sala. Unos minutos después y ya lo tenía ahí, torturándome con ese pequeño y delicado pétalo que descendió desde la copa de mi sostén hasta mi ombligo, logrando que creciera la ansiedad de sumergirme en aquella noche de placer. Su toque se hizo sentir a través del artilugio, generando sensaciones imposibles de descifrar, hasta que de repente, detuvo un pétalo en todo el centro de mi intimidad y sopló encima de una manera que seguro era ilegal.

—¡Hasting! —lo llamé para que detuviera sus caricias antes de que me hiciera colisionar en un orgasmo involuntario.

—Disfruta, amor mío, porque esto apenas acaba de empezar—dijo con una voz tan baja que empecé a marearme por la fogosidad que desprendíamos los dos.

Soltó el pétalo, agachándose por completo frente a la mesa donde empezó a acariciar mis piernas desnudas. Solo hizo falta una leve caricia de sus dedos en mi centro y su respiración justo ahí, en ese punto exacto, para no poder hacer nada más que expulsar pequeños gimoteos.

—¡Oh, santos jugadores de fútbol americano! —grité sin más al sentir sus labios que embebían de esa pequeña fresa que hacía mucho tiempo nadie tocaba—, ¡Killiam, no te detengas! —le rogué, arqueando mi espalda sobre la mesa, embelesada por la destreza de sus lamidas. Estaba en otro universo, o más bien en otra galaxia, una en donde Killiam se detenía a arrancar cada pequeño gemido de mí con toda la dulzura del mundo.

—En este momento lo único que quiero hacer es comerte —dijo al retirar su lengua, escalando hasta mi ombligo de nuevo—, besarte… —continuó el recorrido—, morderte… —Besó mi cuello hasta que quedamos cara a cara, con su cuerpo aplastando el mío—. Hacerte mía y poseerte hasta que grites por más.

Con ese argumento me calló la boca y me llevó en sus brazos hasta la habitación. Cada prenda fue desapareciendo a medida que nos besábamos sobre la cama, hasta quedar tal cual como vinimos al mundo.

La mayoría de sus besos eran la comparación y diferencia de todo lo que anteriormente habíamos realizado de forma inocente, el contacto era mucho más hábil y libre de miedos.

Killiam no se estaba guardando nada y me lo hizo saber en el instante en que giró todo su cuerpo hasta hacer que el mío quedase sobre el suyo, lista y dispuesta para cabalgar.

—Requisito número uno —hablé llevada por los efectos del alcohol—, me gusta lento y profundo. —Jadeé, cediéndole la entrada a mi interior húmedo, recibiendo a buen grado esa dureza satisfactoria.

—Sin duda puedo cumplir ese requisito, señora Hasting —confirmó al momento de colocar sus manos fuertes sobre mis caderas para convertir el escenario en un vaivén seductor.

—Segundo requisito —murmuré entre pequeños gemidos—. Qué bien se siente esto, ¡joder!

—Concuerdo contigo, señorita —agregó mi acompañante, convirtiendo la experiencia en algo extrasensorial.

Nuestro entorno cambió de temperatura, cada toque era oportuno, logrando que la escena fuera demasiado apasionante, algo que no esperé de su parte. Así como se tomó la delicadeza para ingresar, hizo movimientos intensos para salir de mi interior, repitiendo una y otra vez hasta volvernos una maraña de besos, caricias y gemidos; los dos juntos en una experiencia gravitacional.

Lo amaba, eso estaba claro. Pero, ¿qué sentía él por mí como para hacer todo esto? Dejé de pensar tanto y me concentré en el momento. Él juntó su pecho musculoso con el mío, haciendo contacto con mis senos erguidos, llevando la excitación al instante previo en el que nuestros cuerpos sabían que se conectarían por completo.

—Vamos, Ter, dámelo todo… —gruñó, ajustando y acelerando más sus estocadas.

—¡Sí, Kill! —murmuré sumida en mi propio delirio.

Un beso más. Un gemido más. Un último ingreso a ese elixir y de pronto…

¡Estrellas!

¡Chispas!

¡Rayos y centellas!

Todo al mismo tiempo. Nuestros cuerpos levitando hasta hacernos desfallecer en el segundo justo del clímax. Los dos desparramados y sudados, pero llenos de satisfacción.

Mi respiración trató de normalizarse, pero mi corazón estaba muy agitado. Lo siguiente que supe fue que nos habíamos acomodado en posición de cucharita, controlando nuestro pulso de a poco hasta quedar rendidos por el sueño.

Antes de dormirme en sus brazos sentí la necesidad de repetir la misma pregunta en mi mente: «¿Qué es lo que sientes por mí, Killiam Hasting?»

Requisito 19

En las buenas y en las malas



No había nada más lindo que lo que experimentaba mi corazón aquella mañana. Los dos, Kill y yo, sumergidos en la bañera de la *suite*, el agua cálida y las burbujas, acompañando el clima de disfrute que ambos habíamos establecido después de haber gozado una y otra vez de nuestra pasión mutua. Ahora, lo único que quedaba era reposar nuestros cuerpos en el enorme baño del hotel de lujo; mi espalda pegada a su pecho, aprovechando la calma que nos producía el estar solos.

—¿Sabes? Ayer, cuando conocí a Almudena, la vi un poco nostálgica por no poder viajar a su país —le comenté a Killiam, teniendo una idea entre ceja y ceja que no sabía cómo expresar.

—No es para menos, hace mucho tiempo que ellos no visitan a sus familias, no han logrado ir por temas políticos y demás cosas —explicó, al mismo tiempo que se dedicaba a regar pequeños besos por mi hombro.

—¡Oh! —exclamé un poco sorprendida, pues no tenía mucho conocimiento—. Es una pena, quisiera tener la manera de ayudar.

—¿A quiénes ayudarías? —interrogó.

Estábamos ingresando a una conversación sumamente neutral. Me acomodé un poco en su pecho, quedando nuestras cabezas un poco juntas y nuestras manos entrelazadas en la superficie del agua, justo ahí, donde se podían avistar nuestras falsas alianzas.

—Creo que sería algo así como… —Analicé las posibilidades—. Como una especie de emprendimiento que me permitiera ayudar a esas personas que están en una mala situación, la que sea que estén pasando.

—Me parece bien, pero, ¿dónde crearías ese emprendimiento?

—No lo sé, solo estoy pensando en voz alta —apunté. No solía arriesgarme con este tipo de cosas. Al inicio de mi carrera como educadora millones de ideas aparecieron para aportar mi forma de enseñar al mundo, pero por una razón u otra terminé desechando cualquiera de ellas.

—A ver, señora Hasting, ¿sería tan amable de ilustrarme un poco en vez de guardarse sus maravillosas ideas? —replicó mi amigo, conociendo el motivo por el cual no continuaba hablando. La simpleza en su tono de voz cuando pronunciaba mi apellido falso y la intriga por querer saber más del asunto erizaron la piel de mi cuello, que era la más cercana a sus labios húmedos.

—Es solo que me consternó bastante saber que ni siquiera Almudena o Dairo puedan estar en su país ayudando, así que pensé, bueno, Teira, debes hacer algo.

—De acuerdo, nena, ¿qué está pensando esa cabecita tuya?

Giré mi cuerpo por completo para verlo y que comprendiese lo importante que esto empezaba a ser para mí. El agua se rebasó un poco fuera de la bañera con el movimiento brusco, pero en pocos segundos regresó a la calma.

—Estaba pensando en que puedo utilizar mis conocimientos como docente para alguna buena causa. No algo como donar dinero, porque eso todo el mundo lo puede hacer, sino más bien… —comenté la idea principal y luego de cerciorarme de que toda su atención era para mí, encontré las palabras claves—: ayudar a aquellos jóvenes que serán el futuro de su país; ellos tendrían más facilidad de alcanzar sus metas si alguien les ofrece los recursos.

—¿Cómo una especie de academia? —propuso Killiam mientras me pasaba las manos por el cabello para que no me despeinara debido a la falta de agua.

Asentí. Esto debía ser usado como una asociación sin fines de lucro, sin interés de buscar fama o publicidad, como un razonamiento a lo que de verdad se podía destacar de un país tan hermoso como lo es Venezuela o como lo es cualquier otro país.

Ese hombre dulce que habitaba dentro de Kill me miró detenidamente, sus ojos negros y su sonrisa de oreja a oreja, dejándome embobada por unos segundos, pero también dejándome preocupada, porque seguro mi proyecto no era algo importante, dado que prácticamente le estaba insinuando que me ayudara con la mitad de la inversión. Sin embargo, todas esas preocupaciones se fueron cuando Killiam asintió frenéticamente.

—¿De qué escondite has salido tú?

—Creo que no estoy entendiendo —pronuncié un poco asustada por sus cambios de humor.

—Lo que intento decir es que, sin duda alguna, cualquier hombre se ganaría la lotería contigo, Teira.

Alcé una ceja sin comprender. ¿A qué quería llegar con ese punto a mi favor?

—¿Eso significa que me vas a ayudar? —pregunté, tratando a toda costa de desviar el tema, ya que Killiam me estaba poniendo en un pedestal de excelente mujer y amiga.

Su mano se paseó por el agua hasta llegar a mi hombro y subió hacia mi mejilla, me veía con ternura.

—Mañana le diré a Erick lo que me comentaste para que empiece a mover las fichas. Y si puedes hablar con Almudena para ver qué ideas puede agregar, muchísimo mejor.

Escuché la confirmación como un canto de gloria. Me abalancé sobre él para estampar mis labios sobre los suyos a modo de agradecimiento espontáneo; este era un beso suave para el cual no estaba pidiendo permiso. Las manos de Kill se pasearon por mis caderas, acariciando mi cintura detenidamente. La falta de aire hizo acto de presencia, separando nuestras bocas para así juntar nuestras frentes.

—Muchas gracias —murmuré con los ojos cerrados, con nuestras frentes unidas.

—No hay nada que agradecer, señorita Teira —bromeó un poco y me devolvió el cariño abrazando mi cuerpo.

Sin duda, aquel se convirtió en uno de los momentos más lindos que habíamos vivido, lo iba a atesorar hasta el final, porque el futuro inevitable de nuestra ruptura solo me dejaría recuerdos.

Como dos enamorados terminamos de bañarnos, pasando el rato en nuestra burbuja privada.

La mañana pasó entre desayuno, películas, conversaciones simples y listo.

En la *suite* ya era de noche otra vez y con la noche llegaron las pesadillas, que ahora eran cada vez más nítidas.

Me encontraba en una tarima con muchos reflectores enormes apuntando hacia mi cara. No entendía la razón, hasta que vi todos esos carteles con frases y oraciones ofensivas, la mayoría eran adjetivos negativos que prácticamente me tachaban de mentirosa e impostora. Corrí lejos de todos esos focos de iluminación, pero estos no dejaban de perseguirme y acosarme… Y de pronto me encontré en un escenario terrible… Al final de todo ese show macabro estaban Kelly y Killiam, riéndose de lo tonta que soy, burlándose de lo estúpida que he sido por creer que él se fijará en mí. Las carcajadas irónicas, elevándose hasta convertirse en un ruido ensordecedor.

Quería huir de alguna manera, pero, así como yo los podía ver, cada uno de los admiradores del jugador estrella también me veían y me apuntaban con el dedo de una manera acusatoria. Mis pies retrocedían con cada señalamiento hasta que trastabillé y caí en un hueco negro, llena vergüenza.

Luego… desperté.



Frente al espejo del baño el reflejo de mi rostro ojeroso fue lo primero que pude apreciar esa mañana. Mis pupilas denotaban cansancio y hasta se podía avistar que estaban irritadas, a pesar de que me había esmerado en usar maquillaje para ocultar la falta de descanso.

Ese día era “el gran día”, el del Supertazón. Lilian seguro ya estaba en el primer piso del hotel para reunirse con los jugadores. Sabía que era una gran oportunidad para la carrera de mi mejor amigo y yo solo estaba ahí, encerrada en el baño, escondida y apenada por mis propias pesadillas, pero es que el sueño y los acontecimientos solo me dejaron una incertidumbre en la boca del estómago.

Intenté apresurarme y alistarme lo más rápido posible. Botas de tacón alto, un vestido color verde oscuro de cuello tortuga y mangas largas, a juego con un abrigo negro que al frente tenía un prendedor con el logo del equipo de fútbol de mi esposo. Cuando quería que no se notase mi malestar, solía tomar más tiempo del debido para trabajar en mi imagen y arreglarme.

—¡Ter, ya es hora de irnos! —gritó Kill a lo lejos.

—¡Ya estoy lista! —aseguré, saliendo hasta su encuentro.

Un ramo enorme aguardaba sobre la mesa más cercana a la salida del living de la *suite*, todas las flores tenían un color lila tenue, a excepción de un solo tulipán blanco que era una especie de recordatorio de lo que con palabras me había confesado; sin duda un obsequio muy hermoso.

Lo sentí detrás de mí, apartando mi cabello para depositar un pequeño beso en la base descubierta de mi cuello.

—¡Sorpresa!

—Muchas gracias, está precioso.

—No hay nada que agradecer, es mi forma de disculparme.

—Has acertado correctamente, Hasting.

—No entiendo esa manía de llamarme por mi apellido —comentó riéndose para luego separarse de mí.

—Simple costumbre, no lo pienses tanto. Ahora vamos, Hasting.

—Creo que voy entendiendo, jefa —dijo mientras se paraba en posición de soldado, definitivamente estaba de muy buen humor.

No me soltó hasta que giré en sus brazos y empezó a regar besos por todo mi rostro. Tenerlo cerca me hacía recordar lo sexy y comestible que se era, mucho más con ese traje color negro que parecía hecho a su medida.

«Todo un bocadillo comestible».

Bajamos juntos hasta la parte frontal del hotel, agarrados de la mano, como una verdadera pareja de recién casados.

El tumulto de gente se hizo sentir desde la salida hasta la entrada del estadio nacional. Muchas caras famosas me saludaron como si fuera toda una estrella de Hollywood, la situación daba para creerme todo el cuento de que era una celebridad y es que yo era la única con acceso completo a unos de los jugadores más esperados de toda la temporada.

La gran y fría Minneapolis estaba vestida de gala para la ocasión, toda su naturaleza resplandecía con 13° en el estadio Hubert H, Humphrey Metrodome, que se alzaba sobre todos los invitados como una especie de majestuosidad deportiva. La emoción empezó a correr por mis venas, tanto así que no le dediqué demasiada atención a Killiam, quien me dejó a buen recaudo frente a la entrada de la sala VIP después de pasar por la alfombra roja y sus flashes. Él se había ido a preparar a los vestidores del equipo para dar el mejor espectáculo del mundo.

La sala VIP era lo suficientemente espaciosa como para albergar unas veinte personas, todas desconocidas en su totalidad. El palco era un balcón abierto con una vista excelente hacia el campo y todas sus adyacencias, con butacas revestidas de tela aterciopelada. Todo era lujo por donde se viera, incluyendo la mesa de aperitivos y la pantalla plana con las noticias del Supertazón. Cada detalle me mantenía cohibida hasta que, entre tanto *glamour,* visualicé a un ángel guardián entre la gente.

—¡Almudena! —exclamé, sintiendo que un alivio inmediato me recorría el cuerpo.

—¡Teira! —devolvió el saludo con el mismo entusiasmo, con su habitual sonrisa y alegría, acercándose hasta donde yo estaba para rodearme con sus brazos pequeños.

La mujer hacía que fuera sencillo estar cerca de ella, no había malas intenciones en su amistad, lo cual era reconfortante, porque yo no era buena para hacer amigas. La mayoría de las chicas nunca quisieron estar conmigo, solo tenía a Killiam y en su momento tuve Kelly, pero ya sabemos que en la actualidad esa persona ya no cuenta con mi aprobación, así que está mega descartada como amiga. En cambio, Almudena es transparente.

La conversación fluía sin problemas y disfrutábamos del ambiente festivo. Pasado un rato nos acomodamos en los sillones que habían colocado estratégicamente, con nombre incluido y todo.

—El cantante que se va a presentar está más bueno que comer pollo con las manos —comentó mi nueva amiga mientras se abanicaba con la mano, como si se fuera a desmayar en el acto, haciendo que me matase de la risa por sus palabras zalameras.

Apagaron las luces y los gritos de todo el público que se encontraba dentro del estadio se

hicieron presentes, aumentaron de nivel cuando apareció uno de los cantantes del momento. Sinceramente, el solista de la banda estaba como quería y también cantaba de maravilla, tenía a todos los invitados de mi palco bailando y cantando las letras a todo pulmón. Kill se mataría de risa si me viera formando parte de la algarabía, parecía toda una adolescente hormonal, adorando a su cantante favorito, tanto como él cuando se emociona por alguna carta coleccionable de su equipo de fútbol preferido.

Aquel recuerdo me sacó una sonrisa mientras disfrutaba del concierto. Pensé en mi antiguo mejor amigo, el que solía ser más divertido y bromista sobre la vida en general. Ese viejo amigo había creado un vínculo conmigo que parecía ser inquebrantable, pero con el pasar de los años dejamos de ser lo más importante en la vida del otro; eso incluía los sueños inalcanzables y que ahora se habían materializado de buena forma.

En un principio, él sería abogado, no mariscal de campo, sin embargo, se convirtió en uno de los jugadores más jóvenes de las grandes ligas y del Supertazón. En mi caso, yo quería ser profesora de artes plásticas en una de las mejores universidades, pero por no creer tanto en mi propio potencial me dediqué solo a enseñar otras materias en instituciones menores, dejando atrás la oportunidad de conseguir mi mundo deseado.

Estaba enamorada cada vez más. Toda ilusionada, analizaba nuestras vidas y sueños en vez de disfrutar del espectáculo, era algo insólito la verdad. Traté de concentrarme en el presente y prestar más atención al ritmo pegajoso de la canción y las luces de colores neón. Pasados unos diez o quince minutos todo terminó y justo en ese instante, apareció el representante de mi esposo con el porte remilgoso que cargaba todo el tiempo.

En esta zona había más *glamour* del que estaba acostumbrada a visualizar en la vida de Killiam y eso me hacía sentir incómoda hasta cierto punto.

—¿Te sientes bien? —preguntó Almudena con sus ojos de tigresa, se preocupó al ver que ya no danzaba a su lado.

—Sí, es solo que no estoy acostumbrada a estas cosas y estos lujos —le expliqué la verdad, a pesar de que tenía a Erick a un lado, quien seguro estaba ahí solo para ver con sus propios ojos que no estuviera haciendo nada inadecuado.

—Querida, ve agarrándole el gusto, porque con la exitosa carrera que tiene tu papacito no será la última gala deportiva a la que asistirás —dijo la hermosa morena en tono jocoso, lo que me devolvió a mi realidad.

«Esto es temporal. Recuerda, no tienes por qué acostumbrarte». Decirlo en mi mente sonaba más coherente que decirlo en voz alta, cosa que nunca ocurriría.

Sabía que sus palabras eran bien intencionadas, así que sonreí para no denotar sorpresa o tristeza, sentí ambas al mismo tiempo.

El juego estaba por empezar, así que no había tiempo para más deducciones sobre mi vida alocada. La ceremonia dio inicio. Entonaron con orgullo el himno nacional y el presidente de la federación de fútbol americano, un hombre alto y robusto, se manifestó con un discurso de agradecimiento por todos aquellos que se habían tomado el tiempo de asistir.

Los jugadores saldrían al campo en cualquier segundo, o eso imaginaba, prestaba atención a cualquier movimiento hasta que sentí un toque en mi brazo. El rostro de un chico que estaba sumamente nervioso apareció en mi campo de visión.

—¿Señora Hasting? —intentó confirmar si era yo a quien debía hablarle.

—Sí, soy yo —respondí, sonrojada, el papel se me estaba olvidando.

—Disculpe que la moleste, pero el señor Hasting necesita de usted con urgencia.

Abrí los ojos preocupada. ¿Qué le había pasado a Killiam?

Requisito 20

No debe importar la opinión de los demás



El pasillo que daba directo a los vestidores parecía ser interminable y hasta un poco espeluznante, al punto de que quise devolverme a la sala VIP. El chico que me había localizado no sabía decirme con exactitud lo que estaba sucediendo con mi marido, pero sí había dicho la palabra «urgente», así que debía apresurarme y caminé en fila recta hasta donde me había indicado.

El lugar tenía bolsos regados por todas partes y contenía ese olor peculiar a sudor que destaca cuando en un sitio cerrado convive un equipo de hombres. A lo lejos, escuché el goteo de una ducha mal cerrada y luego lo vi a él. Todo el susto se me fue del corazón al ver que estaba en una sola pieza.

Killiam se hallaba sentado en una de las bancas con su uniforme y hombreras bien puestas a cada costado, estaba literalmente hundido en su asiento, con ambas manos sosteniendo su cabeza, como si estuviera perdido, clara señal de que los nervios estaban adueñándose de todo su ser. Caminé despacio hasta quedar posicionada frente a él, me agaché en cuclillas y alcé su mentón para verlo a través de su enorme casco.

—¿Qué pasa, Hasting? ¿Le tienes miedo a la pelota? —bromeé un poco y escuché cómo su pecho resonó con mi chiste.

—No sé qué mierda me pasa, pero ahora que llegó el momento que he estado esperando durante toda mi vida, estoy aterrado, no quiero cagarla.

Por unos pequeños segundos mantuve silencio, buscando la manera de ayudarlo sin retrasarlo mucho, pues no había tiempo para charlas inspiradoras.

—Tú mismo lo acabas de decir, es tu momento, campeón —repasé sus palabras con detenimiento, quitándole peso a su nerviosismo y a sus propios miedos—. Sabes que puedes con este y con otros cincuenta partidos más.

—No sé qué me pasa…

—Mírame. —Alcé su cabeza por completo, deleitándome con sus hermosos ojos.

—¿Qué?

—Juega como si tu mamá estuviese en las gradas animando el juego con una sonrisa de oreja a oreja, ¿de acuerdo?

Su semblante cambió en segundos y me mostró a alguien totalmente dispuesto a luchar. Killiam Hasting era un hombre con aspiraciones enormes y sabía que su mamá, donde sea que esté en el cielo, estaría feliz y orgullosa de su hijo.

—Gracias, de verdad —dijo, luego respiró profundo y depositó en mis labios uno de esos besos dulces que amaba.

—Si ganas el juego, tu esposa te va a recompensar en casa —murmuré con un tono de voz sensual, uno que invitaba a hacer cosas prohibidas.

—¡Diablos, señora Hasting! Mantenga esa idea presente, porque este juego será pan comido —prometió con mejor ánimo.

Eso había sido fácil y vigorizante.

Salimos enseguida y al final del pasillo, entre la sala VIP y la salida hacia el campo, nos separamos. Avancé hacia mi lugar, ahora con más coraje, todos ahí estaban a la expectativa de lo que había acontecido con mi jugador estrella.

—¡Oh, vamos, respiren tranquilos! Solo son nervios antes del gran *show* —declaré con una gran sonrisa.

Se contentaron con mi anuncio y regresaron la vista al campo. El primer tiempo estaba por dar inicio.

—¡Bienvenidos, damas y caballeros, al primer juego del Supertazón de este año! —escuché por los altavoces la voz fuerte y clara del comentarista—. Esta noche es la noche más esperada de toda la NFL, ¡el día en que los Patriotas se batirán a duelo contra las Águilas por el anillo del Supertazón!

Los gritos llenaron el estadio rápidamente convirtiendo el lugar en un apoteósico entorno de sentimiento deportivo. Cuando sonó el silbato todo se elevó a pura adrenalina. Las Águilas verdes eran el equipo de Killiam y él estaba al mando en conjunto con Dairo; las primeras estrategias del juego dieron inicio a un verdadero despliegue de virtudes en cada uno de los participantes del equipo. La defensiva estaba distribuida de tal forma que el equipo contrario no lograra ninguna puntuación en el marcador, así se debía mantener en los primeros quince minutos de los cuatro cuartos de todo el partido.

Podía sentir la energía y motivación de mi hombre desde las gradas VIP; todos en el palco, incluyéndome, saltamos en los asientos al ver cómo el mariscal de campo anotó el primer *touchdown* de la noche.

—¡Esto se está empezando a calentar, señores y señoras! ¡Los jugadores están arrasando con sus primeros seis puntos! ¡Las Águilas vuelan alto! —alentó uno de los narradores.

Aplaudí como toda una leona, siendo parte de la animación de los demás invitados del palco.

—Si sigues tan entusiasmada voy a creerme el cuento de que no eres otra Kelly cualquiera —comentó Erick, quien se había tomado la molestia de acercarse hasta mi oído para destilar su veneno contra mí.

Toda la buena actitud, la valentía y el coraje que se me había subido a la cabeza, en un santiamén se desplomó al escuchar la doble intención en esas palabras. «Eres otra Kelly cualquiera» dijo.

«¡Santa mierda! ¿Quién rayos se cree para venir a hablarme así?»

Una rabia desconocida empezó a desarrollarse en mi interior. La mayoría de las veces me he considerado como una mujer con la suficiente destreza para ser paciente y hacer oídos sordos a

los comentarios de terceras personas, sin embargo, lo que el representante idiota y sobreprotector insinuaba me alteró. Sabía cuál era mi papel en toda esta situación y no me podía dar el lujo de armar un escándalo frente a todos, pero si Erick se atrevía a compararme una vez más con esa horrible mujer, él iba a conocer mi forma no adecuada de mandarlo a la mierda cuantos antes.

—¿De qué estás hablando? —pregunté en gritos, siendo consciente de que nadie podía escuchar nuestra discusión.

—¡Vamos, Teira! Los dos sabemos que todo esto es un juego —continuó con sus palabras hirientes—. Fue muy sencillo conseguir al cura falso, lo que no fue sencillo fue tu llegada acá a Nueva York, mucho menos, todo lo que Killiam tuvo que hacer para distraer a la prensa por su matrimonio apresurado.

Sin éxito alguno, intenté enfocar mi atención en el partido de fútbol, pero sus palabras tenían poder. Nadie tenía el derecho de hablar de mi vida como si yo solo fuese una simple espectadora, no era para nada una recién aparecida en la vida de su jugador, mucho menos una caza fortunas, así que giré la cara y lo asesiné con la mirada.

—Claramente, tienes un concepto bien formado de quién soy —escupí sin pensar en si estaba bien lo que decía o no.

—Solo digo que…

—Exacto, solo dices, pero te aclararé algo muy simple —murmuré, acercándome a su oído de la misma manera en la que él lo había hecho segundos atrás—. Lo que sea que Kill y yo estemos haciendo es nuestro problema, no tengo nada que ver con esa mujer.

—Me parece genial que sigas pretendiendo ser la esposa abnegada, eso genera buena fama para mi jugador estrella y es mucho mejor que tener que lidiar con esa chiquilla pelirroja con la que se iba a casar —espetó como si nada, olvidando mis palabras.

Esto más que un partido de fútbol americano empezaba a ser un ring de boxeo donde yo era el saco y Erick era el que daba golpe tras golpe. A pesar de todo lo que había pronunciado y asumido sobre mí, mantuvo un semblante neutro y relajado, como si nada hubiese pasado en los últimos cinco minutos, en cambio, yo estaba ahí paralizada y sin escapatoria.

—Hay que verlo de esta manera —agregó al ver que no opinaba nada—. Sé que no eres mala mujer y que tal vez lo amas, pero ya he visto cómo lo lastiman y como a causa de eso su carrera se vio afectada. Mientras él no se enamore estamos bien.

Cada sílaba proveniente de los labios de Erick me hizo sentir mareada, tenía que salir de ahí o le sacaría la cabeza solo para que se callase. Procuré estar interesada en lo que sucedía en el campo, pero ya los primeros minutos habían acabado y la mayoría de los jugadores regresaba a los vestidores, era la oportunidad perfecta para ir en búsqueda de la única persona capaz de aplacar todos mis sentimientos encontrados.

Dejé atrás a Erick con sus palabras venenosas y me disculpé con Almudena para, supuestamente, ir al baño. En los pasillos muchos anfitriones y camarógrafos estaban paseando de un lado a otro, seguro estaban disfrutando de la energía del inicio del partido.

«Las Águilas van ganando y yo voy perdiendo».

Mi esposo falso debía aparecer cuanto antes o en cualquier momento empezaría a gritar como una reverenda desquiciada. Caminé entre la multitud de entrenadores, anfitriones y demás, hasta

que di con el número diez del equipo. Nada más girar su cuerpo hacia mí entendió que algo iba mal.

—¡Ter! ¿Cómo llegaste hasta acá? ¿Viste el juego?

—Necesito que me acompañes inmediatamente.

La rabia había subido hasta la superficie y necesitaba reducirla antes de cometer una estupidez.

Requisito 21

¿Solo es un matrimonio falso o hay más?



El repicar de mis tacones y la respiración de Kill, que iba caminando detrás de mí, era lo único que se escuchaba en nuestro trayecto hacia algún lugar privado. No se atrevió a decir ninguna palabra, solo sostuvo mi mano hasta que llegamos al extremo norte del pasillo, un espacio deshabitado y diferente a los vestidores. Felizmente, los guardias de seguridad se habían quedado alejados, dándonos intimidad.

Al ingresar a uno de los cuartos nos encontramos con que estos salones estaban en remodelación.

—Nena, ¿qué hacemos aquí? ¿Qué ha pasado? —preguntó Kill mientras jalaba mi brazo hasta sostener mi cara entre sus manos fuertes.

No alcancé a pensar mucho, pero hice que se sentara en uno de los bancos más cercanos y recité con fuerza lo que menos esperó de mí:

—Aquí y ahora.

—«¿Aquí y ahora?» —repitió asombrado, viendo cómo empezaba a subir la falda de mi vestido para retirar mi ropa interior, luego abrí sin permiso el cierre de sus licras blancas.

En esto no había juego previo, solo había un solo propósito: llegar al límite y sentir que éramos uno solo en este único instante.

Retiré su camiseta, observando en silencio las gotas de sudor que rodaban por su musculoso torso. Mi vestido se halló hasta la mitad de mi cintura, dándole la vista necesaria a Kill para verificar que estaba lista para recibirlo dentro de mí. Coloqué ambas manos sobre sus hombros y me dejé caer gustosa sobre su prominente virilidad; la respiración de los dos se atascó al sentir la conocida sensación de nuestras pieles en total contacto. Pasé mis manos alrededor de su cuello y me moví lo necesario para volver a sentir todas las sensaciones que se agrupaban en un instante en mi vientre. Estaba fuera de mí, pero con cada estocada podía oír los gruñidos de mi esposo cerca de mi oído, recordándome que estábamos juntos.

—Más rápido, cariño —le pedí entre gemidos.

—Como usted mande, señorita —murmuró con un tono de voz gutural, sosteniendo mi cintura con una sola mano y con la otra agarrando mi cara para juntar nuestras bocas en un beso desesperado.

Killiam era el elixir necesario en mi sistema para avanzar con esta locura, para dejar la cólera atrás y concentrarme en este espacio; ciertamente, saber que afuera de estos vestidores abandonados había una multitud disfrutando del evento me hacía sentir adrenalina y querer más. El sonido de nuestras respiraciones rápidas, los gemidos, la precisión e intensidad de cada

embestida y nuestros cuerpos sudorosos nos estaba elevando a otro universo. Lo quería todo, quería erradicar todo rastro de otra mujer de su piel, quería demostrarle que él podía ser mejor y distinto a mi lado. Quería ser suya sin necesidad de un matrimonio falso.

Cerré los ojos sintiendo cada fibra de mi cuerpo en cada movimiento que los dos realizábamos, mis brazos empezaron a adormilarse al ver lo cerca que estábamos de alcanzar las estrellas, pero mi acompañante, muy paciente y conmovido por la escena a la que lo había incitado, me abrazó por completo y terminó de hacernos explotar en pocos segundos.

—¡Kill! —grité su nombre, siendo consciente de que los dos habíamos alcanzado unos minutos de gloria en el universo.

Sus labios pegados a mi cuello recordando lo maravilloso y escandaloso de la situación. El banco debajo de nosotros parecía intacto, a diferencia de nuestra ropa, que había quedado esparcida a pocos metros y ni hablar de mi cabello todo desordenado. Traté de recomponerme y bajarme de sus piernas para arreglar mi vestido y recuperar mi abrigo, pero este me aprisionó por completo, sosteniendo mi mentón para que no escondiera mi rostro.

—Ey… —susurró, dándome un beso corto en la comisura de los labios—. Esto fue otro nivel.

Obviamente, ante sus palabras dibujé una sonrisa, pero esta pronto se convirtió en una mueca porque la furia en mi interior desapareció para dar paso a la decepción. Sentía que esto se había convertido en un desquite de niña caprichosa, cosa que no quería ser en absoluto.

—¿Ahora te quedas muda?

De nuevo intenté separarme, pero todo fue en vano, Killiam quería saber qué era lo que había pasado para que cambiara de ánimo tan repentinamente.

—Vamos, habla conmigo, Teira, me apartaste de la prensa para tener sexo salvaje y ahora no dices nada.

No podía ir de buenas a primeras a estropear su día y menos por otra de mis tonterías por Kelly, por lo que traté de fingir y darle una buena cara.

—No es nada, la adrenalina del lugar y verte jugar me hizo explotar de emoción. Lo estás haciendo genial.

—¿Segura?

Asentí con una sonrisa falsa y a partir de ahí me pude calmar, se lo había creído todo.

Me dio otro beso y me ayudó a vestirme rápidamente para irnos. Me sentía mucho más liviana de equipaje, pero igual sabía que mi mente debía detener pronto esa estúpida sensación de inferioridad. Retomamos el mismo camino hacia los pasillos donde estaba la prensa, la mayoría andaba metida en sus asuntos, ya preparados para los siguientes minutos del partido.

Mientras Killiam caminaba hacia sus amigos, yo decidí pasar a los servicios sanitarios para acicalar un poco mi aspecto antes de volver a la sala VIP. Felizmente, el sitio estaba vacío y me dispuse a limpiar mi desastre, me tomé varios minutos para echarme agua en la cara y desenredar un poco mi cabello. Respiré muy profundo y fijé mi vista en el reflejo del espejo gigante que adornaba el lujoso baño. Yo estaba cambiando, lo podía notar en la forma en que mis ojos se declaraban más firmes, pero al mismo tiempo tristes; tenía el cuerpo mucho más curvado en ciertas partes, siendo notorio debajo de mi vestido ajustado. Las facciones de mi cara un poco arrugadas para ser una mujer tan joven. Me había convertido en la dueña de un rostro triste, tenía

el rostro de una mujer que le mentía a todos, incluyendo al amor de su vida.

—Al final, Erick tiene razón, solo arruinaré su carrera si le cuento —le hablé al reflejo de la Teira triste.

Hice memoria del día en que Killiam se cruzó nuevamente conmigo y lo deteriorado que estaba cuando me contó que su novia soñada lo había utilizado solo por su fama, para al final desecharlo y cambiarlo por otro hombre, al cual desconozco por completo. Ahora, de repente, venía yo, supuestamente a ayudarlo, pero solo lo empeoraba todo al meter mis sentimientos en este embrollo del matrimonio falso. Tenía que apegarme al plan y volver a tener la certeza de que al final de todo, no tendría más recompensa que la de saber que él lograría volver a ser el mismo Killiam seguro y feliz de siempre. Asentí convencida, reprendiendo a la mujer que había en el espejo y obligándola a continuar, así que cómo pude me terminé de arreglar y regresé a las gradas privadas para terminar de ver el juego.

Las Águilas verdes iban ganando por muchos puntos mientras que los Patriotas se habían quedado atrás con la nueva defensiva que habían formado entre Dairo y Killiam, o eso me había comentado Almudena una vez me senté. No estaba espiritualmente ahí, la verdad, aunque agradecía que ella se mantuviese ahí a mi lado, dándome un apretón de manos en comprensión porque se había dado cuenta de que yo no estaba bien.

Al acabar el juego, todos los del palco salieron al encuentro con los jugadores, yo estaba a punto de ir por el mismo camino, pero Erick me detuvo.

—Te pido disculpas —dijo en voz alta, con un semblante apenado.

—¿Quién diablos se disculpa después de haber acusado y hablado de esa forma? —Hice la pregunta retóricamente, pues estaba demasiado desconcertada como para comprender, él podía ser el representante de Killiam, pero su actitud egocéntrica me estaba empezando a dar mala espina.

—Sé que no tengo excusa, pero entiende que mi único objetivo es saber que Kill no volverá a ser lastimado.

—Definitivamente, no entiendo cómo puedo lastimarlo si lo que hago es ayudarlo para que esa mujer no aparezca de nuevo en su vida.

—Eso es lo que también intento evitar a toda costa, mi sobrino es muy noble y Kelly no merece que él esté haciendo todo esto para tenerla de vuelta.

«De acuerdo, que todo el mundo se detenga. ¿Escuché bien?» Eso sí que era información nueva.

—«¿Sobrino?» —La pregunta era una duda existencial, pues no le conocía a mi mejor amigo más familia que su padre y hermana.

—Sí, Kill es mi sobrino. Bueno, mejor dicho, mi ahijado —agregó como si la conversación donde me insultó no hubiese existido—, era un amigo muy cercano a la mamá de los chicos —aclaró refiriéndose a los mellizos Killiam y Lucía.

—Me alegro de que tenga gente que lo quiera de verdad, pero eso no le da derecho a decirme las cosas que dijo, no soy el enemigo en este pacto.

—De verdad lo entiendo, es por eso que te pido disculpas, tu amor por él es sincero.

«Este hombre sí que sabe ser muy cotilla y sorprendentemente imbécil».

—¿Qué sabe de mi amor por Killiam? Solo soy su mejor amiga —aclaré, registrando a mis espaldas para que ningún chismoso se entrometiera en nuestra conversación.

—Sé que lo amas, es obvio.

Tragué saliva un poco nerviosa, pues en mi mente nadie estaba enterado de lo que mi corazón podía sentir, pero claramente estaba equivocada.

—Usted no sabe nada sobre mí, así que dejé de decir ese tipo de cosas en voz alta —repliqué hastiada de la pequeña discusión.

Luego lo dejé ahí con sus propias conclusiones, pero justo cuando ya estaba por salir de la sala VIP, Erick insistió.

—Sé que te fuiste antes de que todo ocurriese, pero cuando Kill se vio solo en su propio desastre sintió tu ausencia, su mejor amiga se esfumó de repente.

Detuve mi andar, mordisqueando mi labio inferior ante su repentino desfogue de novedades. No quería darle la razón en ningún momento porque eso sería iniciar con una ilusión en mi estropeado corazón, pero, ¿qué tan cierto podía llegar a ser todo eso?

—Estás mintiendo solo para que no rompa el contrato de matrimonio falso —dije sin querer girar del todo.

—No tengo porqué mentir en eso, a fin de cuentas, él conseguirá lo que quiere para su carrera, menos una cosa, a ti.

—Solo me quiere como amiga. —Recordé muy bien mi papel y me marché lejos de ahí.

—¡Killiam te ama! ¡Ella no lo merece…!

Escuché sus gritos a lo lejos, pero no reparé en nada de lo que decía. Tenía un único propósito y este era ayudarlo, como en un principio habíamos acordado, lo demás tenía que desaparecer o de verdad no lograría recuperarme de esto en el futuro.



Creo que desde que empecé a ser una novia falsa mi sueño ha desmejorado en su totalidad. Cuatro días y cuatro noches desde el primer partido y desde ese día las pesadillas han sido una constante a la hora de dormir, tanto es mi cansancio que me estoy quedando dormida sobre la mesa del café donde espero a mi nueva amiga Almudena.

La gran noche del Super Bowl le había dado a Killiam el impulso necesario para ser uno de los destacados de la temporada de juegos. En una de las entrevistas que le realizaron al equipo, quedó decretado que mi amigo ha quedado seleccionado en la categoría de los cinco jóvenes deportistas en obtener el tan deseado anillo de oro, mérito que muy pocos se ganan, lo que sin duda me llena de orgullo. Su plan está dando los frutos deseados, pero aún con toda esa alegría no logro dormir en paz por las mil fiestas a las que somos invitados. Llega la noche y él cae rendido a mi lado mientras yo me quedo ahí, observando su rostro calmado y risueño. Sé que él está feliz y eso me enamora un poquito más cada día, también hace que me quede callada y me trague las heridas.

«Algún día, Dios me recompensará por darle tanto amor a ese hombre tan dulce».

Suspiré agotada y esperé pacientemente a Almudena, quien me indicó por un mensaje de texto que pronto llegaría al café.

Me tomé la amabilidad de pedir dos tazas bien cargadas y unas galletas; tal vez eso me quitaba la cara de muerta viviente.

A medida que la farsa crece se me va acabando el aire y las ganas, no soy tan fuerte como aparento ser, al menos no para fingir amar a una persona y luego voltear la cara. Lo bueno es que en pocos días regresamos a la ciudad, Killiam debe hacer cosas del trabajo antes de ir nuevamente a Nueva York y eso me da tiempo para establecer los parámetros sobre la idea que tengo rondando en mi cabeza; por eso es que necesito a Almudena, que por suerte viene llegando y toma asiento en la mesa que escogí para las dos.

—Querida, pareces un zombi, ¿hace cuánto que no duermes? —saludó, al parecer siempre es muy sincera.

En vano, intenté disimular una sonrisa para restarle importancia a lo que ya era evidente.

—Solo estoy un poco cansada, los entrenamientos de Killiam se han vuelto muy repetitivos y a veces me cuesta levantarme temprano.

«Que mentirosa eres, cuando estabas en el colegio te ibas a las cinco de la mañana a trabajar». Reprendió mi subconsciente.

—Cariño, tengo un hombre en casa que también tiene entrenamientos todos los días, pero no me deja así. Sabes que tú y Killiam pueden contar con nosotros para cualquier problema, ¿verdad? —indicó y apretó mi mano con cariño y ternura.

La observé por un rato largo, tenía buena disponibilidad para hablar conmigo de cualquier tema.

—Bueno, la verdad es que… —Dudé en soltar todo el rollo.

—¡Vamos, dilo de una vez! —incitó, buscando que fuese más sincera.

—¿Crees que soy la indicada para estar con Killiam?

Sus ojos me inspeccionaron con asombro, porque se supone que soy la esposa, que estamos casados y que este tipo de dilemas se presentan antes de ser marido y mujer, no después.

—Noto cierta inseguridad en esa pregunta, pero voy a ser todo lo directa que pueda ser con respecto a ti. —Alcé mis cejas a la espera de su veredicto final y lo que escuché me dejó un poco asustada—: cariño, si te soy sincera, al inicio te juzgué mal porque no te conocía y las chicas que han estado con Killiam no han dejado buenas referencias, ¿si entiendes de quién te hablo? —dijo, acto seguido mi cuerpo se estremeció.

—Dime que en todo esto hay un pero.

—De hecho, sí —agregó con una sonrisa calmada—. Teira, por mucho, mereces estar con ese estupendo macho que es mi querido Killiam. Esa mujer solo intentó destrozar su noble corazón, pero tú le devolviste las ganas de vivir y de querer ser un mejor hombre, no dejes que nadie te diga lo contrario, ten más fe en ti y en los que puedes lograr.

—Gracias, es más de lo que esperaba como respuesta —confesé, entendiendo que, en efecto, estaba perdiendo la fe en mí.

—Es lo que es y punto, comadre. Ahora, hablemos de negocios, querida.

Después de muchos días atormentada logré sonreír segura de mí y de lo que estaba haciendo, por lo que me dispuse a sacar de mi cartera la carpeta con la propuesta con todo lo que había diseñado; no había logrado dormir en muchos días, pero al menos invertí energía en mi plan productivo, lo que me hizo pensar en mis funciones del colegio. Tenía que llamar a mi supervisora para verificar que todo marchara bien con el alumnado.

Demostré con destreza lo que tenía en mente, cosa que dejó emocionada a Almudena, que estaba muy atenta a todos los detalles sobre el proyecto y agregaba puntos de vista refrescantes para que todo marchara mejor. Literalmente, no puso ni un solo «pero» a la hora de aceptar ser mi socia y prometió correr la voz con varios de sus amigos filántropos, aquello era un buen paso hacia la dirección correcta y una vuelta interesante en cuanto a mis esperanzas.

Una vez culminada la reunión, almorzamos algo ligero y nos despedimos a eso de las tres de la tarde. Tenía pendiente ver posibles locales, cada cosa en la que pudiera avanzar en el proyecto me hacía sentir sumamente útil.

A las cinco de la tarde ya me encontraba al Este de la ciudad, acompañada de la seguridad y un chofer destinado a mis necesidades.

El local tenía un espacio mucho más abierto de lo que pensé y según lo que me comentaba el arrendatario tenían un lugar parecido en Nueva York; justo lo que necesitaba para dar inicio a las remodelaciones. La idea era simple, una academia, pero no cualquier academia, una en donde se pudiera ayudar a todos aquellos que tuvieran la capacidad para creer en sus habilidades y no abandonar sus estudios, a pesar de los bajos recursos. Esto incluía a niños de doce a dieciocho años de edad, provenientes de diferentes partes de Latinoamérica, tal cual como Venezuela, República Dominicana y Puerto Rico. Según tenía entendido, por lo que me había relatado Almudena, esos países eran representados por sus colores vivos y costumbres artísticas, justo mi especialidad en educación, justo el aire y vibra que tenía el espacio que estaba visitando como posible local.

—Esta instalación se encuentra ubicada en una parte semiprivada de la ciudad de Nueva York, no ha sido alquilada anteriormente y cuenta con una estructura sin muchas refacciones, está prácticamente como nueva.

—¿Es segura para empezar a remodelar?

—Es correcto, no necesita de muchos arreglos, sino más bien de una que otra decoración en ciertos salones. —El señor explicaba todo a detalle, generando fotos instantáneas en mi mente.

A eso de las seis de la tarde teníamos la primera parte del contrato arreglada, cortesía de todos los ahorros de mi vida como maestra. Killiam y sus amigos solo me ayudarían con su apoyo, pero el dinero sí o sí tenía que salir de un solo bolsillo, en este caso el mío. Cerré el trato con un apretón de manos y me fui directamente al hotel en el carro que Killiam había dispuesto para mí.

Al bajarme y correr directo a la *suite*, encontré que esta estaba vacía, lo que significaba que Killiam tenía trabajo pendiente con su representante, que gracias a Dios no me había topado de nuevo.

Me quité los zapatos de tacón y solté mi cabello mientras marcaba en el teléfono el número de servicio al cuarto, mi estómago pedía una dosis de helado para caer rendida en la cama, pero antes me tomé el tiempo para darle una breve llamada a mis padres y mantenerlos al tanto de

todas las buenas noticias. No hice tanto hincapié en cómo sería mi vida de casada cuando regresara a Nueva York porque prácticamente no tenía idea de cuántos meses más continuaría con todo el acto, pero les hice saber que en cuanto terminara la temporada de juegos los dejaría visitarme. Nos despedimos después de una hora platicando sobre los oficios familiares.

Me acabé todo el helado y a las diez de la noche ya estaba lista para intentar dormir. Como buena niña, agrupé todos los almohadones cerca para no sentir la ausencia de mi hombre, quien ya me había hecho adicta a sus brazos cálidos. Me cambié a mi pijama y después de haber cepillado mis dientes me acosté en medio de la cama.

«Debes descansar, Teira. ¿Hasta cuándo mujer?».

Cerré los ojos, dispuesta a caer en brazos de Morfeo, pero este me retuvo en la superficie cuando sonó mi celular que estaba a un costado de la cama. Era Killiam.

De: Hasting ♥

Descansa, nena, sé que no has logrado dormir estos días.

La práctica se extendió. Nos vemos mañana, te quiero mucho… Dulces sueños.

Sus dulces palabras me lograron cobijar, envolviéndome en un letargo demasiado encantador como para no disfrutarlo.

Hoy por fin iba a dormir.

Requisito 22

Quiero que me expliques qué significa todo esto



Lo emocionada y contenta que estaba me había dejado descansar esa noche, al punto que solo logré despertar al sentir la presencia de dos pupilas oscuras que inspeccionaban mi sueño. Su rostro denotaba felicidad y dicha, su cabello caía libre sobre su frente, casi llegando a tocar sus pestañas. Killiam Hasting se hallaba sentado en uno de los muebles individuales dentro de la habitación y cuando vio mis intenciones de desviar la mirada se levantó del mueble y sostuvo mi mentón, como era su habitual costumbre me dio un beso largo. Su lengua buscó la mía, al mismo tiempo que mi boca se abría paso para recibirlo gustosa. Él sabía cómo seducir a una mujer, sabía cómo envolverme en sus brazos cálidos y llenarme de tanto cariño como le fuera posible.

—Te ves muy preciosa y tranquila cuando duermes —murmuró en cuanto recuperamos el aliento debido a su exquisito beso.

—Seguro parezco un zombi todo baboso y despeinado, con un ojo abierto y el otro cerrado —bromeé mientras ponía los ojos bizcos porque ante todo seguíamos siendo los mejores amigos y hasta la fecha era lo que mejor sabíamos hacer, incluyendo hacer siempre las bromas más locas.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso, creo que te vi babeando mi almohada, señora saliva —acusó divertido.

—Eso es para que la próxima vez te lo pienses mejor antes de usar mi crema depilatoria, señor femenino —devolví la broma enseguida, muriéndome de la risa al ver cómo se quedaba serio.

Dos días atrás lo había encontrado en el baño, depilándose, no le di mucha importancia hasta que noté la posición tan incómoda en la que se hallaba, parecía toda una chica adolescente y me fue imposible no morir de risa.

—Muy graciosa, señorita Teira, le quitas todo lo dulce al momento.

—Discúlpeme usted, caballero, no ha sido mi intención. —Hice una pequeña reverencia, logrando así que también se uniera al chiste.

Los dos estábamos a gusto con la compañía del otro y esa cercanía nadie la podía perturbar, al menos no por el momento.

Así como las risas continuaron, los días también. Las horas a su lado corrían sin cesar y en menos de lo que pensé ya había pasado un mes.

De vuelta en Nueva York mi nueva vida de casada, millonaria y esposa de un jugador estrella, seguía en curso. La verdad es que habíamos evolucionado en la parte de fingir frente a los extraños, no obstante, había días en los que mi cuerpo se estremecía, pensando en que cualquiera

de esas cámaras descubriese la verdad detrás de todo el teatro. Sin embargo, Killiam siempre me tranquilizaba en todas las oportunidades en que esos malos pensamientos venían a mí como fantasmas come mentirosas. Erradicar todo rastro de duda era su trabajo favorito en nuestra rara relación y cuando hablo de erradicar, hablo de que los placeres, gemidos y encuentros sexuales no dejaban de acompañarnos cada vez que se nos antojaba. Esa parte no se había extinguido, a pesar de mi reticencia sobre el plan, porque nuestras pieles se aclamaban en busca de prender fuego a la habitación de su fortaleza italiana.

En varias ocasiones en las que compartimos cama me encontré a mí misma en la búsqueda de corroborar sus verdaderos sentimientos. Sin embargo, me lo tomé todo como lo que era: un trato entre amigos con derecho a roce. Además, la prensa me recordaba siempre lo que era y a lo qué había venido. La mayoría de las revistas contenían titulares graciosos como: “La esposa trabajadora y sexy”, “Nada de esposa trofeo para el jugador estrella”, “Teira Hasting, futura WAGs”, siendo este último una referencia muy usada para aquellas esposas y novias de los hombres deportistas, lo cual me hacía demasiada gracia, aunque, yo sí estaba trabajando bastante y tenía la ayuda de Almudena y de sus conocidos, la mayoría eran celebridades que se habían unido a la causa.

Unos días antes de un partido importante para Killiam, decidió que era buena idea celebrar nuestros logros con una cena sorpresa y encantadora. Acepté.

El hombre fue muy conciso al decir que debíamos vernos en la entrada del edificio donde estaba su departamento y me tomé el tiempo necesario para alisar mi cabello y usar un maquillaje sutil, pero que realzara el color de mis ojos. Me alisté rápido y traté de buscar algo decente, pero no tenía más que vestidos cortos y luminosos que nada tenían que ver con la velada, hasta que de pronto observé una caja blanca y grande que estaba encima de la peinadora. En su interior había un hermoso vestido largo y azul marino, color que seguro haría ver mi piel mucho más blanca. El detalle me agradó y en seguida me lo coloqué, haciendo magia para subir la cremallera. Se me veía fantástico puesto, tenía una abertura que iniciaba en mi muslo derecho y caía sin problema hasta mi tobillo desnudo, ni mencionar el hermoso decorado del escote que resaltaba mi busto. Agregué unas sandalias plateadas entrecruzadas a mis pies y estaba lista.

Me detuve en el espejo por un segundo y admiré el resultado, sonreí satisfecha, me veía bien y de verdad el vestido me gustaba. Salí nerviosa y emocionada por lo que la noche depararía.

El ascensor me condujo rápidamente hasta el primer piso, haciéndome hiperventilar, las citas con Killiam siempre eran todo un acontecimiento y no sabía qué me esperaba esta noche en particular. Una vez que las puertas se abrieron de par en par, las miradas se quedaron prendadas en mí como pequeños reflectores, hasta que llegué frente a él, que me miraba asombrado. El traje que llevaba puesto lo hacía lucir misterioso y mucho más alto de lo que era, en esta oportunidad no utilizaba corbata, sino que dejaba entrever su cuerpo tonificado con varios botones sueltos al inicio de su pecho.

—Hola —dije con tranquilidad.

—Hola, señora Hasting —pronunció, sacando de detrás de su espalda un tulipán blanco que traía consigo—. Para una de las mujeres más hermosas de mi vida.

Acepté la flor con cariño y decidí que esta noche debía ser yo en todo momento, debía olvidar cualquier acto fingido, pues las cámaras no estarían en esta cita personal.

—Gracias, Hasting, tú también te ves hermoso —alcancé a decir mientras olía el lindo

tulipán, a la espera de su risa contagiosa.

—Eres increíble, nena, sabes cómo matar todo el romanticismo.

—Acostúmbrate, y ahora llévame a celebrar —finalicé el flirteo y me colgué de su brazo.

En nuestra salida nos venían siguiendo a pie dos guardaespaldas, al parecer, el lugar a donde íbamos a cenar quedaba cerca porque íbamos caminando, tomados de la mano. Hoy no había admiradores locos ni cámaras acosadoras, solo él y yo, paseando hasta llegar a un pequeño local de hamburguesas. Esa iniciativa me regresó al tiempo en que éramos unos renacuajos… Recordé muy bien cuando ambos decidimos que algún día haríamos una locura de ir a un lugar nada elegante con ropa elegante, justamente.

—Soy todo un genio, ¿cierto? —preguntó, pensando en lo mismo que yo.

—Se ve que el menú tiene buena pinta —respondí, elogiando su buena elección de cena.

Dicho eso me invitó a pasar. El local, obviamente, estaba cerrado por temas de seguridad y privacidad, solo había un joven de no más de dieciséis años que nos atendería.

—Bienvenidos, señores Hasting —saludó muy nervioso, seguro era un empleado de medio tiempo que había tenido que quedarse a servir aquella noche y que no estaba acostumbrado a tanto protocolo.

—Gracias —contesté y le guiñé el ojo derecho, cosa que lo hizo enrojecer como un tomate.

El lugar estaba decorado como cualquier otro local de comida rápida, a diferencia de que aquí solo estaba dispuesta una mesa en todo el centro donde nos sentaríamos los dos, bajo el foco amarillo de las lámparas colgantes del techo.

—¿Te gusta el lugar? Podemos ir a otro lado si así lo deseas o…

—Killiam, cállate de una vez, este lugar es perfecto, aquí puedo comer hasta engordar —recordé, cortando sus ideas locas sobre irnos a otra parte. No sé por qué estaba tan inquieto.

Una vez quedó claro eso, decidimos pedir las hamburguesas más grandes del lugar, con muchas papas fritas y dos malteadas de chocolate con mucha crema batida.

—Creo que vamos a salir rodando de aquí —comentó el jugador estrella mientras le pegaba el primer mordisco a su hamburguesa XXL.

—¡Éstas hamburguesas son un pecado! —exclamé degustando el sabor exquisito del tocino y el queso derretido del pan. En cada bocado veía que mi amigo respiraba profundo en busca de palabras apropiadas, aquello era algo nuevo, siempre era yo la que encontraba de qué hablar—. ¿Me quieres decir algo?

—Sí, Ter, es solo que yo… quería agradecerte profundamente. Me siento feliz de que estemos juntos en esto que prometimos hacer.

—Ya te dije que no hay nada que agradecer.

—Sí, de verdad sí tengo que agradecer, es por eso que hice todo esto —señaló nuestro entorno—. Hay que celebrar por todas las cosas buenas que hemos logrado, por lo que estás logrando con tu emprendimiento y por nuestro primer mes juntos.

Eso último me dejó petrificada, con la hamburguesa a medio comer. Sabía que los dos teníamos un mes de habernos casado frente al supuesto juez, pero no sabía que eso era algo que

se podía celebrar en nuestra situación. Solté con cuidado la rica comida rápida y traté de entender lo que él quería decir. En pocos días culminaría el trato y también todo lo que teníamos, que en realidad no era nada; y a pesar de que sus palabras eran hermosas yo no sabía que decir al respecto. Todo había empezado como un simple juego donde yo decidía el estilo de la partida, pero ahora el árbitro (mi corazón) me estaba pidiendo más tiempo, porque ahora esto parecía algo más que un sencillo pacto entre amigos.

—Te comió la lengua el ratón, señorita —bromeó al ver que me había quedado callada.

—No, es solo que… son muy lindas las palabras que dices.

—¿Solo eso? —Su insistencia, como siempre, parecía estar al tanto de cualquier otro detalle que no le podía dar.

—Sí.

«Te va a crecer la nariz como a Pinocho». Me reprendí mentalmente.

Él asintió con ganas de sacarme más cosas, pero respetó mi silencio y le dio otro mordisco a su hamburguesa. Todo estaba delicioso y terminamos de comer hasta el último pedazo.

Cuando nos retirábamos del local, el joven que nos atendió se animó a acercarse y le pidió un autógrafo a Kill.

—Claro, haberlo pedido antes —aceptó el atleta mientras firmaba el papel del apenado chico, luego se lo devolvió con una dedicatoria y una entrada de regalo que dejó al muchacho más emocionado de lo normal—. Muchas gracias por tu servicio.

—Gracias a usted, señor, pasen buena noche.

Salimos de ahí con intención de ir al hotel, pero aún era demasiado temprano para regresar. Durante el paseo, varios camarógrafos tomaron una que otra foto, aunque fueron prudentes y nos dejaron pasar la noche en paz, hasta que, sin aviso, un hombre de la misma altura que Killiam se cruzó en nuestro camino.

—¡Por todos los cielos, Killiam, eres tú! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada un poco cínica.

—Benjamín —dijo Kill, exponiendo el nombre del tipo misterioso, por la manera en que lo miraba se veía que no eran buenos amigos. El ambiente frío de la ciudad se extendió más de lo necesario, porque esos dos se observaban como si se conocieran de toda la vida y se odiaran al mismo tiempo.

—Sí, ese es mi nombre, campeón —continuó el tal Benjamín con un tono de voz demasiado espeluznante.

«¿Quién es este tipejo y por qué Killiam está tan tenso con su presencia?»

—¿Qué haces aquí? —escupió Kill con verdadero desprecio, pero consciente de que había cámaras en la cercanía.

—¿Me parece a mí o te incomoda que te haya saludado? ¿No me presentas a tu chica? —replicó Benjamín con más preguntas, volcado su mirada en mí. Sus ojos color verde me dieron repelús, me observaba como si quisiera comerme entera. Tenía el cabello de un color rubio platinado y un rictus que daba a entender que no se andaba con miramientos.

—Agradece que estén las cámaras, sino te molería la cara a golpes en este preciso momento —expresó el jugador estrella con demasiada ira.

Definitivamente, este sujeto no era un simple conocido que se nos había cruzado en la calle.

—Kill, vamos —hablé despacio, jalando su brazo para ir en sentido contrario.

—Hay cosas que te dejan en ridículo, Hasting. ¡Eso no lo olvides! —gritó el tipejo haciendo un escándalo en medio de la calle.

A duras penas, Killiam caminó con cara de pocos amigos, pero aun así avanzó.

—¿Quién era ese? —pregunté luego de que habían pasado unos minutos y habíamos llegado a una plaza enorme.

—No es nadie —murmuró aún muy enojado.

—Para ser nadie definitivamente te conoce —le recordé cuidadosamente.

Él se detuvo a medio camino, observando mis ojos en busca de algo, ¿pero el qué?

—¿Siempre has sido sincera conmigo? —Hizo la pregunta así sin más, dejándome estupefacta.

—¿Tengo que responder?

La conversación entre ambos se había vuelto sin sentido. Benjamín tenía algo que ver en la vida de Killiam, no podía estar reaccionado así nada más porque sí.

—Yo… —vaciló y luego sacudió la cabeza, seguramente en busca de aclarar su mente. Ese *tic* era una señal de que no tenía las palabras necesarias para decir lo que quería decir y lo dejé estar por el momento. Era sincera con Killiam, no de la forma en que se podía esperar, pero mi forma de ser y mi gratitud con respecto a su amistad eran intachables y él nunca lo había puesto en tela de juicio, hasta ese día.

—Vamos, corazón, caminemos un rato más. —Jalé su brazo hasta entrar completamente en la plaza.

Dicho lugar estaba despejado, solo estaban los guardaespaldas que nos seguían, del resto, Killiam y yo paseando como dos enamorados. A lo lejos observé una pista de patinaje y él vio mis intenciones de inmediato.

—Ni se te ocurra, no vamos a ingresar. Te vas a resfriar, mocosa, tienes vestido —recordó mientras tocaba la tela azul debajo de mi abrigo.

—¡Por favor, solo serán unos minutos! —le pedí, viendo cómo nuestros guardaespaldas se reían porque mis pucheros lo derretían, sin embargo, Killiam seguía negándose, así que caminé hasta una de las taquillas que señalaba la entrada a la pista, era una caseta verde que estaba alumbrada con una lámpara enorme a su costado—, buenas noches, ¿cuál es el precio del boleto para la pista de patinaje? —pregunté educadamente.

No había ningún otro patinador en el lugar, así que esto no tardaría mucho. Dentro de la caseta, una señora de no más de cuarenta años me dio la bienvenida, echó la vista atrás de mi espalda, seguro reconociendo a Killiam, pero no le dijo nada a él, solo habló conmigo.

—Gratis —respondió con una sonrisa dulce que hizo ver sus arrugas mucho más hermosas.

—¿De verdad? —volví a preguntar desconcertada.

—Son jóvenes que solo quieren disfrutar. Vamos, pasen.

Nos dejó entrar a la parte donde se cambian los zapatos por patines usados. Los dos, un poco incrédulos, pasamos a una de las bancas, siempre bajo la supervisión de los guardaespaldas que nos cuidaban a la distancia. Aquella señora era demasiado amable, como un ángel de la guarda, uno enviado desde el cielo.

Una vez que nos pusimos los patines y estábamos bien abrigados, salimos a dar la primera vuelta a la pista; Killiam todavía un poco en desacuerdo.

—¡Vuela libre, Kill! —grité llena de vitalidad, dando un giro largo que me dejó posicionada en el centro de todo y con mi mejor amigo siguiendo mis pasos. Estando tan cerca nos abrazamos para darnos calor.

—Tu cabello está rizado otra vez por el frío.

—Tu nariz está roja.

—Eres una chica terrible y rebelde.

—Tu eres muy estricto y un cuidador de primera categoría.

Los dos sonreímos, manteniendo el contacto de nuestras pupilas, dejando atrás el mal trago que aquel hombre llamado Benjamín nos hizo pasar. Así como Killiam no sabía mucho sobre mi pasado, yo tampoco sabía muchas cosas de las que las noticias comentaban sobre el deporte y su carrera profesional. Sin duda, tenía mucho que averiguar, pero eso sería en otro momento, ahora solo quería disfrutar. Tenerlo así, tan cerca, me devolvía a la época en la que de adolescentes jugábamos a la botella[5]. Ese verano habíamos crecido y nuestros cuerpos se veían diferentes, más desarrollados.

—¿Recuerdas el primer día de secundaria?

—¿Cómo olvidarlo? —Se echó a reír—. Ese día regresé con una gran erección a mi casa por verte con falda por primera vez.

—Ha pasado demasiado tiempo de eso —comenté entre risas.

—Sí, pero seguimos actuando como cuando éramos dos adolescentes —concedió, intentando decirme algo más, pero el mensaje seguía oculto.

Junté nuestras frentes y traté de resguardar ese minuto a solas.



Regresamos al departamento de Kill levitando en una nube de amor, disfrutando de una de nuestras últimas noches. Solo dormimos, en esta oportunidad solo me dejé abrazar.

Ambos nos colocamos nuestros respectivos pijamas y de ahí nos resguardamos bajo las sabanas de su cama, a diferencia de otras noches en las que solíamos hacer el amor hasta quedar agotados y extasiados. Sentir su perfume tan cerca y lo caliente de su piel me fue sumiendo en un letargo de sueño profundo.

—Buenas noches, nena hermosa —dijo él.

Esa era la burbuja llena de miel que empezaba a amar, tanto así, que dejé caer algo de lo que seguro me arrepentiría después:

—Buenas noches, cariño —susurré entre dormida y despierta—. Te amo, Hasting…

Requisito 23

En la salud y en la enfermedad



—¡Achis! —Estornudé por décimo quinta vez en el día, definitivamente había sido una mala idea lo de la pista de patinaje, estaba resfriada y según mi querida amiga Almudena este malestar solo se me quitaría si íbamos al spa por unos masajes.

¡Así que henos aquí! En uno de los salones de belleza más lujosos de la Gran Manzana para tratar de sentirme cómoda, pero no lo lograba de lo mal y quebrantado que estaba mi cuerpo, a eso agréguenle todos los estornudos que salían de mi sistema. Almudena hacía lo mejor que podía, pero yo sabía que esta peste solo se me iba a quitar con el santo remedio de mi abuela. Con eso en mente, soplé mis mocos de manera poco educada y continué disfrutando del spa.

Almudena, sin duda, era extremadamente divertida, a pesar de mi malestar me hacía reír a cada rato por sus locas ocurrencias, toda la mañana me hizo dar vueltas por las tiendas para buscar «ropa adecuada», según sus sabias palabras.

—No sé cómo te hice caso comprando tantas cosas que seguro no utilizaré —dije mientras negaba al ver las bolsas reunidas a un costado de la silla de masajes.

—Querida, hoy vas a llegar al hotel hablando el idioma internacional de la moda —afirmó, enumerando todo tipo de marcas conocidas—. Terminamos acá y luego vamos a una joyería, quiero comprarle un obsequio a Dairo.

Asentí por inercia, pues la verdad, la cabeza me empezó a doler, solo esperaba que no me diera fiebre.

Dicho y hecho, terminamos nuestros masajes y salimos de ahí camino a una joyería de confianza para la chica. El lugar estaba repleto de todo tipo de joyas brillantes, vitrinas llenas con collares, anillos y adornos bañados en oro y plata. Tanta opulencia me dejó noqueada, esa clase de cosas no me parecían necesarias, hasta que de repente, un accesorio súper sencillo y delicado llamó mi atención.

—Señorita, ¿cree que pueda sacar este para verlo, por favor? —le pedí a una de las dependientas del lugar. La chica diligentemente se encargó de poner el delicado objeto en mis manos y al tocarlo lo sentí liviano, pero era perfecto para lo que tenía pensado—, ¿se puede personalizar? —pregunté dispuesta a hacerlo más especial, si era posible.

—Por supuesto, me puede indicar la dedicatoria y enseguida estará listo. —Su sonrisa solo demostraba una cosa: dinero y más dinero. Lo que me hizo reír porque Almudena al ver mi indecisión terminó por convencerme de gastar una horrible cantidad de plata en un obsequio para Killiam.

Una vez pagado el asunto busqué entre mis cosas una foto súper vieja de los dos cuando éramos unos pequeños, la imagen era perfecta para lo que le iba a regalar. Se lo encargué a la

apresurada chica y ella se perdió por un pasillo, seguro para hacer el trabajo.

—¿Crees que le gustará? —le pregunté a mi compañera, que ya había escogido el regalo para su esposo; era la primera vez que yo hacía algo tan cursi.

—¡Tu macho te va a adorar más, querida! —festejó mientras alzaba los brazos y daba vueltas en medio de la joyería. Nuestras carcajadas llenaron el espacio lleno de silencio de la tienda de joyas, me dejé llevar por sus palabras positivas porque, como siempre decía Almudena: «Debes tener más fe en ti».

Nos hicieron esperar unos cinco minutos para entregarnos una bolsita de terciopelo negro bien atada en la parte de arriba. Esperaba que le gustara el detalle.

Después de ir y venir a otro par de tiendas donde mi amiga quería comprar más cosas, me dejó ir a mi “hogar”, no sin antes pasar por una licorería para mi santo remedio.

—¡Nos vemos en el partido, querida! —gritó desde la ventana de su coche convertible. Me despedí con la mano y vi cómo el carro se retiraba de mi vista.

A pesar de la gripe, ella me había ayudado a distraerme del tema principal de mis angustias: Killiam Hasting y mi amor por él.

Respiré profundo, sorbiendo los mocos y con ayuda de uno de los chicos del hotel llevé todas las cosas hasta el departamento. Mi cuerpo me pedía con urgencia una cama y dos días de sueño, así que, con toda la pesadumbre del mundo guardé el regalo de mi esposo en un lugar oculto y dejé las compras en medio de la sala. Con todo eso en orden logré cambiarme de ropa y me serví un poco del remedio casero con dos pastillas, si esto no me quitaba todo el malestar, no sabía que lo haría.

Me tomé el tiempo de cerrar todas las cortinas de la habitación para acostarme y quedar rendida en un dos por tres, dopada por el aguardiente con miel. No me di cuenta cuánto tiempo me la pasé durmiendo, hasta que sentí las suaves manos de Kill paseándose por mi cabello.

—Hola, nena —dijo muy bajito. Se lo agradecí en silencio porque sentía que la cabeza me iba a estallar en cualquier momento. Sus manos me acariciaban con todo el cariño del mundo mientras se acostaba junto a mi cuerpo hirviendo de fiebre.

—¡Achis!

—Te lo dije, tanto frío y un vestido no era una buena combinación —dijo usando su tono de voz regañón.

Refunfuñe, pues en ese momento solo quería que los mocos y el quebranto de mi piel desaparecieran.

—¿Cómo te fue hoy? —intenté entablar una conversación coherente, pero mi voz estaba ronca.

—Pues, mejor que a ti de seguro.

Le devolví una mirada odiosa, agarrando un pañuelo de la mesita de noche para soplar mi nariz congestionada.

—¡Achis! —Otro estornudo.

—Voy a cambiarme de ropa y te prepararé un té —avisó con voz preocupada, seguramente

por los incansables estornudos.

Lo vi salir del cuarto y regresar a los minutos con el dichoso té y una revista en manos.

—¿Adivina qué pareja sensación está en la portada? —anunció, abriendo la revista para mostrar nuestras caras captadas en el momento en que salíamos del local de hamburguesas y luego una toma más de los dos en la pista de patinaje.

—¿Esto es bueno o malo? —pregunté con voz flemosa.

—No lo considero malo, pero no me gusta que se metan tanto en mi privacidad —agregó haciendo una cara toda rara, por un momento pensé que se debía a ese hombre espeluznante que nos tropezó en medio de la velada.

—Bueno, puedes… ¡Achis! Hablar con Erick… ¡Achis!

El chico dulce que estaba acostado a mi lado ignoró el tema en su totalidad y en cambio pasó su mano por mi frente, arrugando la cara en el acto.

—Erick puede esperar, nena, pero tú no, estás hirviendo en fiebre. Hay que darte un baño de agua fría para que baje la temperatura —indicó, levantándose nuevamente de la cama.

—¡Agua fría no, por favor! —repliqué como toda una mocosa engreída, pero este no me hizo caso en lo absoluto.

Sacudió la sábana que me mantenía lejos del aire nocturno y me cargó entre sus brazos fuertes en dirección al baño. Con sumo cuidado abrió la llave de la bañera y me hizo entrar una vez retiró toda mi ropa, aquella dulce atención hizo que me olvidara del agua fría y del malestar de la fiebre, estaba embobada de amor, me estaba cuidando y eso me hacía sentir protegida. No le importó estar empapado de agua y jabón, en su rostro se veía la determinación y concentración, era mi enfermero a domicilio.

—Ya puedes dejar de verme, señorita —acusó, sacando su lengua y guiñándome un ojo.

—Lo siento, es solo que de verdad me gusta la manera en la que te preocupas.

—¡Tonterías! Siempre que te has enfermado he estado ahí para soplar tus mocos y darte sopa —recordó, restándole importancia al momento.

Continuó con el baño por unos minutos más. Al terminar, volvió a llevarme en brazos hasta dejarme a buen resguardo dentro de una toalla enorme.

—Mientras te vistes voy a prepararte una sopa, te hará bien, nena —dijo mientras apretaba mi nariz entre su dedo índice y pulgar de forma juguetona.

El amable enfermo particular salió del cuarto y caminó a la cocina.

Interiormente, recordé lo que se me había escapado la otra noche estando medio dormida. Maldije por lo bajo. ¿Sería verdad lo que me había dicho Erick? ¿Hasting también me quería? Necesitaba escucharlo del propio Killiam, pero si todo el asunto resultaba ser falso me iría lejos de una vez por todas.

Sacudí la cabeza tratando de no pensar mucho en esa idea que rondaba todos los días por mi mente y me apresuré en buscar algo de ropa abrigada para no volver a resfriarme. Una polera gigante y unos pantalones de yoga hicieron todo el trabajo y me devolvieron a la comodidad del colchón enorme. Esperé sentada sobre el mullido colchón y en pocos minutos apareció Kill con

un cuenco de sopa y más té.

—No te puedes quejar, hoy has sido muy consentida.

—Créeme que odio estar enferma —le hice saber, sentándome derecha entre los almohadones. No tenía demasiado apetito, pero sabía que si no comía al menos tres bocados este hombre estaría en plan sobreprotector hasta el final.

Al tomar dos cucharadas de la sopa sentí que recuperaba el olfato, hasta que estornudé y de puro milagro no le cayó a la sopa. Mi esposo falso me miró preocupado, como si tuviera la intención de preguntar algo que le estaba carcomiendo el cerebro de la angustia. En la quinta cucharada lo invité a contarme:

—Vamos, compadre, escupe lo que tengas que decir —pedí, soltando la cuchara dentro del cuenco para prestar atención a sus palabras.

—¿Cómo sabes que quiero decirte algo?

—A veces, cuando quieres conseguir alguna cosa, se nota cierta determinación en tus ojos y labios, se te arrugan levemente.

—Ahora perteneces al cuerpo de investigación del FBI —bromeó al respecto, evadiendo lo que en realidad quería preguntarme. Sostuve con ambas manos otro pañuelo y soplé mis mocos de forma escandalosa, a la espera de que dijese lo que tenía que decirme—, de acuerdo, solo quería averiguar sobre tu historial de parejas —expulsó rápidamente y se cambió de posición, agarrando un sándwich que venía envuelto detrás del cuenco de la sopa.

—¿Ahora quién trabaja para el FBI? —bromeé sonriendo, estaba enferma, pero podía seguir con los chistes.

—Es una respuesta sencilla, ¿no crees? —dijo retomando el control de la situación.

Pensé detenidamente lo que debía responder solo por causarle ansiedad, pero también porque si de algo no estaba enterado Killiam era de mi estancia en Boston. No pensaba contarle todo, aquello sería explicar por qué me fui tan repentinamente del pueblo.

—Sí, estuve con uno que otro chico, pero la mayoría fueron citas casuales —expliqué con tranquilidad. Ya me había terminado la sopa y Killiam había dejado su comida a la mitad, los dos nos acostamos boca arriba, viendo al techo.

—¿A qué te refieres con casual? —insistió, ávido de información.

—Es sencillo, Killiam, solo estaba con esos chicos en plan de disfrute momentáneo —dije lanzando pistas a la mitad.

—¿Nunca te enamoraste de alguno de ellos? —preguntó lo que realmente le interesaba, su tono de voz sonó a una combinación entre enojo y celos, como si le molestara que alguien más hubiera tenido la oportunidad de estar conmigo.

—De todas maneras, ¿a qué viene esa pregunta? —cuestioné un poco adormilada por la cena y el baño, la fiebre estaba bajando.

—No sé, siempre he tenido curiosidad por tu viaje a Boston.

—¿Seguro que es solo por eso?

—Súper seguro. Hoy en el campo los chicos estaban hablando sobre los ex de sus esposas y

me di cuenta de que no sé esos detalles de ti.

Volteé los ojos divertida por la manera en la que me daba explicaciones para excusarse. Si estaba averiguando era por algo más, sin embargo, no había mucho para contar.

—Puedes quedarte tranquilo, nadie ha robado mi corazón como tú, Killiam —pronuncié de forma burlona y dramática, pero segura de que en mi interior todo lo que decía era real. Mi acompañante se carcajeó ligeramente y me resguardó en sus brazos—. Me voy a quedar dormida, ¿tienes alguna otra de tus súper preguntas?

—No te preocupes, descansa, Ter —susurró y besó la coronilla de mi cabeza mientras me resguardaba entre sus brazos y pecho. Acarició mi cabello poco a poco y apagó la lámpara cercana a su costado para quedar a oscuras, justo cuando pensé que estaba en un sueño, escuché—: en realidad, sí tengo una última pregunta….

—Mmm…

—¿De verdad me amas, Teira?

Requisito 24

¿Serás mi enfermero a domicilio para siempre?



Últimamente mi escondite favorito parecía ser el baño. Cada vez que en mi vida acontecía algo catastrófico con Kill terminaba en el mismo lugar. Anoche estaba medio soñolienta, pero sabía que lo que había preguntado mi mejor amigo no era producto de mi delirio o mi fiebre. El malestar y los estornudos habían desaparecido y la temperatura había bajado gracias al baño de agua fría, lo que no salía de mi cabeza era la bendita pregunta: «¿De verdad me amas, Teira?» ¿Había escuchado bien o solo aluciné por la fiebre?

El comentario me tenía frustrada porque no sabía qué porcentaje de nuestra conversación era cierto y qué porcentaje era falso.

¿Él había insinuado algo? La verdad, lo dudo, porque al despertarme por la mañana con el sonido de un celular, Killiam no dijo nada, solo se enfrascó en una llamada de media hora con su padrino Erick y después de que cortó la comunicación me dio a entender que teníamos una entrevista como la nueva pareja del año en una revista conocida.

Ambos nos concentramos en arreglarnos y en desayunar para estar a tiempo en el lugar donde tomarían las fotos, sin reparar ni un segundo en todo lo que pasó por la noche. Dediqué mi tiempo a arreglar un poco más mi cabello y cuando estuve lista decidí salir antes de que mi amigo empezara a gritar por mis tardanzas. Lo más seguro es que mi cara se viera mucho más pálida de lo normal y esto se debía a mi resfriado.

—Nos podemos ir cuando gustes —dije, acercándome hasta la cocina donde él se hallaba tomando un vaso de agua.

—Agarra el abrigo y envuélvete como tamal, nena, está lloviendo. —Fue lo primero que pidió al ver que solo iba cubriéndome con una simple chalina.

Evité a toda costa sus ojos y tomé el consejo de coger un abrigo antes de irnos hasta el estacionamiento. El coche designado nos condujo por la avenida principal, donde muchos carros ya complementaban el tráfico. La idea era reunirnos con el abogado de Kill y luego correr hasta el estudio de la revista interesada en “la pareja del momento”. La ciudad mantenía su temperatura fuerte y muchos rogaban para que mejorase a inicios del próximo mes, pero el pronóstico no daba buen augurio para los próximos días.

Una vez llegamos a nuestro primer destino nos recibió un hombre sumamente interesante y apuesto. A primera impresión, su acento y su apariencia demasiado elegante eran un verdadero misterio. Tenía los ojos de un azul un poco extraño, parecía que uno de ellos era más claro que el otro. De nariz perfilada, piel bronceada y porte italiano desde el saco hasta el calzado. Tenía un aire intimidatorio, pero cuando te acercabas un poco más te dabas cuenta de que solo intentaba aparentar estar enojado, aunque no le salía bien; era un hombre muy guapo como para ser tan serio.

Una vez ingresamos a su oficina, el abogado estrechó su mano con mi esposo falso, como si fueran viejos amigos, ahí entendí que Kill confiaba mucho en él.

—Dante —pronunció el jugador estrella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Killiam. —El aludido devolvió el saludo acompañado de una sonrisa nostálgica, sinceramente, debía dejar de ser tan observadora y practicar mis modales.

—Te presento a Teira, mi esposa —habló Kill, señalando mi presencia.

Asentí hacia el abogado con la misma sonrisa amable que siempre suelo brindarles a todos, pero este me rechazó de inmediato.

—Tengo el tiempo un poco justo, se pueden sentar. —Nos invitó a instalarnos en los formidables muebles de su oficina opulenta.

Kill me guiñó un ojo para tratar de matar la tensión que este hombre triste desprendía y luego me acompañó hasta los asientos para hacer lo que veníamos a hacer.

La oficina era un poco básica, a excepción de unas cuantas fotos que estaban encima de una mesa baja en el centro de la estancia. Había varias fotos del abogado junto con un hombre con un idéntico parecido a él mismo; la vena preguntona en mí intentó salir, pero me contuve, no lo conocía tanto como para hacer averiguaciones sobre su vida gris.

Nos metimos en una reunión que corrió rápidamente entre firmas y papeles pertinentes, todo lo necesario para las remodelaciones de la institución para jóvenes adolescentes. Si todo se daba tal cual como lo tenía planeado, el diseño estaría listo en menos de dos meses y medio.

—Bueno, señora Misteira, espero que estemos en contacto para reunirnos en la gran manzana y darle inicio a su proyecto —finalizó, después de hacerme firmar al menos unas quince hojas.

—Espero que en la próxima reunión sonría un poco más —dije con imprudencia—. La vida es muy corta, disfrútela un poco.

El hombre se sorprendió un poco por mi acotación, se sonrojó y asintió rápidamente, tratando de escabullirse.

—No le hagas caso, Dante, el medicamento para la gripe la dejó diciendo locuras —bromeó Killiam mientras sujetaba mi cintura en medio de la oficina de su abogado, cada vez se nos hacían más sencillo el toque y la familiaridad de nuestros cuerpos era evidente.

Dante suspiró un poco más tranquilo con el chiste de Kill.

—Hablando de locuras, hay una cosa que quiero hablar contigo, Kill —agregó Dante, de nuevo muy serio—, a solas… —le remarcó a su cliente.

Tragué saliva un poco incómoda, pero entendí que ellos debían conversar y que yo no estaba invitada. Y para no hacer el cuento más largo…

—Te espero afuera —dije sonriendo con calma, transmitiéndole a Kill que todo estaba bien conmigo—, fue un gusto, Dante —me despedí educadamente y éste asintió.

Fuera del estudio traté de normalizar los latidos apresurados de mi corazón, quise confiar en que lo que hablaban era simple papeleo rutinario entre un cliente y su abogado. ¿Dante tendría conocimiento de la farsa que llevábamos?

—Un dólar por tus pensamientos —dijo mi esposo a mis espaldas, logrando que me

sobresaltara en mi puesto.

—¿Todo en orden?

—Todo de maravilla, señorita. Ahora vamos a tomar esas fotos para que puedas descansar.

Sonreí más tranquila y me dejé llevar por él hasta el carro como una pareja de recién casados.

Realmente eso de las cámaras no era lo mío y por eso no estaba del todo de acuerdo con lo de las fotos, a decir verdad, ninguno de los dos, pero la petición de Erick había sido muy específica: «Los quieren a los dos en la portada principal». Así que, diligentemente, llegamos a las instalaciones donde serían tomadas las fotos.

El espacio estaba repleto de reflectores en la parte del techo y desde el minuto uno, nos trataron como si de reyes se tratase. Sentí que había llegado vestida con trapos sucios y llena de mocos y congestión, pero ahora estaba hecha toda una reina de pasarela. Aproveché de enviarle fotos de la locación a mi hermana pequeña para que entrara en shock, y en efecto, de la emoción me devolvió imágenes con cara de asombro total.

La idea de las fotografías era demostrar lo unidos que éramos y lo bien que nos iba en nuestra vida de casados. La primera toma era de los dos juntos sobre un mueble enorme de color blanco, Kill tenía su rostro a pocos centímetros del mío, nariz con nariz, ojo con ojo, y mientras los demás hacían su trabajo, nosotros jugábamos entre risas y muecas; cada cuanto acariciaba su nariz con la mía o él regaba besos por toda mi cara.

—Creo que con tanto cariño que me das tus admiradoras saldrán corriendo lejos —susurré, devolviendo sus caricias con más amor.

—Bueno, todavía soy tu enfermero particular, así que es mi trabajo cuidarte, señorita rústica, no importan mis admiradoras en este momento.

—La verdad es que te agradezco, me siento mucho mejor ahora —hablé nuevamente en susurros y me tomé el atrevimiento de darle un beso, uno que la cámara tomó y enseguida nuestro capturador de momentos realizó tremendo escándalo al ver el espectáculo que le dábamos con nuestras atenciones.

Naturalmente, Killiam se carcajeó y eso también fue grabado por las cámaras.

El resto de la sesión fluyó como la seda y con mucho agradecimiento de parte de todos los que participaron en el set. Ya al final de la tarde nos fuimos a nuestra *suite* de hotel para descansar.

Aquel día sentí que había un punto y aparte en nuestra relación, como una especie de reloj que, a pesar de que avanzaba a mi favor, también me alejaba de mi verdadero objetivo. Me asustaba pensar que pronto cada quien se iría por su lado, uno con la victoria de haber conseguido lo que quiere y el otro con la derrota de saber que perdería lo que más quería.

Requisito 25

Una vez cumplido el pacto se acaba todo



El día del partido había llegado, el gran final de mi falsa relación. Las calles de Nueva York tenían la elegancia y porte necesario en cuanto a juegos de fútbol americano se trataba. Cada pantalla tenía al menos una foto de alguno de los jugadores que habían participado en el Súper Bowl y más de un transeúnte iba vestido con la camiseta de las Águilas Verdes, dando el apoyo correcto para la nube de emoción.

Los puestos que habían reservado para la familia y amigos de los jugadores estaban justo al frente de todo el campo, así todos lograríamos correr en el instante en que se hiciera la entrega de premios y reconocimientos. Almudena, las chicas que me habían presentado en su reunión, demás conocidos y yo, estábamos en sintonía con la camiseta del equipo a todo color. El partido estaba avanzado, faltaba solo un último cuarto y ya habían pasado más de diez minutos en el reloj. Como sea, las Águilas Verdes tenían que encontrar la manera de cambiar el marcador con puntos a su favor o el equipo de Kill no ganaría el Supertazón.

—¡Vamos, chicos! —gritó Almudena como toda una leona.

—¡Arriba, Águilas! —gritó a su vez el representante de mi esposo falso, que ese día estaba de muy buen humor.

Todos lanzaban gritos de júbilo mientras yo me mantenía enfocada en la jugada. Gracias a mi padre y a cada uno de los partidos a los que había asistido para apoyar a Kill, sabía un poco sobre los movimientos y ataques. Si Dairo se la pasaba a Trent, un integrante con potencial en el equipo, este lograría hacer una anotación inmediata, ya que se hallaba a pocos pasos de la meta de puntuación. Y en efecto, los chicos trasladaron mis pensamientos al campo y actuaron en consecuencia a su ventaja, dándole un espectáculo al estadio entero con su nuevo punto en el marcador gigantesco.

—¡Las Águilas Verdes acaban de hacer su primera marcación en todo el juego, quedando pocos minutos para dictaminar a los verdaderos reyes del Supertazón! —se escuchó la voz de uno de los comentaristas por los altavoces.

—¡Eso es correcto, esta noche en particular es fundamental para este equipo, pues los cazatalentos tienen en la mira a varias promesas del fútbol americano! —dijo otro comentarista, refiriéndose con nombre y apellido a cada uno de esos jugadores, entre ellos el nombre de Killiam, que no había entrado en todo el juego, a pesar de que muchos aclamaban que lo hiciera.

En la parte donde se sentaban los demás jugadores del equipo se apreciaba al entrenador, que seguramente hablaba con mi hombre de alguna táctica, hasta que éste salió corriendo hacia el campo.

Ahora, Dairo y Patrick en conjunto con los demás pasaban a ser la defensa de Kill, quien

seguro haría el tiro libre que marcaría la diferencia en el partido.

Toda la estrategia cambió y parecía que el equipo ahora llevaba ventaja sobre los Patriotas. Faltaban pocos minutos para que se terminara el juego y no encontraban la oportunidad, sin embargo, de la nada, el balón pasó de mano en mano hasta llegar a Kill, que estaba solo a mitad del campo y cuando el balón estuvo en sus manos, él corrió como nunca, esquivando a cada uno de sus contrincantes.

—¡VAMOS, HASTING! ¡SOLO QUEDAN TRES MINUTOS! —grité por primera vez, apasionada y loca por completo. Todos en las gradas estábamos de pie, a la espera de la anotación.

El equipo contrario trató de llevar la delantera, pero en el preciso minuto en que Hasting anotó un punto a favor de las Águilas Verdes, todo estalló en gritos de euforia. El silbato sonó y la mirada de Killiam encontró la mía, haciendo las señas justas y necesarias para indicar que aquella victoria era en mi honor.

—¡El oro y la gloria es para las Águilas Verdes, señores y señoras! —exclamó por los altavoces el comentarista, deleitando a las cámaras con la toma del mariscal de campo, Killiam Hasting, quien apuntaba el balón hacia mí.

—¡Querida, ese hombre te adora! —dijo Almudena como toda una Cupido orgullosa.

Mis mejillas se colorearon de inmediato e intenté disimular con una carcajada, para que así las cámaras no me enfocaran demasiado. Todos mantenían la idea de la victoria en sus mentes, rompiendo en abrazos y aplausos hacia los nuevos campeones. Los Patriotas habían sido derrotados por las Águilas Verdes y nuestra casa, oficialmente, se llevaba los anillos.

Abrieron la parte baja de las gradas y familiares y amigos cercanos salimos corriendo a celebrar con los jugadores dentro del campo. En medio del tumulto encontré al único hombre que podía volverme loca, quien gustoso me atajó entre sus brazos sudorosos. Ni bien estuve a pocos metros de sus labios cuando le estampé un beso de portada que fue capturado por la prensa. El beso me supo a gloria, a felicidad y emoción. Todos parecían estar de acuerdo al tirar exclamaciones y silbidos de manera burlona, pero alegre, por la demostración amorosa. Ese beso duró lo que tenía que durar y solo nos detuvimos cuando llamaron a los jugadores por los altavoces. Era tiempo de entregar las medallas y el trofeo.

Todos los allegados nos reunimos en frente, aplaudiendo con energía al ver cómo se tomaban fotos recibiendo al famoso Vince Lombardi, una estructura hecha a partir de plata esterlina.

Unas cuantas lágrimas de alegría se me escaparon al saber que ese logro era una gran recompensa a todo el esfuerzo de mi mejor amigo. Mi corazón empezó a latir orgulloso, pues sinceramente, cada minuto de esta travesía había valido la pena. Podía estar súper enamorada, pero también sabía separar el amor y darme cuenta de que nuestra amistad era mucho más fuerte ahora.

Las premiaciones continuaron por un rato más y al terminar las fotos y demás protocolos, los jugadores y familiares ingresamos a los vestidores donde el champagne y los gritos de algarabía acompañaron el momento de gloria.

Entonces, Dairo tomó la palabra:

—A lo largo de mi carrera he tenido la dicha de recibir una cantidad de premios que

reconocen mi trabajo como deportista y sinceramente, nada nunca se compara al hecho de vivirlo en mi ciudad adoptiva —dijo con la voz cargada de emoción mientras todos estaban prendados a las palabras de su líder—, celebrar la victoria en Minneapolis y repetir lo faltante aquí, en la Gran Manzana y al lado de todos ustedes, es uno de los mayores trofeos que mi carrera me ha podido dar —pronunció mientras alzaba su copa, al igual que sus compañeros—. Así que en esta oportunidad quiero brindar por ustedes, porque hemos entablado un vínculo que nos convierte en familia, que nos hace recordar lo importante de este instante y eso, señores, es mucho más grande. ¡Salud, carajo!

Todos aplaudieron y silbaron muy de acuerdo con las palabras de uno de sus capitanes. El ambiente era festivo y todos disfrutaban sin parar, muchos se tomaban fotos con el trofeo y otros se abrazaban y besaban con sus esposas. Luego, en una esquina de los vestidores, se visualizaba a Killiam y a su padrino en un abrazo sentido y privado. No era necesario decir en voz alta lo que ese abrazo significaba, era un momento de agradecimiento y dedicación a la persona que en sus años de vida impulsó a su hijo a ser siempre el mejor en lo que hacía. Aquel momento privado me hizo sentir como una intrusa, así que desvié la mirada y me concentré en mi amiga Almudena, que me invitó una buena copa de burbujas doradas.

Todos estaban planeando un *after party* en casa de Dairo, pero definitivamente, yo estaba tan agotada por tanta celebración que prefería irme a dormir hasta el día siguiente, o hasta pasado mañana.

—¡Querida, busca a Killiam para ir a casa con nosotros de una vez! —exclamó mi hermosa amiga latina con su característico sabor festivo.

—¡Creo que está hablando con Erick! —contesté señalando hacia donde estaban los dos, el mayor le hacía entrega de un juego de llaves al más joven. Ninguna comprendió ese intercambio, pero de todas formas «mi macho», como decía Almudena, vino hasta nosotras y me tomó de la cintura con cariño.

—Es hora de irnos, señorita —dijo en mi oído.

Asentí. Tenía ganas de decirle que prefería ir a descansar al hotel mientras él celebraba con sus colegas, pero no me dio ni siquiera la oportunidad de hablar, sino que en cambio me ayudó a salir de los vestidores, para luego tomar camino hacia otro lado del estadio. Por un momento pensé que nos dirigíamos a casa de Dairo, como muchos dentro de los vestidores habían acordado, pero estaba muy equivocada, porque Killiam no me hizo tomar el coche que siempre nos trasladaba, sino que me subió a un automóvil completamente diferente.

Esperé a ver si tomábamos la vía hacia la cabaña de nuestros amigos, pero ya habíamos pasado ese trayecto y en su reemplazo podía ver cómo el coche se acercaba a la autopista. Giré la cabeza hacia la parte trasera del auto para consultar si íbamos solos, y en efecto… nada de guardaespaldas ni cámaras persiguiéndonos.

—¿Se puede saber a dónde me llevas? Pensé que iríamos a casa de Dairo.

Kill me ofreció una sonrisa relajada y tomó velocidad en la autopista, con la noche cubriéndonos por completo en la soledad de la carretera.

—Vamos camino a casa, nena.

Ladeé la cabeza sin comprender, luego me señaló el GPS en su celular y este indicaba que el carro tomaba dirección a otra parte de Nueva York.

Requisito 26

Eres mía, nena



Todos mis sentidos estaban en modo alerta. El piloto y acompañante, Killiam Hasting, iba demasiado relajado, llevándonos a quien sabe dónde y lo más insólito de todo esto es que no soltaba ni un solo detalle del verdadero destino. Con cada kilómetro que pasábamos el día pasaba volando y cuando asomé la cabeza por la ventana ya era de noche, el cielo completamente lleno de estrellas, las cuales no se lograban avistar en la Quinta Avenida debido a la cantidad de edificios y pantallas LED.

—¿A dónde vamos? —pregunté por decimosegunda vez, obteniendo la misma respuesta en cada oportunidad.

—Vamos a casa, nena.

Aquellas cuatro palabras me hicieron enojar por la incomprensión, él sabía muy bien que no me gustaban las sorpresas y no saber qué pasaría me mantenía nerviosa y atada de manos.

Con suerte y paciencia encontré la manera de concentrar mi atención en el paisaje. El vacío tranquilo de la autopista me mantuvo entretenida, hasta que sin darme cuenta me quedé dormida. Desperté cuando el reloj del tablero del auto marcaba las cinco de la mañana. El automóvil ingresaba a una zona llena de árboles frondosos y flores amarillas por doquier y el sendero nos condujo hacia el final de una carretera de asfalto, presentándonos una casa.

«Momento… ¿Una casa?»

Me enderecé en mi puesto, maravillada y al mismo tiempo desconcertada por la belleza inigualable del lugar. Kill estacionó el carro frente al jardín de dicha casa, una hermosa morada de tres pisos con hermosos tulipanes blancos en la entrada, como los que él siempre me regalaba. No sabía si salir del auto, quedarme adentro a admirar todo, sin embargo, no hizo falta pensarlo mucho, pues mi amigo abrió la puerta del copiloto para mí.

El mutismo era mi nueva forma de reaccionar durante las últimas horas, no entendía para nada de qué se trataba todo aquello.

El color enladrillado de la fachada, las barandas de madera extremadamente pulidas y las diferentes dimensiones de cada uno de los pisos de la casa eran absolutamente impactantes y cálidos, ni hablar de las escaleras impecables que daban la bienvenida a las puertas dobles de aquella dulce morada. La paz y tranquilidad que se respiraba allí era otra cosa; no había cámaras, ni paparazzi, mucho menos ese ruido ensordecedor de las calles de la ciudad.

Solo la casa, él y… ¿yo?

«¿Qué significa todo esto, Killiam?» Hice la pregunta en mi mente mientras observaba al comandante de toda esta locura. Él estaba posicionado a un costado de la enorme casa con su

hermosa sonrisa y las manos abiertas.

—¿Quieres entrar? —preguntó, señalando con la mano el interior del hogar pintoresco.

Arrugué la frente, recordando quién era yo: una novia falsa que le había estado mintiendo a todos aquellos que le importaban, incluido el amor de su vida. Esto era como un terreno prohibido, debía protegerme a toda costa hasta saber qué esperar.

«¡Vamos, Teira, no puede ser tan malo estar aquí!» Opinó mi consciencia, incitándome a ingresar y admirar la belleza del sitio.

El interior era mucho más fabuloso de lo que ya era el exterior, asombrada era poco a como me sentía en realidad. No había muchas pertenencias, pero con un poco de decoración y amor quedaría maravilloso, eso sin contar la enorme chimenea que adornaba la sala principal. La belleza de lo nuevo y lo viejo hacían la armonía perfecta para disfrutar del espacio.

—Bienvenida a nuestra casa —escuché a Hasting hablar con emoción en su voz, logrando cierto desconcierto en mí, por eso giré con cuidado y con la mirada le pedí explicaciones.

—«¿Nuestra?» —cuestioné sus palabras solo para estar segura de que no estaba alucinando.

—Sí, esta va a ser nuestra casa de ahora en adelante —confirmó como si nada—. Faltan varios arreglos y varios muebles por acá y por allá, pero es muy bella y queda a una hora de la…

—Momento, que todo el mundo se detenga —lo interrumpí con la mano alzada ante su parloteo—. ¿Nuestra casa?

—Es correcto, Ter, llevo varios minutos diciendo lo mismo.

Cerré los ojos con poca paciencia para entender a qué se refería.

—A ver, ¿desde cuándo tenemos una casa juntos, maridito? —insistí en los detalles de su nueva estrategia, al parecer.

—¡Oh, comprendo tu malestar! —dijo con total tranquilidad, metiendo ambas manos dentro de los bolsillos de su pantaloneta blanca.

—Si es verdad que comprendes aclárame la duda principal, ¿por qué es nuestra toda esta hermosura de casa? —expuse mientras me cruzaba de brazos, demasiado molesta, la ironía de su tono de voz y la forma en la que hablaba de los dos como una especie de combo de ensueño me hacía renegar.

—Teira —pronunció mi nombre muy lentamente, con esa mirada penetrante sobre mí.

—Killiam —repliqué, pero mi tono de voz era demandante y lleno de angustia.

—Ven. —Estiró su mano—. Acércate, nena.

Acepté un poco desconfiada y enseguida me atrajo hacia su cuerpo, los dos quedamos posicionados frente a la chimenea y solo se despegó unos segundos para encender la leña. El fuego llenó el lugar de más calidez y sus manos sujetaron las mías con firmeza, a pesar de que estaban todas sudadas por los nervios. Necesitaba saber con urgencia por qué quería que esa preciosidad de casa se convirtiera en algo «nuestro». Intenté decir algo, pero de inmediato colocó un dedo sobre mi boca, silenciando cualquier interrogatorio o cuestionamiento. Los latidos de mi corazón se acrecentaron de una manera alocada.

Él se tomó la delicadeza de bajar su mano hasta ahí, donde más se podía sentir el golpeteo. La

actitud que ahora denotaba me dejaba confusa porque sinceramente ya no había cámaras, no había tratos ni escenarios donde descubrieran que éramos un matrimonio falso. Su uniforme estaba un poco sucio en ciertos lados, pero eso no le quitaba el habitual olor a menta y frescura que destilaba cada vez que lo tenía a pocos metros. Creo que una parte de mí trataba de enumerar esos detalles para no entrar en un estado de crisis y ansiedad, sin embargo, era complicado hacerlo, porque Killiam no dejaba de mirarme fijamente, buscando no sé qué.

—¿Qué intentas descifrar? —pregunté al ver cómo acercaba los labios hasta los míos para rozarlos levemente.

—¿Qué crees tú qué intento descifrar, Ter? —contraatacó de igual forma, cerrando el agarre en mi cintura dentro de sus brazos fuertes. Estábamos tan juntos que no había escapatoria, pero el gesto no tenía un concepto sexual, sino más bien, una duda del tamaño de un elefante.

Retuve el aliento y lo solté todo al ver que el amor de mi vida me hacía cerrar los ojos para caer en uno de los besos más dulces del mundo. Él quería descifrar algo, pero también quería darme a entender algo, y como yo que estaba contrariada con su actitud no sabía cómo entender. Lo único que me quedaba claro eran las ganas de seguirle el beso, llevada por esa hermosa sensación de estar juntos, perteneciendo el uno al otro.

La forma en la que el tiempo se detuvo fue sin duda un suceso que recordaré por el resto de mis días. Nuestros cuerpos dejaron atrás cada prenda hasta quedar desnudos y sin ninguna armadura más que la de nuestros corazones batallando para comprenderse.

Con una mano sujetando mi cuello y la otra mano cerca de mi pecho, se retiró un poco para volver a preguntar:

—¿Qué crees que intento descifrar, Ter?

Mi única reacción fue negar, no sabía qué opinar, estaba enloquecida por el toque de sus manos. Él no esperó la respuesta y volvió a enredarse conmigo en un beso más intenso. Se tomó el tiempo de besar mi frente, mis párpados, mis mejillas, la punta de mi nariz, nuevamente mi boca y el mentón, y así hasta llegar a la base de mi cuello para darme pequeños mordiscos. Cada rincón de mi cuerpo fue acariciado, manteniendo así mis sensaciones a flor de piel. Estaba en una especie de nebulosa desesperantemente acogedora, debajo de su cuerpo me sentía protegida, como siempre, pero también tenía miedo. ¿Él sabía lo que yo sentía todo este tiempo? ¿Por qué se preocupaba tanto en adorarme si pronto nos íbamos a separar?

«Tantas preguntas, Teira, y ninguna respuesta…» Pensé, viendo cómo Kill continuaba con su ataque de amor.

Decidí que debía tomar un papel en este juego y acaricié todo aquello próximo a mis manos impacientes: sus hombros, su espalda, sus nalgas, su rostro y luego devuelta a la parte baja de su espalda, presionando ahí donde sabía que me recibiría gustoso.

Terminamos acostados frente a la chimenea mientras su virilidad se ajustaba entre mis piernas, logrando así que yo cerrara los ojos por la intensidad del asunto. Nuestras respiraciones atascadas en el instante en que nuestros cuerpos se hicieron uno en un millón, una pieza que encajaba a la perfección. Eso éramos él y yo, un rompecabezas por armar. La pieza faltante durante todo ese tiempo en el que nos apartamos era la clave para acabar con este puzle.

No había prisa en esto, solo ternura e infinita adoración. Era el desenlace de dos almas temerosas de amarse, uniéndose para toda la vida.

El fuego de la chimenea se alzó sobre los dos, demostrando que el calor que desprendía de nuestras pieles pedía a gritos ser más encendido. Nuestras manos entrelazadas en cada estocada, nuestras miradas conectadas aún sin descifrar, torturándonos hasta llegar a la cúspide del deseo y la pasión desenfrenada.

El hombre que amaba con todo lo que era me dio una última mirada justo en el momento en que el placer nos consumía, y dijo lo que menos esperé escuchar en mi vida:

—Eres mía, te amo, Teira.

Requisito 27

No eres mi novia falsa



«Eres mía, te amo, Teira».

Cada una de esas sílabas se repitió en mi mente por los siguientes cinco minutos. Quise creer fervientemente que lo que salía de su boca era cierto, pero ni una sola de las palabras ingresaba de forma coherente a mi cabeza, mucho menos a mi corazón. Respiré hondo y me separé lo suficiente de su cuerpo como para procesar tal novedad.

—¿Qué… dijiste? —tartamudeé horrorizada, o más bien avergonzada, el hecho de haber esperado toda mi vida por esa frase era lo que me mantenía anonadada; escucharlo en el presente me parecía una jugada cruel del destino.

Killiam, desnudo y aún lleno de dulzura, intentó por todos los medios acercarse a mí, pero yo no quería que me tocara hasta lograr asimilar la situación. Me levanté propulsada por el desentendimiento.

—Te amo, Ter, mi corazón es todo tuyo.

No sé cuántas veces negué, hasta me pellizqué la piel del brazo para saber si estaba soñando. Respiré profundo y agarré una manta que estaba cerca de la chimenea, una de las pocas cosas que contenía la hermosa casa. Llevé la mirada hacia otro punto, cualquiera que no fuese la cara de Killiam.

—No te creo —murmuré, para luego escuchar sus pasos llegando hasta mí, sin tocarme, pero estando cerca en cada segundo.

—Sé que puede parecer una locura, pero…

—«¿Una locura?» —interrumpí, sintiendo una real molestia por todo el suceso—. Locura es lo que yo hice al aceptar ser parte de este juego falso. Toda mi adolescencia y adultez me la pasé intentando olvidar lo que siento por ti y tú…

—¿Yo qué?

—¡Vienes y dices «te amo» como si nada! —repliqué muy enojada, los papeles se estaban cambiando. Era una masoquista, eso lo sabía desde antes de iniciar todo, sin embargo, a Kill no parecía importarle, porque cortó la poca distancia que nos separaba y rodeó mis hombros con sus brazos fuertes. La forma en la que me entregó su dulzura solo me causó lágrimas.

—Lo sé, y la verdad es que una disculpa no tapará el haberme comportado como todo un imbécil —afirmó valientemente—. De verdad te amo y no sé qué haría si me dices que no podemos estar juntos.

El discurso era completamente sincero, sabía cuándo me mentía y cuando no, por eso caían a

borbotones cada una de las lágrimas de mis ojos claros. Obviamente empecé a creerle, pero muy en el fondo una pequeña parte de mí quería entender qué había pasado con su plan de volver con Kelly, así que por unos minutos largos lo dejé estar a mi lado, consolando a la llorona en la que me había convertido.

Él era mi refugio, ese que extrañé tanto cuando me fui corriendo a Chicago, ese que sin pensarlo me había brindado de nuevo su cariño como amigo y como hombre.

A través de sus ojos pude observar a aquel pequeño que me invitaba a jugar y a comer paletas de helado, a través de sus ojos pude ver al joven adolescente que me tendió su mano cuando me dejaron plantada en el baile de primavera, y ahora, solos aquí, pude observar al hombre del cual me enamoré, diciendo que me amaba con todo lo que es. Sus tres versiones habían sido sin duda el único amor que me había permitido sentir, ni siquiera en mis años de universidad había conocido a alguien que acelerase mi corazón como solo él sabía hacerlo.

Dejé que secara mis lágrimas y que me diera una sonrisa apenada. Y antes de decir algo de lo que me pudiera arrepentir, quise confirmar todo primero.

—¿Qué sucede con Kelly?

El semblante le cambió radicalmente, haciéndome dudar de si era conveniente decir que también lo amaba.

—Pues… —Parpadeó un poco nervioso—, solo sé que no la quiero en mi vida de ninguna manera. Hablé enserio cuando dije que eres única y eso no tiene comparación con ninguna otra mujer o persona —culminó, acariciando mis dedos que se hallaban entrelazados con los suyos.

Asentí en silencio, pensando mis próximas palabras con cuidado.

—Yo… —Mordí mi labio inferior, llena de miedo a más no poder.

—No te calles ahora, te lo ruego.

—Es solo que… —Estaba asustada, no quería dejar ver mis sentimientos—. Yo también…

—¿Sí, nena? —apremió con las cejas alzadas, a la espera.

—Prometí que iba a dejar a un lado mis sentimientos y que iba a retirarme de la forma más tranquila posible para mantener nuestra amistad…

—¿Ahora que te dije lo que de verdad siento?

—Dijiste que solo éramos amigos.

—Sabes que lo que hacemos y cómo nos sentimos acerca del otro no es solo ser amigos, así que no niegues el pero que hay en todo esto, nena.

Lo observé y prácticamente, él estaba ahí ansioso y a la espera de lo que yo sabía que sentía profundamente.

—Hasting… —susurré, tomándolo de las mejillas para explicarle en voz alta lo siguiente—: La cosa es que te amo y no puedo prometer esconder lo que siento por mucho tiempo más.

Listo.

La bomba estaba suelta y la había dejado explotar. Abrí mi corazón de par en par, como una puerta doble llena de candados. Por primera vez en mucho tiempo sentí que no cargaba un peso encima.

Una enorme sonrisa se extendió por toda su cara hermosa llena de hoyuelos, brindándome esa calidez y alegría que los dos manteníamos cada vez que nos abrazábamos. Acercó su cara un poco más, depositando un suave beso sobre mis labios húmedos debido a las lágrimas, sellando un nuevo comienzo.

—Espera, quiero saber algo antes —pidió mientras se separaba un centímetro de mi boca—. ¿Desde cuándo?

La curiosidad que emanaba del muchacho solo me causó risa, hasta el punto de carcajearme como una niña divertida. Lo que ocurrió a continuación es que los dos nos recostamos frente a la chimenea otra vez y le relaté cada parte buena o mala de mi vida. La misma cosa aplicó él al saber lo que había acontecido conmigo una vez fuera del pueblo y lejos de él. No había detalles escabrosos aún y faltaba sincerarnos mucho, pero para ser la primera vez que hablábamos con la verdad, sentí que las cosas se daban de maravilla. Ahora éramos conocidos nuevos en busca de nuestro recorrido como pareja.

Los dos habíamos perdido el contacto por completo, tanto así que ni enterados estábamos de lo importante que había ocurrido en los anteriores cinco años en la vida del otro. A parte de afianzar nuestra relación, estábamos reconstruyendo los pedazos de una amistad cortada a la mitad.

—Tengo un regalo para ti —dije después de un rato charlando, afuera ya había atardecido rápidamente, el sol se había ocultado y ahora lo único que alumbraba el hermoso lugar era el fuego de la chimenea. Busqué con cuidado la bolsa de terciopelo dentro de los bolsillos de mi pantalón y di con el obsequio que había comprado en la joyería con Almudena. Deposité con cariño la bolsita en sus manos y esperé a que lo abriera para explicarle el significado importante.

—¿Para mí? —preguntó con asombro al ver el relicario. El colgante era un obsequio que tenía una leyenda importante según lo que había investigado después de comprarlo.

Cuenta San *Google* que es una especie de amuleto que guarda para sí la protección de un recuerdo o persona pasada, por eso decidí que era importante que dentro de este se lograse admirar una imagen que en particular siempre me había encantado: toda nuestra familia junta y los dos en la foto siendo unos renacuajos todavía. Este tenía forma ovalada, como la pelota de fútbol americano, también tenía una inscripción en la otra cara del interior.

—«Ayer, hoy y mañana» —leyó en voz alta, sin comprender.

—Es un poco cursi, pero quería darte algo en representación a tu victoria del Supertazón y pensé que esto sería adecuado —expliqué, abriendo el obsequio para que viera la pequeña imagen.

—Es perfecto, muchas gracias —dijo con ojos brillosos, colocándose la cadena de plata de inmediato.

Sellamos el momento con otro de sus besos y nos levantamos para ver si había algo de comer en la casa.

—¿A quién pertenece el lugar? —pregunté mientras admiraba la enorme cocina con espacio como para un batallón hambriento.

—Es de Erik y su esposa —comentó esperando mi reacción, pero no dije nada al respecto, así que él continuó—: perteneció a su esposa cuando seguía viva, pero después de que ella falleció,

él no regresó, hasta hace unas semanas, que me dijo lo siguiente: «Esta es la llave maestra para llegar a su corazón».

—Es hermosa, sobretodo el jardín repleto de tulipanes —agradecí sonrojada. De todas las personas que podían ser cómplices de nuestra relación, jamás pensé que Erick fuese una de ellas, no después de sus intentos porque lo dejáramos en un simple contrato y nada más.

—Sí, a cierta señorita le fascinan ese tipo de flores. —Hizo un pequeño chiste, sacándome de mis turbios pensamientos, al tiempo que lanzaba una fruta del cuenco que había en medio de la enorme cocina. La casa no estaba completamente equipada, así que solo estaríamos el suficiente tiempo como para pasar un rato agradable, lejos de los reflectores y el drama.

Después de ingerir un poco de manzana y uvas, recorrimos todo el lugar, hasta caer como vagos en una de las hamacas del porche, abrigados hasta el cuello y con un par de mantas que Killiam había sacado del maletero de su coche nuevo. Todo era sumamente especial, al punto de no poder evitar el envolvernos de nuevo en una telaraña de besos y caricias. La certeza de nuestro amor estaba presente en cada segundo de la unión. Y una vez el amanecer llegó nos bañamos juntos y nos alimentamos para regresar a la ciudad ruidosa.

—Tranquila, pronto regresaremos —dijo Kill al ver cómo me despedía con tristeza de nuestra casa, aquel lugar sería el recuerdo de un punto y seguido diferente, sería el refugio que nos recordaría lo mucho que nos amamos.

El carro se alejó con nosotros dentro, tomando la vía más cercana hacia la autopista y hacia el Parque Central de Nueva York. El escándalo y el ruido nos esperaba con una realidad incierta que podría opacar nuestra pequeña luna de miel.

Requisito 28

¿Estás casado?



La velada nocturna habitual de la Quinta Avenida estaba ahí latente en todo su esplendor, la mayoría de las calles permanecían abarrotadas de transeúntes que iban y venían por doquier, sin dejar un solo hueco libre para caminar despacio. En esta oportunidad, sentí que no aborrecía el bullicio, la verdad es que ahora había un antes y un después desde la primera vez que observé la ciudad a través de la ventanilla del carro. Antes, solo novios falsos y después novios reales por fin.

Nuestro objetivo principal era despistar a la prensa deportiva del pasado terrible de una de las jóvenes promesas del fútbol americano, sin embargo, ahora que sí estábamos juntos, ¿qué se debía hacer?

—¿Estás lista para las cámaras, nena? —indagó Kill, justo a mi lado, con una mano en el volante y la otra sujetando la mía.

—No creo que esté lista nunca para esta clase de cosas —indiqué un poco nerviosa por los flashes que se empecinaban en sacar la primera toma de nuestras caras.

—Te cubro —tranquilizó mi nerviosismo con su voz llena de paz y amor, sacándome una sonrisa digna de portada de revista.

Mi amado hombre salió rápidamente del auto, lo que causó conmoción entre los fotógrafos que, restringidos por una baranda, intentaban a toda costa llegar hasta Kill. De inmediato, unos tres guardaespaldas aseguraron el perímetro para que nadie se acercara a ninguno de los dos, movimiento que fue en vano, ya que fuimos rodeados en pocos segundos. Estaba tan metida en mi cuento de hadas y pensando en lo que nos depararía la vida de ahora en adelante que no me preparé para lo que de verdad era nuestro destino.

—¡Killiam! ¿Es verdad que todavía no te has divorciado de tu ex? —lanzaron la primera pregunta.

—¡Teira! ¿Estás de acuerdo en tener un esposo que aún mantiene nupcias con otra mujer? —gritaron por otro lado.

—¿Crees que la Federación de Deporte te deje ingresar a sus equipos ahora que se han enterado de las trampas que hacías, Hasting? —acusó otro vampiro-saca-fotos, dejándome anonadada.

«¿Qué trampas?»

«¿Divorcio?»

«¿Nupcias con otra mujer?»

La sonrisa genuina que tenía en los labios ahora era una simple mueca muy tiesa en un rostro impactado. Estaba clara en que con tantas preguntas mediocres me había convertido en la parodia de una telenovela barata. Hice una cuenta mental y respiré profundo entre la multitud, si lograba aguantar un poco más, llegaría sana y salva al *living* del edificio.

«Camina, Teira, camina o te harán papilla». Renegué internamente, asustada por el mal presentimiento que tenía en la boca del estómago. Killiam sostuvo mi mano con fuerza, seguramente porque mi cuerpo le envió señales de que en cualquier instante iba a desfallecer.

—¡¿Killiam!? ¿Qué piensa hacer con Kelly y su matrimonio? —continuaron gritando sin respetar nuestro espacio personal.

—¡Señor Hasting, fuentes cercanas acreditan que usted no merece el título del Supertazón! —exclamó uno más, insultando al jugador con sus insinuaciones. ¿Qué había sucedido mientras estábamos en nuestra escapada al paraíso?

—¿Qué está pasando? —interrogué al único ser que podía darme las respuestas necesarias, sin embargo, no respondió, se mantuvo en silencio todo el trayecto de camino al elevador. Una parte de mí quería entrar en pánico y otra parte quería aguardar en calma, pero al ver su silencio mientras ascendíamos al departamento, mi corazón se agitó pidiendo auxilio. Algo en mi interior me decía, me pedía a gritos, que saliera corriendo cuanto antes.

La confirmación de que algo iba muy mal la sentí cuando vi a Erick, el representante de mi amigo y padrino también. El señor nos miró con cara de circunstancias sin saber qué decir primero.

—Espero que tengas una buena explicación para toda la mierda que la prensa y los fotógrafos me están tirando desde que llegué. —El saludo de Kill fue conciso y hasta se podría decir que algo agresivo. El pobre hombre no sabía dónde esconderse, pero con todo y eso no dejó que camináramos más de la cuenta hacia el interior de la fortaleza italiana.

Me solté de la mano de Killiam y éste se giró a verme, pero yo no podía devolverle la mirada, tenía el estómago revuelto. «Las mentiras suelen tener patas cortas, Teira». Habló la voz decepcionada de mi consciencia.

—La explicación de todo está adentro, así que mejor cálmense antes de ingresar —indicó Erick, angustiado a mas no poder. ¿Qué podía ser tan malo como para que estuviera tan afligido?

La reacción de ambos fue exacta: frente arrugada y mirada desconfiada, hombros tensos y un nudo en la garganta. No nos quedó de otra que apresurar el paso y encontrarnos con la nueva decoración viviente en la sala.

Definitivamente, los fantasmas del pasado están hechos para asustar de la manera menos pensada, y particularmente, el mío me observaba con altanería mientras disfrutaba de la incredulidad de mi rostro perplejo. Lo más curioso de todo es que el horrible fantasma venía con acompañante.

—¿Kelly? ¿Benjamín? —gruñó Killiam, dando un paso al frente.

Esto no pintaba nada bien…

Cinco individuos metidos en una historia sin concluir, un pasado no borrado y un presente digno de un premio Oscar, ni hablar del futuro que definitivamente daba repelús. La escena daba la impresión de que estábamos siendo grabados por alguna cámara oculta en uno de esos programas de risa, que no dan risa. Las miradas de cada uno expulsando recelo, siendo la mirada de Kelly la más irritante de todas.

Habían pasado años desde la última vez que la vi frente a frente, su aspecto era completamente idéntico al del día en que me advirtió que nadie, y mucho menos ninguna «amigucha de cabello mal peinado», iba a quitarle su oportunidad con el jugador estrella. Ella era la personificación del estándar de belleza que la sociedad estaba acostumbrada a aceptar, eso porque no sabían que la mujer era inescrupulosa y sin sentimientos. Su cabello rojizo completamente lacio, combinado con una piel bronceada y una figura esbelta que iba embutida en un vestido negro, como su alma. Sus ojos de un color verde oliva y sus piernas cruzadas, demostrando mala actitud, poder y una seguridad fingida en cada paso.

Luego estaba yo, que al verla tan impecable sentí unas ganas repentinas de vomitar, pero me contuve porque mi esposo falso expulsó las primeras palabras:

—¿Qué hacen ellos dos aquí? —Kill dirigió la atención a su tío—, ¿qué diablos quieren? —les recriminó a los dos invitados no deseados, siendo Benjamín quien tomó el primer turno para hablar.

—Te dije que hay muchas cosas que te pueden dejar en ridículo, Hasting. —Sacó a colación una frase que en su tiempo me pareció inexplicable. Ese tipejo tenía un aura malévola, era un aprovechado. Pero, ¿qué tenía que ver Benjamín con Kelly?

—Killiam, es preciso que tomes esto con tranquilidad. Estamos en un problema muy serio y complicado, ya Dante está en camino —intentó conciliar Erick sin ver respuestas positivas en su sobrino. Buscó ayuda en mí con ojos de súplica, pero sinceramente, yo estaba muy absorta en comprender qué diablos ocurría, no tenía cabeza para hacer entrar en razón a Killiam. No había conexión entre lo que sentía mi corazón y lo que podía llegar a decir en ese preciso momento, solo era una espectadora, muy mala, por cierto. Si Dante estaba en camino es que sucesos malos estaban por ocurrir. Alertas rojas aparecían por todos lados.

—Dilo de una vez —escupió mi amado, conteniendo su cólera.

—La señorita en cuestión llegó hace dos horas atrás con el señor, exigiendo atención sobre una demanda en especial.

—A ver, ¡ilumíname! —gruñó Kill mientras se revolvía el cabello en señal de exasperación.

La sala completa quedó a la expectativa con mi respiración suspendida en el aire. La dama cruel de rojo, estaba inamovible en su puesto y acompañada por Benjamín, que se inclinaba por ser altanero en su traje de etiqueta y Killiam estaba a punto de lanzarse por el balcón del edificio.

—Ambos continúan casados. Ante la ley siguen registrados como marido y mujer —murmuró Erick, tratando de no dar falso testimonio, cosa que no hizo falta porque con solo sacar aquella revelación de su caja de Pandora entendí que el mareo jamás se me pasaría.

Mi cara debía estar pálida porque sentí entumecido el cuerpo al escuchar tal barbaridad, así que antes de colapsar por completo impulsé mi cuerpo lejos del asiento y salí de la sala directo al lavaplatos de la cocina para vomitar la poca fruta que había comido. El representante de mi esposo-casado fue el único en asumir mi salida inesperada del cuadro, el resto de los

participantes seguían enfrascados en una debacle llena de improperios e insultos.

—¡¿No estás conforme con haberme jodido esa vez en el altar?! —inició Killiam con un tono de voz sumamente enojado—. ¡Nos casamos por civil y ni siquiera fuiste capaz de firmar los papeles de divorcio después de irte a quién sabe dónde con este imbécil!

Los gritos y reproches no me dejaban estar tranquila, solo revolvían más mi estómago. Traté de recostarme sobre una de las columnas pertenecientes a la cocina para calmar la ansiedad que subía como espuma, el mismo miedo y terror que sentí el día de la boda falsa estaba ahí de nuevo. Mi pánico era porque no sabía qué clase de reacción o represalia tomaría Kelly, no sabía qué pretendía Benjamín con todo este bochorno, o peor aún, no sabía que Killiam podía ser destruido por una mujer que solo lo había lastimado desde que lo conoció.

—¡Estos dos solo me quieren arruinar, Erik! —exclamaba él lleno de cólera—. ¡No pienso joder mi carrera por culpa de dos buenos para nada que lo único que quieren es aprovecharse!

Más gritos e insultos y yo seguía ahí, agachada en la cocina en busca de aire. En eso abrieron la puerta, Dante había llegado y ese fue mi momento de escape. Caminé mientras trataba de acompasar mi respiración y sin darme cuenta ambos chocamos en la entrada.

—¡Teira, que gusto verte! —saludó con una sonrisa sincera, aminorando mi angustia, parecía que mi consejo había funcionado a la perfección.

—Hola, Dante, yo… —intenté hablar, pero el nudo en la garganta no me lo permitía con facilidad—, lo siento, nos vemos en otra oportunidad —culminé y salí por el mismo lugar por dónde él había entrado. Necesitaba con urgencia aire puro o de lo contrario iba a empezar a gritar como el hombre que estaba dentro de la sala, uno que no se parecía en nada a Killiam.

Salir del edificio fue la parte más difícil, ya que las cámaras y la farándula seguían en la entrada principal, no obstante, uno de los guardaespaldas me reconoció de inmediato.

—¿Necesita ir algún lado, señora Hasting? —preguntó de forma amable, insertando la justa y precisa puñalada de consuelo que me haría llorar. Definitivamente no era dueña de ese título tan importante llamado apellido, pero dada la situación, solo este amable guardaespaldas me salvaría.

—Quiero salir un momento, ¿es eso posible? —Estaba segura que el hombre había visto mi cara de circunstancias, suficiente como para entender que era urgente la escapatoria.

—Vamos por la parte de atrás, ahí nadie la molestará, señora. —Asintió diligentemente y me condujo hacia el estacionamiento.

Una vez resguardada dentro del coche lo demás fue sencillo. Un escalofrío recorrió todos mis huesos y me dejó desplomada sobre el asiento trasero del carro, estaba de nuevo en una encrucijada. La luna de miel y amor que había vivido el día anterior con Kill había pasado a la historia para ser reemplazada con este *reality show* de mala calidad.

Requisito 29

No dejes pasar a los fantasmas



No tenía conocimiento de cuánto tiempo había pasado, pero aún estaba dentro del automóvil, recorriendo las calles en silencio. Esta era una parte nueva de la ciudad que no había visto, las casas eran de menor tamaño y los edificios rascacielos eran escasos de este lado de Nueva York, sin embargo, la luminosidad se mantenía intacta, incluso el guardia de seguridad consiguió una plazoleta con un parque para niños.

—Acá puede tomar un poco de aire, señora. Nadie la va a reconocer a esta hora de la noche —indicó el hombre, del cual no sabía ni su nombre.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al darme cuenta de que en todo este tiempo en que me había cuidado a mí y a mi esposo falso, no me lo había topado lo necesario como para saludarlo por su nombre, como la gente normal y educada hace. Eso y que estaba tratando de no entrar en un ataque de pánico, otra vez.

—Mi nombre es Tristan. A sus servicios señora, Hasting —se presentó, agachando su cabeza levemente.

—Mucho gusto, Tristan, y no es necesario que me llames señora Hasting, mi nombre es Teira.

—Está bien, señora Teira —habló nuevamente sin quitar el enorme prefijo. Se lo dejé pasar y le agradecí de corazón.

—Te agradezco por haberme sacado de ahí.

—Es mi trabajo asegurarme de que tanto usted como el señor Hasting estén cómodos y a salvo —continuó, destilando profesionalismo y amabilidad pura, transmitiendo esa paz que a mí me hacía falta.

Asentí lentamente y observé el lugar antes de decidir si me quería bajar.

—Creo que estaré un rato sentada por allá —le hice saber a Tristan, señalando un lado solitario de la plaza.

—Usted solo avíseme cuando desee regresar al edificio y listo, señora.

Le di una última mirada y lo dejé atrás, dirigiéndome hacia las bancas solitarias de la plaza. El lugar estaba estructurado en forma cuadriculada con un pequeño parque para niños en el medio, un ciclo vía alrededor, varios puestos de helado y algodón de azúcar y algún que otro dueño paseando a su perro. Todos eran personas sencillas con vidas sencillas y despreocupadas, no como la mía. El plan de salir a un lugar desconocido solo para dejar atrás el escándalo y respirar un poco de aire estaba siendo repetitivo en el último mes y medio. Definitivamente no estaba apta para escuchar más discusiones sobre matrimonios, rupturas y divorcios. Quería sentirme

como aquella noche en la pista de patinaje o sentirme como en aquella casa tan preciosa en la que nos profesamos nuestro amor, sin embargo, esto era lo que tocaba, o mejor dicho lo que me correspondía por haber aceptado casarme falsamente.

Sentía que había pasado muchos años en una lucha interna, me dolía el pecho, pero no quería llorar, así que me dispuse a mirar con calma a los demás, canalizando toda esa ansiedad en un lugar seguro. En cada persona veía a la Teira que había perdido, una mujer soñadora que solo se ocupaba de enseñarle a los más pequeños de la casa la importancia de hacer las cosas bien para tener una buena vida y buenos amigos, en cada persona me veía a mí, temerosa de ser diferente y fracasar en el intento.

Me di a la tarea de frotar mis manos en busca de calor y mis dedos chocaron con un accesorio en el que casi nunca reparé: mi anillo de compromiso. La argolla familiar de los Hasting se sentía liviana en mi dedo anular la mayoría del tiempo, pero ahora, después de lo acontecido, sentí el peso de toda una generación en la que amar y ser amado era algo real y no una película ficticia. Sentí que estaba decepcionando a mucha gente por ese trato y más que nunca sentí que el anillo de oro tan lindo no me pertenecía. A veces, los objetos más preciados traen consigo una carga demasiado pesada, una energía que no se le entrega a cualquiera.

Sacudí la cabeza, aturdida por cómo mis pensamientos me llevaban a un lugar lleno de problemas e imposibilidades.

«No llores, no llores».

—Disculpe, señora, ¿cree que nos pueda tomar una foto? —preguntó un joven que iba acompañado de dos chicas, seguramente adolescentes.

Cuando el karma desea ser irónico y aleccionador no hay nada que lo detenga.

Alcé la vista para ver mejor a los tres chicos, sintiendo que estaba de nuevo en la secundaria. Kelly, Killiam y yo, los tres siendo los mejores amigos y luego dejándolo de ser.

—Claro —acepté, a sabiendas de que estos tres chicos no tenían la culpa de mis fracasos.

El joven y las dos señoritas posaron divertidos hasta que logré una instantánea memorable.

—¡Muchas gracias! —habló una de las amigas, despidiéndose con la mano.

Los vi irse sonrientes y felices, ajenos a lo que su cercanía me produjo.

Regresé a mi asiento, buscando el momento exacto en mis recuerdos en el que Kelly dejó de ser mi amiga para convertirse en mi pesadilla. La amistad que teníamos con Killiam pareció volverse un reto, uno donde la mayoría del tiempo yo iba a perder a Kill como mi único y mejor amigo. La manera en la que ella en todo momento me hacía sentir inferior, era un aliciente para no querer tenerla cerca. Había muchas diferencias entre las dos, ella era competitiva con asuntos que no valían la pena y hacía trampa solo para conseguir la mayoría de las cosas que quería. Era capaz, incluso hasta de llorar y dar lástima solo para obtener algo.

El día en que los dos se convirtieron en reyes de la secundaria, pasaron a ser la pareja más envidiable de todo el grado, a tal nivel que las amistades de ambos cambiaron y yo dejé de ser parte de su lista de amigos cercanos. Ni hablar cuando Kelly se enteró de que su novio me gustaba.

La chica que consideraba mi amiga pasó a ser muy mala y solo se sentía bien si los demás sufrían solo para demostrar su poder y habilidades de manipulación; eso exactamente fue lo que

hizo ella el día en que Kill se quedó conmigo una tarde porque yo no tenía pareja para el baile.

Volvimos a ser los amigos de siempre por unas horas, a pesar de que la conversación se basaba en su noviazgo con ella. Por un instante, sentí que había recuperado a mi mejor amigo, pero Kelly se enteró y aquella tarde del baile se apareció en mi casa y fingió estar feliz de pasar el rato con nosotros, como en los viejos tiempos. Aunque cuando Killiam se descuidó unos minutos, fue clara y concisa: «No te quiero cerca de él o le contaré sobre tus sentimientos». Que se enterara así no era lo apropiado, pues ellos estaban juntos y yo quedaría como la amiga tonta y celosa, así que como una estúpida le seguí el juego y dejé de hablar con mi mejor amigo una vez más.

Luego, confirmado mi viaje a Chicago, dejé de estar en su radar y dejé de existir para él.

Cerré los ojos frustrada por saber que a pesar del tiempo todavía arrastraba esos demonios conmigo. Cuando los abrí de nuevo me encontré con un sonriente niño a pocos metros de dónde me hallaba sentada.

—Hola —pronunció con voz tierna, por su estatura deduje que tenía al menos unos cinco o seis años.

—Hola, mucho gusto —saludé acostumbrada a aquella clase de conversaciones casuales con mis estudiantes—, ¿estás perdido? —pregunté con un poco de cautela, porque los niños a esa edad no tienen permitido dirigirse a personas desconocidas.

—No. —Negó con su cabeza y señaló hacia un lado en especial de la plaza, apuntando con su dedito a una niña de la misma edad, que lloraba desconsolada sobre uno de los juegos mecánicos—, me peleé con mi mejor amiga —indicó un poco enojado.

—¡Oh! Que mal, los mejores amigos no deberían pelearse —le recordé con toda la paciencia y ánimo del mundo, esto era como una especie de déjà vu.

—Es que ella no quiere jugar a la pelota conmigo y yo le saqué la lengua —explicó todo el tema con una seriedad que me causó gracia y ternura en ambas proporciones. Este chiquillo había despertado un poco mi mundo con su inocencia.

—Bueno, en ese caso, deberíamos pensar en una solución inmediata para que ella no continúe enojada contigo —aconsejé al pequeñajo, colocando mi dedo índice sobre mi mentón, dándole a entender que estaba ideando algo en particular para que él recuperara a su amiguita.

Mi nuevo amiguito estaba atento a mis movimientos y cuando vio que me tomé la delicadeza de cortar una de las flores que por ahí había rondando en la plaza, sus ojos se iluminaron tanto como las luces colgantes del lugar.

—Toma. —Se la entregué con cariño sobre sus manitas—. Esto seguro funcionará para que te disculpe y jueguen a otra cosa.

—¡Margaritas! ¡Sus favoritas! —exclamó con las cejas levantadas. Me carcajeé divertida con esta jugada del destino—. ¡Muchas gracias, le encantará!

Asentí de acuerdo y me despedí con un beso al aire que le lancé al estupendo niño. Los dos personajes habían devuelto un poco de esperanza a mi corazón lastimado.

Eso indicó el tiempo perfecto para regresar al campo de batalla y afrontar las consecuencias. Caminé de regreso hasta el carro, donde Tristan ya me esperaba con la puerta trasera abierta para mí.

—Gracias por traerme a tan lindo lugar.

—A sus órdenes siempre, señora Teira.

Una vez dentro del carro verifiqué que las ganas de vomitar habían disminuido, así que ya estaba lista para lo que fuese que me esperara en la fortaleza italiana de Killiam Hasting.

El retorno hacia el edificio de altura imponente fue rápido, ya eran pasadas las once de la noche cuando el carro se estacionó en el sótano. Tristán, que había sido un excelente conductor y acompañante, no dijo nada más, solo me dejó ir hacia el elevador con una sonrisa de despedida.

Desde este punto lo único que tenía que hacer era sacar fuerzas de donde no las tenía y entrar al departamento en el que sorprendentemente aún se encontraban Dante y Erick, bloqueando el acceso. El abogado me observó de pies a cabeza con un semblante compungido, seguido del representante, quien suspiró derrotado.

—Estaré en comunicación, Erick, ya es tarde para mí —habló el italiano, cortando cualquier tema de conversación que los dos estuvieran llevando a cabo.

El recién nombrado asintió con pesadumbre en los hombros y luego me recordó lo que para él aparentemente era importante:

—Los dos merecen ser felices, que esa felicidad no sea ella quien la perturbe.

Eso fue todo.

Los dos hombres se retiraron sin darme oportunidad de opinar o reaccionar. Me quedé paralizada bajo el marco de la puerta, contando hasta veinte antes de tomar la valentía de ver qué había en el interior. Si los dos profesionales de antes se habían retirado con las manos sobre la cabeza, solo significaba una sola cosa: Kelly había ganado y yo había perdido.

El espacio amplio de la sala parecía un congelador de lo frío y silencioso que estaba. El rastro de una pelea había quedado en la historia y ahora solo quedaba el desasosiego y la incertidumbre. Vi las luces del balcón encendidas a lo lejos, el ventanal completamente corrido, dejando pasar el aire. Dentro del balcón, el dueño de la fortaleza estaba hundido en su trono, derrotado en su propio juego. Un escalofrío recorrió todos mis huesos, entumeciendo mi cuerpo; antes de ir a dormir me prepararía un té caliente o seguro enfermaría de nuevo.

Me di cuenta de que no me había cambiado la ropa en dos días y de que precisaba un baño con urgencia, así que fui a “nuestra habitación” y me retiré con rapidez todo el vestuario que había usado para el juego. Me coloqué un pijama de algodón y regresé a la sala, directo al balcón.

Mi dulce jugador estrella estaba ahí aún, encogido de hombros y con la cabeza metida entre las rodillas, ya de por sí flexionadas. Lo único que lo cubría del espantoso frío era una frazada que seguro su tío le había colocado. Ninguno de los dos dijo nada, a pesar de habernos dado cuenta de la presencia del otro, simplemente nos quedamos callados, viendo las diminutas luces provenientes de los faroles, autos y anuncios por doquier, que había en la gran ciudad que nunca duerme. Al pasar los minutos me senté a su costado y esperé a que él dijera algo.

—Regresaste… —susurró a duras penas, mirándome con sus pupilas negras llenas de lo inesperado: lágrimas. Todos los meses en que se había encargado de recuperar su vida y su carrera profesional habían sido tirados por la borda, yendo a parar a las manos de Kelly.

—¿Acaso tenía que haberme ido? —pregunté con la poca fuerza que quedaba dentro de mi

ser. Cada uno de los dos se había convertido en un roto para un descosido.

—¡Esto es una mierda, Ter! ¡Mi vida es una mierda! —exclamó tirando de sus cabellos en señal de desesperación y enojo. Luego, un sollozo salió de su pecho y entendí que él se había convertido en una especie de punto de inflexión en el que nunca lograba decidir si era momento de alejarse o momento de quedarse y pelear.

Killiam no dijo más nada, solo me abrazó y me dejo acariciarlo. La verdad, todo era tan inestable que no sabíamos en qué parte de nuestra relación estábamos.

Aquella noche opaca dejé de pensar y me entregué a ese abrazo como si de un ancla se tratase. Sin querer ahondar mucho, sabía que aquella sería la primera de mis noches en el calvario. La agonía que yo sola me había buscado.

Requisito 30

No lloraré más por ti



Las semanas pasan volando cuando no tienes más trabajo que lamentar la llegada de la ex de tu esposo falso. La estrategia de matrimonio había cambiado, la forma de actuar y de comportarnos frente a las cámaras era un nuevo mundo. Empezando por la tarea de asistir a cada evento para demostrar que éramos una pareja fuerte y que la carrera de Kill no estaba perdida. Inclusive, Erick había propuesto una idea descabellada.

La cosa iba de que Kelly y Killiam debían dar una conferencia donde asumieran estar desligados sentimentalmente y libres de compromiso, más que todo para evitar cualquier escándalo que, con mala suerte llegase a oídos de la Federación Deportiva. Lo descabellado estaba en creer que la señorita “simpatía” estaría de acuerdo. Hecho que fue confirmado cuando ella se rehusó a dar cualquier declaración, llevada por los consejos del tipejo llamado Benjamín.

—Benjamín era el publicista de Killiam. Cuando mi esposa falleció me retiré por un tiempo y Kelly le presentó a este tipo que solo pintaba maravillas en el mundo de mi sobrino —comentó Erick uno de esos días en los que Kill se reunía con Dante para resolver los detalles legales del divorcio. Estaba conmigo en el balcón del departamento, su mirada puesta en ningún punto en especial.

—No me digas que…

—Exacto, él es la razón por la que Kelly lo dejó plantado en el altar. Ambos se fueron con varias pertenencias de Kill mientras mi sobrino se hallaba en plena recuperación de su pierna. Además de eso lo metió en problemas con la institución de la NFL.

Lo que Erick daba a entender era que Benjamín, no contento con quedarse con la mujercita, también le jodió a Kill los planes de ingresar a cualquier equipo cuando se lesionó. Ese tipo de detalles escabrosos no los conocía por parte del principal afectado, por lo que escuchar a su representante hablar de todo eso me mantenía en un embrollo sin fin.

—Cuando me reencontré con Kill en el pueblo ya habían pasado meses de eso —dije, buscándole el sentido a lo que me relataba.

—En realidad, había pasado un año y unos cuantos meses —corrigió Erik, alzando sus cejas en modo de preocupación—. Después de ser plantado no continuó con sus terapias y tampoco regresó al fútbol, para todos fue horrible ver cómo se resignaba, hasta el punto de regresar al pueblo y olvidar su carrera como futbolista.

Me quedé atónita y eso era poco; mi mejor amigo había sufrido mucho por amor.

—Sobre las acusaciones de trampa, ¿a qué se refieren?

—Ese es el tema legal que casi lleva a la ruina a Kill y por el que peleé hasta el cansancio,

pero creo que ese asunto te lo debería contar él mismo.

Suspiré aún más confundida.

Después de esa conversación los días y noches se habían vuelto monótonas y autómatas. Traté de dedicarme a hacer otras tareas más prácticas que fingir mi matrimonio y qué mejor cosa que enfrascar mi vida en el proyecto con Almudena sin tener que preguntar más de la cuenta a mi novio falso sobre las nuevas condiciones de nuestra relación clandestina.

—Nena, estaré un rato fuera, tengo que ir a ver mis últimas terapias —dijo una mañana cuando desperté, ya teníamos dos semanas y media en este tira y afloja. El guapetón de mi chico ya estaba bañado, bien afeitado y vestido con su habitual estilo *sport*, incluyendo una mochila colgada de su hombro.

—¿Deseas que te acompañe? Tengo tiempo hasta reunirme con Almudena para ver lo del proyecto —dije, a la espera de una respuesta que nos uniera más en vez de alejarnos, como era en el presente.

—No te preocupes —aclaró, acercándose hasta mi posición para depositar un beso en mis labios—. Será rápido. De ahí tengo que reunirme con varios cazatalentos y eso te aburrirá.

Asentí poco convencida con sus palabras y le devolví otro beso solo para mantener su olor cerca por unos segundos.

—Te amo —murmuré, y por fin obtuve una sonrisa de su parte—, ¡Arrasa con todos, Hasting! —animé, consciente de que su trabajo era merecedor de reconocimiento, debido al empeño que destilaba en cada actividad.

—Te amo mucho más, preciosa. —La sonrisa fue sincera, pero demasiado triste como para alcanzar la justa felicidad. Definitivamente, necesitaba con urgencia que todo este lío se terminase pronto.

Mi chico triste se fue de la habitación y pocos segundos después escuché cómo la puerta del departamento se cerraba.

—Bueno, Ter, no queda más que avanzar en otras tareas —dije en voz alta y estiré mis brazos por sobre mi cabeza con pereza.

Después de un baño y ponerme un lindo vestido de invierno, ya estaba en camino hacia la locación donde tomaría lugar la institución.

A pesar de que hacía un frío de muerte el cielo estaba despejado. Quise pasear sola por tan bonito paisaje, pero mi esposito había sido muy específico cuando mencionó que no debía salir a ningún lugar sin estar acompañada de un guardaespaldas. Así que, sin entrar en muchos detalles, Tristan era mi guardia de seguridad fijo.

La mayoría de los *haters* del famoso jugador se la pasaban día y noche apostados frente al edificio, a la espera de algún chisme de importancia para usarlo en su contra, y esa clase de chismes que ellos querían, obviamente, me incluían a mí, por lo que Tristan había recibido claras órdenes de esperarme en el estacionamiento y de desviar a todos los paparazzi e intrusos. El amable caballero, intuía que la situación estaba crítica y sabía lo mucho que me incomodaba toda esa parafernalia del divorcio y el matrimonio. Aun así, no comentaba nada nunca, lo que me daba a entender que yo tenía que hablar urgente con alguien a la brevedad posible.

En el trayecto hacia el lugar aprecié la sencillez de la vida de otras personas, unos cuantos

caminaban en conjunto y otros iban sonriendo felices, otros apurados por llegar a su trabajo, pero todos siempre en algo que no implicase tanto drama y desmadre. Eso era lo que me hacía falta, el poder hacer y deshacer en mi rutina sin sentirme observada por millones de ojos desconocidos, siempre a la espera de que fracasara.

—Señora Teira, ya hemos llegado —avisó Tristan mientras se estacionaba frente a un jardín abierto.

—Gracias, esperaré a Almudena afuera —dije suspirando porque mis pensamientos terminaban por agobiarme.

Una vez fuera del auto, observé la maravilla del espacio. Había sido una buena elección esta locación; con Almudena acordamos que los jóvenes lograrían disfrutar con creces de lo que ambas haríamos para su estadía. Lo primero, era escoger a cinco chicos de diferentes ciudades latinoamericanas para que fueran trasladados hasta Nueva York y así emprendieran la gran oportunidad de estar en un curso intensivo para mejorar su calidad de estudio y de vida, todo con el empeño de diferentes profesores y mentores altamente calificados. La parte de estrategia en cuanto al viaje y la llegada de los jóvenes sería trabajo de Almudena, dado que ella había viajado más y conocía diferentes países. En cambio, yo me encargaría de las entrevistas a los mentores, de los horarios de clase, planes de evaluación y un extra en clases de artes plásticas. Un espacio donde la diversidad, las mejores cualidades y aptitudes de estos chicos reluciera de la manera más creativa posible. Definitivamente, el proceso me hacía feliz dentro de tanto drama.

—¡Querida, llegaste! —gritó Almudena unos metros lejos de la entrada, hablaba con algunos decoradores. La chica iba embutida en un enterizo color vino y unos botines negros, siendo su cabello y maquillaje una combinación excelente con el color de sus ojos.

—¿Llegué tarde? Es que me distraje en casa y… —Era pésima para dar excusas.

La hermosa mujer que tenía por amiga se disculpó con los dos hombres con los que hablaba y caminó un poco conmigo para conseguir privacidad.

—¿Problemas en el paraíso? —interrogó en busca de consolarme.

—No diría que problemas, pero… Bueno, sí, pueden ser problemas —pronuncié entre tartamudeos—, ese es otro tema que después hablaremos. —Corté de raíz la conversación—. Mejor muéstrame lo que vamos a hacer con la decoración y el mobiliario.

Almudena comprendió que no era el momento de tener esa plática, así que con una sonrisa me abrazó y de ahí nos enfrascamos en crear el proyecto de nuestros sueños. Ella es de esas personas que sinceramente vale la pena entera tener en tu vida.

El enfoque de ideas nos distrajo el resto de la mañana. La cuestión era mantener lo más original posible la estructura y crear más espacios libres para las clases de aulas que se impartirían. Los obreros solo debían cerciorarse de que las instalaciones fuesen seguras para transitar y estudiar sin complicación alguna. De ahí, las dos pasamos a sentarnos en una de las oficinas que ya estaba habilitada para cualquier reunión importante e hicimos las llamadas correspondientes para obtener todos los materiales. Por ejemplo, Almudena contactó a una empresa de espejos para colocar en la sala de danza y yo contacté a una compañía de instrumentos que aportaría la mitad de la indumentaria para la clase de música.

Después de colgar la última llamada revisé mi casilla de mensajes para ver si Kill se había intentado comunicar conmigo. Nada. Ni un solo mensaje para decirme cómo le había ido en sus

terapias. Sabía que en los últimos días la pierna le había estado fastidiando debido a todo el estrés y pensé en ser yo quien le enviase un mensaje, pero me retracté.

—Definitivamente no puedo verte en ese estado de preocupación, querida —opinó Almudena, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos con un apretón de su mano en mi brazo derecho—, terminemos por hoy, vamos a tu departamento y le escribes a tu esposo para que llegue temprano —ordenó como toda una general—. Te ayudaré a preparar una deliciosa cena para que los dos tengan una conversación.

—Desde ya te digo que no se ni hervir una papa —confesé, agradeciendo en silencio sus buenas intenciones.

—Tu tranquila y yo nerviosa, cariño. —Nos carcajeamos ante el argumento de la latina, pues definitivamente tenía mucha confianza en que el arroz no se me quemara.

Ambas tomamos el mismo camino hasta el supermercado más cercano para comprar los víveres. Luego me ayudó a preparar todo un banquete para dos personas, me mostró muchos trucos para cocinar de forma más práctica y también me enseñó unos cuantos secretos de la abuela de Dairo para enamorar más a «mi macho», como ella le decía a Killiam.

Luego de cocinar y dejar todo listo en la mesa, empezó a arreglar de pies a cabeza mi apariencia. Mientras me alisaba el cabello tomé la iniciativa de escribirle un mensaje de texto a Kill.

Para: Hasting ❤

Hola, espero que hayas tenido un buen día.

He preparado una cena para los dos, te espero temprano.

Dejé mi celular a un lado de la mesa peinadora y traté de disfrutar la tarde de chicas.

—Teira, no te lo había querido mencionar, pero…

—¿Pasa algo? —pregunté preocupada al ver cómo detenía la tarea de embellecer mi cabello rizado.

—La verdad es que solo quiero demostrar que estoy de tu lado —convino con un tono de voz sutil—. Me refiero al tema de Kelly y Kill.

—Ah, era eso…

—No dejes que te afecte esa mujer, tú eres lo mejor que le ha podido pasar en años a mi querido Killiam —habló rápidamente, brindándome su apoyo incondicional. La observé a través del reflejo del espejo y asentí en señal de inmensa gratitud. Desde el minuto uno, ella me había dado su confianza y amistad sin importarle lo que pasaba conmigo o con mi relación con Killiam.

—Gracias. —Es lo único que atiné a decir porque no tenía palabras para exponer lo mucho que me importaba su amistad.

—¡Bueno! ¡Basta de cursilerías y manos a la obra! —Dio por finalizada la conversación, tomando de nuevo el cepillo y la plancha de cabello—. Te dejaré más hermosa de lo que ya eres.

Y en efecto, ella cumplió con su palabra.

A las siete de la tarde, Almudena se retiró, dejándome a la espera del único ser en la tierra que

era capaz de despertar millones de sensaciones espantosamente hermosas en mi corazón. El reloj marcó una hora y luego otra, pero a la tercera hora, entendí que no era el día para tener una conversación, no cuando estaba por caer la media noche en el reloj grande del comedor.

Apagué cada una de las velas que había colocado estratégicamente en el entorno de la mesa. Llevé la comida a la cocina y la guardé en la nevera. El hambre y la ilusión se me habían pasado y en su reemplazo la decepción y el desánimo habían ocupado lugar. Revisé mi celular a la espera de alguna explicación, pero no había rastro de Killiam. Luego llamé a Erick para verificar que estuviese con él, pero este no sabía nada sobre el paradero actual de su sobrino. La otra alternativa era su amigo Dairo, pero ya era demasiado tarde como para andar causando molestias. No tenía más opción.

Acomodé el cuerpo entre los cojines del sofá más grande y sin poder evitarlo derramé lágrimas de rabia mezcladas con tristeza, espesas gotas cubriendo mis mejillas hasta que humedecían mis oídos y parte de mi atuendo de la noche. Tomé una de las mantas que ahí había y me tapé hasta el cuello. Las lágrimas se secaron con el pasar de las horas, hasta que me quedé dormida sabiendo que Killiam había roto mi corazón, una vez más.

Requisito 31

Si tengo que irme... lo haré



Existe la idea en algunas personas de que el amor es un arma de doble filo, los seres humanos se refugian en esa fe ciega para escapar del dolor sin darse cuenta de que a veces amar suele ser desgarrador. Al inicio se convierte en el sentimiento más bonito, sin embargo, luego de la esperanza en ese amor, viene la herida en el corazón, esa pequeña brecha en tu pecho que arde horriblemente. De todas las palabras que pudiera utilizar para describir cómo me sentía, ardor era la más indicada.

Sé que me quedé dormida en el sofá, agotada por todas las lágrimas, el hipo y los mocos, pero ahora que era de día no estaba recostada en el mismo lugar, él me había traído hasta la cama. Ladeé mi cabeza un poco, chocando con su semblante desolado, estaba sentado en la esquina del colchón con los hombros hundidos con culpa y temor. Aquel rostro acongojado me hubiese debilitado en otra ocasión, pero en la actualidad lo único que quise fue abofetearlo por haberme defraudado.

—¿Qué hora es? —pregunté con un tono de voz raposo y enojado.

El susodicho observó su reloj, y contestó:

—Son las siete de la mañana. —Las facciones de temor se mantuvieron en su cara mientras arrastraba cada una de las palabras, como si estuviera pidiendo permiso para hablar.

—Y recién llegas —dije con sarcasmo.

—Ter, de verdad lo… —intentó decir, pero no lo dejé terminar la oración.

—¡No se te ocurra decir que lo sientes! —De todas las cosas las que menos quería oír eran sus disculpas o sus explicaciones sin sentido, lo único que me apetecía era volver a dormir y no tener ninguna pesadilla, quería borrar de mi mente y de mi corazón lo que sentía por ese hombre, cosa que claramente no era viable, por lo que me levanté de la cama e ignoré sus intentos por hablar conmigo.

En el interior del cuarto de baño saqué dos toallitas húmedas y me limpié el resto del maquillaje. Cambié mi vestido por un jean y una polera, cepillé mis dientes y mi cabello con fuerza y cuando estuve lista salí corriendo de ahí, pero Killiam no perdió oportunidad para retenerme.

—¡Teira! Espera, por favor, déjame explicarte. —La súplica en su tono de voz hizo que me diera vuelta a mitad de camino. Cerré los ojos y respiré profundo para no decir palabras de las cuales me pudiera arrepentir.

—Está bien, explícame —dije con la suficiente paciencia.

—Discúlpame, nena. Sé que he sido el peor compañero estos días y que anoche no llegué a

tiempo —parloteó apresurado, pero no le creí nada—, ¡Es solo que… me siento lleno de cólera! —pegó un grito y agregó un golpe de puño a la superficie plana más cercana a él. Inspeccioné sus ojos negros, los únicos que eran capaces de decirme la verdad y encontré que Kill no estaba siendo sincero del todo.

—No quiero sonar como esas mujeres locas que terminan celando a su pareja, pero solo para dejar algo en claro, te diré dos cosas —dije, puntualizando mi posición en todo este desastre de relación—. ¿Aún te importa demasiado como para arruinar lo que tú y yo tenemos?

—No es eso, Ter…

—Entonces, ¡ilumíname! —pedí hastiada de todo—, no se me ocurre ninguna otra explicación para entender que quieras hacerle creer que tu vida es perfecta. —El silencio se estableció en toda la fortaleza, siendo testigo de lo extenso y lejano que estaba siendo nuestro vínculo como dos personas que decían amarse profundamente.

—Yo… —dudó un segundo—, no sé qué decir —finalizó en son de derrota.

Asentí despacio y con ganas de llorar otra vez. Tragué saliva y antes de salir de ahí le hice saber lo que realmente pensaba.

—En realidad, sí sabes qué decir —repliqué mientras adelantaba mis pasos hacia la puerta principal—. La verdad es que piensas que puedes llegar como si nada a pedir disculpas y arreglar todo cuando, sinceramente, sabes que un «lo siento» no es suficiente para el daño que has creado anoche.

Punto.

Esa era mi perspectiva y nadie me iba a sacar de ahí.

Giré la manilla de la puerta y al salir cerré con fuerza. La idea que tenía entre ceja y ceja no se iba a ir hasta que la llevara totalmente a cabo.

Una vez en el estacionamiento le pedí a Tristan que me llevara a un lugar:

—Al aeropuerto, por favor.

El pobre guardaespaldas espabiló rápidamente, comprendiendo que mi solicitud no era cualquier cosa pequeña. Algo había pasado y sin necesidad de explicarle lo que en realidad ocurría, él me llevó diligentemente al Aeropuerto Internacional mientras veía cómo me tragaba las lágrimas que clamaban por salir.



A medida que el carro avanzaba me sentí menos pesada, menos angustiada y más convencida. El cielo despejado me dio la suficiente valentía para continuar con mi plan. No estaba acostumbrada a estar en lugares donde no era bienvenida, solía irme en el preciso momento en que mi presencia no era necesaria, y ahora que lo pensaba con detenimiento, toda mi vida había sido así.

—Señora, ya hemos llegado —avisó Tristan, rompiendo mi burbuja de sobre pensamiento.

—Gracias, no demoraré más de cinco minutos —le indiqué, alertándolo para que se estacionara unos minutos.

Caminé con el corazón estrujado, pero decidida a que este sería el último intento, el último aliento en esta lucha que había elegido hacía unos meses atrás. Bien se dice que las peores decisiones se toman estando llenos de ira, rabia y enojo, y en esta eternidad de indecisiones, yo solo quería gritar fuertemente y escapar.

Utilizaría todas las millas que tenía conmigo para viajar y enseguida obtener un pasaje de ida, sin retorno alguno, directo a mi refugio.

—Buen día. Un pasaje de ida a Chicago, por favor —le pedí a la chica que estaba resguardada en su puesto, detrás de la ventanilla de atención al público. Ella registró todos mis datos y me lo entregó en menos de tres minutos. El papel acartonado cobró vida en mis manos.

Si bien amaba demasiado a Kill, sabía que ya era tiempo de alejarme y dejar espacio para todos sus planes y problemas. Además de eso, debía aprender a quererme a mí misma, no podía continuar en una especie de dolor auto infligido.

Antes de volver al auto guardé el boleto de avión y tomé nota mental de las cosas que debía hacer antes de partir. En mi regreso al carro, mi chófer y cuida personal, me ofreció una sonrisa de apoyo, restaurando un poco todas las emociones que tenía atoradas en el estómago.

—¿Desea ir a algún otro lado o regresamos al departamento?

Pensé en si era prudente regresar tan pronto, sabía que Killiam me estaría esperando para insistir en sus disculpas, así que se me ocurrió quedarme por ahí paseando y llamaría a mis padres, aunque esa idea la deseché al instante, no quería preocuparlos más. De ahí se me vino a la mente Almudena y Dairo, pero eliminé esa idea también, ya había sido suficiente con todo lo que me ayudó en la cena.

—Solo conduce por un par de horas más y luego de vuelta al departamento, por favor —finalicé después de tanto pensarlo.

—De acuerdo.

—Te agradezco.

Las bases de mi propio acuerdo estaban asentadas. Respiré más calmada y disfruté del paseo. Los problemas no tenían por qué existir más, no cuando sabía que tenía un futuro lleno de cosas buenas por vivir.

No sabía qué tan cierto era mi destino al lado de Killiam. Tal vez no estábamos destinados a estar juntos o tal vez en otro momento obtendríamos las respuestas para ver si estamos preparados para vivir nuestro amor. Simplemente, tal vez el amor que sentimos no es tan fuerte como queremos pensar.

Requisito 32

Te dije que nadie se debe enterar



Dos noches más tarde…

Mirar hacia el techo era mi nueva tarea durante las últimas cuarenta y ocho horas y no había ninguna posición en el mundo que me dejase dormir tranquila. Técnicamente, me escondía en una habitación al otro lado del departamento, esa que había pertenecido a Killiam y Kelly. La única forma de no toparme con él era esta porque sabía que no sería capaz de asomar su nariz por estos lados. La distancia que había colocado entre los dos era la adecuada, no debía dejar por ningún motivo que me convenciera de no irme a Chicago. Además, ya tenía listo el pasaje y la fecha, lo que no tenía era agallas para decirle que me iba a retirar de la jugada.

No sabía cómo reaccionaría. No solamente me estaba separando de él, sino que también estaba quebrando nuestro pacto de novios falsos. Así que eso me tenía cabezona durante la noche, no conseguía pegar un ojo y por eso decidí levantarme por completo de la cama para tomar un poco de cereal con leche y tranquilizar mis ansias.

Las luces de la casa estaban todas apagadas, a excepción de la cocina, dónde estaba él. Su apariencia también había desmejorado con toda la situación y en vez de estar bien peinado, el cabello le caía sobre la frente, cubriendo un poco las ojeras y todo lo demacrado de su rostro.

Nos quedamos prendados en la mirada del otro sin saber qué decir, de nuevo éramos dos completos extraños y aquel simple, pero enrevesado hecho, me entristeció sobremanera. En el pasado, Killiam era de las pocas personas que lograba entenderme y viceversa, pero ahora no lo comprendía.

Tragué saliva y el acto involuntario no pasó desapercibido para él, así que ahora menos podía retirarme como si nada. Tenía que hacer lo mío y luego ir de nuevo a mi escondite.

Apresurada, busqué en los gabinetes un tazón para la leche y el cereal, pero de repente sentí sus pasos detrás de mí. Esas pequeñas vibraciones que nuestros cuerpos emitían dejaban a mi corazón palpitando deprisa. Una de sus manos tocó mi hombro con lentitud y de a poco me giró hasta que quedé a centímetros de distancia, muy cerca de su boca. Atrás quedó el tazón con cereal y el escondite cuando mis labios respondieron lo que los suyos preguntaban en silencio.

—¿Qué crees que haces? —cuestioné.

—Tengo que besarte —anunció mientras tomaba aire para luego acercarse y tomar lo que sin necesidad de preguntar siempre había sido suyo.

En el momento preciso en que los dos cerramos los ojos y nos entregamos al beso entendí que solo encontraría estas estrellas con él y con ningún otro hombre. La costumbre de acariciar nos llevó a lo prohibido, tocando en el lugar adecuado y en el instante adecuado. Aquello ya era un baile sincronizado a la perfección donde cada quien sabía cuál era el siguiente paso para

sucumbir al placer completo y eterno. Deseo mutuo e inigualable.

Ahí mismo en la cocina y sobre la mesa empecé a perder el control de mis acciones y antes de arrepentirme de hacer más desastre, reaccioné. Lo empujé en seguida y le di una mirada llena de rabia, sentía rabia por él y por mí misma por hacer esto menos llevadero de lo que ya era antes.

—¡Por favor, nena! ¡Hablemos! —exclamó Kill al ver cómo retrocedía unos pasos lejos de él.

—¡No tenemos nada de qué hablar! —empecé a gritar, cansada de esconderme—. Me voy a Chicago dentro de una semana.

Sus ojos negros se desorbitaron y su mirada incrédula me alertó e impulsó a correr hacia la habitación de nuevo. No podía verlo a la cara y fingir que no me dolía todo lo que sucedía, sin embargo, mi decisión estaba tomada, yo no merecía estar en medio de todo el caos. ¡Ninguno de los dos merecía estar en un sufrimiento continuo!

—¡Teira, espera! ¡No te puedes ir así! —continuó mientras caminaba detrás de mí, pero yo ya estaba en el interior del cuarto y con seguro pasado en la manija. Tapé mi boca para que no escuchara mis sollozos—, Ter, te lo ruego… —murmuró a sabiendas de que los dos estábamos pegados a la madera, tercos como mulas.

Una parte de mí ansiaba abrir la puerta y terminar de solucionar nuestros inconvenientes, pero eso no sucedió. Esperé paciente a que se retirara, a que se cansara de no obtener respuesta de mi parte. Y así fue. Me alejé de la puerta y me recosté en la cama, envuelta con una de las sábanas. Quería su calor, quería de nuevo sus besos, no tenía pensando decirle de aquella manera que me iría de nuevo, pero ya no había vuelta atrás.

Después de esa noche, Kill intentó de innumerables maneras tener una conversación, pero simplemente me negué a toda costa y seguí una estrategia donde de verdad fingía tener una excelente relación con él.

Así pasó una semana y sin darme cuenta el día llegó.

El día en que regresaría al pueblo y dejaría listo los últimos detalles de varias pertenencias para la mudanza a Chicago.

Lo que me facilitaba el asunto era que en mi estadía aquí en la fortaleza de Killiam no había tenido el tiempo necesario como para desempacar mis objetos valiosos. Y lo que no me facilitaba el asunto era que ese día era mi cumpleaños y Almudena siempre tan diligente me había contactado para saber mis planes.

Mi plan número uno era estar embarcada en un autobús a las seis de la tarde, justo en el momento en que Killiam estaba en sus prácticas de entrenamiento. Pero el plan de mi amiga era realizar una fiesta aquí en el departamento para así celebrar mis veintiséis años de edad.

«¿Cómo se puede celebrar una fiesta de cumpleaños y al mismo tiempo una fiesta de despedida?»

La cosa es que terminé ahí, en medio de la sala, haciendo una lista de mis supuestos invitados, haciendo además una llamada al terminal para posponer mi viaje para dentro de dos días exactos, a tiempo para regresar del aeropuerto al pueblo y despedirme de mis padres.

Una vez colgué la comunicación le envié un mensaje a mi organizadora personal de fiestas, Almudena, para decirle que podía dar rienda suelta a su “pequeña celebración”. Le debía al menos eso a ella y a Dairo, los dos se habían portado de maravilla conmigo.

Después de colgar escuché que tocaban el timbre con insistencia. Afiné mi oído para verificar si Killiam estaba por ahí, esperando a alguien, pero al dar una ojeada en el pasillo confirmé que estaba sola en todo el recinto. ¿Quién podía ser si el equipo de seguridad no me había advertido de ninguna visita?

Caminé hasta la puerta, a la expectativa de saber quién intentaba sin éxito partir la puerta en dos. Al abrir me encontré con Erick, el padrino de mi amigo.

—¡Teira! —dijo el hombre en cuestión y al parecer, sorprendido de verme—, ¡feliz cumpleaños! —intentó tapar la actitud de estupefacción, sin éxito.

—Gracias.

Lo más seguro era que su sobrino ya lo había puesto al tanto de la situación por la que estábamos pasando, porque a simple vista estaba preocupado por algo, lo podía notar en la forma en la que su mirada buscaba como loco algo, o alguien.

—¿Sucede algo? Estás demasiado pálido y extraño —hablé nuevamente, tratando de adivinar de qué iba su comportamiento extraño.

Erick ingresó a la casa con cara de circunstancias y trató a toda costa de ocultarme algo.

—¿Killiam está? Lo estuve llamando varias veces, pero no coge el celular —preguntó con aspecto desesperado.

Hice el mismo movimiento que él, buscando a su sobrino, a lo mejor estaba dormido y yo no me había dado cuenta, pero ni rastro. A pocos metros pude avistar la puerta de su habitación, estaba abierta y al enfocar la mirada en la cocina me di cuenta de que había dejado un obsequio.

—Creo que salió —apunté mientras adoraba el ramo de tulipanes que estaba encima de la misma mesa en la que casi nos entregamos por completo. Además de las flores, una nota reposaba a un costado, firmada por él.

Feliz cumpleaños, hermosa señorita.

Estoy en el gimnasio, regreso enseguida.

Te amo. Arreglemos las cosas.

Atte. Hasting.

Sonreí un poco al ver que sus notitas seguían siendo firmadas con cariño.

—Al parecer está en el gimnasio —comenté alzando el papel con la nota para que él la viese.

—¡Diablos! Debí haber subido hasta allá —gruñó entre dientes, haciendo que sospechara mucho más sobre su actitud.

—De acuerdo, basta —le pedí un poco exasperada, alzando los brazos—, deja todo el misterio y comienza a hablar de una buena vez —gruñí, cansada de tanto secreto sobre su llegada inesperada.

El tío con el tic nervioso en la pierna derecha me dio la ligera sospecha de que lo que en realidad escondía no me gustaría para nada. Suspiró avergonzado y depositó en mis manos una revista famosa en la que solían hacer un montón de especulaciones sobre celebridades y estrellas de todos los medios, desde actores y actrices, hasta cantantes y deportistas súper conocidos.

—Antes de que saques tus propias conclusiones debes saber que esto lo dijo en un momento

lleno de ira, así que no es sano alterarse. —La forma en la que dijo tan raras palabras me hicieron fruncir el ceño, porque en realidad no estaba prestando la debida atención a su consejo.

Al principio no enfoqué ningún cuento relevante, aunque pronto capté una foto mía cuando salía del edificio. Hasta ahí todo normal, pero de la nada, leí lo importante de la publicación y abrí los ojos a tal punto que mis cejas y mis pestañas se tocaron por primera vez.

Escandalizada. Ese era un sentimiento vago para lo que de verdad estaba sucediendo en el interior de mi pecho. Sin duda alguna, de todas las cosas que esperé leer sobre mí en una revista, ésta no era una de ellas.

El titular rezaba en letras grandes y amarillas:

¿SE BUSCA NOVIA FALSA PARA JUGADOR ESTRELLA?

REQUISITO #1 SER UNA IMPOSTORA.

El aire empezó a escasear en mis pulmones, hasta el punto de marearme por la impresión. A lo lejos, escuché las palabras apresuradas de Erick:

—Esto es solo un soborno de parte de Benjamín y Kelly, quieren que Killiam les de dinero.

«¿Qué ha dicho? Esto no es un soborno, es una humillación pública en letras enormes, chillonas y horrendas».

—Se atrevió a romper la única regla importante en la que fui explícita y completamente exigente solo para ir a contárselo a esa mujer… —susurré mientras buscaba fuerzas para no romper el ejemplar. Estar anonadada y desconcertada era poco, lo que quería era ir y arrancarle la cabeza a Killiam para que entendiese de una vez las consecuencias de cometer semejante desliz.

—Teira, debes calmarte —tanteó Erick, a sabiendas de que Troya se iba a quedar pequeña en comparación con mi enojo—, ella solo está utilizando todas sus armas para separarlos, pero esto es fácil de desmentir —agregó. Su tono de voz era conciliador, sin embargo, yo no era capaz de escuchar razonamientos.

—¡Con una mierda! ¡Qué se calme su abuela y toda la estúpida gente que publica esta clase de cosas! —grité con toda la furia contenida de días atrás—. ¡Killiam me va a escuchar ahora mismo y va a entender que toda esta mierda de vida falsa se acabó!

Al pobre hombre no le quedó de otra que apartarse de mi camino y seguir mis pasos hasta el gimnasio. Cada pisada era más fuerte, tan fuerte como el odio que le tenía en ese momento a Killiam-traicionero-Hasting.

En efecto, el susodicho estaba ahí en la sala de entrenamiento y realizaba una caminata rápida en una de las corredoras. No se dio cuenta de que su tío y yo entrabamos cual musical de terror, pero mi reacción fue automática, estaba demasiado enojada como para no golpearlo, a pesar de que sabía que la violencia en estas situaciones es mala. Y en el preciso instante en que su cabeza giró para ver quién se hallaba a su lado, lo empujé hasta verlo caer de culo en el piso y en el camino hacia la caída tiré la revista en su cara.

—¡Eres un idiota! ¡Eso eres! —acusé a mi supuesto amigo con el dedo.

—¡Oye! ¿Qué te sucede? —preguntó sin entender ni la cuarta parte de mi ira.

Mis padres siempre decían que estar en este estado de ánimo era pésimo porque la mayoría

del tiempo terminas diciendo cosas hirientes de las cuales te puedes arrepentir. Y yo estaba a punto de decir cosas de las que seguramente me arrepentiría al día siguiente.

—¡¿Cómo rayos dejaste que ella se enterara del matrimonio falso?! ¡¿Cómo?! —Los gritos eran diez veces más fuertes que la molestia.

Killiam reaccionó todo asustado por mi acusación y rápidamente cogió la revista para ver lo que la portada decía.

—¿Cómo llegó esto a la prensa? —exigió saber, pero yo no iba a dejar a hablar a su tío-representante, yo quería que el mismo Killiam me diera una explicación.

—¡Oh, por todos los cielos, Hasting! ¡No preguntes estupideces! —rogué con mucha ironía en la voz—. ¿Quién más puede ser capaz de ir con todo el cuento? Simplemente, dime que has sido tú y acabemos con este juego.

—Kelly malinterpretó lo que dije, esto se va a arreglar —murmuró, como si en vez de hablar conmigo estuviese dándole instrucciones a una niña de cinco años.

—¿Piensas que esto tiene arreglo? —recriminé con una sonrisa cínica—. ¡Eres todo un imbécil si piensas que esto tiene algún tipo de arreglo!

Nada más imaginar la cantidad de cosas que la gente estaría pensando de mí: mi familia, mis amigos más cercanos… Sentía que me asfixiaba. Tenía que salir de ahí a como diera lugar, pero Killiam y Erick me siguieron.

—¡Ter, espera, por favor! ¡No fue mi intención que lo usara en mi contra!

No quería escucharlo, solo quería largarme de una vez por todas.

Bajé los escalones de dos en dos hasta llegar de nuevo al departamento que se hallaba abierto de par en par después de mi nuevo descubrimiento. Me sentía traicionada, pero no tenía tiempo para compadecerme de mí misma, tenía que agarrar mis cosas y salir de ahí antes de que el edificio fuera rodeado por los admiradores-acosadores y las cámaras.

—¡Eres un egoísta que solo piensa en sus problemas! ¡Me prometiste que no le dirías a nadie! —acusé mientras buscaba una maleta para meter mis pocas pertenencias—, ahora todos saben la clase de mujer mentirosa en la que me convertí por ayudar al estúpido de mi mejor amigo a volver con su ex —apunté mientras guardaba prenda tras prenda en la maleta.

Este final era inevitable, un acabose sin buen pronóstico, solo quedaban las prisas y las oraciones para que mis padres no se hubiesen enterado de la noticia de su hija descarriada.

—¡Por favor! ¡Por favor, déjame explicarte todo, nena! —Se acercó rápidamente hasta mí, pero yo me alejé horrorizada.

—No se te ocurra dar un paso más —advertí con el dedo índice al ver sus intenciones de tomar mi mano.

—Te lo pido, arreglemos esto, nena. Sabes que te amo con todo mi corazón y que prometimos que todo sería diferente.

Negué, encerrada en mi decisión.

Metí todo en la maleta en tiempo récord y me alcé lo suficiente para darle cara y hacerle entender un par de cosas.

—Si me amaras de verdad, nada de esto estaría pasando —recalqué, señalándonos a los dos como cosa obvia—, si de verdad me amaras no hubieses corrido con ella para contarle todo sobre nosotros —continué con ganas de que sintiera el mismo dolor que mi corazón sentía en ese momento—. Te mereces toda esta situación del divorcio porque no has hecho más que mentir todo el tiempo.

—Teira, no digas eso, es solo un malentendido. —Juntó sus manos en modo de súplica.

La habitación quedó en silencio por unos largos minutos. Todo pasó por mi mente en cámara lenta: nuestra vida estos meses, las risas, las salidas espontáneas, los besos robados y las noches durmiendo juntos. Sentí pena por esa pareja ideal. Ahora solo quedaba la ausencia de confianza. Las lágrimas de rabia y dolor empezaron a deslizarse por mis mejillas, sus palabras ya no tenían el mismo efecto, así que ahí lo dejé solo.

Agarré mis cosas y fui hasta la sala para esperar un taxi que me llevase al terminal de autobuses. Pero de pronto, escuché lo más sarcástico del universo:

—No entiendo por qué la odias tanto.

Dejé de teclear en mi celular cuando me hice consciente de sus hirientes palabras.

—Killiam, detente… —intervino su tío al ver la guerra campal que estaba por desarrollarse ahí en medio del *living* del departamento.

Inhalé todo el aire posible y desinflé mis pulmones en busca de valor y coraje para esta última batalla que se me entrecruzaba. El semblante de Killiam ahora no era de tristeza, sino de un enojo combinado con desconcierto, sus hombros tensos y los puños cerrados a cada costado.

—¡Es verdad, Erick! —exclamó, echándole más leña al fuego, mirándome con ganas de saber más cosas.

—Déjalo, Erick, a fin de cuentas, tarde o temprano terminará conociendo la historia real.

—No entiendo, ¿qué historia? —dijo lleno de cólera—. Hasta donde tengo entendido, yo odio a Kelly por haberme jodido en frente del altar, pero, ¿tú qué?, solo la odias porque estaba conmigo cuando te fuiste lejos a Chicago.

Cada palabra fue como una daga a mi corazón partido, nunca pensé que terminaríamos de esta manera tan espantosa.

—Sinceramente no te interesa lo que ocurrió en el pasado, simplemente dejemos todo esto acá y listo. —Traté de cortar las cosas por lo sano, pero él insistió.

—¡Quiero saber de una buena vez! —gritó, haciéndome retroceder. Todo había quedado en intento, Killiam conocería la clase de mujercita con la que pasó todos esos años.

—Espero que después de que escuches todo no te arrepientas de tus acciones, Hasting —murmuré, decepcionada de mi mejor amigo.

—Ponme a prueba —gruñó, transformando su personalidad. Entrecerró los ojos y recordé el momento exacto en que Kelly destruyó nuestra amistad. Las palabras correctas que utilizó ese día en la cocina de casa de mis padres.

—¡Aléjate de Kill! ¡Te dejaré en ridículo frente a todos en la graduación cuando diga lo que sientes por tu mejor amigo!

—*No serías capaz* —murmuró la Teira adolescente, ofendida, porque alguien más sabía lo que pasaba dentro de su corazón.

—*¡Soy capaz hasta de humillar al mismo Killiam solo para que me saque de este pueblo! ¡Es un tonto enamorado de sueños estúpidos, es pan comido convencerlo de la vida que quiero!*

—*¡Le harás daño!* —exclamé, sorprendida por la clase de chica que era Kelly.

—*¡Haré lo que se me antoje!* —escupió con desprecio y una sonrisa de convicción—, *es tan idiota que se creerá todo lo que le diga sobre ti* —agregó con ironía—. *Imagina lo triste que se sentirá al saber que su mejor amiga Teira quiere que renuncie a su carrera de derecho por pensar que puede ser un buen jugador en ese programucho de las ligas medias.*

Era increíble, pero cierto.

La razón por la que me fui a Chicago en aquella época era para proteger lo que pensé que mi amigo quería para su vida. En aquellos días, la indecisión de Kill era saber si se inclinaba por completo al deporte o por completo a las leyes. Las probabilidades de perder su racha en el programa de fútbol eran más altas que la de asegurar un buen futuro en algún bufete de abogados, pero ahí me había equivocado, él era capaz de hacer las dos cosas: cumplir su compromiso en la carrera de derecho y apostar un porcentaje grande a sus sueños como futbolista.

—Ella es la verdadera impostora —confirmé una vez que culminé el cuento desagradable—. La mujer que tanto adoras solo te usó para obtener la vida adinerada que quería. Todo fue una burla, un cruel chiste.

—Pero… —trató de hablar, pero era mi oportunidad para no quedarme callada.

—Insistió en sacarme del medio solo para adquirir beneficios y no soporté ver cómo eras tan ciego, por eso te dije que me iría lejos.

—Nuestra amistad no valía nada para ti si te fuiste a la primera amenaza. —Afincó la daga en medio de mi propia desolación.

—Te equivocas, Killiam —dejé en claro—. Nuestra amistad era tan importante, el cariño que te tenía era tan importante, que hice a un lado lo que sentía para que fueras feliz con tu decisión de besar todos los días a una víbora sin corazón.

Eso fue todo.

Ese sería el último día en que me cruzaría con Killiam Hasting.

Aseguré mi maleta y salí, sin esperar algún tipo de reacción de su parte. Las manos me temblaban fuertemente al presionar el botón para bajar hasta el primer piso. Cuando pensé que ya había sido todo por hoy, Erick se acercó y apoyó una mano en mi hombro en señal de consuelo. Subí al elevador y cuando estaba a punto de cerrarse la puerta, él apareció al final del pasillo. La desazón se reflejaba en su rostro, estaba afligido por como habían acabado las cosas entre los dos.

A veces amar puede ser el mayor acto de fe que puedes realizar en toda tu vida, como también puede ser el mayor error que vas a cometer en tu existencia.

Me había pedido un boleto directo a un “Felices por siempre” sin darme cuenta de que después pagaría con creces las consecuencias de mis ilusiones.

Requisito 33

Déjame reiniciar



¡Vaya mierda de cumpleaños!

Prácticamente me la pasé huyendo hasta conseguir el camino más solitario hasta el pueblo y hasta casa de mis padres. Lo complicado inició en el momento en que salí a la entrada principal del edificio, había al menos unas treinta cámaras al frente listas para disparar sus flashes y reporteros con ansias de preguntas crueles. Inclusive, había carteles de admiradores y *haters* con el título «NOVIA FALSA» en letras mayúsculas. No podía salir y esperar que no me atacaran por haberle mentido a todos, así que caminé en otra dirección, seguida de Erick, directo al estacionamiento.

—No te preocupes, llamé al chófer que te designaron y en pocos segundos estará estacionado en el sótano del edificio —dijo Erick, dándome la certeza de que con fe y un poco de ayuda lograría salir ilesa.

Al bajar al estacionamiento, mi fiel y querido Tristán estaba ahí a mi entera disposición, dispuesto a ser mi salvador en medio de todo el desastre. Obviamente, se vería feo que me fuera por la puerta de atrás, como una usurera que huye de la policía, sin embargo, no estaba lista para afrontar a la multitud que deseaba a toda costa saber sobre mi matrimonio falso con el jugador más aclamado de la temporada.

El camino al terminal fue en completo silencio. El acompañante a mi lado tenía un millón de preguntas, pero sinceramente no quise hablar, necesitaba ver a mis padres con urgencia y disculparme por el fiasco que les había hecho pasar con todo esto.

Una vez llegamos le di una despedida silenciosa a mi guardaespaldas, solo asentí levemente por el retrovisor y él sonrió amablemente.

En el exterior del patio trasero de los autobuses había unos tres embarques prontos a partir, entre ellos, uno de los carros turísticos que podría acercarme a la plaza mayor del pueblo donde había crecido.

Antes de irme no pude evitar mirar fijamente a Erick, tenía algo importante que entregarle, algo que hace días había dejado de pertenecerme.

—Nunca fue mío completamente —dije en voz alta al ver que el pobre señor no entendía, luego deposité en sus manos el anillo de compromiso de la madre de Killiam. Retirarlo de mi dedo se sintió extraño y hasta me hizo sentir alivio.

—Es triste que las cosas terminen de esta manera, lo siento —respondió el representante, y de la nada, sus arrugas que eran muy leves se notaron más. La comisura de sus labios se torció y la forma de pararse sobre sus dos pies denotó pena y culpa.

Negué en desacuerdo y recordé las palabras que él me había dicho en uno de los juegos.

—Tú me advertiste sobre lo que estaba mal y lo que estaba bien. No te escuché.

—Aquello que dije estaba errado.

—No importa —continué en modo negación—, ahora me iré y me haré cargo de las consecuencias —declaré segura, esperando que algún día no me doliera tanto haber apostado al amor para al final ser defraudada.

El tío de Killiam asintió, aceptando mi decisión. Tomándome desprevenida me dio un fuerte abrazo que, sin saberlo, estaba necesitando desde que salimos del departamento. Le devolví el abrazo y comprendí por primera vez por qué era el padrino de mi antiguo amigo. Erick sabía cuándo ser realista y exigente y cuándo dar palmadas de celebración sin necesidad de mimarte más de la cuenta. Agradecí su compañía hasta el terminal, a pesar de que él no era la persona que quería que estuviese ahí, luchando por lo nuestro con garras y dientes.

—Bueno, ya es hora de partir —finalicé el abrazo y me despedí con un movimiento de mano, luego subí las escaleras del autobús y caí sentada con pesadumbre sobre el asiento.

La idea era no pensar en nada particularmente dañino para el alma, pero era imposible. Todos los buenos momentos vinieron a mi mente como un carrusel de película sin revelar, en especial, un juego que tenía con Killiam desde que éramos pequeños.

El nombre del juego era «En mi maleta llevo» y la única regla de la actividad era agregar dentro de la maleta dos cosas importantes: un objeto y una persona. Un objeto preciado y una persona trascendental en nuestro día a día.

Una vez asentadas las bases del entretenimiento infantil, comprendimos con el pasar del tiempo que no teníamos una simple amistad, había algo más grande debajo de la superficie, tanto así, que la última vez que decidimos jugar, almacenamos cuatro cosas importantes en el turno de cada uno.

—*En mi maleta llevo… amor y paletas de helado* —dijo la pequeña Teira con pocos dientes en la parte delantera.

—*En mi maleta llevo… amor, paletas de helado, un balón de fútbol americano y a mi hermana melliza* —continuó el renacuajo de Killiam con una sonrisa de oreja a oreja.

—*En mi maleta llevo… amor, paletas de helado, un balón de fútbol americano, a la hermana melliza de Killiam y a Killiam* —dije sonrojándome por lo que inocentemente le confesaba a mi mejor amigo.

—*En mi maleta llevo… amor, paletas de helado, un balón de fútbol americano, a mi hermana melliza, a mí y a mi amiga Teira* —finalizó el hombrecito, culminando el juego con emoción.

Tengo la certeza de que ese día en que nos abrazamos de pequeños, entendimos que nuestro vínculo sería para toda la vida. Nuestros sueños eran solo la primera parte de las hazañas que tendríamos por delante.

El recuerdo se esfumó a medida que avanzaba el autobús, al igual que se hicieron presentes las lágrimas y tapé mi boca para que los demás pasajeros no me vieran lloriquear. Aquellos niños habían sido felices y ahora de adultos nos habíamos decepcionado el uno al otro.

En mi viaje no llevaba maletas con objetos valiosos, mucho menos, un amigo verdadero que

me acompañase en mi tristeza.

En mi maleta llevo… lágrimas, una camisa del equipo de fútbol americano de mi ex falso, un vestido de novia asfixiante, un contrato rasgado a la mitad y un corazón palpitante con muchos agujeritos en él.



Días después…

—¡En otras noticias, recordemos el escándalo del jugador estrella, Killiam Hasting y su esposa falsa! —escuché cómo se divertían en la televisión. Una animadora con aspecto exagerado, parloteaba enérgicamente sobre mí, sobre Killiam y sobre todo el acontecer del matrimonio falso.

—¡Eso sí que fue todo un espectáculo! Fuentes cercanas al edificio del jugador dicen que éste se mantiene en silencio sobre los detalles de su supuesto matrimonio y alegan que su antigua esposa, Kelly McCollins, lo ha denunciado por hacerla pasar el peor bochorno de su vida al enterarse de que se había comprometido con esta nueva chica, Teira Templeton…

Silencio. Eso es lo que sucedió después de que apagué el televisor de un solo golpe.

Escuchar mi nombre a cada rato en las noticias era agotador. Suspiré algo soñolienta, la mayoría del tiempo me la pasaba en el mueble, comiendo de mi torta de cumpleaños o escondida en mi cuarto, viendo detrás de las cortinas a los fotógrafos que intentaban captar alguna imagen mía. Prácticamente, hacían turno en el jardín de mis padres, sin importar que ya tenían alrededor de tres días acampando cual murciélagos.

La velocidad en que las horas habían transcurrido desde mi llegada al pueblo, evidenciaba lo poco que había experimentado el *shock* inicial e intermedio de mi catástrofe amorosa. Incluso, llegué a pensar que mis padres me iban a reprochar por el pésimo comportamiento, cuando en realidad, lo único que hicieron fue recibirme con los brazos abiertos para dejarme llorar cual María Magdalena.

La primera noche no logré dormir, había demasiada ansiedad en mi sistema y, peor fue cuando me di cuenta de que los paparazzi acechaban mi casa de la infancia. La segunda noche, mis padres trataron de hacer amena la situación, preparando una tarde de cumpleaños atrasado. Sin noticias, ni farándula, mucho menos mi celular, al cual no paraban de llegar solicitudes de mensajes desaprobatorios.

En la prensa me conocían como una «caza fortunas aprovechada». Una mujer contratada para irrespetar la vida de otras mujeres casadas con deportistas. Era tanto el odio que me habían acusado de irrespetar a la Federación de Deporte y a todo el conglomerado. La forma en que las cosas se daban me mantenía un poco irritada al tercer día. Eso sin contar que no les había dado la noticia a mis progenitores de que al día siguiente tenía un vuelo sin retorno a Chicago.

Tenía que hallar la manera de salir para hacer mis diligencias y la única persona capaz de ayudarme era Erick, así que lo llamé a su teléfono celular, obteniendo una respuesta inmediata:

—*No te preocupes, hoy mismo en la tarde llego a tu casa* —dijo desde el otro lado de la línea.

La llamada no se extendió demasiado y luego de finiquitar los detalles de su llegada, quedó en avisarme cuando estuviese dentro del pueblo. El único requisito que en este momento quería, era

que no se le ocurriese llegar con su sobrino, porque suficiente tenía ya con las cámaras merodeando frente a mi casa.

—¡Chicos, ya está listo el desayuno! —gritó mamá desde las escaleras.

La hora de socializar y hablar con mi familia había llegado.

Me levanté de la cama y traté en lo posible de arreglar mi aspecto para salir de la habitación, seguida de mis hermanos que estaban de visita. Bajamos las escaleras camino al comedor, donde mis padres ya estaban aguardando, sentados en sus respectivos asientos. La familia completa se había mudado al pueblo para apoyar a uno de sus miembros, a pesar de que para salir de casa había que pasar por un proceso tedioso, pero ya se lo tomaban como broma.

—¡Muy bien! —elogió mamá y luego retornó a su papel de general en jefe—. ¡Más les vale comerse todo!

Asintieron con la cabeza, incluida yo, que no tenía ánimos de estar ahí sentada intentando sonreír. Estaba apenada y por eso siempre que se sentaban a comer y charlar como si nada, yo mantenía silencio absoluto, al límite de todo. Mente y corazón en dos planos completamente diferentes.

—Ter… —escuché que me llamaban y alcé la vista para encontrarme con cinco pares de ojos que estaban a la expectativa.

—Disculpen, no estaba prestando atención —murmuré llena de vergüenza.

—Le decía a Tammy que estaría bien si vienes unos días con nosotros a California —recapituló uno de mis hermanos gemelos, brindándome una sonrisa amigable.

Observé a mis padres que me alentaban a ir con ellos, pero en ese momento recordé el pasaje que tenía para ir a Chicago.

—Pues, la verdad es que… —dije entre titubeos—. Agradezco la intención chicos, pero…

—¡Oh, vamos! Pero, ¿qué? —exclamó mi hermana menor, ansiosa como siempre.

—Tammy, calma, deja hablar a tu hermana —la tranquilizó papá al ver que me cohibía.

—¿Pero? —apuró mi hermana menor con cara de circunstancias y a la espera de mi veredicto.

—Pero… la verdad es que tengo pensado irme a Chicago de nuevo —solté con los ojos bien abiertos, temerosa de las reacciones.

Listo, todo estaba dicho. Ahora solo quedaba ver la reacción de todos, que para sorpresa mía fue toda una algarabía de emoción.

—¡En buena hora! —habló Tammy.

—¡Todo va a salir de maravilla, mi niña! —dijo mi mamá.

Mis hermanos gemelos se vieron entre ellos y se acercaron para abrazarme, a veces, olvidaba lo bueno que era tener dos hermanos mayores como mis gemelos favoritos.

—Sabes que siempre cuentas con nosotros —dijo el gemelo número uno, Terrence.

Observé al gemelo número dos, Troy. Él era un poco más serio en algunas circunstancias.

—No es necesario que te diga lo mismo, sé que vas a salir de esta y de muchas más, chica mediana.

Conseguí sonreír genuinamente gracias a todas esas palabras. Amaba demasiado a mi familia y estaba feliz de formar parte de ella en cada minuto de mi vida. El amor de ellos era lo único que precisaba para salir adelante, a pesar de haberlos engañado y haberlos hecho gastar tiempo en algo que era solo una farsa; todos estaban ahí para tenderme una mano. Las lágrimas salieron de forma involuntaria, aun así, tomé el valor y fuerza necesaria para expresarles lo importante que era para mí su consuelo. Merecían una disculpa de mi parte.

—Chicos, de verdad, gracias por todo lo que están haciendo por mí —hablé después de aclarar mi garganta—. Además, les pido disculpas por lo que les estoy haciendo pasar con esto de los paparazzi.

—¡Oh, cariño! No tienes nada que agradecer —intervino mi madre, siempre tan dulce con sus criaturas.

—Es cierto —confirmó mi papá—, además, acabas de cumplir el sueño de tu hermana Tammy de salir en la televisión —agregó y todos se partieron de la risa.

—¡En eso tienes razón! —exclamó la adolescente, sonriendo de oreja a oreja y sacudiendo su melena como toda una modelo de revista *fashion*.

Aquella distracción era todo lo que estaba bien. No estaba en todos mis cabales, pero llegaría el día en que todo quedaría en el olvido y ahí me tomaría el tiempo de atesorar con celo estos instantes preciados. Mientras tanto, dejaría escocer cada una de mis heridas hasta tomar vuelo a Chicago.

Todos regresaron a sus puestos y a sus desayunos y convirtieron la reunión en una celebración de buenas noticias mientras contaban anécdotas de cuando éramos unos simples pequeños.

Al darme cuenta, ya había pasado el almuerzo y la mitad de la tarde, solo paramos de platicar cuando escuchamos el timbre.

—Ese debe ser Erick —aseguré mientras me levantaba de la mesa para abrir la puerta. Bueno, en realidad, el que abriría la puerta sería mi padre porque no le causaba molestia alguna ser fotografiado.

Aguardé juiciosa unos metros atrás, pero me sorprendí al ver que por la puerta de casa de mis padres no solo entraba el representante del jugador estrella, sino que además venían Almudena y Dairo con él. Tragué saliva, asustada por la visita inesperada.

La cara de espanto que debía tener no era nada comparado con lo que mis dos amigos debían sentir. Recordé que ya no tenía el *glamour* ni la ropa elegante de la ciudad de Nueva York y mis mejillas enrojecieron. Tenía puesto mi pijama de estar en casa y mi cabello rizado estaba arrumado en una coleta simple, en cambio, Almudena siempre hermosa en un jean de pana marrón y una caffarena color negro, a juego con joyas delicadas. Y ni hablar de Dairo, que iba impecable en un traje informal, pero sin una sola arruga. Asumí que lo que estarían pensando era algo similar a lo que creían de mí los paparazzi: que era una reverenda mentirosa. Pero de nuevo, que equivocada estaba sobre la gente que me rodeaba.

—¡Querida, que cara de espanto tienes! —habló Almudena, acercándose para darme un beso en ambas mejillas.

Sentí vergüenza, porque aparte de contarle a mi familia y dejar que se enteraran de todos los detalles, advertí que los únicos compañeros y amigos que hice en Nueva York tenían absoluto

conocimiento de la tragedia de relación que había llevado a cabo con Killiam.

—Que conste que los dos han venido por cuenta propia —me hizo saber Erick con una sonrisa cómplice entre él y Almudena.

No tenía palabras, solo me sentía a la expectativa y el corazón me latía muy rápido. En vez de verlos a la cara me empeciné en admirar la decoración de la casa de mis padres, los colores cálidos, como el amarillo y el verde oliva, predominaban en la mayoría de muebles y paredes, manteniendo sintonía con los cuadros que contenían retratos familiares y épocas en la que todo era más sencillo, menos dañino para el alma.

—Bueno, creo que le comieron la lengua a Teira —dijo Dairo al ver que nadie en la estancia se atrevía a decir algo. En primer lugar, estaba yo, muda.

—Disculpen —murmuré más nerviosa que nunca—. Chicos, les presento a mis amigos, Almudena y Dairo, los mejores amigos que alguien puede tener en la vida.

La última parte la añadí tratando de demostrar que la amistad que tenía con ellos era completamente sincera y no un invento loco del matrimonio falso.

—Mucho gusto —saludó mi padre, reconociendo al jugador que estaba en su sala, donde solía ver varios de sus juegos de fútbol. Seguramente, sería toda una novedad que una de las celebridades más respetadas de la NFL estuviese en su pequeña sala—. Están en su casa.

—Gracias por el recibimiento, señor Templeton. Es muy hermosa su casa —dijo Almudena.

Después de tan grata presentación, mi familia nos dejó a solas para conversar. Todos se sentaron en diferentes asientos, a la espera de que dijese algo interesante para dar inicio a la plática.

—De acuerdo —exhalé, sacando todo el aire retenido en mis pulmones—, creo que está demás recalcar por qué me encuentro en esta situación, así que pienso que es conveniente empezar por pedirles disculpas —pronuncié, llamando la atención Dairo y Almudena. La pareja había sido de apoyo en cada segundo de mi estadía en Nueva York, sobre todo mi hermosa amiga latina, quien sin pensarlo demasiado me brindó sus consejos alocados y su amistad incondicional.

—Te dije que perderías —comentó Almudena, dirigiéndose a su esposo y confundiendo todo en mi interior.

—Definitivamente, nunca ha sido bueno apostar contigo, mi cielo —advirtió Dairo, riéndose porque Almudena extendía su mano para recibir un billete de cincuenta dólares.

—Creo que me perdí de algo.

Se largaron a reír por mi cara de asombro y antes de hablar se dieron un pequeño beso, demostrando siempre que su amor es fuerte.

—Aposté con mi hermoso hombre sobre quién de ustedes dos pediría disculpas primero, y gané.

Intenté por todos los medios reírme de su apuesta, pero estaba confundida, su reacción no era la apropiada para dos personas que habían sido engañadas. Dairo se dio cuenta de mi desconcierto.

—¿No están enojados? —pregunté con los ojos puestos sobre el chico.

—En un principio sí lo estuve, pero… —dijo Almudena, dejando la duda en el aire.

—Mi compadre y tú se aman, son como un libro abierto —finalizó su esposo, encogiendo los hombros en señal de resignación.

—Así que es imposible enojarse, sabemos que los dos son el uno para el otro —continuó ella el diálogo.

La explicación había sido más que suficiente y en vez de sentirme confundida, empecé a sentir incomodidad. Tener que oír o hablar sobre él no me gustaba, la herida estaba demasiado reciente, tan solo pensar su nombre producía dolor en el centro de mi pecho.

—¿Cómo harás para que todos esos reporteros se retiren de la casa de mis padres? —le pregunté a Erick, cambiando el tema.

—Ya está arreglado. Se ha puesto la denuncia con el alcalde del pueblo, ya que es una falta de respeto para el vecindario y para la privacidad de tus padres. Hoy será el último día que estén por aquí.

Esa confirmación me alivió sobremanera y me permitió disfrutar un poco de la visita. Obviamente, me obstinaba tener tan presente al hombre que había amado, su esencia se podía avistar en todas aquellas personas que habían formado parte de los meses anteriores de nuestra vida. Eso solo me dejó en claro que debía resguardar la noticia de mi próximo paradero, solo hasta que estuviese lista.

—Gracias por venir, chicos. De verdad, han sido unos días espantosos —aseguré después de unas cuantas horas conversando. Mis padres se habían tomado la molestia de traer chocolate caliente y galletas para todos.

—¡Querida, tú te ves espantosa! Hay que hacer algo urgente con tu apariencia —expuso mi alegre latina y Dairo la codeó—. Pero…, me alegra saber que estás bien, me preocupé mucho cuando todo pasó.

Nos reímos por la audacia de Almudena al decir las cosas y abracé a mi amiga, feliz de tenerla cerca.

La tarde descendió tan rápido que no me di cuenta, hasta que Dairo empezó a pedir pizzas a domicilio para conversar extensamente sobre estrategias de fútbol. Almudena, junto con mi hermana Tammy, platicaban desatendidamente sobre la semana de la moda en París, por otro lado, Erick y mi mamá, tenían una charla con mis hermanos gemelos sobre su consultorio en California y la forma de darle mayor publicidad.

Me tomé el tiempo necesario para admirar a cada uno de ellos, juntos y de forma individual, a pesar de que su felicidad era mi felicidad, comprendí que tenía que recuperarme lejos de ellos para regresar fuerte. Estaba muriendo de dolor por dentro, sin embargo, no era la primera vez que me iba y tenía que hacerme a la idea. Urgentemente.

—Bueno, cariño, es hora de ir a dormir —habló la comandante general Almudena, despidiéndose de todos. En la puerta ya no había más paparazzi, así que logré salir ilesa y sin miedo para despedirme de los tres visitantes—, ya sabes que cualquier cosa puedes llamarme, recuerda que todavía somos socias. —Me dio un beso y un abrazo con los ojos aguados por las ganas de llorar.

—Ten por seguro que te llamaré. —Logré calmar su llanto.

A la hora de despedirme de Dairo, éste chocó los puños conmigo y depositó un beso en la coronilla de mi cabeza, demostrando su amor fraternal. Luego subieron al coche que estaba estacionado a unos metros de la bajada de la colina, dejándome a solas con Erick.

—Bueno, creo que esto ha terminado bien.

Asentí con ganas de llorar otra vez. Este señor, que en un principio trató de probar mi coraje, se había convertido en la única persona con influencias como para alejar a todos los villanos de la historia y comprendí en silencio por qué su sobrino lo admiraba tanto y le debía tanto, pues Erick era el tipo de hombre que a pesar de haberse quedado solo y sin familia, estaba ahí para sus seres queridos.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho estos días, creo que mis padres no estarían tranquilos si no fuera porque toda la prensa se fue y ya no me acosan.

—No hay nada que agradecer. Solo recibe esto y trata de avanzar en tu vida, buena muchacha. —El paquete que tenía entre las manos era de color azul eléctrico y encima había una nota firmada por Killiam.

—No creo conveniente aceptar nada que venga de él —comenté un poco tensa por cómo se movían mis sentimientos en el fondo.

—Solo tómalo. Si quieres no lo abras, pero mantenlo contigo —rogó con ojos suplicantes.

Mordí mi labio inferior, frustrada por no deshacerme por completo del pasado, pero acepté la dichosa cajita y una vez la toqué, mi corazón palpitó veloz.

—Está bien.

—Cuídate, chica, estamos en contacto —finalizó el hombre, para luego caminar hacia la antigua casa de su jugador estrella, sin voltear más.

Automáticamente, mis ojos fueron a parar a la ventana del antiguo cuarto de Killiam. Las luces estaban encendidas después de muchos meses, pero no me dio tiempo de verificar si él estaba ahí.

—Teira, pasa, no vaya a ser que algún fotógrafo siga por ahí —instó mi madre, sacándome de mi ensueño, ese del que dudé cuando vi que la cortina de su cuarto se abría ligeramente.

Ingresé a la casa con la caja en mis manos; todos subían las escaleras para ir a descansar, así que yo iba a hacer lo mismo.

Todo seguía empacado en sus cajas, tal cual como el día que me fui a Nueva York, pero esta vez me llevaría todas las cosas y desocuparía el espacio. El único mobiliario era una lámpara en una esquina y mi sofá orejero favorito; su acolchado me recibió gustoso mientras la caja azul seguía en mis manos. ¿Era buena idea ver lo que había en su interior?

El papel rasgado con su firma decía lo siguiente:

Espero algún día puedas perdonarme.

Esto es para ti, mi dulce nena.

Hasting.

La inscripción era simple, pero suficiente complicada en peso sentimental como para partirme en dos.

—Se supone que no debíamos terminar así, joder… —susurré para mí, dejando correr las gotas saladas. La caja fue a parar al colchón de mi cama, rebotando hasta quedar quieta por completo.

—¡Ay, pequeña! Pero, mírate —escuché la voz de mi padre, al mismo tiempo que ingresaba al lugar donde su hija estaba derrotada.

—¡Ay, papito! —murmuré mientras soplaba mis mocos de forma indecente con la parte interior de mi blusa.

—Basta, Teira, debes tratar de calmarte, mi niña —pidió y me rodeó con sus brazos.

—¡Es injusto, papá! —exclamé, harta de sentir esta necesidad de lloriquear—. Oculté algo importante por tantos años para obtener nada más que sufrimiento.

Mi padre, preocupado, afianzó su agarre en mi cuerpo, protegiéndome con su cariño y paciencia.

—Solo el tiempo cura la herida, mi vida. Recuérdalo —aconsejó mientras acariciaba mi espalda con ternura.

Dejé que su amor y sus brazos me reconfortaran, hasta que me quedé dormida por completo.

Al día siguiente, ya había hecho mis maletas y guardado todas mis cosas en un carro grande de mudanzas, estos iban a ser trasladados hasta mi nuevo destino.

Por la mañana, logré terminar los últimos detalles de mi partida. Fui al colegio para pasarle mi cargo a otra maestra y antes de irme, también pasé por el tanque del pueblo, donde solía encontrarme con Killiam. No sabía cuándo regresaría, pero parecía ser mucho el tiempo que extrañaría todas estas cosas.

El silencio de este lugar no tenía comparación al bullicio que odiaba de la Gran Manzana. Lo diminuto del pueblo lograba ser maravilloso, incluso, ahí sentada cerca de la baranda de seguridad, me pareció que había pasado una eternidad desde que decidí comer perros calientes llenos de salsa picante con mi mejor amigo. Los dos habíamos disfrutado de los pormenores de la vida en ese entonces y ahora tomábamos caminos diferentes.

—Tal vez así tenía que ser… —hablé en voz alta, perturbando la calma de la estancia como en un suspiro dramático.

Después de bajarme de ahí regresé a casa de mis padres. Agarré las últimas maletas y los abracé con cariño y tristeza; lo único que me pedía mamá era que me mantuviera en contacto una vez llegase a la ciudad y así lo haría.

El viaje en carretera fue tranquilo, dormí las tres horas completas y me desperté cuando verifiqué las luces del terminal. Al bajar, aseguré mi equipaje y corrí en búsqueda de un taxista que me llevara hasta el aeropuerto.

Tenía al menos dos horas para chequear mi boleto y guardar las maletas con los auxiliares a bordo del avión. Todo lo hacía en modo automático, pero en el fondo con un poco de esperanza. Una vez registrada en el vuelo y sentada en mi asiento de turista hice la única tarea faltante: cambiar el *chip* de mi celular.

No había pacto entre amigos.

No había requisitos pendientes en la lista interminable de sueños que alguna vez tuvimos los

dos.

Entonces, mucho menos debía haber alguna conexión electrónica o de red social que mantuviese el recuerdo vivo.

Así que, Chicago, allá voy.

Requisito 34

Lucharé por ti



La ciudad de los vientos me recibió con su hermoso clima veraniego. Lo que más amaba de este lugar era el olor a lluvia con sol, arcoíris por doquier y la grama verde de los parques más conocidos. La verdad es que la razón por la que de adolescente escogí estudiar en esta ciudad se debía a su encanto arquitectónico. La profesora de artes plásticas que llevaba dentro de mí, amaba y se fascinaba de la majestuosa forma de algunas estructuras.

Al salir del aeropuerto la primera cosa que hice fue cerrar los ojos de cara al sol y respiré hondo para llenar mis pulmones de esa sensación ya conocida: la sensación de estar en casa. Estaba en el tope máximo de alegría pura, la misma energía que conservé el resto del trayecto hasta mi pequeño departamento.

Con un poco de suerte los señores de la mudanza ya estarían arribando a la entrada principal del condominio, cosa que era excelente, porque así mantendría mi mente ocupada en organizar todo. El único plus de todo el camino a casa fue el mensaje que le envié a mis padres desde mi nuevo número, los dos se extrañaron por el teléfono desconocido, pero mediante *emojis* graciosos les aseguré que su hija estaba bien, más que bien.

Las calles de Chicago estaban tal cual como las recordaba y hasta más bonitas, podía decir. Miles de árboles y edificios tipo rascacielos se unían al recorrido del taxi, hasta que llegamos a un barrio privado que contenía varias casas y edificios de tres pisos. Pasada una hora, este se estacionó frente a mi portón, donde el camión de la mudanza estaba sacando todas las cosas para subirlas hasta el segundo piso, que es donde se encontraba mi pequeña morada.

En lo bajo de las escaleras estaba mi vecina Elennys con su peculiar forma de ser, hacer y deshacer.

—¡Pensé que nunca regresarías, chama! —me saludó con su habitual acento latino, fiestero, uno que predominaba en cada charla con ella.

Los abrazos de Ele, como yo le decía cariñosamente, eran de verdad reconfortantes y honestos, los mejores que alguien podía recibir en el mundo. Ella tenía un estilo espectacular, una mujer con muchas curvas y un cabello ondulado en varias tonalidades de rubio y castaño que la hacían ver mucho más tropical. Sus ojos de un color marrón claro y una sonrisa pícara que la acompañaba en cada lugar. Su estatura era un poco más baja que la mía y su forma de vestir siempre era diferente cada día, por ejemplo, hoy estaba ataviada en un vestido color negro informal y unas sandalias cerradas al frente. Su lema siempre era igual de único que ella: «Los amigos y la vida son como la guasacaca y la empanada, siempre juntas hasta lo último del culito».

Al principio no entendía a qué se refería, pero con el pasar de los meses siendo vecinas, comprendí.

—Como te extrañé —confesé, al tiempo que íbamos llevando varias cosas del camión de mudanzas hasta el interior de mi casa.

El mini departamento era idéntico en muchos aspectos a mí. Esto no era un pent-house lujoso, ni mucho menos una fortaleza en la cual todo quedaba lejano. En realidad, era acogedor y estaba muy bien adornado. En la entrada tenía una alfombra acolchada que decía en letras grandes y graciosas: «Zapatos afuera, pies libres». Luego se podía visualizar la sala-comedor y el resto de los sofás y estantes que hacían juego con el papel tapiz color turquesa y las pequeñas plantas cerca del mini balcón. Después se veían dos muebles con estilos diferentes que combinaban instantáneamente con todo lo demás. Las paredes eran de un color turquesa que daba la sensación correcta de paz, con varias matitas y libros regados por doquier. Aquí era territorio conocido, este lugar que había conseguido costear con mi primer sueldo era mi especie de paraguas en medio de las tormentas, nadie más que yo tenía acceso a esta paz privada y única.

—Bueno, mi querida gringa, cuéntamelo todo —interrumpió mi vecina. El ímpetu con el que deseaba saber todos los acontecimientos me sacó una sonrisa de oreja a oreja.

—La verdad es que no hay mucho que contar, mi empanada de pollo con crema de ajo —le dije con toda la paciencia y cariño que se merecía, porque Ele podía ser muy insistente cuando veía que alguien evitaba sus preguntas.

—¿Segura? —Entrecerró los ojos a ver si era capaz de desviarle la mirada. En antaño, la gente sabía ver mis sentimientos y contradicciones, pero ahora, gracias a la mentira a la que yo misma me había sometido, sabía ocultar cualquier expresión que me delatara.

—Totalmente, más bien, ayúdame a desempacar.

Elennys lo dejó estar por esa vez, pero sabía que, en cualquier momento de tristeza ella estaría ahí para escuchar mi llanto y reprenderme por hacer tonterías. Mientras tanto, cerré con candado mis problemas de Nueva York y me enfoqué en el presente de Chicago.

La única solución que tenía era sanar mi corazón lleno de agujeritos.

No podía fracasar en el intento.



Mientras tanto, Killiam en Nueva York…

Definitivamente, era hermosa, era la mujer más hermosa de todo el mundo y la había perdido para siempre.

Observé con melancolía cuando ingresó a su casa después de despedir a nuestros amigos y a mi padrino Erick. Sentí la necesidad de correr la cortina de mi habitación para que viera que yo estaba ahí, tal como ella presentía al colocar su mirada en la parte superior de la casa de mi papá.

—Se va mañana por la tarde —expuso mi tío, asomándose a la puerta de mi cuarto.

—¿Irse?

—El señor Templeton contó que Teira se va a Chicago mañana por la tarde.

Estaba sorprendido, no creí que fuera capaz de irse tan lejos.

—¿Le entregaste la caja? —pregunté en su lugar, no quería averiguar más de la cuenta, no

cuando sabía lo mucho que había metido la pata.

—Al inicio no quería aceptarla, pero…

—Entiendo, lo importante es que la tiene, gracias.

—No tienes nada que agradecer —recordó, y a pesar de que ni siquiera lo estaba viendo de frente, él colocó una mano en mi hombro a modo de apoyo y luego se retiró, no sin antes agregar—: Nuestro retorno es mañana por la mañana en el carro de Almudena y Dairo.

—¿Habrá seguridad?

—Completamente.

Asentí sin darle la cara. Estaba apenado, incluso con mi representante que era prácticamente mi familia. Obviamente, Erick sabía todo de mi vida y siempre había sido un excelente consejero hasta la fecha, pero aun así sentí que lo había defraudado. A él, a mi papá y hermana, a la familia Templeton y principalmente a ella.

«Sobre todo a ella».

En las horas previas a la catástrofe prácticamente me oculté en mi departamento en Nueva York, y ahora aquí en el pueblo en busca de su consuelo. Estaba roto por dentro, la aflicción de verla llorar y expresar todo lo que tenía en su corazón fue lo suficientemente certero como para romperme en dos. Por eso me mantuve así el resto de la noche, madrugada y día.

Al regresar a la ciudad traté de no prestar atención a la cantidad de gente que se reunía en la parte frontal del edificio, todas esas personas habían confiado en mí y en mi destreza para ser un jugador profesional, digno de un título de la NFL.

Ya arriba en la fortaleza, como solía decir ella, todo estaba a oscuras y comprendí que no era capaz de encender ni uno solo de los interruptores de la estancia porque Teira ya no estaba ahí, ni su risa, ni su mirada clara y transparente, ni su incansable gusto por la salsa picante o su aberración por la cocina.

Arrastré mi cuerpo, incapaz de caminar más y terminé sentado en el piso en una posición que solía tomar cuando algo sobrepasaba por completo mis fuerzas: cabeza hundida y rodillas flexionadas.

Las palabras «egoísta, imbécil e idiota» se aglomeraban en mi mente una y otra vez. Su voz llena de enojo, sus ojos encendidos en cólera pura era lo que me recordaba lo patán que había sido por ni siquiera correr detrás de ella para pedirle perdón. En efecto, era un egoísta que solo pensaba en sí mismo, un imbécil que pensaba que las cosas se iban a arreglar y un idiota por ir a hablar con mi ex novia sobre mi matrimonio falso con mi mejor amiga. La única salvación que tenía era esa caja que Teira llevaba consigo, ese era mi boleto directo a su perdón.

Así que mientras aguardaba a que con suerte abriese la caja, dejé que pasaran los días, las semanas, hasta alcanzar un mes completo viviendo en una especie de película de terror. La película tenía que ver mucho con mentiras y verdades sin decir.

Una de las principales mentiras que me había dicho a mí mismo era creer estar enamorado de una mujer que al final terminó siendo una persona inescrupulosa. Y una de las verdades sin decir, era que estaba dispuesto demostrarle a quien sea que a la única mujer que amaba en realidad y con todo mi corazón era mi mejor amiga.

Unos meses atrás pensé que proponerle ser mi novia falsa era un simple juego, sin embargo, no esperé volver a tener la dicha de conocer lo que me había gustado tanto de aquella dulce señorita que solía ser mi vecina en el pueblo y mi cómplice para cada aventura. Desde el día en que se tomó el atrevimiento de besarme entendí lo mucho que había cambiado, era la misma chica amable, terca, mandona e inteligente de siempre, pero a su personalidad le había agregado nuevas cosas, como la sensualidad, la rebeldía y el coraje para enfrentarse a quien sea, a pesar de ser siempre la persona con más paciencia en el universo.

La admiración que sentía por ella cada día crecía más y desde que nos volvimos a encontrar algo cambió. Teira tenía tanta bondad en su corazón que dejó todo tirado en Chicago y regresó a casa de sus padres para ayudarles con las cuentas y ni hablar de que se había convertido en toda una profesional; siempre con muchos planes de altruismo y sus proyectos que incluían hasta el menos beneficiado.

Sus besos.

Sus caricias.

Su exquisita manera de alcanzar las estrellas conmigo cuando estábamos cuerpo con cuerpo y una lista interminable de cosas que la hacían perfecta y que nunca le dije solo por fingir que no había ocasionado estragos en todo mi ser, cuando la realidad de mi triste situación era que esa mujer había logrado encender una mecha que lamentablemente había estado apagada durante mucho tiempo. Ella no se daba cuenta de lo valiosa e increíble que era y yo no me di cuenta a tiempo de lo mucho que la quería en mi vida, de lo mucho que anhelaba ese amor incondicional que ella me ofrecía sin nada a cambio. Y ahora tenía que apañármelas y enmendar todos los errores causados.

Empecé por terminar mi matrimonio con Kelly. La quería fuera de mi vida, no deseaba nada más que librarme de cualquier atadura que me relacionara con ella o con el egocéntrico de Benjamín. En lo que más erré fue en idealizar a Kelly como la mujer soñada y pensar en que si la recuperaba, mi vida sería mejor, pero de nuevo, como la mayoría del tiempo, había sido un idiota por creer en sus planes y en lo mucho que intentó absorber mi fama y mi fortuna. En esta oportunidad no se la dejaría tan fácil, me encargaría de que pagase cada día todo el daño que me hizo a mí y a Teira.

—Eso dalo por hecho —prometí, observando la entrada de las oficinas de la Federación Deportiva.

Requisito 35

La cigüeña llegó justo a tiempo



De vuelta en Chicago con Teira…

Vivir sola con mis pensamientos sentimentalistas y la intriga de saber si hice bien en regresar a Chicago, no era tan color de rosas como lo había pensado, eso lo puedo asegurar.

Era increíble que hubiera pasado mes y medio tan rápido y más increíble era que no había sanado ni un ápice de lo que en realidad tenía estimado para la fecha. Incluso, la primera noche que dormí en mi humilde hogar, comprendí que las lágrimas que corrían sin cesar por mis mejillas solo eran producto de lo único en lo que no había dejado de pensar: Killiam-idiota-Hasting y su forma asombrosa de aparecer en todo lo que correspondía a mi vida.

¿Será que había manera de superar a mi ex falso después de tener conocimiento de uno de los eventos más alocados del planeta?

—Usted está embarazada, señorita Teira —explicaba mi nueva ginecóloga, que había sido tan amable de apuntarme en una cita desesperada. Llevaba semanas con náuseas, malestar estomacal, mareos y…, ¡sorpresa! Cero períodos menstruales.

—Definitivamente, eso tiene sentido para mí —dije riéndome como una tonta solo para no entrar en una crisis.

—Es indicador de todos los malestares que ha tenido —agregó la doctora al ver que me lo estaba tomando a la ligera—. De hecho, los tres exámenes que me pidió hacerse, todos han arrojado resultados positivos.

Respiré profundo, dejando de escucharla por un minuto. Alisé con energía la tela de mi vestido porque el desconcierto era enorme.

—¿Es reciente? —pregunté de forma retórica, sacando cuentas en mi mente.

—Solo son unas tres semanas y media, calculando su último periodo. De todas maneras, le aconsejo esperar unas semanas más para verificar que todo esté en orden, la mayoría de embarazos son un poco sorpresivos para algunas personas y se lo toman a la ligera.

—No se preocupe, haré lo que me diga —aseguré, viendo en sus ojos la duda de si yo quería o no a este bebé en mi vida.

—Me parece genial. Entonces, acordamos otra cita dentro de quince días —dijo mientras me entregaba varias recetas y papeles—. Estas son vitaminas que debe tomar y alimentos que debe disminuir de ahora en adelante, así no presentará más náuseas.

Asentí a todas y cada una de sus indicaciones con seriedad y en pocos minutos ya me estaba retirando del consultorio. El aturdimiento me persiguió el resto del camino hacia la salida,

cuando de repente recordé que tenía una entrevista de trabajo.

En el recorrido hacia la entrevista tropecé con varios transeúntes, llevada por la incredulidad.

«Embarazo».

«Bebé».

«Pañales».

«Biberones y más pañales… ¡Santos cielos!»

El *shock* de la noticia me tenía un poco descolocada y debía organizar mis ideas antes de cometer una locura, así que busqué mi celular y en mis contactos obtuve el número de la secretaría de la universidad, quien era la que me había agendado la entrevista para el puesto de coordinadora de artes, mi especialidad. Timbró unas tres veces el teléfono que me había facilitado y al cuarto «ring» alguien se dignó a contestar.

—*Escuela de artes de Chicago, ¿en qué puedo ayudarle?* —escuché la voz de un asistente al otro lado de la línea.

—Hola, ¿qué tal? —saludé a duras penas—. Habla Teira Templeton, el día de hoy tenía una entrevista para el puesto de Coordinadora de Artes.

—*Correcto, señorita Templeton, la estamos esperando.*

—Ese es el problema, que no voy a poder asistir, ha surgido una emergencia y me encuentro en la clínica.

—*¿Todo en orden? ¿Está usted bien?* —cuestionó el muchacho, haciéndome sonreír por sus preguntas apresuradas y llenas de amabilidad.

—Sí, muchas gracias por preocuparse. La cosa es que llamé para saber si había alguna oportunidad de reunirnos en otro momento.

—*No se preocupe, la rectora la estará esperando mañana muy gustosa para su entrevista. Cuídese mucho, señorita Templeton.*

—¡Excelente! De verdad, mil disculpas, mañana estaré a primera hora.

—*Hasta mañana* —finalizó el joven, cortando la comunicación segundos después.

Sonreí un poco más calmada con el celular aún en la mano, cuando justo me llegó un mensaje de Almudena.

De: Almu

Hola, querida, te escribía solo para mostrarte esta belleza de instituto.

¡Nuestro primer bebé en los negocios!

La palabra «bebé» resaltó dentro de todo el mensaje, dejándome otra vez llena de alerta. Almudena no paraba de escribirme desde que le pasé mi número celular para platicar sobre nuestro proyecto, ella había dejado en claro que las dos juntas teníamos que tomar las decisiones hasta el final, pero yo no tenía idea de que estaría finalizado tan rápido. Sabía que tenía que responderle, pero no tenía algo claro para decir por las circunstancias en las que me encontraba, seguía absorta en una nebulosa y así continué hasta llegar a casa.

Aún con el celular en la mano, este vibró con otro mensaje de parte de mi ex cuñada falsa.

De: Lucy Hasting ♥

Hola, cariño, mañana estaré en Chicago por unos trámites, espero verte un rato.

Besos.

El estómago se me revolvió al pensar en la hermana melliza de Kill en Chicago, ella era genial en todos los sentidos, pero no estaba para revivir el pasado. Esperaba que no causara mucho revuelo con su visita. Le devolví el mensaje con varias caritas de emoción y le hice saber que la esperaba gustosa.

Tantas noticias al mismo tiempo me estaban dando hambre…

El día estaba un poco soleado, a pesar de la lluvia de la noche anterior. Y cuando el autobús me dejó en el paradero, aproveché para comprar algo de fruta y las vitaminas que me recetó la doctora. Con todas mis compras en la mano me acerqué hasta el portón de mi edificio, encontrándome con un personaje conocido frente a mi casa.

—¿Dante?

—Hola, Teira.

«¡Santos abogados italianos! ¿Quién más iba a aparecer hoy en mi embarazada vida?»

Requisito 36

Déjame en paz



No tenía nada en contra de los italianos sensuales con aspecto de Dios griego, pero el abogado de Killiam tenía los huevos bien puestos como para venir hasta la puerta de mi casa, como si nada. Ni siquiera tenía la menor idea de cómo había averiguado mi dirección o a qué se debía su visita, pero sinceramente no quería saber. ¡Que se fuera con su porte de príncipe romano a otro lado! Suficiente tenía con todo lo que había en mi mente.

—¿Qué mierda haces aquí?

—Después dices que el malhumorado soy yo —expresó con un tono bromista, pero yo no estaba para bromas. Pasé un poco enojada por su lado para ingresar a mi condominio, pero él me retuvo por un brazo con delicadeza.

—¿Te envió tu querido cliente o estás aquí para saber si publiqué la historia en algún periódico? —La pregunta era sarcástica y hasta un poco hiriente.

A pesar de toda la distancia que había colocado entre el jugador estrella y yo, no me había dado cuenta de que ahora lo que ocupaba mi corazón era enojo puro y molestia por todo lo que había sucedido. Ni hablar de la mujercita esa que solo había regresado para importunar mi vida.

Los ojos de Dante inspeccionaron los míos con detenimiento, buscando algún indicio de cordura en mi cólera, lo que me tomó por sorpresa porque el condenado tenía unos ojos demasiado bonitos y atrayentes.

—Parece que alguien está incómoda —pronunció con ese tono de voz gutural que seguro volvía loca a cualquier mujer, a cualquiera menos a mí.

—Dime qué haces aquí y no estaré incómoda —afirmé con la frente arrugada y el pecho acelerado. Si estaba aquí era porque Killiam algo tenía que ver, ya había pasado un mes desde que nos vimos en su departamento y sabía por Almudena que a veces estaba por ahí rondando el instituto.

—Solo vine a traerte unas cosas importantes, Teira. Tu mamá fue muy amable al indicarme la dirección de tu casa —explicó con tranquilidad y retiró su mano de mi brazo—. Disculpa si te hice sentir mal con mi visita.

Cuando el hombre dijo todo eso me sentí un poco apenada, mis mejillas estaban sonrojadas. Debía aprender a no pagar mis problemas con terceras personas y a tratar a los demás como me gustaría que me tratasen a mí.

—No —dije, ahora con ganas de que me tragase la tierra—, discúlpame tú a mí por tratarte tan bruscamente, es solo que… nada. —Cerré los ojos, recordando por qué me había regresado a Chicago, no quería remover el hueco en mi pecho que me decía que no debía dejar que me

lastimaran de nuevo, pero era inevitable al tener a tantas personas presentes y de paso a un bebé en mi vientre.

—Entiendo, déjame ayudarte con esas bolsas y conversemos.

Asentí un poco ida de la realidad. No sabía qué tan bueno sería entablar una amistad con el abogado de mi ex esposo falso, pero tampoco tenía ganas de seguir enojada, por lo que repetí los pasos de Dante hasta una de las plazas más cercanas a mi residencia.

El lugar estaba despejado, solo unas pocas personas paseaban a sus perros o iban y venían de hacer sus compras del día. Era un parque abierto, lo suficientemente amplio como para hacer ejercicio o jugar con tus hijos por las tardes. Una de las cosas que me gustaba cuando salía de la universidad era que podía ver cómo los padres llevaban de la mano a sus hijos que venían saliendo del colegio al mediodía. Ese tipo de escenarios me traían paz y calma, cosa que funcionó a la perfección desde el momento en que me senté en una de las bancas con mi nuevo acompañante.

El hambre se había evaporado y ahora la ansiedad había tomado posición en mi interior. ¿A qué venía Dante? ¿Me habría seguido desde que salí del ginecólogo?

—Es muy bonita esta ciudad, nunca había venido —contó el ojiverde, interrumpiendo mi dilema mental.

—Es un refugio que pocos tienen el gusto de conocer y es menos ajetreado que Manhattan, sin duda alguna —dije, haciéndome consciente de lo mucho que amaba estar aquí.

—Bueno, la verdad es que estoy poco acostumbrado al ajetreo de Nueva York, tengo pocos meses en Estados Unidos.

Aquella sencilla confesión me tomó por sorpresa y me animó a querer saber un poco más del misterioso Dante y de su vida, a simple vista parecía ser un hombre extranjero como cualquiera, pero si mirabas a sus ojos como me pasó hace unos minutos atrás, podías observar lo afligido y contrariado que estaba consigo mismo. Me sentí identificada con él y su forma de ser en el presente; algo me decía que en antaño obtuvo algo de lo que ahora se arrepentía haber perdido. En mi caso, tal vez no había llegado al arrepentimiento, pero sí había llegado a sentir que no podía volver a confiar en nadie.

—¿De qué parte de Italia eres?

—Della stessa e bella Roma —dijo con un perfecto acento italiano, sus labios moviéndose al compás, como si estuviese cantando una hermosa melodía en casa letra—, en un español más fluido, de la hermosa Roma —tradujo con paciencia al ver que no comprendí nada de lo que decía.

—¿Qué razón te hizo venir tan lejos?

—No vine a Chicago a hablar sobre mí, vine a traerte algo que te enviaron.

—Ahí debes detener tu explicación y retroceder —lo interrumpí al ver sus intenciones de remover mi pasado.

—Pero…

—Si deseas que reciba lo que tienes en manos, entonces más te vale contarme un poco sobre ti.

—Es injusto, principessa.

—Mucho más injusto es que llegues de repente e interrumpas mi vida como si nada pasara.

Me observó, meditando seguramente los pros y los contras, y después de un suspiro empezó a cantar como pajarito:

—Solo diré que hace mucho tiempo era capaz de sonreír sin inconveniente alguno, hasta que de repente la causante de todas esas sonrisas fue defraudada por mí. Perdí su confianza y todo su amor por cobarde y ahora solo me quedan los recuerdos y el saber que algún día ella me amó, así como yo la seguiré amando día tras día.

—De acuerdo, eso no lo esperaba —reiteré, pensando en que nunca oiría tal cosa.

Las carcajadas de Dante se escucharon con fuerza en el parque, el hombre en cuestión había sido honesto a más no poder, lo que me dio cierto indicio del porque había venido como el mensajero.

—Suenas sorprendida —dijo mientras alzaba una ceja, acompañando el gesto con una sonrisa nostálgica.

—Lo siento, es solo que…

—No pensaste que yo podía ser ese tipo de hombre —culminó la frase.

Negué con energía, sabiendo que no podía comparar mi historia con la de Dante y su amada misteriosa, pero que en cierta manera algo tenía de parecida en el fondo.

—Al menos, tú no te has rendido para recuperar su amor, ¿o sí?

—De nada vale que la ame día tras día si no puedo tener un poco de sus labios o de su compañía a mi lado, en cambio, tú y…

—No hay más nosotros —corté el tema ante su insistencia por traerlo a colación.

Llenó de aire sus pulmones, al tiempo que dejé caer una lágrima solitaria en mi mejilla derecha sin querer. Se acomodó lo más que pudo, cerca de donde estaba y rescató la gota salada antes de que cayera en el suelo.

—Si lloras es porque sabes que te duele y si te duele es porque sabes que, a pesar de que fingieron por un tiempo, lo verdadero estaba ahí, oculto hasta para ustedes dos.

—No entiendo tu insistencia en todo esto, pero ya basta —dije al ver que intentaba por todos los medios sacarme de quicio.

Me levanté con la poca dignidad que tenía, quitándole las bolsas de mis compras de la mano para retornar a mi humilde morada. Y cuando había dado dos o tres pasos, escuché que Dante venía tras de mí sin poder darme alcance.

—¡Teira, espera! —gritó mientras hacía su persecución—, ¿y si te digo que ya está divorciado? —Eso frenó mis pasos en seco y el chirrido de un auto sonó, porque me había parado en medio de la vía con el aire retenido en los pulmones por el impacto.

«¿Escuché correctamente?»

«¿Divorcio?»

—¡Oye, ten cuidado, locaaa! —gritó el conductor del automóvil que casi me atropella.

—¡TEIRA! —gritó también Dante mientras se apresuraba para llegar a mí—. ¡Vaffanculo!

Escuché los insultos y las groserías del italiano hacia el chófer del carro que me acusaba de loca, todos estaban alterados, pero yo estaba sin palabras, sin poder moverme. ¿De verdad Killiam había roto lazos por completo con la arpía venenosa? Y a todas estas, ¿por qué me emocionaba aquel resultado?

«Es muy obvio, Ter, todavía lo amas, como si nunca hubiese pasado nada malo». Me regañó mi subconsciente, finalizando el *shock*.

—Lo siento, Dante, pero necesito estar un momento a solas —le pedí después de que ambos terminamos del otro lado de la vereda, conmigo un poco mareada. No me podía dar el lujo de desmayarme frente a este hombre.

—Está bien, solo déjame ayudarte con todas las cosas y dejarte segura en la puerta de tu casa —dijo al ver que no estaba del todo consciente de mis pasos.

Caminé con él a un costado, súper atento a cada uno de mis movimientos y cuando llegamos de nuevo al portón de mi edificio me pidió un último favor.

—Estaré solo dos días en la ciudad. Si mañana no estás tan ocupada, avísame que estás libre a este número para entregarte el certificado de divorcio que acredita que Kill es un hombre libre en todos los sentidos. —Con cuidado, depositó una tarjeta de presentación en mis manos y se despidió con una sonrisa, perdiéndose calle abajo.

Suspiré, agotada, ahora mucho más y sin nada de ganas de cocinar. Había recibido muchas emociones en pocos minutos y eso no era bueno para mi estado.

Al subir las escaleras, medité la manera en la que todo había sucedido ese día y luego sacudí la cabeza, olvidando cada segundo y concentrada en lo que tenía que hacer.

«Acabas de asegurarte una entrevista mañana, mujer. Vas a tener un hijo. Vienes a Chicago para reiniciar tu vida, no para arruinarla». Me recordé, haciendo hincapié en mi nueva realidad.

—Aún te amo, como no tienes idea, Hasting, pero ya no se trata solo de mí o de ti, ahora hay alguien más —dije en voz baja, tocando mi vientre aún plano.

Y con eso presente continué mi día y mi vida.

Requisito 37

No me tiene que afectar



La noche anterior dormí poco, pero traté de recuperarme con un buen baño de agua fría para ir temprano a la entrevista. Los pasillos de la enorme institución me daban la bienvenida nuevamente, pero esta vez con una meta diferente a la inicial, haberme graduado con honores en este espacio había valido la pena, pues la misma rectora sería quien realizaría la entrevista. Era una mujer entrada en edad, le calculaba los mismos años que mi madre, con cabello negro atado en un moño bien ajustado y embutida en un traje ejecutivo que demostraba a leguas el cargo importante que llevaba.

—Muchas gracias por la oportunidad, rectora Anabeth —dije apenas ocupé mi puesto en el asiento frente a su escritorio.

—No hay nada que agradecer, querida. Fuiste una de mis mejores estudiantes y ahora serás una de mis mejores coordinadoras —indicó con demasiada fe en mí, una que ni siquiera yo tenía.

—Usted dígame por dónde hay que empezar y aprovechamos el día. —Estaba dispuesta a todo.

—Primero, deseo saber una cosa muy importante.

—Soy todo oídos —dije preparada para la pregunta, aunque en esta entrevista no podía decir nada sobre mi embarazo.

Su cara se tornó incómoda y hasta se podría decir que un poco decepcionada, pero lo ocultó rápidamente e hizo la pregunta que sabía, todos me harían:

—Tu desempeño no va a ser afectado por el inconveniente que pasó hace unos meses con ese jugador, ¿cierto?

La forma en que se refirió a él me hizo pensar en serio en la respuesta que debía dar.

«¿Killiam había afectado mi vida? O peor aún, ¿lo que pasó había repercutido en todos mis sueños y metas?»

Me quedé en silencio por unos segundos y recapitulé…

Mi carrera había estado muerta desde que me tomé el tiempo para apoyarlo, pero luego, recordé que nadie me había obligado y que a pesar de haber descuidado mucho a mis estudiantes y mi puesto como coordinadora en el pueblo, logré realizar un proyecto donde muchos jóvenes se beneficiarían gracias a los recursos y contactos de Killiam. Así que no, no era tan dramático.

—No va a afectar en nada —dictaminé con toda la seguridad que mi voz podía infundir.

—¿Puedo contar con que aquí no van a llegar habladurías ni inventos de la prensa? Recuerda, Misteria, que esta es una institución seria y que nos debemos a nuestro compromiso y respeto.

—Le recuerdo que he estudiado aquí y que soy muy capaz de realizar el trabajo para el que me quiere contratar —especifiqué un poco molesta porque me había recordado a Killiam—. Así que no veo el por qué ahondar en esa parte de mi vida que ya ha culminado y que de ninguna manera va a influir en mi trabajo.

Con eso expuesto, la rectora asintió sonriente y dispuesta a continuar con la entrevista. Quedamos en que solo vendría tres veces por semana a supervisar a un grupo selecto de niños con dificultades de atención en el área de artes plásticas. Firmé varias hojas y recibí las llaves de mi oficina, al tiempo que era presentada con los estudiantes y sus maestros. Algunos se acercaron para saludarme y darme la bienvenida y otros más tímidos, simplemente me sonrieron con amabilidad. Una vez todos me conocieron me dispuse a encender mi celular, que tenía a buen resguardo en mi maletín. Al desbloquearlo, recibí varias notificaciones de Lucy.

—¡Diablos, me olvidé por completo! —exclamé al recordar que había quedado en verme con ella, así fuera para conversar un rato.

Últimamente, todos querían venir a Chicago a ver si estaba viva y cuerda, siendo Lucía y Dante los más insistentes. Y, por cierto, revisé mi monedero, que contenía varias tarjetas y notas importantes, entre ellas la tarjeta de presentación que el suculento italiano me había brindado.

«¿Será buena idea escribirle?»

—Bueno, como diría Elennys: «El que no arriesga no gana, Teira. No pierdes nada llamándolo» —me dije a mí misma, notando la poca resistencia que tenía a no dejarlo entregarme lo que sea que tenía que entregarme.

Tenía una marea de cosas tan grande en mi mente que hasta prefería reír en vez de llorar como una tonta, así que guardé todas mis cosas rápidamente y le envié un mensaje a Lucy y a Dante para encontrarnos en un café cercano al centro de la ciudad.

Al subirme al autobús, ambos me respondieron con un mensaje afirmativo para el encuentro. Mataría dos pájaros de un solo tiro.

—¡Lu! —grité un poco más emocionada de lo normal al ver que la chica había llegado con más anterioridad que yo; seguramente su hotel estaba por estos lados.

—¡Pensé que no me querías ver, nena! —devolvió a gritos de alegría, al tiempo que me daba un fuerte abrazo.

Pedimos un café con leche y unos cuantos dulces para ponernos al día mientras hablábamos de todo un poco.

Lucía Hasting es… ¿cómo decirlo? Es lo contrario a su hermano, pero al mismo tiempo tiene mucha similitud con su mellizo. Ella es una mujer que aparenta tener mucha inocencia en ciertos aspectos, pero su forma de ser y de hacer las cosas da a entender que la experiencia se la ha ganado a pulso, sin duda. A diferencia de Killiam, Lucía no se quedó en Estados Unidos, sino que decidió viajar por todo el mundo como parte de su terapia impartida por su psicólogo familiar, a consecuencia de la muerte de su madre.

Los mellizos eran muy unidos cuando estaban en el mismo lugar, pero vivían sus vidas de forma individual y nada parecidas, lo que hacía que Lucía fuera mujer autentica a los ojos de

cualquiera, y ni hablar de su exquisita belleza. La observé con detenimiento y me di cuenta de que ahora tenía el cabello pintado de morado y llevaba un traje más ejecutivo y profesional, seguro se debía a su trabajo, y es que, aunque Lucía era rebelde, ella era toda una leona que le gustaba hacer cumplir las leyes frente a una corte y su jurado.

—Debo decir que te queda genial ese nuevo *look* —elogié al ver como Lucy no le daba importancia.

—Pues, en ese caso, te aconsejo que hagas lo mismo, cariño, porque parece que un camión te pasó por encima. ¿Te encuentras bien?

Ah, gran detalle, era una mujer demasiado directa y honesta con sus palabras.

—Gracias por lo que me toca —bromeé, restándole la misma importancia que ella le había quitado a lo de su cambio de *look*.

Enseguida nos largamos a reír y comenzamos a conversar de todo, poniéndonos al día sobre nuestras vidas, porque no nos veíamos desde la boda falsa. Me comentó sobre sus próximas vacaciones, sobre su trabajo y luego llegó el tema que pensé no tocaría en toda la reunión.

—¿No han hablado más? —preguntó un poco más seria, tocando mi mano por encima de la mesa en señal de apoyo moral.

—No, no sé nada de él —mentí un poco, porque sabía que se había divorciado, punto final.

—Es extraño no verlos juntos.

—Lo dices como si hubiésemos sido la pareja del año —la fastidié un poco, aunque me doliera que otros dijeran que nos veíamos bien juntos.

—Ter, eran la pareja del año —insistió, exagerando mis palabras y gesticulando para hacer la frase más positiva—. Nunca vi a mi hermano tan determinado a estar con alguien desde que…

—Desde Kelly —puntualicé.

—Kelly simplemente es una arpía que a nadie le cae bien, así que deja de menospreciarte o de compararte con esa culebra venenosa —me reprendió usando toda clase de improperios contra la ex su hermano. Su comentario me sacó una sonrisa, pero no quitó el peso de inseguridad que había sobre mí.

—De todas maneras, Killiam ni siquiera ha venido por su cuenta. —Rescaté el hecho de que todos se paseaban a mi alrededor menos él.

Su hermana negó con toda la confianza del mundo y me hizo tragarme mis palabras al develarme algo que nadie había comentado:

—Lo intentó hacer el día que te fuiste del pueblo, pero mi padre le dio una reprimenda que logró dejarlo parado como un tonto al momento de tu partida.

—¿En serio?

—No tengo porqué mentirte —agregó, luego sorbió el resto de su café y se atragantó al siguiente segundo; Dante había llegado y tomado asiento en la pequeña mesa, en medio de las dos.

Yo estaba tan absorta en todo lo que Lucía contaba que tuve que sacudir la cabeza, pero eso no me impidió ver cómo ellos reaccionaron al verse. ¿Me había perdido de algo o es que estos

dos se conocían de alguna otra parte?

«Bueno, es el abogado de su hermano». Pensé, descartando cualquier otra idea.

—¡Oh! Disculpa, Lucy, se me había olvidado comentarte que tendríamos compañía —dije apenada al ver que ninguno reaccionaba a la presencia del otro—, ¿conoces a Dante? Es el abogado de Kill —aclaré, pero parecía estar hablando sola, porque ellos se comían con la mirada.

«¡Vaya, vaya!»

Carraspeé en busca atención, pues aparentemente, mis acompañantes habían sido abducidos por el espíritu de la sensualidad y el desconcierto.

—Chicos… —intenté por última vez, y funcionó.

Desde su lugar, Lucía parpadeó varias veces y reaccionó, cogió su cartera y se levantó de la silla; por otro lado, el rostro de mi querido italiano cambió de colores y desvió la mirada hacia mí. Algo había allí, porque esos dos se habían mirado con demasiada determinación.

—Mucho gusto —habló la hermana de mi ex con mucha energía para ser real.

—El gusto es mío, señorina Lucía. Disculpe mi mala educación, es solo que antes no he tenido el placer de conocerla —dijo Dante, estrechando su mano con mi cuñada, como si quisiera retener su palma para siempre.

«Sí, definitivamente, aquí hay algo. Y yo lo estoy captando».

—¿En serio no se conocen? —Arrugué el ceño, divertida con la incomodidad sexual de ambos.

—Nunca hemos coincidido —comunicó la chica de cabellos morados—, bueno, aunque me gustaría quedarme, tengo algunos trámites que hacer antes de regresar al pueblo. Fue un gusto verte, cariño. —Se despidió de mí con un beso en las mejillas, demasiado apurada—. Recuerda, pelea con dientes y garras, pero no te apagues cuando veas que terceras personas intentan vencerte en tu propio juego.

Y eso fue todo. La chica se fue rápidamente del café, dejándome atónita ante su huida.

«¿Será que…? ¡Nah, no creo!»

Giré mi cabeza hasta dar con el causante de la hiperventilación de mi melliza favorita y lo encontré igual o peor que la chica en cuestión.

—¿Todo bien?

Dante, un poco perplejo aún, asintió y se sentó justo donde Lucía había estado hace pocos segundos atrás.

—Sí, yo… Claro, toma —tartamudeó, haciendo que una risa natural se me saliera.

Dante tenía la misma reacción que tengo yo cuando algo me hace fundirme en la completa y absoluta ansiedad y desentendimiento.

—Parece que has visto un fantasma.

—È la sirena che è nei miei sogni ogni notte/Es la sirena que aparece todas las noches en mis sueños —pronunció en un italiano perfecto, sin dejarme saber exactamente a qué se refería con su frase.

—¡Diablos! Y yo que pensé que mi vida era complicada —bromeé un poco, pues sabía que cuando Dante recuperara el color de su cara vendría lo jodido para mí.

Y dicho y hecho, el galán más buscado de Roma recapacitó en su accionar y me entregó un sobre amarillo y una bolsita abultada al frente.

—¿Qué me espera adentro?

—Me gustaría quedarme para averiguarlo, Teira, pero creo que olvidé estacionar bien mi coche alquilado y me pueden colocar una multa —dijo y se paró de inmediato, no sin antes darme un consejo también—. El amor verdadero no se finge, el amor verdadero se vive a cada segundo y a cada minuto, ten presente eso.

¡Puff! Se esfumó en tres segundos.

Aquí estaba sucediendo otra cosa y yo lo iba a averiguar. Claro está, después de revisar el sobre.

Requisito 38

Escucha este mensaje



Mis dos acompañantes me habían dejado sola con mi sobre y decidí que lo abriría en la casa, por lo que me dispuse a pagar la cuenta y salir en busca de un taxi. El café con leche me había causado náuseas.

No tenía pensado decirle a nadie de mi nuevo y pequeño descubrimiento, no sin antes saber qué haría con todo esto, ni siquiera había sido capaz de mirarme al espejo después de revisar con mis propios ojos los resultados positivos. De solo imaginarme contándoselo a él…

«No vayas por ahí, Teira»

Sacudí la cabeza y volteé los ojos, mejor me concentraba en cómo decirles a mis padres que iban a ser abuelos por primera vez. Eso me puso de mejor ánimo.

El taxista me dejó en todo el portón del edificio, dando oportunidad a que sacara las llaves para abrir. Unos cuantos pisos y ya había dejado mis cosas en la sala.

Corrí a mi cuarto para abrir el sobre en la comodidad de mi cama y de paso busqué la cajita que en su tiempo Erick me había entregado. De los nervios empecé a morder mis uñas; sabía que el contenido de estas cosas me regresaría a Killiam, a su esencia, a nuestra amistad y a nuestro amor tan efímero como nuestra ruptura. Así que los abrí al mismo tiempo y dejé que fluyera todo el aire retenido al ver lo que me esperaba.

Había una foto enmarcada, un acta de divorcio y un celular roto. ¿Qué agarraba primero?

Piensa…

Decide…

Piensa…

Decide…

—¡Gringa, abre la puerta! Traje la cena. —Elennys interrumpió mi difícil decisión porque tocaba la puerta de mi casa con fuerza.

—Mierda —murmuré al notar lo rápido y acelerado que iba mi corazón y eso que todavía no había tocado ninguno de los objetos, solo los había destapado.

Caminé hasta la puerta para abrirle a mi querida y oportuna vecina y sin esperar a que entrara me devolví a lo que me concernía en ese momento.

—De acuerdo, te veo un poco alterada, ¿de qué me perdí?

—Solo siéntate y déjame decidir.

—¿Así eres? Vengo a contarte la triste historia de José Fernando y, ¿tú me tratas de esta

manera? —me regañó al ver que no le prestaba atención a uno de los tantos cuentos de su novio de turno.

—Ele, créeme que quiero escuchar cada parte de tu historia, pero ahora necesito concentrarme en esto. —Señalé las cosas sobre la cama y ella abrió los ojos, sorprendida.

—Esto me huele a Killiam-papacito-Hasting.

Me reí un poco nerviosa y sin dilatar más el asunto tomé lo primero que mi vista captó.

Era la foto enmarcada y cuando la toqué algo se accionó dando paso a un mar de imágenes digitales. Se trataba de un álbum virtual con fotos de Killiam y de mí, desde pequeños hasta el momento en que nos convertimos en novios falsos. El álbum contenía al menos unas veinte imágenes y culminaba en una de Killiam con nuestros amigos en la entrada de lo que, aparentemente, era el instituto para jóvenes venezolanos. En el pie de la foto había un pequeño texto que rezaba:

Usted es la invitada especial de este maravilloso lugar.

Te esperamos.

Las lágrimas empezaron a caer por la inesperada situación, pues esta especie de marco fotográfico solo recibía actualizaciones desde un punto de origen y las sincronizó cuando coloqué mi huella para encenderlo. Killiam, Almudena y Dairo, habían hecho hasta lo imposible por culminar lo que yo quería con tantas ansias.

—¿Es algo malo? —indagó mi vecina al ver mis lágrimas.

Negué sin poder hablar y agarré el siguiente objeto: la hoja que certificaba el divorcio de la señorita Kelly y el señor Killiam. Él le hacía entrega de la suma total de sus bienes materiales a la víbora venenosa, despojándose por completo de toda atadura hacia ella.

«¡Por todos los cielos, ya no son marido y mujer!»

—¡Ay, mija! Di algo que me tienes angustiada —insistió Elennys, siendo ella la que ahora se mordía las uñas.

Proseguí con mi odisea, culminando con el celular de mi jugador estrella favorito.

El aparato electrónico estaba un poco maltratado, pero funcionaba lo suficiente como para averiguar lo que contenía. En primer lugar, quise saber por qué era tan importante que yo lo tuviese. Revisé si se trataba de otra imagen, pero no había más, solo la aplicación de los mensajes estaba abierta y tenía dos mensajes de voz, uno de ellos muy conocido por mí. El corazón se me aceleró a mil por hora y eso que aún no había escuchado el segundo mensaje que estaba sin abrir.

—¡Termina de escuchar, pues! —pidió Ele, quien se había sentado a mi costado, a la expectativa de todas mis reacciones.

La observé llena de miedo y temor. Escucharlo de nuevo significaba revivir un asunto no resuelto, un amor incompleto, una amistad rota, besos a medias y confesiones ocultas, eso significaba.

—No puedo escucharlo, no aún —dije mientras alejaba el celular de mí como si quemara, luego me levanté del sofá para ir por un vaso de agua.

—¡Que malvada eres, mujer de Dios!

Mi vida se había convertido en una montaña rusa que estaba suspendida en el aire con todos mis sentimientos. Sin embargo, de algo estaba segura, yo iba a estar en esa inauguración e iba a comprobar por qué mi corazón roto aún seguía amando como un loco a Killiam Hasting.



De vuelta a Nueva York. Unos días antes…

—No olvides este mensaje, te lo ruego. Adiós —colgué la llamada sabiendo que tal vez nunca lo escucharía. El reloj dictaba las ocho de la noche y había llegado a mi nuevo espacio al menos unas dos horas atrás.

Solo.

Infeliz.

Devastado.

Sin ella…

En un arranque de impotencia, la noche anterior, había roto mi celular y cuando lo llevé a reparar, encontré algo demasiado preciado en él: un mensaje de voz de Teira del día de nuestra boda falsa. Aquel mensaje me había devuelto la esperanza necesaria para recuperarla. Sus angustiadas palabras transmitían lo que, sin duda alguna, yo necesitaba escuchar de nuevo, pero en vivo y directo.

Hace mes y medio que no sé nada de ella, solo he escuchado pequeños comentarios de parte de Almudena o de los padres de Ter, que raramente me perdonaron por lastimar a su hija.

Al sentirme tan destruido como para mantenerme solo, llegué a mi antiguo departamento y me encontré con la inesperada sorpresa de que Kelly quería vivir ahí, de paso quería mudarse con el asqueroso de Benjamín, así que ni corto ni perezoso, busqué otro lugar para evitar habladurías y malos entendidos. No les daría la satisfacción de afectar la poca paz que me quedaba, no a pocos días de solventar lo de mi divorcio.

Me hallaba en la casa de trabajo de mi hermana Lucía, quien no paraba mucho por el barrio a menos que tuviese algún trámite legal que realizar, como era el caso.

—Vamos, Kill, es hora de cenar —intervino cuando culminé con mi tarea en el buzón de voz de mi dañado celular.

—No tengo hambre —gruñí, recostado en el sofá que ahora había pasado a ser mi cama, mi nicho.

—No te estoy pidiendo permiso o preguntándote si quieres cenar, levanta tu culo y ven a comer —me exigió con su habitual forma de ser. Mi melliza siempre decía las cosas de frente y sin tapujos, en ese aspecto era muy parecida a mamá, por lo que a sabiendas de que me patearía el trasero si no iba a cenar, la seguí hasta la cocina para comer sus deliciosos tallarines al pesto.

Cenamos en silencio, concentrados en nuestro mundo, hasta que de la nada comentó:

—Dentro de dos días viajaré a Chicago. Y te digo esto por si quieres venir conmigo, ya sabes, para salir en busca de la única mujer que merece tu amor y corazón.

La miré con un poco de amargura al recordar a Teira y lo imposible que era la idea de ir a buscarla así, tan repentinamente.

—No puedo hacer eso, cabellos locos.

—¿Qué esperas? La estás perdiendo, Kill.

—No es tan fácil.

—Es tan sencillo como conseguir un nuevo abogado que te saque de encima a esa ridícula mujercita caza fortunas —expresó con todo el odio que Kelly se merecía; Lucía nunca se había llevado bien con ella.

—Mi abogado está bien, Lu, solo deja que haga esto a mi manera.

—Bueno, solo digo que no deberías tardar mucho —me recordó pasando por mi lado para darme un fuerte abrazo—. Mañana ya no estaré en la ciudad, voy directo a Chicago y de ahí regreso al pueblo con papá, antes de mis vacaciones. Te quiero mucho.

—Te quiero más —dije con todo el cariño del universo porque, así como yo tenía heridas, mi hermana Lucía también tenía sus demonios del pasado emergiendo constantemente.

La vi retirarse de la cocina, dejándome solo con mis propios pensamientos.

El tiempo no estaba a mi favor, necesitaba terminar de cortar lazos con Kelly antes de que destruyera mi carrera con todos sus embustes de mujer dolida.

Minutos más tarde, terminé mi cena y lavé todo el servicio para retirarme a dormir, no sin antes crear un plan. Le marqué a Dante, mi abogado, y a mi tío, que era mi representante. Lancé la última carta que tenía bajo la manga para separarme de Kelly sí o sí. Mañana iría directo a la cueva del lobo y esperaba salir ileso.

Requisito 39

Te dejo todo mi dinero



El amanecer llegó rápidamente y con ello mi forma apresurada de bañarme y arreglarme para encontrarme con Dante y Erick en pleno Manhattan. Hoy era el día en que me divorciaría de Kelly. Dante había pautado una cita con el abogado de ella y habíamos quedado en que antes de iniciar la pelea por décimo tercera vez, le ofrecería lo único que creía posible: alejarla de mí.

Cuando llegué al Parque Central, que estaba en paralelo al antiguo edificio donde antes residía, pude ver a mis dos ayudantes en acción.

—¿Luzco muy mal para un divorcio? —pregunté y ambos me ofrecieron una sonrisa de apoyo.

—Vamos, antes de que se arrepienta de hacer el trato. —Mi tío apresuró el paso.

Caminamos hasta la entrada principal del edificio, donde había una gran cantidad de admiradores que seguramente habían escuchado los rumores del fin de mi matrimonio con Kelly. Los guardaespaldas del lugar hicieron un círculo de protección y me dejaron pasar en conjunto con Dante y Erick. Una vez instalados en el ascensor, ambos se sumergieron en el celular mientras que yo iba sujetando el relicario que me había regalado Teira en su momento, estaba anclado a este, como si se tratase de su cuerpo cálido y suave resguardado entre mis brazos.

Había venido sin ninguna defensa, sin carros lujosos, sin guardias de seguridad, solo yo y las únicas personas capaces de derrotar a esa mujer mentirosa. Cuando el elevador se detuvo, anunciando la llegada al piso, respiré muy hondo. Era ahora o nunca.

Toqué la puerta levemente para demostrar algo muy simple: esta fortaleza ya no era de los dos, solamente de ella y de su mundo frívolo.

Me abrió y me recibió con su típica actitud que ya no causaba nada en mí. Benjamín a un costado como la manzana de la discordia, y pensar que alguna vez le confié mi carrera a ese pusilánime.

—No se preocupen, serán dos segundos —les hice saber, confiando en mi estrategia.

Desde su posición, Kelly negó divertida, como si le hubiese contado un buen chiste.

—Como se nota que la amas.

La frase me tomó por sorpresa, pero traté de mostrarme neutro y franco. Me quedé en el *hall*, a la espera de que ella dijera que podía sentarme, pero no pasó, así que tomé la palabra.

—No vine a discutir mis sentimientos contigo, Kelly. —La conocía como la palma de mi mano y sabía que haría hasta lo imposible por sacarme de mis casillas, pero no lograría su cometido, yo estaba dispuesto a salir de ese lugar con su firma en el papel.

Mostró sus intenciones de inmediato. Por un momento su acercamiento hacia mi persona me agarró desprevenido, pero con sutileza, logré echarme hacia atrás y le tendí el sobre con nuestra acta de divorcio.

–¿Por qué te resistes a lo que es natural, mi cielo? —cuestionó con ese tono de voz que en otra oportunidad me hubiese hecho ceder—, los tres juntos podemos dominar el mundo del deporte a la perfección —señaló a su estúpido perro faldero, que me observaba con cara de sorna.

Eso bastó para que yo terminara de comprender una cosa: a pesar de todo el daño que ella me había causado, la había superado y en parte, perdonado. No obstante, eso no quitaba el peso de su mala intención hacia Teira.

—No hagas las cosas más difíciles, tú no me quieres —le recordé—. Solo firma y seremos libres, me lo debes.

—¿Deberte? —Ladeó la cabeza con cierto cinismo implicado en la palabra.

—Sabes que hiciste mal —murmuré enojado.

—Solo hice lo que ella no quería hacer por su temor de niña insegura.

—Esto no se trata de una competencia.

—Antes, en el pueblo, lo parecía —acotó mientras pasaba las manos sobre su cuerpo—. Era sencillo, la ganadora se quedaba con el galán.

—Es increíble que no te importe nada —gruñí con ganas de lanzarla por el balcón, pero como le había prometido a Dante y a Erik, no le daría el gusto de verme afectado.

—Vamos, Kill, siempre la pasamos muy bien juntos. Supéralo.

—Eso intento hacer, solo debes firmar el papel.

Sus ojos se entrecerraron con burla, disfrutaba mi desesperación.

—¿Qué ganará ella a cambio? —preguntó Benjamín, mascando el anzuelo antes que su protegida.

«Es hora de atacar».

—Quédate con todo —solté la bomba sin más y ahí pude notar su verdadera estupefacción, la de los dos.

—Estás mintiendo —opinó Kelly.

—No, estoy hablando enserio, el dinero será traspasado a tu cuenta, al igual que todas mis propiedades pasarán a tu nombre.

—No te creo.

—Todo será tuyo si firmas el divorcio.

El silencio se adueñó de Kelly, quien anteriormente había estado maquinando miles de formas para fastidiarme.

—¿Cuál es el truco en todo esto? —Buscaba la supuesta trampa con su pregunta dudosa. Y ahí me decanté por ser muy honesto.

—No hay trampas, solo quiero que me devuelvas mi vida, arruinaste toda posibilidad de que fuera feliz al lado de quien menos pensaba sería mi felicidad.

—¡Pero me amabas a mí! —Hizo un berrinche en plena sala del departamento.

—Te equivocas, me hiciste creer que era a ti a quien amaba en vez de a Teira.

—Los dos son patéticos. Hice lo que hice para demostrarle a esa chiquilla que soy mejor para ti.

—De nuevo te sigues equivocando, por eso tú y Benjamín son tal para cual.

Me miró furiosa, pero ya había mordido el anzuelo, su codicia era tan grande como su maldad.

—¡Dame ese maldito papel! —pidió gruñendo entre dientes.

—¿Piensas firmar? —cuestionó Benjamín, viendo a su mujercita con cara de pánico—. Puedes hacer que pierda su carrera de futbolista —le sugirió el imbécil de su amante demostrando gusto y burla al ver mi cara de odio.

—No me queda de otra —escupió Kelly dirigiéndose a él—. ¿O tú vas a mantenernos después de la demanda que te meterán en la Federación de Deporte Internacional?

Escuchar aquello me puso alerta, era una clase de información interesante que me guardaría para cuando la necesitase.

Su firma fue estampada con rudeza y con eso mi libertad fue sellada. Me devolvió todo y en su lugar le pasé el papel que certificaba que todos mis bienes materiales eran suyos, a excepción de un fondo que tenía desde la muerte de mi madre, uno que estaba a nombre de mi melliza, como también, la casa a las afueras de la ciudad, esa estaba a nombre de Teira.

Sin más que hablar me dispuse a retirarme en silencio, liberándome de una etapa de mi vida que jamás volvería a experimentar, pero a último momento, me volví y la miré directo a la cara para decirle una última cosa:

—Gracias, Kelly.

—¿Por qué mierdas me agradeces, idiota?

Pensé en cómo hacerle entender algo que ella nunca viviría debido a su avaricia.

—Te agradezco por haberme hecho vivir los mejores meses de mi vida junto a Teira —le expliqué, sabiendo que no entendería, pero tampoco esperaba su comprensión.

Luego salí por la puerta, orgulloso, siendo recibido por mis dos acompañantes.

—¡Lo logramos, chicos! —afirmé al ver sus caras de preocupación y ambos pegaron un grito de júbilo.

—¡Esto merece unas buenas cervezas! —opinó mi tío y Dante estuvo de acuerdo.

—Está bien, pero ustedes invitan porque ya no tengo ni un solo centavo —bromeé sobre mi nuevo estado bancario—, así les cuento todo, hasta lo de cierta idea que podría poner en peligro a Kelly y su reciente fortuna —les hice saber, refiriéndome a la demanda en contra de Benjamín.

Los dos asintieron, intrigados, luego me condujeron lejos de los paparazzi y de los periodistas.

El carro de mi representante apareció de la nada para llevarnos a dónde sea que estuviesen

esas cervezas. Mientras ellos comentaban sobre las buenas nuevas, yo me desconecté por un momento. Lo que le había dicho a Kelly era completamente real, fingir aquel matrimonio falso me había servido para darme cuenta de lo que realmente quería, y eso era estar al lado de mi hermosa Teira, pero yo no la quería como amiga, precisamente. Sin embargo, nada de esto valdría la pena celebrarlo si ella no me perdonaba.

No le hice saber eso a mis dos amigos, solo continuamos hasta llegar a casa de Dairo, que ya me esperaba con toda una celebración organizada por su esposa y varios conocidos. Todos me felicitaron y al mismo tiempo me veían con nostalgia, sabían que faltaba una pieza importante en mi equipo.

—Oye, todos están buscándote. —Me descubrió Almudena.

Después de todas las felicitaciones me había escondido en una parte alejada de su casa para respirar aire unos segundos.

—Lo siento, es solo que…

—Entiendo, ella te hace falta.

—Todos los días la imagino aquí a mi lado o al revés —le confesé, cansado de no tenerla cerca.

Almudena me abrazó como pudo.

—Ella sabrá que tú le amas de verdad, solo deja que las cosas lleguen a su tiempo.

Me sentí poco convencido, pero agradecido por sus sabias palabras. Ahora entendía por qué Teira adoraba a Almudena, era una amiga noble y amorosa que se merecía su amistad.

—Vamos adentro a celebrar, ya mañana será otro día.

Y en efecto, mañana sería un gran día.

Cuando la fiesta terminó y estaba por despedirme de todos mis amigos, le hice entrega de un paquete importante a Dante. Un marco de fotos, el acta de divorcio, el celular con el único mensaje importante y listo, ahí estaban mis únicas oportunidades. Si con eso no me perdonaba, no sabía qué más hacer.

Requisito 40

Regresa a mí



Los días pasaron volando. Dos noches atrás, Dante se había llevado los objetos hasta Chicago, pero no había obtenido respuesta o llamada ni de ella ni de él. Todo estaba listo para la inauguración del instituto, solo las personas indicadas terminaban de afinar los últimos detalles para la llegada de los primeros chicos que tendrían el honor de formar parte de tan maravilloso proyecto. Eran alrededor de diez jóvenes, provenientes de Chile, Perú, Puerto Rico, Venezuela y República Dominicana. Cada uno con un talento único y diferente y con la misma sed de triunfar que yo tenía a esa edad.

Esa tarde, revisé mi celular por quinta vez, angustiado porque no recibía noticia alguna de Dante o hasta de mi propia hermana, que también me había comentado que iría a Chicago. La bandeja de entrada estaba vacía y las redes sociales estaban repletas; mi tío me indicó que eso pasaría a penas se enteraran del veredicto final entre Kelly y mi persona, pero para mí no era importante nada de eso. Lo que sí era importante tenía que ver con lo que escuché de Benjamín y la Federación de Deporte. Por culpa de él había perdido credibilidad como jugador potencial y gracias a su descuido de palabras, buscaría salvar mi pellejo para continuar con mi carrera, todo esto antes de que iniciara la temporada.

—Compadre —saludó Dairo, que llevaba en sus brazos dos trajes de noche—, mi hermosa esposa nos mandó a hacer trajes a la medida para la gala de bienvenida —comentó con cara de enamorado.

«¿Será la misma que yo pongo cuando me hablan de Teira?»

—¿Saben algo de ella? —pregunté un poco ansioso, quería enterarme de si había aceptado la invitación a su propio proyecto.

—No responde los mensajes de Almudena, pero no desesperes, hermano —pidió al ver el desánimo inmediato que se instalaba en mi cara.

Negué un poco incómodo por todo, no quería proyectar negatividad en la ceremonia, pero no sería lo mismo si ella no estaba ahí para ver todo lo que hicimos. Además, tenía entendido que la misma Teira era quien había localizado a los padres y representantes de cada uno de los chicos que el día de hoy estaban aquí.

—Quita esa cara y ve con Dairo a prepararte, ya Dante está en camino con Erick —me regaño la esposa de mi compadre cuando se acercó a nosotros y vio que yo estaba ahí sin reaccionar.

Ambos hicimos caso a las órdenes de Almudena, quien era de temer cuando no cumplían sus mandatos. Pobre Dairo.

Dentro del probador que se había dispuesto para la ocasión, empecé a deshacerme de toda mi ropa. El traje de gala era de un color negro impoluto, a juego con un corbatín que traía un

pequeño pendiente en honor al país de donde venían los jóvenes; era una especie de insignia tricolor con el nombre del instituto.

—Estas chicas sí que han pensado en todos los detalles —elogió Dairo, apareciendo por un costado del probador, ya vestido y bien acicalado.

—Es cierto, todo les ha quedado genial. Espero que ella pueda verlo.

—Deja de mortificarte y vamos a la entrada principal a recibir a los chicos antes de que Almudena venga por nosotros.

Salimos de los probadores y llegamos a la parte frontal del pequeño campus, ahí estaban los jóvenes, acomodados en la puerta, esperando.

—¿A quién esperan? —pregunté un poco angustiado. Eché ojo al interior y me di cuenta de que la mayoría de los invitados e inversores estaban ahí, tomando y comiendo, como si nada, mientras que nosotros seguíamos afuera de la carpa.

Los jóvenes me miraban con risas disimuladas mientras un automóvil se estacionaba cerca de donde estábamos parados. Presté tanta atención al carro para saber quién estaba adentro que no reparé en el latido acelerado de mi corazón o en las mariposas que empezaban a revolotear en mi estómago. Se me atascó la respiración en los pulmones, evitando que el aire fluyera cuando vi quién se bajaba.

Su cuerpo iba embutido en un vestido color vino tinto que abrazaba todas sus curvas en cada paso que daba, su cabello siempre ondulado con el que de adolescente amaba jugar, ahora estaba lacio hasta llegar a su cintura, culminando con unas sandalias de tacón plateadas que hacían el contraste justo con su piel pálida. Ahí estaba, llena de determinación y orgullo por lo que veía a su alrededor, eso sin contar la hermosa sonrisa que acompañaba el sutil maquillaje de sus ojos verdes.

Ella era ese sueño hecho realidad, esa meta que en el amor nunca logré conseguir por ciego y testarudo, ella era la mujer indicada para compartir, vivir, amar, reír, renegar y soñar.

Sin embargo… no era mía por completo.

—Teira —pronuncié en voz alta, captando su atención, al tiempo que saludaba a sus futuros estudiantes y a su socia en el trabajo. Al principio su mirada no me dijo nada, hasta que captó que quién la llamaba era yo y todas sus facciones cambiaron. Conocía esa expresión en su cara, era la misma que tenía cuando sin querer rompí su corazón en miles de pedacitos.

Terminó de presentarse con los chicos y luego llegó hasta mí, logrando que todo mi sistema se alterase con su presencia.

«¡Diablos, nena, te ves hermosa!» Pensé.

—Hola, Kill —saludó de forma natural, agregando una sonrisa tan genuina que desarmó mi corazón ansioso. ¿Cómo hacía para sentirse mal y recomponerse al instante?

«Ahora sí estoy recontra jodido».

Horas antes de la inauguración…

—Almu, ya estoy por subirme al avión, ¿quién me recibirá en el aeropuerto? —pregunté mientras dejaba las maletas en el área correspondiente.

—Dante también tiene un vuelo pendiente. No te preocupes, querida, que serás bien recibida —dijo con voz emocionada al otro lado de la línea.

Resoplé sin saber si lo que estaba por hacer estaba del todo bien y pude escuchar las risitas de mi amiga por el celular. Solo bastó que le escribiera para confirmar mi asistencia y ella comenzó a achicharrar mi celular con llamadas y más llamadas.

Fue una decisión apresurada, como la mayoría de las cosas en mi vida, así que hice otra llamada a la universidad y le expliqué a la rectora mi situación real. La señora había sido demasiado amable al comprender que mi salud estaba antes que todo, me dijo que esperaba que regresara pronto para tomar mi puesto como coordinadora y luego dijo algo que me dejó un poco impresionada:

—A veces, la vocación no está en un lugar con normas y directrices, sino en el corazón de todos los estudiantes a quienes les prestes tu conocimiento y atención total. Creo que eso va a dar respuesta a lo que de verdad quieres para tu vida y sé que lo que realmente quieres no está aquí, mi querida Misteira. Por eso me enorgulleces y espero algún día poder visitar tu instituto y comentarles a todos esos chicos lo excelente que eres.

Sus palabras me dejaron un sabor dulce, pero amargo, pues significaba que me estaba empujando a irme, no a regresar. Obviamente, yo no sabía si quería regresar, pero que otra persona adivinara mis ideas propias y secretas lo hacía todo mucho más real.

Días después de eso me subí a un avión, prometiéndole que este regreso no sería igual al anterior. Me coloqué los audífonos y escuché una canción preciosa de una de mis bandas favoritas; una de las partes decía algo que sin querer apliqué un tiempo…



Y la vida te pasa de largo, no pierdas tu tiempo por tu cuenta.

Siempre intentas verte a ti mismo a través de los ojos de otra persona

demasiado tímido para decir que necesitas ayuda, tú y todos los demás.

A medida que tú corazón se hace más grande y tratas de descubrir de qué trata todo esto

y tu piel se vuelve más gruesa mientras intentas descubrir de qué trata todo esto.

Un día estás aquí y luego te vas, ¿cómo es que sigues aguantando?



La canción culminó y las lágrimas llegaron de nuevo. Toda mi vida había postergado algo por alguien y me daba cuenta de que lo seguía haciendo con mis propios sueños. Lo hacía al no querer ir a la inauguración de mi propio proyecto por miedo a ver a Killiam. Lo hice de adolescente al no ir al pueblo en varias oportunidades por terror a encontrarme con Kelly y sus palabras venenosas. Lo hice cuando hui porque escuché lo que realmente eran mi mejor amigo y esa mujer.

Siempre me había comportado como una cobarde, pero ahora no podía darme el lujo de ser

miedosa, porque en un futuro cercano vendrían más chicos a querer ver en mí un ideal o persona a la cual admirar. Y lo que era aún más loco, vendría una personita a mi vida que no tenía por qué verme llena de ansiedad y terror.

Acaricié mi pancita y poco a poco me fui quedando dormida mientras el reproductor de música seguía sonando, así fue mi vuelo hasta llegar al aeropuerto de Nueva York.

Pasé por una red magnética antes de salir a la parte donde familiares y amigos esperaban, a diferencia de mí, que me quedé esperando adentro para ver si lograba encontrar a Dante. Y dicho y hecho, un italiano alto y bien trajeado venía rodando su maleta hasta que llegó a mí.

—Ciao, principessa —saludó con un gesto que no pude identificar. Lo había visto dos días atrás, pero ahora su rostro reflejaba angustia y tristeza, parecía que había sufrido.

«¿Dante y Lucía tienen una historia de la que nadie sabe o solo estoy divagando como loca?»

—Bueno, mientras nos acompañamos mutuamente en el carro, más te vale que me cuentes todo lo que te estás tragando, porque te ves horrible. —Así le devolví el saludo, logrando sacar una pequeña sonrisa a su semblante nostálgico.

La confianza ya estaba instaurada entre los dos, así que lo consideraba como un amigo al que podía escuchar y también confiarle alguno que otro tema de conversación. Claro está que, ésta amistad era muy diferente a la que alguna vez tuve con Killiam, que a pesar de todo siempre seguía siendo mi mejor amigo.

Diligentemente, fuimos hasta su auto, que al parecer llevaba días en el aeropuerto y estaba resguardado por la seguridad de los vigilantes que estaban apostados en cada puerta de salida. Guardamos las maletas y nos subimos para ir a donde sea que estuviese Almudena con todos los preparativos. Pero Dante empezó a hablar, tomándome por sorpresa:

—Que quede claro que no diré nombres para no comprometerte en el asunto. También te agradeceré por escucharme, porque nunca le he contado esto a nadie, ¿capisci, la mia bella? —preguntó, asegurándose de que yo sería una tumba.

—Capisci —respondí un poco divertida por la forma en que me pedía guardarle el secreto.

Y así empezó…

Escuchar su historia de amor, porque eso era, me estrujó mucho el corazón. Hay personas que sin duda pasan por cosas difíciles, pero Dante había perdido mucho en años anteriores y ahora estaba igual de perdido que su historia.

En más de una oportunidad se le quebró la voz o se le escapó una sonrisa. Las personas implicadas en su historia se habían convertido en fantasmas y en sirenas de sueños y pesadillas. Y cuando terminó de hablar, habíamos llegado a casa de Almudena.

—Llegamos —dijo mientras estacionaba el carro, sin soltar el volante, el cual era apretado con amargura por sus manos.

No pude quitar la vista de Dante, pues algo debía decirle para que no se sintiera tan mal.

—Sé que no hay nada que pueda hacer desaparecer tu dolor, y entiendo, pero, ¿en todos estos años nunca intentaste hablarle de nuevo y contarle tu versión de la historia?

—Digamos que hace unos días lo intenté por todos los medios y me sacudieron cual trapo callejero —expresó, confirmando la sospecha que rondaba en mi cabeza.

Me quedé callada con respecto a eso y le agradecí con un beso en la mejilla por su confianza.

—Cualquier cosa puedes contar conmigo, Dante. Que eso no se te olvide —le hice saber y apreté su hombro con cariño.

—Gracias —dijo, estaba un poco reacio a soltar el volante—. Ahora me voy, un automóvil te recogerá y así podrás ir a la gala, esta es tu noche.

—De Almudena y mía.

—Por supuesto.

Me bajé del carro de Dante y lo vi irse por un portón de madera ornamentado. Al girarme, una señora de no más de cuarenta años me dio la bienvenida a la casa de Dairo y Almudena.

Me dejaron descansar en una habitación mucho más grande que mi mini departamento y también me trajeron almuerzo para alimentar mis tripas.

—Bueno, manos a la obra. A arreglarse, Ter —dije para mí misma.

Con mucho cuidado abrí mis maletas y saqué mi neceser, ahí tenía las benditas vitaminas que debía tomar, cosa que me recordó la cita con mi ginecóloga. Algo debía hacer para asistir a esa consulta, mañana la llamaría.

La habitación que me habían asignado era de un color marfil con decoraciones un poco rústicas que armonizaban con todo lo que rodeaba la casa, tal cual el estilo particular y único de sus dueños.

Después de haber visto todo me dirigí al cuarto de baño y me quité la ropa y los zapatos para darme una buena ducha de agua caliente. Ahí, con las gotas rodando por mi piel, me acordé de la noche en que Killiam me bañó con cariño para bajar mi fiebre. Sus manos asegurándose de que me bajara la temperatura, sus besos, sus caricias…

—Señorita Teira, acá le dejo un regalo de parte de la señora Almudena —dijo la ama de casa desde afuera, sacándome del estupor de mis recuerdos, cosa que agradecí.

—Gracias, en unos minutos salgo —dije mientras sacaba la cabeza por detrás de la puerta de la ducha.

Hice todo lo demás muy rápido y en veinte minutos ya estaba aseada.

Tal cual como me había informado la ama de casa, Almudena me había dejado un regalo: un vestido vino tinto con una leve abertura en la parte de la pierna y algo que no solía usar, tacones dorados. Encima del vestido había una nota de mi amiga, con su puño y letra.

Esta noche es nuestra, querida.

¿Y qué mejor que celebrarlo con un sexy vestido y unos escandalosos tacones?

Nos vemos en la inauguración.

XOXO

Me reí por la solución que Almudena dejaba a mi cargo y acepté que debía verme presentable, por lo que, una vez puesto el vestido, me hice un maquillaje a juego con sombras difuminadas, luego alisé mi pelo por completo, erradicando cualquiera de las ondas que todos solían ver.

Estaba diferente, eso lo podía notar.

Mis mejillas tenían mejor aspecto y mi cuerpo había cambiado. El vestido estilizaba mis pocas curvas y se ajustaba a mi pecho, adornándolo con unas tiras del mismo color, hasta girar y visualizar unos amarres en diagonal que me daban un aspecto sensual.

—Como diría mi querida Ele: «¡Azúcar!» —Me moví al son de los comentarios jocosos de mi vecina, debía invitarla cuanto antes al instituto.

Retoqué unos últimos detalles y con mi pequeña cartera para guardar el celular y documentación, bajé al primer piso de la casa, donde sorprendentemente me esperaban Erick y mis padres.

—¡Mi niña! —exclamó papá sin poder contener su emoción al verme.

Bajé con cuidado para no rodar con los tacones y abracé a mis padres con la misma emoción, no sabía lo mucho que los quería ver hasta que los tuve frente a frente, estaban igual de elegantes para el momento y con enormes sonrisas de satisfacción.

—¡Oh, por Dios! ¡No saben cuánto los extrañé! —exclamé al tiempo que los besaba con alegría—, ¿cuándo llegaron? ¿Por qué no me dijeron nada? —Realizaba pregunta tras pregunta, acusando a los tres con la mirada.

—Era una sorpresa. No podíamos perdernos tu gran proyecto, pequeña —expresó mi madre, dándome besitos.

—Se están quedando en mi casa mientras tanto, así nos quedaba más cerca para buscarte —comentó Erick, que me veía con ganas de expresar más cosas, sin embargo, se mantuvo en silencio y me miró con entendimiento.

—Gracias por traerlos —le dije al misterioso señor, quien siempre me sorprendía con su forma de actuar, a pesar de que en un inicio nuestra relación no fue buena—. Ahora hay que correr, porque no queremos que la Sargento Almudena nos mate por llegar tarde.

Se carcajearon al escuchar mi comentario, luego caminamos directo a la salida, donde ya estaba estacionado el auto de Erick.

Una vez sentados en la parte de atrás, los nervios se instalaron en mi estómago, quería morder mis uñas y salir corriendo. Tenía un secreto muy importante conmigo y mis padres no lo sabían, Erick tampoco, Almudena menos que menos y luego estaba él…

«¿Él estará en la gala? ¿Dirá algo sobre los objetos que me envió? ¿Los jóvenes seleccionados estarán contentos?»

Tantas preguntas y nadie me daba respuestas. Este sería un día lleno de sorpresas y descubrimientos.

Requisito 41

Déjame amarte



En el trayecto hacia el instituto me di cuenta de que todo estaba tal cual como lo había dejado meses atrás, con sus habituales luces, sus habituales transeúntes y como no, la farándula en busca de algún cotilleo nuevo que contar sobre el mundo de las celebridades.

Raramente, esa sensación de familiaridad me hizo sentir en casa, aunque sabía que el único hogar que había tenido aquí era Killiam, lo que me hizo desesperar y querer llegar cuanto antes. Podía sentir las mariposas en la boca del estómago y mientras mis padres iban platicando de forma amena con el tío de mi ex, yo iba pensando en el mensaje del celular roto. Nada ni nadie logró que escuchara su voz, aún no confiaba lo suficiente como para perdonarlo y menos para escuchar la respuesta de lo que le envié el día de nuestra boda falsa.

—Teira, ya estamos llegando —avisó Erick, viendo mi nerviosismo por el retrovisor.

Sacudí la cabeza un poco para aclarar mi mente y enfocarme en lo que se venía, que definitivamente era maravilloso. El campus del instituto había cambiado enormemente desde la primera vez que alquilamos la locación. Una sonrisa se dibujó en mi cara al ver las flores, el jardín y todos los detalles de la estructura, formando un lugar ideal para las oportunidades de estos chicos que iban a venir mes tras mes.

El carro se estacionó frente a una carpa que daba inicio a dos portales de cristal que dejaban ver el interior de lo que serían las salas de orientación y los pasillos que conducían a los salones principales. Cuando abrieron mi puerta, Almudena fue la primera en recibirme.

—¡Teira! —gritó con toda la algarabía del universo, abrazándome en seguida.

—¡Oye, este lugar es una pasada! —exclamé a gritos también, todo lo que habían hecho en tan poco tiempo era increíble.

—Bueno, querida, eso es para que veas lo mucho que nos has inspirado a realizar este hermoso proyecto —dijo sin dejar de abrazarme—, pero, vamos, te voy a presentar a nuestros primeros pasantes —me instó, refiriéndose a los diez jóvenes que formarían parte de la primera experiencia.

Cada uno de ellos era único en su forma de ser y eso me gustó, se les veía las ganas y la garra para luchar por su futuro. Les di mi agradecimiento a todos y luego llegué hasta la persona que, sin pensarlo, ansiaba ver.

—Teira… —pronunció con ese tono de voz tan particular en él, uno que me hacía derretir.

Nuestros ojos hicieron contacto y de repente entendí por qué, a pesar de tener el corazón lastimado, este hombre lograba hacerlo latir de nuevo. Pero las mariposas desaparecieron y en su lugar, un cúmulo de sensaciones hicieron acto de presencia en mi pecho. Sus ojos estaban un

poco apagados, tenía barba de hace varios días y a pesar de todo, estaba demasiado sexy en un traje hecho a la medida. De todo aquello, su mirada fue la que más me llenó de desasosiego, como si el cansancio y la batalla contra Kelly le hubiera absorbido todas las energías en un dos por tres.

«Cálmate, Teira, tienes que actuar como si nada».

Cogí fuerzas para saludarlo sin que me afectara su cercanía.

—Hola, Kill —hablé con voz firme y concisa, añadiendo una sonrisa despreocupada que, tal vez, pudiera engañarlo por un momento. Solo por un momento, porque Killiam se quedó mudo y sus cejas se alzaron con sorpresa al ver mi reacción ante nuestro repentino reencuentro.

Todos a nuestro alrededor quedaron a la expectativa, como buscando la forma de interrumpir sin ser inoportunos, pero yo solo tenía ganas de disfrutar la noche, así que desvié mis ojos y comencé a caminar hacia el interior del instituto, donde otros invitados ya esperaban por nosotros.

Mi amiga, muy feliz con el resultado, me realizó una visita guiada a cada uno de los rincones del lugar, hasta que llegamos al centro del instituto, donde la música y comida armonizaban al son de los invitados, dándole la bienvenida a las estrellas principales del día.

—¿Qué te parece? —preguntó ella con sus ojos llenos de brillo. Al verla igual de animada le di un fuerte abrazo, ésta chica había entregado toda su energía para hacer que funcionara, había unido nuestras mentes y transformó todo en algo espectacular.

—Es maravilloso, te has lucido.

—Me parece estupendo, porque ahora es momento de dar unas palabras al público —cortó mi buena onda con su característica forma de ser. «¡Bendito sea el pánico escénico!»—, vamos, Ter, todos quieren escucharte, todo esto es gracias a las dos, así que hay que disfrutarlo —me recordó, brindándome un artefacto para dar mi discurso.

Las manos me temblaban, pero como pude y observando al frente, comencé a hablar:

—Buenas noches a todos, muchísimas gracias por asistir a tan maravilloso evento el día de hoy —inicié, pero las palabras se me atascaron en la garganta. Tenía tanto por decir y no sabía cómo expresarlo. Pasé la vista por todo el salón, viendo las sonrisas y miradas de positivismo en todos los invitados, hasta que llegué a sus ojos y éstos me hicieron sentir segura para hacer y decir lo que fuera—, sinceramente, estoy un poco abrumada —murmuré, a sabiendas de que captaría su atención, y en efecto, las risas y silbidos no se hicieron esperar—, este proyecto nació de la historia y añoranza de mis mejores amigos —comenté, señalando a la hermosa pareja que hacían Dairo y su amada latina—, ellos me dieron la oportunidad de conocer la preciosa historia de cada uno de sus viajes a esos países extraordinarios —les hice saber, ahora señalando a los estudiantes privilegiados…

»Nunca pensé que lograría hacer este tipo de cosas, porque yo soy de las personas que solo sueña, pero no vive sus sueños. Aunque en este caso, creo que fue diferente y eso no es gracias a mí, se los aseguro. Si el día de hoy estamos aquí, celebrando una tremenda oportunidad de crecimiento, es gracias a todas las personitas que han puesto su granito de arena para hacer lo posible en tan poco tiempo. —La sala quedó en silencio, había obtenido un minuto de sus vidas, lo cual me generaba confianza para seguir hablando—, chicos, este instituto es para cada uno de ustedes —aseguré, mirando a los diez jóvenes a un costado de la tarima—. Recuerden que la

exigencia, la responsabilidad, disciplina, amor y corazón, son la base de todo buen comienzo en su formación, no solo como hombres y mujeres profesionales, sino como seres humanos llenos de eso que no todos tienen: espíritu.

—Así que un aplauso para todos ustedes y para todo lo bueno que viene —agregó Almudena, que se había posicionado a mi lado en señal de apoyo.

Las palmadas llegaron a los pocos segundos, convirtiendo la celebración en algo real y auténtico y supe que todas esas palabras no me habían salido solo porque sí. Mis ojos, que no se despegaba de Kill, entendieron que mi corazón acelerado se debía a lo mucho que su sola presencia causaba en mí y en mi recién estrenado discurso. Me bajé de la tarima y choqué mi copa con la de Almudena en son de camaradería. Varios conocidos se acercaron y ella me presentó a unas cuantas personas que serían patrocinadores.

A mitad de la noche ya estaba exhausta. Mis padres se habían retirado con Erick para descansar y los jóvenes habían sido llevados a sus respectivas habitaciones, dentro de dos días iniciaban las primeras clases de orientación. Y cuando tuve un pequeño momento a solas fui hacia el jardín trasero. Este estaba repleto de tulipanes blancos y unas cuantas orquídeas, adornando así cada pequeño espacio verde del área de recreación. Me senté con cuidado en uno de los muebles psicodélicos y retiré mis tacones de inmediato, sentía los pies un poco adoloridos.

—Aquí estás… —escuché una voz a mis espaldas y lo reconocí de inmediato, sin necesidad de girar el cuerpo supe de quién se trataba.

—¿Qué sucede, Hasting? ¿No puedes disfrutar de la velada? —cuestioné tratando de verme relajada, quería que se diera cuenta de que, a pesar de haberme lastimado, yo estaba recuperándome, pero, ¿a quién podía engañar?, si lo que de verdad ansiaba era abrazarlo y que me besara alocadamente, pero eso era algo que solo deseaba, no se lo haría saber.

—Creí que no ibas a venir, los chicos me dijeron que no dabas respuesta a sus mensajes —esquivó la pregunta y en reemplazo, habló sobre el tema de la comunicación.

La exigencia principal que le pedí a todos fue que por ningún motivo le confirmaran mi asistencia a Killiam.

—La noche está demasiado linda, ¿no es cierto?

«Si él quiere cambiar de tema, yo también lo haré».

—¿No piensas responder? —Sonaba un poco molesto.

Sabía lo mucho que le desesperaba que yo actuara como si nada. Entonces, giré mi cuerpo, me levanté descalza y me coloqué a la altura de él. Sus labios estaban entreabiertos, sus ojos mucho más oscuros bajo la luz de la luna y su respiración un tanto acelerada.

—Hasta donde tengo entendido no tengo por qué darte explicaciones, ni de adónde voy, ni qué voy a hacer. Tú y yo no estamos juntos —escupí cada palabra queriendo que sintiera el mismo malestar que meses atrás, yo había sufrido.

Su cara se descompuso ante lo dicho, su quijada se endureció y su cuerpo retrocedió un paso lejos de mí.

—Tengo una leve idea de cómo serán las cosas ahora entre los dos, señorita —indicó con un poco de ironía por la manera hostil en que me dirigí a su persona. Tal vez, había sido demasiado ruda o brusca al hablar, pero ahora no podía retractarme.

—A ver, ilumíname.

—Sé que quieres que me sienta mal y que pague por lo que te hice, pero no te lo voy a dejar tan fácil, nena. Te amo y te voy a demostrar que lo que siento por ti es real, no una farsa. —Al culminar su declaración y sin previo aviso, hizo algo que no esperé para nada, así como retrocedió, cogió impulso y me agarró del cuello para proceder a darme un beso.

«EL BESO, mejor dicho».

Su ataque me tomó por sorpresa y no me dio oportunidad a no seguirle el juego. La rabia por la intrusión me llevó a cogerlo del traje y también lo besé de la misma forma. Su lengua delineó mi labio inferior y dio inicio a una danza exquisita de bocas, cada movimiento lo hacía a propósito para tratar de demostrar que sí me amaba. No sé cuántos minutos pasaron, pero cuando reaccioné, lo empujé con todas mis fuerzas y le pegué una cachetada que recordaría el resto de su vida. Nuestras respiraciones estaban aceleradas y el eco de la bofetada fue lo único que se oyó sobre la música lejana del salón.

—No tienes derecho a hacer eso, Killiam —le recriminé de inmediato—. ¿Crees que con un simple beso vas a arreglar todo lo que pasó? ¡Estás equivocado!

—Los dos sabemos que todo fue un error.

—Sí, un error que no quiero repetir, así que, si eres tan amable, da permiso que voy a irme —dije al ver que estaba atravesado entre la puerta y yo.

—Ter, por favor, sabes que lo que ambos sentimos es verdadero, eres más que mi mejor amiga —murmuró mientras se acercaba otra vez para sujetar mi mentón, como solía hacer siempre.

Mi cuerpo tembló al escuchar su defensa y de nuevo me sentí traicionada y con ganas de llorar, afectada por cada uno de los actos a los que me sometí debido a su pacto entre amigos.

—Déjame ir, por favor —pedí en voz baja, sintiendo el llanto venir.

Él se dio cuenta, porque me dio paso en silencio, no sin antes decir una última cosa:

—Escuché tu mensaje de voz… y sé que aún no escuchas el mío, pero ahí está la respuesta. Solo óyelo, nena, y si después no quieres nada desapareceré por completo.

Mantuve mi mano en el picaporte que daba al interior del instituto con sus palabras en el aire. ¿Quería que desapareciera de mi vida? No, pero, no dije nada y continué mi rumbo. La fiesta había terminado para mí.

Me despedí de todos y les agradecí de nuevo. Almudena dijo que una vez terminara con todo nos veríamos en su casa. Me hallaba en la entrada, sola y sin saber cómo me iría del lugar, pues todos seguían disfrutando de la velada.

«Excelente. No pensaste en ese detalle, Teira» Me regañé mentalmente.

Revisé todo el sitio en busca de alguien y muy a mi pesar, el único que estaba a pocos pasos era Killiam, mi querido y estresante amigo también se retiraba de la fiesta. Curiosamente, su chofer personal era Tristan, que se alegró al verme después de tanto tiempo. Se mantenía fiel a su jefe, el cual estaba pateando la parte trasera de su coche con su pierna mala.

—¡Vida de mierda! —maldijo en voz alta, seguro la patada le había dolido.

«Que hombre tan necio».

—No sé si reírme sea lo correcto, pero estás haciendo un berrinche en medio de la nada —dije en voz alta, haciendo que se volteara rápidamente. El terco hombre del cual estaba enamorada levantó la vista y me dejó impactada, tenía lágrimas en las mejillas.

—¿No que te ibas? —preguntó entre gruñidos, secando el rastro de gotas saladas.

«Tarde, cariño, ya me di cuenta».

—Todos están ocupados en la fiesta, no hay quien me lleve hasta la casa de Almudena.

—Bueno, en ese caso… —Dejó la propuesta en el aire, apuntando hacia Tristan.

—No es necesario.

—Teira, por un instante deja de ser tan terca y acepta que te lleve —insistió, cansado de luchar contra de mis desplantes—, no haré nada, te lo prometo —resopló mientras pasaba las manos por su cabello desordenado en señal de exasperación.

Sopesé lo que decía, también su reacción y su forma de moverse con agotamiento. Además, Tristan me miraba con súplica para que aceptara irme en el mismo coche que su jefe.

—¡Diablos! Ya que, vamos —decidí, moviendo mi trasero hasta el auto.

Los dos hombres asintieron un poco más tranquilos. Tristan se sentó detrás del volante mientras que Kill tomaba asiento a mi lado. Definitivamente, esta noche estaba siendo fatídica.

Requisito 42

No me dejes otra vez...



Nadie se movía dentro del carro. Aproximadamente, habían pasado unos treinta minutos desde que llegamos y Tristan apagó el motor y se bajó, a la espera de que Killiam y yo saliéramos. Pero nada de eso pasó, pues ninguno de los dos éramos capaces de movernos de nuestro asiento, estábamos pegados al puesto, como buscando un poco de sentido al desorden de nuestros sentimientos. En la radio sonaba una melodía conocida, la misma melodía que sin querer se nos presentó aquella vez en la plaza del pueblo.

—«Es el primer paso que dan dos personas hacia su nueva vida juntos, pero con música…» —recordó, dejando un pequeño vacío al final de la frase.

Lo miré de reojo, sumamente sorprendida de que, justo él, fuera el que recordase lo que habíamos dicho aquel instante, uno en donde solo iniciábamos con el juego de novios falsos.

—Creo que me tengo que ir —murmuré mientras tomaba la manilla de la puerta para salir de una vez por todas del coche, pero cuando me levanté sobre mis tacones, Killiam ya estaba dando la vuelta frente al automóvil para cerrarme el paso con su altura y entereza. Tragué saliva, pues su cercanía siempre dejaba estragos en mi fuero interno.

—Solo una cosa antes de que te vayas —pidió con voz atormentada—. Sé que un lo siento no bastará para que me disculpes por todos mis errores, pero no me alejes de ti, Ter. Ya lo hiciste dos veces y la pasé mal, no lo hagas otra vez. Es más, si quieres, quédate con la casa a las afueras de la ciudad, es tuya, está a tu nombre.

Sonreí con tristeza, consciente de que no me desharía tan fácil de él, no solo por aquella casa o por todas las cosas que compartimos juntos, sino por lo más puro y loco que crecía en mi interior, algo que también le pertenecía a él.

Con cuidado, acerqué mi mano a su mejilla, sintiendo que mi palma recordaba ese tacto tan conocido y único. Quería que no me doliera, pero verlo me hacía saber lo mucho que seguía amándolo, tanto como amigo, o como el hombre que por meses amé en secreto.

—Sabes, lo más gracioso de toda esta situación, es que aún en la distancia hay algo que nos une —dije entre líneas, sin revelar la información completa—. Incluso llegué a la conclusión de que nunca te dejaré de amar, Killiam Hasting.

—Entonces, hay que luchar contra todo y seguir juntos, nena —insistió mientras tomaba mi mano entre la suya y juntaba más nuestros cuerpos.

La señora que cuidaba la casa de Almudena estaba viendo todo nuestro acto de locos, igual que Tristan desde su posición de soldado.

—Ahí es donde está el dilema, mi amor —refuté, sabiendo que lo que diría a continuación lo

haría pensar distinto—, porque a pesar de que te amo no te puedo perdonar, a pesar de que te amo no puedo regresar a tu mundo —señalé, haciéndole entender que no quería ni lujos ni situaciones con paparazzi—, a pesar de que te amo, hay nuevas prioridades en mi vida —finalicé, dejándolo confundido.

Eso era todo lo que tenía para decir, tal vez era hiriente, lo podía ver en sus ojos, pero también, era lo más sensato que podía hacer. Mi corazón aún no estaba listo para otra aventura con Killiam y no quería arriesgarme a darlo todo para luego perderlo todo de nuevo, no con un bebé en camino.

—Entiendo —murmuró sin despegar sus ojos de mi rostro, con la mirada nublada. Soltó nuestras manos, no sin antes depositar un leve beso sobre el dorso de la mía y luego se subió al carro. Sin darme tiempo de decir algo más, empezó a alejarse.

Me quedé ahí en medio de la oscuridad con la pesadumbre en el alma y su mirada triste en la mente. Como pude, avancé al interior de la casa de Almudena y sin hacer mucho ruido fui directo a mi habitación. Me despojé de todo lo que traía puesto y me coloqué un pijama fresco para irme a dormir, supuestamente.

La cama era muy cómoda, pero yo no podía pegar ojo. Hace pocos minutos estábamos frente a frente y ahora, simplemente, lo había alejado más. Agarré mi mochila de viaje y busqué uno de los objetos que me había enviado Killiam, precisamente, el marco digital con nuestras fotos. Pasé una por una hasta dar con la que quería, una instantánea de cuando por fin se recuperó del golpe en la pierna. El doctor había dicho que debía estrenar su nueva condición física con un buen baile y pensamos que sería excelente hacer algo mucho más innovador que bailar: tomamos clases de bailoterapia.

Nuestras caras pletóricas eran únicas después de haber realizado tal ejercicio y fracasar en el primer intento. Estábamos abrazados en la foto y Kill trataba de sostenerme entre sus brazos sin éxito alguno. Observé la fotografía en silencio y por un momento quise tener la capacidad de devolver el tiempo y cambiar todo para no tener que sentir lo que sentía por mi amigo. Aferré el aparato electrónico a mi pecho y cerré los ojos, pidiéndole al cielo que me diera la solución a todos mis problemas…, hasta que me quedé completamente rendida por el sueño.



Al día siguiente me levanté bien temprano y fui en busca de mi amiga para saber cómo sería todo a partir de ahora. Algo me decía que no me dejaría ir tan fácil de la ciudad. Almudena era capaz de todo para convencerme de quedarme.

La encontré en la cocina, desayunando muy entretenida mientras hablaba por teléfono. Me senté a esperar a que terminara con la comunicación y enseguida la ama de casa me sirvió un buen plato de comida que parecía más almuerzo que desayuno.

—Gracias —dije sonriéndole un poco, no estaba acostumbrada a tantas atenciones.

—Aquí están sus vitaminas, las encontré mientras organizaba su habitación —comentó de forma maternal, alertando de inmediato a mi amiga que continuaba con su llamada—. Tiene que cuidarse en su estado.

«¡Mierda, mierda y más mierda!»

—Gracias —respondí nerviosa, la señora había deducido todo con solo ver mis vitaminas.

—Buen provecho. —Asintió antes de retirarse a seguir con sus labores.

Bajé la vista a mi platillo en busca de una salvación, pero nada me haría escapar de la mirada de escrutinio que me daba Almudena, quien decidió interrumpir su llamada con apuro.

—*Perfecto, en unas dos horas estaremos ahí para hacer las entrevistas. Hasta luego, gracias.*

Silencio.

—¡Hola, Almu! —saludé con cariño, pero que va, ella no me la dejaría tan fácil.

—¿Vitaminas? ¿Escuché bien o Carmela estaba hablando de otra cosa? —interrogó de forma apresurada, sin darme oportunidad de probar bocado.

—Bueno, ¿crees que pueda desayunar antes? —lancé la pregunta, a sabiendas de que no se cansaría hasta que le contara todo.

—¡Oh, por Dios! —exclamó con los ojos bien abiertos—. ¡Oh, por Dios, Carmela, voy a ser tía! —gritó sin más, aplaudiendo hacia la señora que tan amablemente me había servido el desayuno.

—Shhh… —Le hice señas, siendo yo la alterada ahora—, ¿quieres bajar la voz? Dairo te puede escuchar —la regañé, consciente de que se había destapado la caja de secretos.

La chica se paralizó, pero no dejó de hablar en voz alta porque estaba emocionada por la noticia.

—No te preocupes que Dairo no está, se fue temprano a entrenar —comentó al ver mi cara de circunstancias.

Asentí más calmada por la información y traté de comer algo antes de que llegaran las dichosas náuseas. Nos mantuvimos en silencio largo rato, hasta que acabé con mi plato. Carmela retiró todo y nos dejó a solas para darnos espacio.

—Almu…

—Ahora podemos hablar, querida. —Me ofreció una dulce sonrisa que se desvaneció al ver mi cara de temor—. De acuerdo, ahora veo por dónde va la cosa.

—Él no sabe nada, ¿ok? —le advertí—, solo sabes tú, y bueno, Carmela —dije mientras soltaba una risita nerviosa.

—¿Cuántos meses tienes?

—No es mucho, solo unas cuantas semanas —aclaré—. Por eso las vitaminas, no había estado comiendo muy bien y me las recetaron.

Almudena comprendió mi estado de ánimo y con gentileza se acercó para darme un fuerte abrazo.

—Sabes que no estás sola, cariño —me recordó y las lágrimas empezaran a rodar por mis mejillas—. Este bebito es una bendición, no tienes por qué sentirte mal.

Eso era, ella lo había dicho de forma correcta.

Al no hablarlo con nadie no me había dado cuenta de que aún no aceptaba la realidad del asunto. Mi bebé era lo que su padre y yo habíamos creado: una bendición llena de amor y felicidad.

—Lo más estúpido es que anoche lo alejé más, le dije que lo amaba, pero que no podía estar con él.

Le conté todo y le hablé de cómo sucedieron las cosas, esperando que así entendiera lo rápido de mi partida. Al final, escuché lo que ella tenía para decir:

—Pues… —dijo con un tono de voz todo gracioso, aun abrazándome.

—¿Qué?

—Es que…

—¡Termina de hablar, mujer! —le recriminé, sacudiendo mis lágrimas.

—Te lo voy a poner de esta forma: ambos han sufrido bastante y están pasando por situaciones que los afecta de alguna manera, pero ustedes son mejores amigos y siempre van a preocuparse el uno por el otro, siempre van a estar ahí, punto.

—Prácticamente me das a entender que seguiré en las mismas.

—Prácticamente te digo que hables con Killiam, porque su relación, ahora más que nunca, debe fortalecerse con esta nueva noticia.

«¡Esta amiga mía sí que está loca!»

—No puedo contarle.

—Sí puedes y lo tienes que hacer, querida. Ambos merecen tener la certeza de que se puede remediar este lío. Y ahora, límpiate esas lágrimas que vamos a salir, tenemos trabajo que hacer.

Asentí poco convencida con la solución que me presentaba Almudena. Pero igual, subí a mi cuarto y me cambié, me puse ropa limpia y cómoda, sabía que el itinerario de hoy sería un poco movido.

Antes de salir, llamé a mi ginecóloga y le pedí una recomendación, necesitaba el número de alguno de sus colegas en Nueva York, uno que pudiera atenderme a la brevedad posible para así darle las pruebas necesarias a Kill.

Porque sí, Almudena tenía razón, él merecía saberlo. Sin embargo, para llegar hasta allí debía asegurarme primero de que todo estuviese en orden.

El día estaba demasiado hermoso como para desperdiciarlo. Almudena empezó a tomar fotos una vez que empezamos a entrar a la vía libre, una que daba hacia la avenida para llegar al instituto. De día el lugar se apreciaba mejor, los árboles cubrían el sitio con su sombra y las flores adornaban todo el frente, como una especie de un cuadro abstracto. Se sentía paz y tranquilidad. Sin duda, el día de hoy estaría lleno de productividad.

Requisito 43

Siempre estaré ahí para ti



Cuando estás ocupado el tiempo pasa volando. Gracias a Almudena y a su magnífica forma de hacer todo, estuve distraída en cosas del instituto, realicé mis primeras entrevistas a los mentores y hablé con cada uno de los estudiantes. Los diez eran una explosión y combinación de talentos, lo cual me parecía genial, porque había potencial para aprovechar y ellos lograrían experimentar todo tipo de clases extracurriculares que desarrollaran más sus virtudes, pero muy aparte de eso, me cansaba demasiado rápido, tanto así, que a la hora del almuerzo me estaba quedando dormida sobre el escritorio de mi nueva oficina.

—¡Oh, por todos los cielos, niña! —Mi amiga se escandalizó y arrugó la frente al ver que estaba babeando la madera pulida del escritorio—. Ter, si estás cansada podemos dejar el resto para mañana, no quiero que te agotes más de la cuenta, no estando…

—Shhh… —la hice callar mientras me quitaba la saliva de la cara con una toallita que la misma Almudena me entregaba—, creo que quedó claro que solo lo sabes tú, comadre —le recordé las cláusulas del bendito tema.

—Lo siento, no fue mi intención. Pero dado a que estás a punto de echar a perder ese hermoso escritorio, creo que ya es hora de irnos para que descanses. —La vi pasearse con las manos en la cintura por nuestra oficina y me empecé a sentir un poco mareada con tantas vueltas. Claramente, había hecho muchas cosas en tan solo una mañana y no creía aguantar hasta el final de la jornada, no en este estado de vómito y mareo.

—Sí, es mejor ir a tu casa, no me estoy sintiendo bien, la verdad —comenté, haciendo una cara horrible al sentir ganas de devolver el desayuno.

Creo que mi menuda amiga leyó mis gestos, porque con una rapidez insólita, corrió por la oficina y me acercó la papelera hasta la boca, justo en el instante en que vomité las frutas y los pastelillos de la señora Carmela.

—Teira, te ves más pálida de lo que eres. —La castaña se preocupó mientras sobaba mi espalda, al mismo tiempo que hacía malabares para que mi cabello no se llenara de vómito—. Voy a llamar a Dairo para que nos venga a buscar, no puedo ir conduciendo mientras tú estás a punto de desmayarte en el asiento del copiloto.

No respondí nada, pero le di la razón solo para que me dejara vomitar con tranquilidad. Si esto iba a ser así durante nueve meses, de verdad no lo soportaría.

La esposa de Dairo se puso manos a la obra y en menos de media hora ya teníamos al futbolista en la puerta de la oficina. Observó que todo estuviera en orden, no obstante, mi cara le dio un buen indicio de la situación.

—Llegué, mi cielo, ¿qué ha pasado? —preguntó un poco agitado, seguro pensó que algo malo

le había sucedido a su hermosa esposa—. Teira, ¿estás bien?

—Lo estaré una vez… termine de… —No logré terminar la oración, pues de nuevo estaba volcando en la papelera lo poco que quedaba en mi sistema digestivo.

—Eso es lo que le pasa —explicó Almudena, quien de nuevo estaba asistiéndome para que no ensuciara ningún área alrededor—, se lo dices tú o haré que te lleve a emergencias —acusó como toda una niña y yo le saqué la lengua igual de malcriada.

Cerré los ojos un poco consternada, estaba llena de pena por lo que estos dos seres espectaculares estaban presenciando, pero ni siquiera podía moverme del asiento por las náuseas. Lo único que agradecía es que todos los demás estaban almorzando en el comedor. Con ayuda de Almudena me enderecé un poco para explicarle a Dairo con pocas palabras lo que estaba sucediendo, no quería que se preocupara más de la cuenta o que alertara al único ser sobre la tierra que no debía enterarse aún.

—Digamos que… estoy un poco embarazada —murmuré, sintiendo cómo las mejillas se me encendían por la vergüenza, pero así tal cual, como su esposa, Dairo se carcajeó con emoción y corrió hasta donde estaba para abrazarme.

—¡Eso es una asombrosa noticia, Teira! —exclamó; y su esposa lo acompañó en la celebración, dando saltitos a mi alrededor.

—¿Verdad que sí, mi cielo? ¡Vamos a ser los mejores tíos del mundo! Ya me imagino, comprando ropita y demás chuches —aseguró la mujer mientras a mí me empezaba a doler la cabeza. Quería tener el mismo nivel de emoción, pero nada salía, más que vómitos.

—Espera a que mi compadre se entere, le va a encantar saber…

—¡Alto ahí! —logré gritar, cansada de que todos nombraran a Killiam dentro de la ecuación de familia feliz—. Chicos, de verdad, aprecio que les alegre todo esto, pero él no se debe enterar todavía.

La dulce pareja se encogió de hombros, mirándose entre sí, como si comprendieran un poco mi posición. Esperé a que alguno de los dos hablara y el que se atrevió fue Dairo.

—Está bien, no diremos nada, pero al menos deja que te lleve a ver al doctor para que así mi mujer y yo nos quedemos más tranquilos —dijo muy serio, como todo un hermano sobreprotector.

Acepté su propuesta, dado que ellos habían cedido a mi petición. Me levanté de la silla con cuidado y acompañé al futbolista hasta el estacionamiento.

—Los veré en casa. Seguiré aquí unas horas más para las entrevistas. —Nos dejó saber Almudena con una sonrisa calmada.

Dairo me ayudó a salir y antes de partir, ella le dio un beso demasiado romántico para mi gusto. Definitivamente, ellos eran almas gemelas.

El recorrido hacia la clínica más cercana lo hicimos en silencio, solo había un poco de música a un volumen bajo.

Me hicieron todos los chequeos posibles y me enviaron a casa, estaba de reposo hasta el día siguiente con la advertencia de que debía descansar o mi situación se podría tornar grave. Dairo me acompañó en todo momento y fue amable al llevarme hasta la farmacia para comprar los

implementos necesarios para mi reposo.

Al llegar a su casa me detuvo en la entrada.

—¿Piensas contarle? —preguntó con la misma seriedad de unas horas atrás.

El malestar de náuseas había desaparecido y podía hablar con tranquilidad. Sopesé la respuesta y solo atiné a decir:

—No lo sé, estoy demasiado confundida ahora.

—Entiendo, pero…

—Claro que le diré, Dairo, no puedo ocultarlo para siempre. —Le sonreí un poco, señalando lo obvio, mi panza explotaría en unos meses—, lo único es que… —Ahí estaba el gran dilema, había algo que no me animaba y era el estar embarazada de una de las jóvenes promesas del fútbol.

—He visto esa cara un millón de veces en los últimos años —comentó, sonriendo con nostalgia, las arruguitas de sus ojos se acentuaron apenas hizo aquel gesto.

—¿Qué cara? —pregunté, tocándome el rostro para saber si tenía algún bicho raro, pero él negó y me agarró de la mano, instándome a sentarme en uno de los columpios del porche de su lujosa casa.

—Esa con la que das a entender que vas a arruinar tu vida solo por quedar embarazada, esa es la misma cara que hizo Almudena cuando perdimos a nuestro primer bebe —explicó, dejándome atónita con la nueva información.

Ellos eran una pareja exitosa, buenos amigos, buena familia y buenas costumbres, ¿cómo era posible que eso les hubiera pasado?

—¿En serio?

—Sí, no te preocupes —me tranquilizó—. Eso pasó hace mucho, pero es que vi tu expresión y recordé lo que Almudena asumió solo por ser mi esposa.

—No quiero que Kill deje de hacer sus cosas, ya tenemos suficientes problemas entre los dos como para ahora agregarle otro más.

—Ahí es donde te equivocas, no se trata de nada de eso —me interrumpió—. Para mí, la familia lo es todo, Teira, es por eso que amo tanto a mi esposa. Ella es mi familia y dejaría toda mi carrera si con eso la tengo a ella.

—¿Entonces?

—Entonces no pienses tonterías. Almudena y yo siempre hemos encontrado el equilibrio en nuestra relación y no por eso somos una pareja perfecta, pero siempre hay confianza, siempre hay respeto, siempre hay cosas nuevas que aprender el uno del otro, siempre hay amor y tú…

—¿Yo? —lo invité a continuar y él arrugó la cara, como esperando a que interpretara sus muecas, pero yo quería que lo dijera en voz alta.

—Tú eres la chica de mi compadre, eso es todo —finalizó cohibido y sonrojado.

—Kill y yo ya no estamos juntos. —Me reí un poco al ver lo nervioso que Dairo estaba—. No le afectaría, no si me voy antes.

—Lo sé, pero deberían estarlo, deberían estar juntos. Nunca lo había visto tan comprometido en una relación hasta que lo vi contigo, y sé que suena repetitivo y que a lo mejor dirás que todo fue fingido, pero sabes que ustedes se aman y que la han pasado mal. Además, también sabes que Killiam se ha divorciado de ese pasado que en su momento tuvo con Kelly, así que…

—Así que… debería decirle. —Alcé una ceja, muy divertida con su forma enredada de explicarme el por qué debía estar con Kill.

—Sí, sé que lo haría sumamente feliz, más que todo ahora.

—¿Hay algo de lo que me tenga que enterar?

El mejor amigo de mi jugador estrella favorito me miró con ojos serios y se aclaró la garganta.

—Debido a su divorcio… —Dudó un par de segundos, pero luego continuó con la explicación—: Kill se quedó sin muchas opciones para formar parte de un equipo. En la NFL verificaron su historial y solo encontraron mentiras y problemas, eso no le da una buena imagen. Y a eso, agrégale que tú no quieres verlo ni en pintura.

Sus palabras me dejaron muda y con un ligero cosquilleo en el estómago. No sabía la magnitud de la depresión en la que seguro estaría sumido mi mejor amigo y me sentí muy mal por ello.

—De verdad, yo no sabía absolutamente nada.

—Killiam ha sido muy específico en no querer preocuparte con sus problemas otra vez, por eso nos pidió que no te comentáramos nada, pero ya ha sobrepasado el límite y sé que tú eres la única que puede hacerlo reaccionar.

—¿A qué te refieres con «sobrepasado el límite»?

—Dejó de ir a sus terapias y prácticas desde hace unos días, ya ni siquiera está viviendo en casa de Lucía —dijo refiriéndose a la hermana melliza de Killiam.

«¿Qué diablos?»

Me levanté del columpio, definitivamente molesta porque no sabía nada de eso.

—¿No se iría al pueblo?

—No, ya llamé a su padre y tampoco está ahí, ni en casa de su tío Erick. Creo que se llevó su coche porque Tristan está libre —agregó, y en seguida pensé en un lugar al que pudiera haber escapado. Observé mis posibilidades para llegar hasta donde seguro hallaba oculto a mi hombre y a pesar de que sabía que Dairo no me dejaría, debía intentarlo.

—¿Crees que puedas prestarme el carro de Almudena? —pregunté, señalando hacia el estacionamiento privado de la pareja.

—Es muy tarde, Teira. ¿A dónde lo vas a buscar?

—No te preocupes, yo sé en dónde encontrarlo.

El chico asintió sin más y me dejó ir en busca de mi amigo. Si bien no estábamos juntos, no dejaría que se rindiera tan rápido con sus sueños, no después de haber escalado tan alto.

«¡Agárrate, Killiam Hasting, porque allá voy!»

Requisito 44

¿Desde hoy se escribe un nuevo trato?



Llegar a las afueras de la ciudad me tomó una hora. Me tocó abrir en el GPS de mi celular para saber hacia dónde estaba conduciendo. Pasada esa hora, ya me hallaba en la vía correcta y avisté la entrada con árboles y luces encendidas al final. El coche en el que una vez me trajo para conocer la casa, estaba estacionado en todo el frente del jardín, así que conduje con lentitud hasta detener el carro unos metros atrás, con cuidado de no hacer mucho ruido.

—Bueno, ya estás aquí, Teira, ahora afronta las consecuencias —me dije a mí misma, cogiendo la prueba de embarazo para salir del carro de mi amiga.

Las luces del frente estaban encendidas en su totalidad, solo la parte trasera de la casa se notaba un poco a oscuras, como si de alguna forma, Killiam hubiera permanecido en un solo lugar de nuestro supuesto hogar para no perturbar todos esos recuerdos que, sin pensarlo, también se colaban a mi mente. El estómago se me cerró de inmediato al rememorar el hermoso momento que meses atrás habíamos vivido en este mágico y perfecto lugar. Los tulipanes permanecían ahí, a la espera de que alguien los regara para que siguieran floreciendo.

Conociendo a mi querido amigo, seguro pensaba que nadie sería capaz de acercarse hasta acá para buscarlo. Y pude confirmarlo en sus ojos sorprendidos cuando me vio parada en medio del porche. Él estaba ahí, sentado en uno de los escalones de madera y el atuendo que llevaba era poco habitual en su guardarropa, lo que me hizo notar su verdadero estado de ánimo.

—¡Teira! —exclamó sin saber si debía moverse o quedarse ahí sentado.

Con mucho cuidado y en silencio, decidí sentarme a su lado. Kill me observó patidifuso, sin creer que estábamos ahí, juntos en nuestra casa. Su jean desgastado componía su aspecto sencillo y desinteresado, muy distante del jugador famoso que se vestía con súper trajes de gala y uniformes de marca.

—¿Puedes dejar de verme tanto? —lo regañé e inmediatamente giró la cabeza y miró al frente.

La velada era como una película muda, no había estrellas que adornaran el cielo oscuro, no había brisa que moviera los árboles adyacentes, ni palabras exactas para iniciar algún tipo de conversación, solo éramos él y yo, con nuestros corazones palpitando a mil por hora, con las sensaciones a flor de piel y buscando la forma de iniciar o finalizar.

«Si él no piensa hablar, algo tengo que decir yo».

—Así que ya no vas más a tus terapias. —Dejé caer el primer comentario, que sabía lo haría reaccionar.

Dicho y hecho. Kill me miró de reojo, apenado a más no poder, pero un poco enojado porque

sabía que mi especie de reclamo era algo de lo que él estaba consciente.

—¿Quién te fue con el chisme? —gruñó.

—Entonces, ¿es cierto?

—Cierto o no, ¿acaso te debería importar? —escupió como respuesta, logrando sacar una pequeña risita de mi interior.

Killiam era de enojarse pocas veces, o peor aún, no demostraba nunca su malestar o disgusto hacia cualquier tema, pero cuando lo hacía, trataba a toda costa de hacer sentir mal a la otra persona, o por lo menos, devolver algo de lo que él sentía en ese preciso momento solo para que no lo fastidiaran. El único problema era que yo no tenía intenciones de hacer su santa voluntad, de alguna u otra forma me escucharía.

—¿Sabes? Recuerdo haber conocido a un chico muy entusiasta y soñador que solía luchar por todos sus sueños con fe y mucha perseverancia —dije para llegar al punto que me importaba—, pero ahora solo veo a un hombre triste y refunfuñón que no lucha por lo que quiere. —Un bufido se dejó oír después de mi especie de reprimenda—, Kill… —insistí un poco decepcionada por su comportamiento.

—Si te enviaron para hacerme reaccionar y continuar con mi desgraciada vida, te digo desde ya que no estoy de ánimo —declaró, encerrándose en su burbuja de seguridad.

Mordí mi labio un poco irritada por su actitud, pero con un resoplido lo dejé estar. No era mi trabajo sacarlo de su estado de ensimismamiento, mucho menos hacerlo reaccionar, como él decía.

—En eso tienes mucha razón, no es mi problema —dije en voz alta, ahora enojada—, tú sabrás si deseas seguir o no en ese hueco depresivo —lo acusé con el dedo índice, viendo su reacción de sorpresa porque no le estaba siguiendo el juego—. De hecho, ya me largo, es muy tarde.

«Punto final».

Me levanté del escalón de madera y me alejé poco a poco de la casa, hasta que llegué a la puerta del carro de Almudena. Intenté subirme a este, pero sentí la presencia de Killiam a mis espaldas, su mano detuvo la mía para que no accionara la manilla del automóvil y su boca se pegó a mi oído, erizando por completo mi cuerpo.

La prueba de embarazo estaba en mi bolsillo trasero, tenía que tener mucho cuidado antes de siquiera intentar decirle la verdadera razón de mi presencia allí.

—No te vayas, nena —rogó entre susurros.

—Acabas de decir que no estás de ánimos, así que es mejor que me vaya —le recordé, sabiendo que la noche anterior había terminado en desastre por tanta cercanía.

—Lo dije solo porque estoy enojado conmigo mismo, pero quédate.

Me detuve a pensar sin girarme para darle la cara y recordé las palabras de Dairo, las palabras de Almudena y la de todos aquellos que me conocían y que lo conocían a él. Luego pensé en el bebé que habíamos creado en este lugar y sentí que era el momento correcto, el camino justo para arreglar nuestros problemas, ¿cierto?

—No puedes simplemente olvidar tus prioridades —dije mientras me giraba entre sus brazos

fuertes y lo golpeaba en el pecho musculoso. La sensación de su cuerpo en contacto con el mío me estaba dificultando mucho el pensamiento, por lo que, con parsimonia lo alejé un poco para aclarar mis ideas.

Seguir enamorada, sin duda, me estaba haciendo difícil eso de ayudarlo como una simple amiga. Los dos nos quedamos ahí, en medio del jardín, con las manos dentro de los bolsillos y las palabras atascadas en la garganta. ¿Por qué costaba tanto iniciar una sencilla conversación entre los dos cuando antes conversábamos sin tanto rollo?

—De acuerdo, creo que se nos hace difícil esto de ser amigos nada más —dijo Killiam, leyendo mi mente y dibujando una sonrisa triste en su rostro, una que no alcanzó ni un poco la hermosura de sus ojos negros.

—Simplemente, creo que estamos cohibidos por todo lo que ha pasado —le resté importancia—, sin embargo, deseo que eso que nos pasó no sea un impedimento para que logres tus metas, Kill —le recordé demasiado seria, era su carrera.

—Es que…

—¡No hay excusas, Hasting! ¡Tú amas el fútbol! No lo eches todo a la borda por culpa de esa mujer malvada, sigue intentándolo. —Quería hacerlo entender y por eso metí a su ex esposa en el asunto.

—Te contaron del divorcio también —afirmó desde su posición, nuevamente apenado.

—Dante es un abogado excelente, pero no mantiene los asuntos de sus clientes en secreto —dije a manera de broma para ver si captaba la idea y lo logré, pues su segunda sonrisa fue completamente genuina. Este si era el Killiam al que estaba acostumbrada y del cual no quería alejarme, a pesar de todos los errores que cometimos.

Desde ese punto, partimos. Cabe destacar que ya era demasiado tarde para regresar a casa de Dairo y Almudena y que sinceramente no deseaba irme aún, no hasta conseguir un punto intermedio entre él y yo, un punto en el que lograse confesarle eso tan importante. Así que nos quedamos ahí, recostados sobre el capó del automóvil, mirando fijamente hacia el cielo y buscando la forma de hacer *clic*.

—Gracias por todo lo que hicieron con el instituto, realmente es magnífico el espacio —murmuré, trataba de buscar un tema de conversación que no fuese tan doloroso.

—No tienes nada que agradecer, te mereces todo el éxito, nena… y ese instituto es, sin duda, todo lo que querías en este mundo.

—Eso es cierto —afirmé con voz soñadora—. Gracias a ti y a los chicos se logró en menor tiempo y ahora solo queda arrancar y darle rumbo.

—Para eso está la señorita-profesora-Teira —bromeó, codeándome un poco a modo de chiste.

—¿De verdad crees que esto servirá? —le pregunté, porque desconfiaba un poco de mis dotes de maestra.

El chico en cuestión me miró fijamente, buscando las palabras correctas.

—Está demás preguntar eso, mocosa —me regañó—. No he visto persona más dedicada que tú en su profesión, cuando se trata de tus estudiantes lo das todo, es por eso que no tengo dudas de que será genial el asunto. Confía más en ti.

—Tú ya no confías tanto en ti —refuté para ver si así daba su brazo a torcer, pero me salió con otra cosa, algo para lo cual no estaba preparada.

—¿Tú confías en mí? —preguntó mientras agarraba mi mano entre la suya.

—Confianza —susurré muy quedo—. Antes, pensé que venir hasta acá tendría sus consecuencias.

—Lo dices por lo que te hice.

—Por eso y porque no sé, siento que hemos cambiado mucho y en varias oportunidades, específicamente en la última, arruinamos todo con eso del compromiso falso —confesé, quitándome un peso de encima.

—De verdad discúlpame, Ter. Sabes que mi intención no era hacerte pasar por tan mal momento.

Traté de creerle, ya que supuestamente lo conocía mejor que nadie, buscando en esa disculpa lo que él ansiaba con fuerzas y encontré que aún no podía perdonarlo, porque no quería que me fallara de nuevo.

—Quiero creer en que si te disculpo todo volverá a su sitio, pero la verdad es que… —Suspiré, dando a entender lo que ambos sabíamos.

—La verdad es que no lo piensas hacer —culminó, soltando nuestras manos en el acto—. Entiendo, pero solo te pido una cosa, una más, mi nena hermosa y te prometo que nunca más dudarás de lo que mi corazón siente por ti.

—¿Qué? —pregunté, arrugando la frente.

Así como separó nuestras manos, ahora se levantó del capó del auto de nuestros amigos y se coló entre mis piernas, invadiendo todo el espacio posible, hasta cubrirme en un abrazo inesperado.

—Solo te pido que no te vayas de la ciudad.

—Eso significa no regresar a Chicago.

—Eso significa quedarse en Nueva York y hacer crecer tu proyecto. ¿Y quién sabe? Tal vez en unos meses puedas darme la oportunidad de conocernos nuevamente y ser uno solo.

Sus palabras me parecieron soñadas, pero luego me causaron algo de risa. «Que cursi es». Lo dejé a la espera un poco más solo para hacerlo sufrir. De alguna forma u otra esto era el comienzo, el reinicio de muchísimas cosas y la reparación de todos nuestros errores del pasado. Además, con el pasar del tiempo tendría más confianza para comentarle las buenas nuevas.

—De acuerdo, pero… —acepté, viendo su cara de emoción, no cabía en sí mismo—, por favor, Hasting, no vuelvas a decir ese tipo de frases de telenovela o te patearé el trasero —lo apunté en el pecho, sacando una risita tímida de su interior.

Ese era nuestro punto intermedio. Tal vez no era la solución a todos nuestros problemas, pero sí la enmienda de la mitad de todos ellos. A pesar de las ganas irreverentes que tenía de besarlo, respeté nuestro acuerdo y decidí que no era el momento adecuado. Al menos no aún.

Requisito 45

Esta será la última vez



Oficialmente, había pasado una semana, una en donde las náuseas no me dejaron en paz y en donde por ningún motivo regresé a Chicago; hasta mi nuevo ginecólogo me lo había prohibido. Debía cuidarme estrictamente, eso sin contar que solo Dairo y Almudena sabían sobre mi estado de gestación.

Mis padres ya habían regresado al pueblo y no tuve oportunidad de despedirlos como se debe, mucho menos de contarles que serían abuelos. Estaba en una encrucijada, con la prueba de mi embarazo guardada en el fondo de mi bolso.

—*Así es que piensas abandonarme de nuevo* —se quejó mi vecina al otro lado de la línea telefónica, la pobre me había llamado preocupada porque no me había visto por los pasillos del edificio.

—Ele, de verdad lo siento, pero no puedo dejar todo tirado aquí luego de que Almudena me ha ayudado tanto —me disculpé mientras llegaba al instituto, bien temprano por la mañana, hoy se daba inicio a las clases.

—*¡Es cierto, doña Elennys, yo la cuidaré mientras esté aquí en la ciudad!* —gritó Almudena, la tía más emocionada del planeta.

—*Solo deseo que cuando por fin regreses con el papacito de Killiam, lo traigas hasta Chicago para salir con mi amado Fernando José* —propuso mi criolla amiga, haciendo carcajear a Almudena con su forma única de ser.

No me quería imaginar a esas dos mujeres juntas, haciendo de las suyas para hacerme regresar con Kill. Rodé los ojos divertida por la forma en que Ele se expresaba. Hablamos tres minutos más y luego colgué la llamada. Las clases ya estaban siendo pautadas y a la mayoría le gustaba el cronograma de lo que se impartía de forma diaria. Además, nuestro buzón de solicitudes se mantenía a tope porque más chicos querían participar e inscribirse.

—Hoy te vas temprano, ¿cierto? —me dirigí a mi morena favorita.

—Sí, querida, quedé en verme con Dairo para una cena romántica y no puedo perder tiempo si quiero verme bien chula para mi esposito —pronunció con dulzura en cada sílaba—. De todas maneras, si necesitas algo Rosy estará al pendiente, no te sobrecargues o me enojaré.

Asentí, contenta por ellos dos y divertida por las advertencias de Almudena. Y en eso recibí un mensaje inesperado de Killiam.

De: Hasting ♥

¡Nuevo equipo! ¡Nuevo yo!

Ter, tengo excelentes noticias, voy camino al instituto para contarte todo.

Nos vemos, nena.

Estas cosas generaban cierto cosquilleo en mi estómago: los mensajes, el irme a buscar a la salida, las quedadas a conversar en la casa a las afueras de la ciudad. Ahí estaba de nuevo eso que me enamoraba de él y que me volvía una completa idiota.

Le contesté enseguida, indicándole que lo esperaba como en tantas ocasiones de antes. Dejé el celular a un costado y me enfoqué en las tareas y planes de evaluación que cada uno de los mentores impartiría en las primeras semanas, sin embargo, Killiam no salía de mi mente y eso me distraía de lo que en realidad tenía que hacer.

—Señorita Teira, ¿se encuentra bien? —preguntó Rosy, la asistente que Almudena había contratado para las dos. Una mujer de al menos unos treinta y siete años y con cabello negro hasta los hombros y estilo vintage, su cualidad número uno era tener al día el itinerario de todos, incluyendo el mío. Además, tenía un don para la danza contemporánea, cosa que nos hizo querer contratarla para algo más que solo ser asistente.

—¡Oh! Discúlpame, Rosy, estaba pensando en otra cosa —le respondí, poniéndome roja de vergüenza.

Estos días, Killiam había actuado totalmente diferente a como estaba acostumbrada y eso de alguna manera me traía emocionada de forma secreta. Nuestra amistad seguía intacta, pero el amor flotaba en el aire cada vez que lo tenía cerca.

—¿Otra cosa como el señor Killiam, por ejemplo? —indagó la pelinegra, tomándome por sorpresa—. Disculpe, pero es que cada vez que él anda rondando por ahí, usted se queda prendada a su mirada.

—¿Ah sí? No me había dado cuenta —dije mientras me hacía la distraída.

—Sí, o más bien, como que los dos están sujetos a otro tipo de gravedad parecida al baile. Uno es la pareja ideal para el otro —agregó con cara soñadora y si no fuese porque sabía que ella pensaba en mi amigo y en mí como una especie de pareja de cuento de hadas, le creería. Yo sabía lo mucho que ese hombre me hacía delirar, pero no creía que él sintiera lo mismo por mí.

—Bueno, creo que deberías utilizar esa inspiración para tu entrevista de baile —Le guiñé un ojo, recordándole que podía hacer mucho más que solo los itinerarios.

La asistente se carcajeó al ver que esquivé su discurso romanticón y con educación se retiró hacia el otro pasillo, directo al salón de baile contemporáneo.

El resto de la mañana/tarde pasó volando, todos los estudiantes estaban retornando a sus habitaciones, que se hallaban a media hora caminando hacia el norte del campus. Al ver que todos se iban me dediqué a recorrer los pasillos para ver que todo estuviera en orden y cuando llegué al final de todas las aulas, ahí estaba Killiam, esperándome con un ramo de tulipanes blancos. Su cuerpo atlético estaba bien arreglado en un jean desgastado, una camisa de las que solía usar para sus prácticas y traía el cabello húmedo en las puntas que caían sobre su frente. ¿Cómo haría para no comérmelo a besos?

—Hola —saludé cuando llegué hasta donde estaba parado, en la entrada de mi oficina.

—Hola, nena —devolvió el saludo y besó mi mejilla.

«Yo quiero un beso, pero en mi boca». Pensé, siendo traicionada por mis hormonas.

—¿Cuál es esa buena noticia? —pregunté rápidamente, tratando de no sonrojarme ante su antena mirada.

—He sido aceptado en uno de los equipos en los que hice prueba —contó, al tiempo que sujetaba mis manos para transmitirme su emoción—. Un cazatalentos me eligió y en unos días me presentarán como su nuevo jugador.

—¡Kill, eso es sensacional! ¡Felicidades! —exclamé realmente feliz por su nuevo logro y tanto fue mi felicidad que lo atraje hacia mí y le estampé un beso, y no precisamente en la mejilla.

El impacto de nuestros labios dejó un poco descolocado al jugador estrella, que por milésima vez en su relación conmigo se sostuvo de mi cintura para recibir de buen grado el beso.

«Definitivamente esto es culpa de las hormonas».

Este beso era diferente, como siempre, había un poco de esa inocencia que nos caracteriza, un poco de esa sensualidad que nos llena de pasión y ni hablar de esas ganas que nos teníamos cada vez que estábamos cerca, a tal punto de que cuando nos separamos, Killiam propuso algo de lo que no podía arrepentirme.

—Creo que debemos celebrar en otra parte, ¿cierto? —pronunció mientras regaba besos por mi cuello.

—Creo que sí, no queremos que uno de los chicos nos vea, o que algún paparazzi se de vida con nosotros —agregué, llevada por una fuerza mucho mayor: deseo.

Killiam tomó mi mano y me llevó hasta su carro. Sabía lo que haríamos y traté de no pensar mucho, porque seguro me arrepentiría.

Quería que me besara, que me hiciera suya, que acariciara mi cuerpo como hace tiempo no hacía y su mirada me confirmaba que él deseaba lo mismo. Por lo que una vez llegamos a la casa de la pradera no tardamos mucho en despojarnos de todo.

—Que conste que solo será esta vez —le advertí mientras me quitaba el sostén.

—Claro, sin tratos raros ni nada —aceptó él en el momento en que se despojaba de sus pantalones deportivos.

—Exacto. Y mañana… —dije mientras nos acostábamos sobre el único mueble de la casa.

—Como los mejores amigos —finalizó, callándome con un beso.

Killiam juntó su pecho musculoso contra el mío, suspirando de placer, había un poco de desesperación en el encuentro, pero la misma cantidad de pasión y deseo que nos envolvía en la mayoría de nuestras entregas. Era como una pequeña llama que iniciaba en mi corazón y se esparcía por mis hombros, mi pecho, mis senos, hasta bajar por mi abdomen, mis piernas y mi feminidad.

—Nena, si seguimos con esto desde ya te digo que no hay vuelta atrás —susurró en mi oído, al tiempo que retiraba la última prenda que quedaba de por medio: mis pantis.

Las manos de Killiam apresaron mi cintura en un agarre mucho más fuerte, pero seductor, mis curvas se ciñeron a su cuerpo musculado, sintiendo lo caliente de su piel al contacto de la mía.

La respiración agitada, nuestros labios hinchados, nuestras pieles ardientes. ¿Qué más prueba quería este hombre para darse cuenta de que no lo iba a detener? Al menos no en esta oportunidad.

—Solo cállate y bésame, Killiam Hasting —le ordené, al tiempo que le quitaba la camisa por la cabeza y lo rodeaba con mis pequeñas manos.

—Te amo, nena —dijo mientras me entregaba su mirada completamente nublada por el placer que ambos nos dábamos en cada toque.

Estábamos celebrando un montón de cosas, era mentira eso de ser solamente amigos, no con todas las sensaciones que se presentaban en cada reunión. Cada poro de mi cuerpo le pertenecía a este hombre que, sin saberlo, me había regalado la mayor felicidad del mundo.

—Kill… —Respiré muy hondo, porque la sensación de hormigueo estaba logrando su cometido en cada estocada.

Todas mis terminaciones nerviosas se desestabilizaron en el acto, mostrando rebeldía inmediata. Giré todo el cuerpo hasta quedar sobre él y con su sonrisa de coqueto bien pegada a sus labios humedecidos, hizo el primer movimiento consciente y de repente estábamos conectados al segundo movimiento. Moví mis caderas y nuestras respiraciones se confundieron con una especie de gemidos inentendibles por las ganas que teníamos de continuar. Era como una especie de mareo que nos trasladaba a un universo paralelo donde solo los dos estábamos ahí, disfrutando del placer de nuestros cuerpos unidos. Sus manos tomaron el control de mi cintura hasta ascender a mis pezones erguidos y deseosos por ser tocados.

—Siempre tú y yo, nena —pronunció, acercando su boca a mi cuello.

El vaivén continuó unos minutos y para cuando se acercó el momento, los dos nos quedamos estáticos, justo ahí, donde las emociones de nuestras almas se reconocían.

El cosquilleo excitante entre mis piernas me dejó exhausta encima de los almohadones, había sido una experiencia diferente a las anteriores, no tanto porque sabíamos lo que sentíamos el uno por el otro, sino porque las ganas eran demasiado notorias como para avanzar en esta especie de amistad-tregua. Sus brazos me rodearon enseguida y antes de que me quedara dormida, dije lo que me salió del corazón en ese preciso instante:

—Tú y yo… —susurré, sintiendo los besos cortos de Kill sobre mi cabello despeinado.

El cansancio me venció y poco a poco caí en los brazos de Morfeo. Aquella noche tuve una especie de sueño con una advertencia implícita dentro del mismo…

El lugar en el que me encontraba estaba oscuro y al final podía ver una luz demasiado brillante, la seguí hasta obtener una imagen más clara de lo que podía ser y me encontré con lo que menos me gustaba desde que conocí a Killiam: los paparazzi.

Aquel sueño que había empezado sereno se había convertido en una pesadilla que acabaría de mala forma. Los paparazzi se reían incesantemente de mí y de mi aspecto. Bajé la vista hasta mi cuerpo y me vi sin gracia, una mujer asustada del qué dirán y a su costado, el mejor amigo del cual se enamoró sin aviso.

Corrí lejos de ese foco brillante, trataba de escapar de mis propios miedos y demonios, pero estos me perseguían hasta dar nuevamente conmigo. El lugar oscuro ahora había formado un círculo donde mi cara se veía en diferentes ángulos, todas llenas de susto y ansiedad.

—¡Killiam! —grité desesperada, necesitaba que me sacaran del acecho de las cámaras y las preguntas tontas.

Mi respiración se volvió pesada, al igual que mis pasos en cada intento de huir. No había salida de una pesadilla a la que prácticamente me había sometido, solo quedaba ver lo que sucedería a continuación…

Los flashes disparaban en todas las direcciones hasta sacar la peor imagen de la novia falsa, o eso observé en los anuncios que empezaron a caer del cielo. La Teira de la pesadilla cogió uno de los papeles que caían sin cesar y se horrorizó con el enorme titular de letras neón:

"SE BUSCA NOVIA FALSA"

REQUISITO: SER UNA IMPOSTORA.

—¡No! ¡No! ¡No! —grité con ganas de llorar, rompiendo cada pedazo de papel donde mi nombre figuraba, hasta que...

Abrí los ojos de golpe, exaltada a más no poder y con el estómago revuelto y un leve dolor en el vientre, producto del susto de mi pesadilla. Traté de regularizar mi respiración para no alertar a mi acompañante, que por cierto…

«¿Acompañante?»

Giré de inmediato hasta donde se hallaba mi amigo, estaba plácidamente dormido y de nuevo entré en pánico.

—¡Mierda, Teira, todo el tiempo metiendo la pata! —dije rabiosa, pasando mis manos rápidamente por mi cara roja.

Recordé cada segundo de la noche anterior, y como había previsto, estaba arrepintiéndome. Pensé en una manera de moverme sin que el chico se diera cuenta de que quería largarme y morirme de vergüenza en otra parte. Con sumo cuidado retiré las sábanas y caminé desnuda hasta el primer baño para colocarme toda la ropa en un dos por tres. Antes de salir del servicio higiénico me vi en el espejo y detesté la cara de tonta enamorada que tenía. Resoplé decepcionada de mí y salí corriendo de la casa, sin pensar en todos los inconvenientes que se presentarían en los próximos días, o horas tal vez.

En el exterior todo se veía relajado y en armonía, a diferencia de mi interior, que estaba hecho un desorden irreverente. Mordí mi labio sin saber cómo largarme del lugar, pues el que me había traído era mi mejor amigo en su carro.

—Su carro… —murmuré entre dientes y luego hice la peor locura del mundo mundial.

Ingresé por última vez a la casa, busqué las llaves del auto que estaban dentro de los pantalones de Killiam y me detuve a admirarlo mientras me sentía terrible por tener que hacer las cosas de este modo. Toqué mi vientre y traté de calmarme o lloraría como una estúpida.

Él merecía saber que iba a ser papá, pero también merecía triunfar en sus metas y mi presencia solo le acarreaba más problemas. Y justo ahora que estaba por alcanzar su sueño, yo no podía estropearlo con un bebé, así que hice lo único que se me ocurrió: dejé mi celular con una nota de voz dentro. Con cautela, coloqué el aparato electrónico junto a la prueba de embarazo y confié en que la vería y comprendería.

Eso fue todo.

Me subí al carro y avancé lejos, rogando al cielo para que Killiam me perdonara por irme de esa manera tan abrupta de su vida y de su corazón.

Requisito final

¿Serás mi novia para toda la vida?



Ocho meses después…

—Bueno, mami Teira, te informo que todo va en orden con la pequeña Talulah —indicó la doctora, ayudándome con unos pañuelos para limpiar el gel que con cuidado esparció en mi enorme panza—. Calculo que en unas dos semanas ya estará en posición para salir.

Tengo alrededor de treinta y cinco semanas de embarazo y siento que en cualquier momento voy a explotar por lo grande que es mi barriga.

—Eso significa que…

—No debes alterarte, ni estar caminando de allá para acá —me regañó mi madre, quien solía acompañarme a ciertas consultas.

—¡Mamá! —repliqué un poco molesta, porque todos intentaban postrarme en una cama para que no me agotara, pero yo, como toda una mula, hacía lo contrario.

Las tres nos sentamos cerca del escritorio del consultorio que estaba lleno de cosas por doquier para bebés.

—La verdad es que tu mamá tiene toda la razón, necesito que descanses lo suficiente, porque los primeros partos siempre son de gran esfuerzo, nena —explicó la galena mientras realizaba algunas anotaciones en su libreta.

La palabra «nena» llamó mi atención y acaricié mi vientre súper abultado con un poco de nostalgia, sin escuchar las locuras que mi madre decía sobre las mujeres y sus bebés.

Pasado unos diez minutos salimos de la clínica, abrigando nuestros cuerpos por el reciente invierno.

—¿Te sientes bien, cariño? —preguntó mi progenitora, acariciando mi espalda a medida que caminábamos hasta el estacionamiento de la clínica.

—Sí, solo tengo un antojo, creo —le hice saber, ofreciéndole una leve sonrisa para que no se preocupara.

—Creo que tengo unas galletas en el bolso.

—Tranquila, mamá, solo es un antojo. Más bien, llama para que nos pasen buscando. —Coloqué una de mis manos sobre las suyas para que detuviese su tarea de buscar la galleta.

—Es cierto, ya se nos hace tarde.

Estaba un poco ansiosa, eso era todo. Sin embargo, no podía alterarme, como bien lo había dicho la doctora, debía tomármelo con calma y pensar solo en cosas bonitas, cosas lindas, como

el nacimiento de mi pequeña. Me concentré en eso hasta que llegó el carro que nos llevaría a casa.

En el recorrido no hice más que retorcer mis dedos de los nervios, sabía que tarde o temprano iríamos a ese lugar, era inevitable y lo había postergado lo necesario por mi paz mental, no obstante, ya no tenía más excusas con el tema. No con todos rogándome que hiciera algo al respecto en todo este tiempo que había pasado.

Muchos se preguntarán de qué va la cosa y es que, en realidad, para que entiendan y hasta para yo misma entenderlo, tengo que respirar profundo y regresar en el tiempo. Específicamente al momento en que acepté que no podía seguir huyendo…

Arranqué el carro, poseída por la cólera, la rabia, la decepción y todos esos sentimientos inútiles que evitaban que estuviese al lado de Killiam. Ya estaba a mitad de camino del sendero de árboles cuando de repente algo hizo que frenara de golpe.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Qué mierda estoy haciendo con mi propia vida? ¿Desde cuándo huir de los problemas se ha convertido en mi principal solución a todo?»

Apreté el volante, entendiendo que había sido capaz hasta de manejar un carro que no me pertenecía solo para no dar cara a mis propios temores. Traté de respirar hondo, pues el mismo revuelo de la adrenalina me hizo dar vueltas la cabeza. Analicé todos los pros y contras y sin más remedio di reversa, regresando a la casa de la pradera.

«Regresando a Killiam».

Las ruedas del coche crujieron al pisar de nuevo el lugar donde hace minutos estaba estacionado. Me bajé por la puerta del piloto y me quedé parada ahí, frente a la inmensidad del hogar que él me había regalado.

Y hablando de él, lo encontré en la entrada, cubierto por una sábana desde la cintura hasta los pies, sosteniendo la prueba de embarazo y mi celular.

Nos observamos en completo silencio, transmitiendo con nuestras miradas lo que queríamos expresar en tantas palabras.

—Killiam, de verdad lo siento… yo pensé en irme y luego… —dije de forma atropellada, alzando las manos en señal de incomprensión, pero él no se inmuto, al contrario.

—Sube al carro, voy por mi ropa —ordenó sin hacer caso a mis palabras sin sentido.

Lo vi entrar al interior de la casa y luego salir con las mismas, pero ahora vestido y con el cabello desordenado.

—¿Qué esperas? —preguntó al ver que no me movía—, sube al carro, Teira —insistió con una seriedad nada propia de su parte.

Estaba metida en problemas, por lo que a sabiendas de que no estaba jugando, me subí en el asiento del copiloto y vi cuando arrancó el carro hacia la salida de la casa. Desde este punto no sabía a qué atenerme, estaba en todo su derecho de enojarse por mi forma de escapar, pero, ¿era para tanto?

—¿A dónde me llevas? —interrogué al ver que rápidamente habíamos pasado el límite de velocidad.

—Querías escapar, ¿cierto? ¿Querías irte lejos? —reprochó, hablaba con un tono de voz

brusco.

—No era mi intención, yo…

—Tú eres increíblemente obstinada y terca, pero no te preocupes.

—¿Qué piensas hacer, Kill?

Me estaba asustando, nunca lo había visto en ese estado de enojo total, ni siquiera me había dicho algo con respecto a la prueba de embarazo.

—Lo que no te atreves a hacer tú: acabar con esto de una buena vez y para siempre.

«¡Santos jugadores de fútbol americano!»

El mismo miedo evitó que dijera algo más, solo me recosté sobre el espaldar del asiento y aseguré mi cinturón de seguridad, rogando al cielo que me diera una pista sobre las verdaderas intenciones del hombre que amaba...

—Señora, acabamos de llegar —me avisó Tristan, que seguía siendo mi amable chofer designado.

—¿No puedo simplemente irme a casa y que se haga la rueda de prensa en otra ocasión? —le pregunté, como si el pobre hombre tuviera las respuestas a todas mis angustiantes inquietudes.

—Ya la están esperando adentro —dijo con pena en la cara, ayudándome a bajar y también a mamá, que ya estaba hablando por celular con otra persona, seguro con mi padre.

El entorno estaba lleno de lo que menos me gustaba: las cámaras.

Algunos me saludaron y otros simplemente me ignoraron, como ya era costumbre. Gracias al cielo hoy me había esmerado en mi atuendo, porque lo más probable era que más tarde saliera en alguna foto editada en la que, obviamente, hablarán de mí. Traté a toda costa de que esas ideas se fueran de mi mente y en su reemplazo, regresé al día en que Killiam conducía su carro a toda velocidad...

Sin duda se había tomado en serio lo de llevarme a un lugar donde se acabaría todo. La casa de Almudena estaba vacía, a excepción de Carmela, que fue muy amable al recibirnos.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté sin comprender qué hacíamos en la casa de nuestros mejores amigos.

—Busca el celular roto en donde te dejé mi nota de voz. Te espero en el carro, que sea rápido —me instó sin dirigirme una sola mirada.

Resoplé un poco indignada con su comportamiento, pero, aun así, hice lo que pidió y corrí hasta la habitación, disculpándome con Carmela por la apresurada visita.

Mi maleta seguía en su posición, al igual que el vestido de gala que me había regalado Almudena. Detrás de todo eso estaba la caja con el celular roto. La cargué conmigo y bajé las escaleras con cuidado de no tropezar, lo menos que quería ahora era un accidente.

—Carmela, dígale a Dairo que estaré ausente por una semana. Necesito que se encargue de un par de cosas, que me llame después de las ocho de la noche —le pidió Killiam al ama de casa de Almudena, quien solo asintió de forma sumisa ante los mandatos del jugador.

«Se ha vuelto completamente desquiciado».

Salimos de casa de nuestros amigos unos minutos después, embarcándonos en un viaje por carretera. Me tomé el atrevimiento de mirar de reojo mientras él se mantenía en su faceta de inexpresión absoluta. Killiam Hasting era endiabladamente sexy y de eso no le podía echar la culpa a mis hormonas. Desde su cabello despeinado que caía por su frente, su ceño arrugado, su nariz perfilada, sus mejillas levemente coloradas por el enojo, sus labios perfectamente comestibles, su barba de varios días. Todo de él me encantaba, incluida esa forma de ir jorobado en su asiento con los brazos bien sujetos al volante.

«¿Por qué quiero huir de él si estoy locamente enamorada hasta la médula?»

—Tengo hambre —solté sin anestesia, desconcertando un poco a Hasting, sin embargo, estaba siendo honesta, si algo no podía evitar era la hora de la comida, al igual que el tomarme las vitaminas, que sabrá Dios en qué parte de mi bolso estaban.

—Falta solo media hora para hacer una parada breve en la estación de gasolina, ahí podrás comer algo —aseguró, todavía reacio a mirarme a los ojos.

«¿Le alegraría la noticia de que va a ser papá?»

—De acuerdo —acepté y recosté el hombro de la ventana.

Las palabras que había usado se repitieron en mi mente: «acabar», «terminar», «poner fin», todas eran horribles y oscuras, tanto que me dieron ganas de llorar. Había regresado a la casa para decirle que no me iría y ahora él me estaba echando de su vida…

—¡Cariño! —escuché a lo lejos la voz de mi madre, quien chasqueó sus dedos en toda mi cara para buscar que le prestara atención—, ¡llamando a Teira desde el planeta Tierra! —bromeó al ver que tardaba un poco en reaccionar a su llamado—. ¿Todo bien?

—Lo siento, mamá, por un momento me fui. —La tranquilicé, regresando al presente—. ¿Pasa algo?

La hermosa dama que era mi madre me observó de pies a cabeza y me brindó una sonrisa de apoyo mientras señalaba el final del pasillo en el que estábamos las dos.

—Te está esperando, pronto comienza la ceremonia —me recordó manteniendo su sonrisa intacta.

«Esta vez no hay escapatoria, Teira Templeton».

Aquella vez tampoco hubo escapatoria, no a sabiendas de que mi mejor amigo y yo habíamos llegado a nuestro destino final…

El pueblo seguía igual de hogareño y colorido, con sus plazoletas llenas de los mismos vecinos que nos habían visto crecer, las mismas flores que regaban día tras día, solo que dentro del automóvil había dos seres completamente diferentes que recorrían las pocas avenidas del lugar.

—Ya casi llegamos —habló por primera vez desde que nos habíamos parado en la estación de gasolina para comprar algo de comida.

Me enderecé en mi puesto, algo soñolienta por el trayecto, pero sentí un poco de paz cuando reconocí el punto final del viaje. Pasamos frente a varias casas y varios establecimientos conocidos del pueblo hasta que llegamos al despacho del padre de Killiam.

Este fue el inicio de todo.

—Ya te puedes bajar, hay que entrar —dijo, ya estacionado en todo el frente de las puertas dobles del despacho de abogados de la familia Hasting.

—Debería llamar a Almudena, debe estar preocupada —repliqué sin hacer caso a lo que me pedía.

—No te preocupes, ya le envié un mensaje desde tu celular —le restó importancia al asunto, mostrándome el aparato que le había dejado esta mañana con mi despedida.

Relamí mis labios porque estaba consciente de que las cosas se harían a su modo y yo parecía toda una tarada al no lograr articular alguna defensa con base. Me merecía su rechazo luego de haber intentado robar su carro.

Me bajé y lo seguí.

Dentro del despacho todo estaba lleno de polvo y periódicos viejos, parecía una eternidad desde que estuvimos por última vez aquí, sobre el escritorio, besándonos y decidiendo un pacto entre dos mejores amigos.

—Kill, ¿qué hacemos acá?

El dulce caballero sin armadura que estaba todo bravucón, se acercó hasta mí y suspiró derrotado.

—Hay que escuchar el buzón de voz —dijo, esquivando cualquier otra pregunta que deseara hacer.

«¿Estoy lista para escucharlo?»

No lo sabía, pero Killiam se tomó la delicadeza de sujetar el celular en medio de los dos y lo encendió para tomar la decisión.

—Está bien, hay que escuchar —acepté la gran tarea, haciendo de tripas corazón para mantenerme entera después de oír sabe Dios qué…

—Antes de ir hasta allá, ¿crees que puedas llamar a Erick? —le pregunté a mi mamá cuando volví a la actualidad.

Ella, diligentemente, se separó de mí y fue en busca del susodicho.

«Mi dulce bebé, ayúdame a superar este momento». Le hablé a mi pequeña Talulah, quien se mantenía igual de inquieta que yo, dando sus usuales pataditas.

En eso, vi a Erick caminar hacia mí por el mismo pasillo donde me había dejado mamá.

—¿Qué ha pasado, niña? ¿Te sientes bien? ¿Quieres que llame a…?

—¡Oh, no! No hay por qué hacer más escándalo —interrumpí su mar de preguntas—. Solo te mandé a llamar porque quería agradecerte personalmente.

—Ah, es eso —dijo colocándose recto, siempre siendo un representante pulcro y profesional, pero también un tío sobreprotector.

—Sí, es que, ¿cómo decirlo?

—No hay nada que agradecer, Teira. Sabes lo que pienso de ti y me alegra saber que después de ocultarte, tomaras la decisión de venir a callarle la boca a todos esos viejos estirados de la farándula —finalizó, logrando con eso que recordara la verdadera razón de mi agradecimiento.

—Me costó mucho, pero así se decidió y así se va hacer —dije mucho más convencida de mi papel en un día tan especial—. Además, él se lo merece.

—Los dos —me corrigió—. Ahora, vamos que el *show* debe continuar.

¡Vaya que sí iba a continuar…!

Nuestras respiraciones quedaron suspendidas apenas dimos play al buzón de voz, especialmente la mía, que estaba a la expectativa de lo que oiría.

—«Hola, nena, soy yo —dijo el Killiam del buzón de voz mientras que el Killiam de carne y hueso no quitaba la vista de mí—, bueno, si te soy sincero, no tenía pensado hacer este tipo de confesión así, pero dado que tú tomaste la palabra, creo que todo amerita una respuesta —explicó, su voz sonaba decaída y hasta llorosa—. Lo que quiero decir es que… me enamoré de ti desde que aceptaste ser esa novia que buscaba como un idiota. Amo todo de ti y sé que la cagué, que no tiene perdón todo lo que hice, pero es que… yo no quería perderte, no después de lo mucho que adoraba tu compañía, tus besos, tus charlas, tus chistes poco románticos…»

—Mi amor —susurré llena de mocos y lágrimas, pero Killiam puso uno de sus dedos sobre mis labios para que siguiera escuchando el final del mensaje de voz.

—«Siempre te he buscado a ti, Teira, y siempre te buscaré, así que te pido que me perdones y que no olvides este mensaje. Te lo ruego. Adiós».

Lo estudié con la mirada, luchando por no dejarme llevar por las emociones que despertó en mí ese mensaje de voz. Y él me observó dosificando sus tremendas ganas de atraparme entre sus brazos.

—Siempre te buscaré, nena. Ahora más que nunca siempre te buscaré —habló el hombre que tenía enfrente, bajando sus manos hasta la curva de mi cintura y posando una de ellas sobre mi vientre plano.

Entendí que este era el final sobre el cual se refería mi mejor amigo, no se trataba de darle fin a nuestro amor, sino de darle fin a las incertidumbres. Él me amaba, a pesar de todo lo que lo rodeaba en el mundo exterior, y desde ese punto de partida, me continuó amando los siguientes meses…

—Estoy lista —afirmé hacia mis acompañantes y caminé hacia la ceremonia que me esperaba tras bambalinas.

Me costaba atreverme a salir y pararme ahí, frente a las cámaras, pero me calmé cuando lo vi a lo lejos, conversando con todos los reporteros, con su sonrisa llena de confianza y su carisma natural. En ese momento todos los nudos de mi garganta desaparecieron y me relajé.

—Killiam, cuéntanos… ¿qué se siente tener un nuevo equipo después de ser rechazado por varios en la Federación? —escuché cómo uno de los periodistas convocados se dirigía a Hasting.

Esta reunión era una de las más importantes porque trataba sobre la selección oficial del equipo. Además, serviría para aclarar todas aquellas dudas que tenía la sociedad sobre uno de los jugadores más prometedores del fútbol americano.

—Solo diré que estoy emocionado por probar la grama del campo y conocer a todos mis compañeros de equipo —manifestó él, omitiendo esa parte de su vida que no le gustaba y que el periodista quería saber con interés.

La aglomeración y la variedad de cámaras que se percibían en el ambiente se hacían sentir, a la espera de la siguiente pregunta. Y ésta vez, fue una chica de la farándula quien se dirigió al jugador estrella.

—Killiam, ahora que estás divorciado, ¿volverás con la señorita impostora o solo era una estrategia de marketing?

La pregunta hizo mella en mi corazón y sentí un poco de presión en la barriga, pero inhalé profundo y esperé, ya habíamos acordado lo que íbamos a hacer.

—La verdad es que nunca fue una estrategia de marketing. Les voy a contar algo que no debería, pero que, por respeto a mi impostora favorita, lo aclarará todo —expresó Killiam, observándome de reojo, a sabiendas de que estaba ahí para al fin enfrentar la situación—, oigan, esperen un momento… —pidió, dejando a las cámaras e invitados de prensa un poco confusos en sus puestos.

Caminó con soltura y seguridad hasta donde yo estaba parada y extendió su mano en mi dirección. Todo el temor se alejó y la tranquilidad de sus brazos me reconfortaron cuando me abrazó. Era momento de salir al escenario, donde se desarrollaba una rueda de prensa en la que Killiam Hasting debutaba como el nuevo mariscal de campo de los Patriotas.

—Señorita, por un minuto pensé que no ibas a llegar —me saludó y depositó un dulce beso sobre mis labios, sin importarle que todas las cámaras o miradas curiosas estuvieran a la espera, a solo una cortina que nos daba un poco de privacidad.

—No te vas a librar tan fácil de nosotras dos, Hasting —le devolví el saludo, dejando que acariciara mi vientre abultado, siendo todo lo atrevida que podía.

—¿Todo salió bien en la consulta? ¿Cuándo llega mi pequeña mariscal de campo? —Hizo sus preguntas cotidianas, estaba ansioso por conocer a su hija. En modo futuro padre era lo más hermoso que la vida me había podido obsequiar, eso y que nuestra hija venía en camino, y se lo hizo saber a su papito con una patada justo donde se encontraba su mano cálida.

—Pronto la tendrás contigo corriendo por todo el estadio.

—Sí, y tú estarás en las gradas, animándonos a anotar el primer *touchdown* del partido.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro y me colgué de su cuello. Los de la prensa seguían a la expectativa, pero el padre de la criatura depositó un dulce beso en mis labios, uno de esos besos que me dejaban toda mareada por su suavidad. Aparentemente, ninguno de los dos teníamos prisa en separarnos.

—Me gustaría dejarlos disfrutar de su momento íntimo, pero la prensa los espera, niños —interrumpió el representante de Kill, evitando que nos fuéramos a escapar.

Nos carcajeamos y terminamos por entender que, en efecto, era hora de salir.

Kill se alejó para volver con la audiencia de periodistas pertenecientes al mundo del deporte; él me avisaría el momento indicado.

Hasta ahora, nadie me había visto en meses, solo mi familia y amigos íntimos, así que, seguramente, sería una gran novedad y la oportunidad perfecta para exprimir la noticia como jugo en las redes sociales, revistas, programas y demás.

—Si en algún momento se sintieron estafados por lo que Teira y yo sentíamos, les pido

disculpas —dijo a través del micrófono, mirando a cada uno de los presentes con convicción—. Regresar al campo y tener la oportunidad de jugar, solo se lo debo al amor e insistencia de una mujer muy hermosa.

—Kill —lo llamé en voz baja para que entendiera que no eran necesarias sus maravillosas palabras, pero con entereza, sumó más cosas a su declaración.

—Y para responder a tu pregunta... —Señaló a la chica-farándula que lo miraba—. Espera y verás.

No entendí lo que quiso insinuar porque estaba enfocaba en todas las cosas que había mencionado antes, sin embargo, sentí que allí no acababa la cosa.

Lo supe desde el momento en que terminé de escuchar aquel mensaje de voz.

Aquella noche en el despacho del pueblo muchas decisiones tuvieron que cambiar para poder llegar hoy a este punto. Tuve la voluntad de oírlo y ambos progresamos en todo el sentido de la palabra.

Lo primero que hicimos esa noche, fue contarles a nuestros padres que iban a ser abuelos, luego decidimos ciertas cosas sobre nuestra privacidad y sobre la carrera de Kill, que estaba en toda su gloria gracias a un juicio importante en el que ayudó a la Federación de Deporte. Digamos que, Kelly y Benjamín, tenían muchos impuestos que pagar y una indemnización que cubrir por intentar sabotear a una de las jóvenes promesas del fútbol. Es decir, a mi hombre.

—Bueno, ya es hora —dijo y respiré profundo cuando se volvió a acercar—, sabes que no tienes que desmentir nada ante nadie —indicó al ver que me causaba escalofríos el salir a la rueda de prensa y hablar francamente sobre mi relación con él.

—Lo sé…

Y lo insté a caminar, abriendo la cortina que nos tapaba de los reporteros.

Miré al frente y me di cuenta de que todos los presentes me observaban emocionados, o más bien, sorprendidos. Sonreí, dando una buena impresión de control y seguridad, y es que el tenerlo cerca siempre me daba la valentía suficiente para enfrentar cualquier cosa.

Tomados de la mano, volvimos hacia la mesa donde se desarrollaba la rueda de prensa. Los sonidos de los flashes de las cámaras no se hicieron esperar mientras nos sentábamos.

—Ella es Teira Templeton, la persona más importante en mi vida. Además, será la madre de mi hija —me presentó Killiam, mirándome a los ojos.

Lo único que logré hacer fue sonreír antes de hablarle por primera vez a la prensa.

—Creo que con esto queda claro que no hay nada de marketing o publicidad falsa en nuestra relación. —Tomé la palabra, señalando mi vientre abultado.

Algunos se rieron por mi ironía y otros seguían impactados, tomando fotos como locos, pero de alguna manera ninguna de las dos cosas me afectó.

—Entonces, ahora sí puedo hacer lo que quiero hacer —dijo Killiam mientras me ofrecía esa sonrisa dulce que tanto me enamoraba.

Alcé las cejas sin comprender bien qué era eso tan importante que quería hacer. Su respuesta fue rápida: se arrodilló y sacó una cajita de terciopelo de uno de sus bolsillos.

—¿Cuánto tiempo lleva guardado eso en tu pantalón? —pregunté de forma automática, sorprendida por la vuelta que estaba dando la rueda de prensa.

—Lo suficiente como para estar seguro de lo que te pediré a continuación.

Mordí mis labios con el corazón latiéndome a mil por hora.

«Este hombre no falla con sus sorpresas, nunca».

—Bueno, soy toda oídos —dije cuando vi que nos rodeaban, todos querían ser partícipes del anuncio estelar del día.

—Teira Templeton, ¿aceptas ser mi novia para toda la vida? Aceptas ser mi esposa, ¿ahora sí? —profesó con vehemencia en cada sílaba, su tono de voz era algo supremamente real.

—¿Qué requisitos se necesitan para ese puesto? —Le puse suspenso a mi respuesta solo para verlo sonreír por mis ocurrencias.

—Lo único y más importante: ser mi mejor amiga —dictaminó, ahí arrodillado y con la argolla de compromiso más linda del mundo en la mano.

Hubo intriga porque no develé mi decisión de inmediato, los hice esperar. Y no porque no quisiera a este hombre con toda mi alma, sino porque quería encontrar la manera de atesorar el instante en mi mente.

Antes, al inicio de toda esta travesía, estaba llena de miedo.

La mayoría de las veces el temor es quien nos frena de hacer todas esas cosas que queremos con todas nuestras ganas. Actuamos por el mismo susto de no saber qué pasará y no logramos gritar a los cuatro vientos nuestros sentimientos, o actuamos aterrorizados por no saber vivir nuestra vida cuando la realidad es que, siempre estamos viviendo.

Siempre respiramos, siempre reímos, siempre lloramos, siempre nos enojamos, siempre amamos perdidamente, siempre odiamos con toda la cólera del universo y lo más importante, siempre estamos en busca de ese algo o alguien que se vuelve el requisito número uno de nuestro corazón. Así que…

—¡Definitivamente, sí! —acepté, extendiendo mi mano para que colocara el anillo en su lugar, sellando uno de los muchos pactos de mi vida, una junto a él.

FIN

Epílogo

Donde quiera que estés



«Había una vez, dos pequeños, una mocosa de rulos castaños y un pequeño moreno de piernas hábiles, que decidieron ser los mejores amigos para siempre.

Había una vez, dos adolescentes, que sin querer se enamoraron el uno del otro en el momento menos inesperado, para siempre.

Había una vez, dos adultos jóvenes, que tomaron caminos distintos, viviendo vidas diferentes y conociendo lugares diferentes, por un tiempo.

Había una vez, un hombre y una mujer, dispuestos a recordar por qué se enamoraron, dispuestos a poner a prueba, tanto su amistad como su amor, y esto fue para siempre.

Teira Templeton, sin duda, vivió su propio sueño americano, ese en donde la chica del anuncio era la estrella principal de su vida. Por otro lado, Killiam Hasting había ganado la lotería al casarse con su hermosa y maravillosa mejor amiga.

Ninguno de los dos sabía en realidad lo mucho que se amaban hasta que empezaron a quererse sin miedo. Obviamente, había días en que ninguno de los dos se soportaba, como también, había otros en donde cada uno se buscaba, y el mejor de todos, fue el día en que juntos llegaron hasta el final para disfrutar del mundo, de la vida, del amor, de la familia y de todo lo bonito que se les pudiera ocurrir.

Bueno, mis queridos televidentes, esto es solo uno de los tantos reportes de farándula que tenemos en nuestro programa de chismecito caliente al estilo Nueva York. Pero, entre otras noticias…»

—Así que eres la chica del anuncio… —se burló Almudena, quien venía ingresando a nuestra oficina compartida en el instituto académico. Su enorme panza estaba por estallar en cualquier momento, o eso es lo que yo pensaba cuando veía sus muecas debido a lo enorme e hinchado de sus pies. Con esfuerzo se logró sentar en uno de los muebles.

Desvié mi atención del televisor que Dairo había instalado semanas atrás, todo gracias a los antojos de su embarazada esposa, y me concentré en mi amiga, que fácilmente podía dar a luz el día de hoy o dentro de las próximas horas.

—No creo que eso aplique para mí, pero tú sabes que la prensa siempre exagera un poco, o más de la cuenta —dije, ofreciéndole una sonrisa divertida.

—¡Oh, querida! Es que esa entrevista que dieron les quedó demasiado espectacular, son la pareja del año —me recordó, hablando con dificultad—, ¡Por todos los cielos! Creo que este niño va a salir pateando un balón de fútbol americano mucho antes de aprender a caminar —se

quejó la pobre, que parecía recibir leves patadas de su bebé—. No sé cómo lograste aguantar el parto, yo pediré una epidural.

Me carcajeé ante las ocurrencias de la hermosa mujer latina y asentí de acuerdo con ella. Mi parto había sido sumamente fácil y tranquilo en comparación con mi alocada vida de novia falsa, a excepción de una cosa, Talulah Hasting había nacido un siete de octubre a las cinco de la tarde y en pleno partido de fútbol.

Algo de cierto tenía lo que decía la chica de la farándula en la televisión, yo no vivía precisamente como una chica de anuncio, vivía algo mucho mejor.

Mi vida junto a la de Kill.

Mientras escuchaba a medias los parloteos de Almudena, recordé cada momento especial que había estado guardando a lo largo de los últimos tres años del pacto que ambos hicimos frente a las cámaras, frente a los hombres, frente a Dios y frente a nuestro propio vínculo como mejores amigos.

Puedo rememorar muy bien el día en que nuestra pequeña llegó a este mundo para llenarnos de más dicha y alegría…

Estaba todo arreglado para que la bebé naciera días después del partido más importante de la temporada, pero tuve ciertas molestias en la parte baja del vientre. Lo asocié a un malestar general por haber estado mucho tiempo parada en el instituto, haciendo algunos ajustes de horarios y demás; el hecho es que acompañé a Killiam a ese último juego y mientras gritaba emocionada y hacía barra con Erick al lado, sentí un dolor más fuerte y justo ahí, cuando el equipo de Hasting anotó un punto a su favor, mi fuente se rompió. Yo solo respiré muy profundo y le avisé al padrino de mi futuro esposo.

—Erick —musité con los ojos bien abiertos y seguí con un pequeño gimoteo a causa de una contracción—. Acabo de romper fuente.

El señor, ya adentrado en edad, lo tomó de una manera demasiado calmada, como si oyera eso todos los días y tomó mi mano para brindarme apoyo.

—En ese caso, vamos a salir con cuidado de este lugar para llevarte a la clínica, muchacha.

El juego en sí ya estaba por terminar, así que estaba segura de que alguien le avisaría a mi prometido sobre el acontecimiento más grande del día.

El trayecto hacia la salida del estadio fue relajado, la cosa empezó cuando me subí al auto donde nos esperaba Tristán de forma diligente y un poco preocupado, porque yo empecé a respirar con dificultad debido a las contracciones que ascendían en volumen de intensidad.

—¡Tienes que respirar bien para que el dolor no continúe! —exclamó Erick, alertándome para que supiera que no era tan fácil.

—Llama a Killiam, no quiero estar sola en el parto —logré decir a duras penas mientras sujetaba mi vientre abultado.

En el camino hacia la clínica, olvidé un poco el dolor y me concentré en la idea de que pronto conocería a uno de los amores de mi vida. Mi corazón estaba ansioso por ver sus ojitos y por sentir esa felicidad inmensa de ser su mami, y en efecto, así fue.

No hubo mayor complicación en el parto y Killiam llegó justo en el preciso momento en el

que nuestra pequeña llegaba al mundo, cubierta de fluidos y rosada por todos lados. Sentí que al darle vida a esta pequeña criatura que lloraba bajito la vida me recompensaba grandemente.

—¡Vaya manera de culminar un partido, nena! —murmuró mi jugador estrella, depositando besos por toda mi cara y acercándose a su hija.

—Creo que ella quería ser la que anotara primero en el marcador —dije igual de bajito, concentrando nuestra atención en alguien muy importante—. Bienvenida, Talulah.

Tan solo con decir su nombre, mi hermosa hija se arrimó más a mi calor, había reconocido mi voz, o eso esperaba.

—Nosotros somos tus padres, hermosa muñequita —agregó Kill, que babeaba al ver a su pequeña jugadora de fútbol gorgotear en mis brazos—, las amo con todo mi corazón, nena, no hay nada mejor que ustedes dos —aseguró, y con el mismo ímpetu, me besó en la boca con ternura y devoción.

Sin duda alguna fue una escena perfecta y digna de recordar.

Ya con mi mente en el presente comprendí que mi vida era una bendición interminable de cosas maravillosas. Pensé en Killiam y en el amor que sentía por él, en la admiración y respeto que ambos habíamos desarrollado en nuestra relación y en todas las cosas que aún nos faltaba por vivir.

Si bien dicen por ahí, que las personas son pasajeras y que los momentos que suman también lo son, considero que lo que siento por el amor de mi vida no lo es. El latido de mi corazón no disminuye al verlo, el pensarlo cuando estoy muy feliz, tampoco, abrazarlo y compartir todo tipo de temas y proyectos, mucho menos. Eso lo pude comprobar el día en que decidimos celebrar nuestra boda, exactamente dos años atrás cuando ya Talulah empezaba a dar sus primeros pasos…

Todo estaba preparado, iba a ser en el único lugar donde las cosas bonitas nos unieron: nuestra casa de la pradera.

Almudena, mi fiel amiga y súper estrella decoradora, había hecho de nuestra casa un universo de tulipanes blancos y decoraciones en azul platino, con un cartel al inicio de la entrada en donde decía a forma de chiste:

“SE BUSCA A RECIÉN CASADOS”

RECOMPENSA: CELEBRAR LA UNIÓN DE TEIRA Y KILLIAM.

Ese día estábamos de nuevo en diferentes habitaciones. Yo embutida en un vestido blanco de ensueño y muy diferente al primero que usé en nuestra boda falsa, éste era de mangas largas que estaban ceñidas a mi piel debido al encaje delicado y continuaba en una falda igual de ceñida a mis pocas curvas, generando un efecto aún más blanquecino en mi piel, hasta acabar en una cola que paseaba por el suelo a medida que daba pequeños pasos de acá para allá. Claro está, que en todo esto no podían faltar mis hermosas ondas castañas, regadas hasta la mitad de mi espalda descubierta. Me gustaba mi apariencia y lo emocionada que me sentía por verlo a los ojos y transmitirle mi deseo de pasar una vida entera juntos.

Habíamos quedado en que la ceremonia sería algo entre la familia y amigos más cercanos, a pesar de que la prensa estaría por ahí oculta para captar cualquier mínimo detalle de la boda, por lo cual, la disposición de las sillas y demás era como algo alrededor de nuestra unión y no

al estilo normal de audiencia.

—¿Mis chicas están listas? —preguntó mi padre aquel memorable día, ingresando a la habitación donde solo las mujeres estábamos.

Mis damas de honor: Almudena, Lucía y mi hermana Tammy, que ya era toda una joven de diecinueve años. Estaban ahí, conversando de forma amena mientras consentían a Talulah, que reía al ver todo lo que preparaban para sus padres. Mi mamá, más allá, terminaba de ultimar detalles de mi atuendo y maquillaje.

—Ya estoy lista, papi —dije, ofreciéndole una sonrisa de oreja a oreja.

Parecían siglos desde que ambos habíamos estado en esta misma situación. Yo, sumamente nerviosa por ser descubierta y él, temeroso de entregar a su hija mayor a la vida de casada. Ahora, los dos estábamos llenos de seguridad, mi progenitor sabía de qué estaba hecho mi corazón y lo mucho que ansiaba unir mi vida a la de Killiam.

—Te ves preciosa, pequeña mía —indicó, dándole un apretón en las manos para no echar a perder el trabajo del peinado y demás—. Hasting es afortunado por tenerte y tú eres afortunada por tenerlo a él.

—Gracias, papito lindo. Ahora sí, ¡vamos! —Lo insté a caminar fuera de la habitación—. No hagamos esperar al novio.

Salimos en campaña, entre risas, fotos y demás.

Al bajar las escaleras hasta la parte trasera de nuestra casa, todo cobró vida. No iba a ser entregada hasta el altar, más bien, me encontraría con Kill a mitad de camino y los dos iríamos de la mano con nuestra hija hasta llegar al oficiante de la boda.

Una vez llegué al centro de la casa, lo vi de espaldas y el revoloteo de electricidad que siempre me causaba cuando estaba cerca de él empezó a brotarme por los poros. Se giró al sentir la presencia de todos nuestros seres queridos y se distrajo un poco al escuchar a nuestra pequeña llamarlo por el único nombre que lo derretía…

—¡Papi! —exclamó Talulah, corriendo a los brazos de su padre y siendo recibida de inmediato. Esa imagen siempre me causaba dicha y felicidad, verlos juntos, siendo padre e hija, cómplices en todo el sentido de la palabra.

—Que hermosa te ves, mi nenita —dijo Kill mientras la llenaba de besos. Todos suspiraron de ternura y luego fueron testigos de cómo Hasting se acercaba hasta mí para depositar un beso en mi frente—, mami también está demasiado hermosa, más de lo que ya es —murmuró, logrando con eso que mis mejillas se sonrojaron ante sus palabras.

Él estaba demasiado guapo en ese smoking negro, con su cabello peinado hacia atrás y de adorno llevaba el relicario que le obsequié años antes, el que contenía la foto de cuando éramos unos pequeños.

—¿Está listo, señor Hasting?

—Estoy listo, mi amor. ¿Tú lo estás, nena?

Asentí con una sonrisa de emoción y amor total y agarrados de la mano de Talulah caminamos hacia el altar.

Nuestros padres en el centro, esperando para bendecirnos y los invitados alrededor, gozando

de la unión de los dos. Caminaba con seguridad, sin presión y sin pensamientos fuera de lugar. Como una vez dije: «Solo Dios sabe cuánto es mi amor por este hombre y más que amor, lo mucho que disfruto que siga siendo mi mejor amigo».

¿Qué más podía pedir?

—Llamando a Tierra a la señora Hasting… —Almudena me sacó de mis pensamientos, me había estado hablando, pero yo me había perdido en mis propios recuerdos felices—. ¿En qué piensas, querida? Te fuiste por un rato.

—¡Disculpa, amiga! Estaba recordando un par de cosas, pero ya está. —Aplaudí, enfrascándome de nuevo en los asuntos del instituto.

Todo había cambiado para mejor y cada año se recibían nuevas promesas con potencial suficiente como para abrir nuevas sucursales en otros estados. Por ejemplo, la sede que estaba por abrirse en Chicago dentro de unos cuatro meses.

—Ya me imagino en qué estabas pensando. —Se carcajeó Almudena, sosteniendo su súper panza de embarazo—, espero que falte poco para terminar, porque en cualquier momento llega Dairo y solo quiero un masaje en los pies, y comer —agregó suspirando con cansancio.

—Si quieres, yo termino acá, de todas maneras, me iré dentro de una hora porque mis padres nos visitarán por unos días.

—¿Cuidarán a mi linda sobrina para que ustedes puedan ir a Chicago?

—De hecho, creo que el destino es otro, pero Killiam no me quiere decir. —Recordé a mi esposo, quien una semana atrás me indicó que iríamos juntos a un viaje del cual desconocía el destino.

—¡Eso sí que suena ardiente, querida! Lo único ardiente en mi vida ahora es la almohada térmica que uso por las noches —comentó triste y en seguida nos largamos a reír por su chiste.

Con esa última conversación, mi socia se retiró al ver que su hombre la venía a buscar. Dairo y Almudena eran una constante maravillosa en nuestras vidas, el cariño que le tengo a los dos es inmenso y siempre les agradeceré por todo lo que han hecho por nosotros.

Al despedirnos en la entrada de la oficina me di cuenta de que solo me quedaban unos veinte minutos para retirarme de las instalaciones, así que apresuré el paso y dejé todo en orden, pues estaría ausente unos cuantos días. Claro está, que Almudena no estaría sola, tendría la ayuda de Rosy, nuestra fiel bailarina asistente, por lo que agilicé todas las tareas pendientes con los chicos para el chequeo de los próximos prospectos a ingresar.

En quince minutos estuve más que lista y justo ahí recibí un mensaje de mi amado jugador estrella. Él y mi hija eran mi lugar seguro, mi hogar permanente e irrepetible.

«De verdad, ¿qué más puedo pedir?»

KILLIAM

De: Mi nena 🏵

Ya estoy en camino, Hasting.

Nos vemos en media hora.

Sonreí divertido ante la respuesta de mi esposa. A pesar del tiempo y de que ahora éramos marido y mujer, ella insistía en mantener ciertas cosas de nuestra amistad en nuestra relación de pareja, y eso, jodidamente lo amaba. Dejé el celular a un lado y con ese simple apodo con el que mi dulce nena siempre me nombraba, recordé nuestros votos y lo maravilloso que fue aquel instante de nuestra boda…

Estábamos situados en el centro como en un inicio se planificó, nuestros invitados rodeándonos, como en una especie de círculo para perderse detalle de nada. Teira estaba frente a mí y nuestros padres nos entregaban en ese momento.

—Siempre cuiden el uno del otro —pidió la madre de mi preciosa novia.

—Siempre escuchen lo que dice el otro antes de tomar cualquier decisión —secundó el padre de Teira, a quien yo le tenía un respeto enorme.

Luego habló mi papá, que me veía con una sonrisa de oreja a oreja. En los últimos años no habíamos estado muy unidos como padre e hijo y eso se debía a todo lo que sucedió con la muerte de mamá y por mis problemas en el deporte, también por otras cosas referentes a mi hermana Lucía, pero entonces, en ese preciso instante, no aguanté y me acerqué hasta él para darle un fuerte abrazo.

—¡Oh, campeón, con calma! —Se carcajeó y los invitados lo imitaron.

—Gracias por todo, papá. No te lo digo mucho, pero te amo… mamá estaría orgullosa de lo bien que nos criaste a mí y a mi hermana —le dije al oído y al separarnos vi agua en sus ojos, pero aún mantenía la sonrisa en los labios.

Él me palmeó el hombro y juntó mi mano con la de Teira.

—Recuerden uno de los requisitos más importantes —habló lleno de convicción y optimismo—. Cuando piensen que ya no hay amor, que ya no hay confianza, que no hay respeto y supuestamente nada queda, recuerden por qué hicieron todo esto en primer lugar y así tendrán presente que el amor no es fácil, pero sí maravilloso.

Observé nuestras manos juntas y atesoré cada una de las palabras que nuestros padres tenían para darnos. Alcé la vista hacia ella y lo que vi me hizo sentir electricidad pura.

—Bienvenidos sean todos a esta gran unión, a la boda de Teira Templeton y Killiam Hasting —inició el sacerdote. Ya estábamos casados por civil, pero ese era el plus que nos hacía falta—, tal cual, como os dijo tu padre, hijo mío… —Apuntó hacia mí, reteniendo la frase que mi progenitor había usado para entregarnos en el altar—. El amor no es fácil, pero es cierto que es maravilloso, así que aquí os compartiré un pasaje: «El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor jamás se extingue». El amor jamás se extingue, hijos míos, así que os invito a guardar este instante y

todos aquellos que vengan de ahora en adelante y los preserven en su corazón, compartiendo siempre la dicha de pertenecer el uno al otro.

Lo que decía el padre era demasiado fuerte, pero al mismo tiempo simbolizaba todo el amor que le tenía a la mujer que estaba a mi lado.

—Ahora, los votos —precisó el padre, señalando que era nuestro minuto para expresar aquello que por mucho tiempo callamos.

Con ambas manos entrelazadas la miré a los ojos y me sentí en casa, me sentí como en ese momento en que la conocí en el pueblo, siendo solo unos pequeños que jugaban sin parar y que, sin pensarlo, se convirtieron en los mejores amigos que existen en el planeta Tierra.

—Estas palabras especiales que te diré no serán las únicas en nuestra vida, pero serán una de las tantas que te ofreceré en cada momento de nuestro matrimonio —dije en primer lugar—, creo que en muchas oportunidades he hablado, pero no me he expresado correctamente —continúe, inflando mi pecho con valor y coraje para que mi dulce nena comprendiera lo que cruzaba por mi cabeza. Podía ver reflejado en sus hermosos ojos claros toda su atención—, si bien te conozco de toda la vida, siento que con el pasar de los años hay algo nuevo que descubro de ti, eso es lo que más me ilusiona de pasar mi vida junto a la tuya y junto a la de nuestra pequeña Talulah —expresé y me quedé un segundo en silencio para agregar lo siguiente—: al inicio de todo esto, lo único que me preocupaba era lo que dirían y ahora lo único que me preocupa es, ¿qué dirá ella de mí? ¿Seré suficiente para ella? ¿Soy más que su mejor amigo?

—Mi amor… —murmuró con sus ojitos aguados debido a mis palabras.

—Entonces, aquí estamos. Todo lo que no te dije aquella vez en nuestra boda falsa te lo digo en esta boda real y original, como nosotros, frente a todos nuestros seres queridos. —Señalé a los invitados que no se creían todo lo que yo estaba diciendo.

—Así que… —me apresuró, haciéndonos reír a todos con su impaciencia por saber lo que mis votos contenían.

—Así que, Teira, esta es mi promesa: no importa qué tan complicado esté el partido porque ahí estaré contigo en el campo, siendo tu defensiva. Ahí estaré siempre sin importar lo que pase porque me tienes en tu equipo para el resto de nuestras vidas, incluso después de que nuestras vidas acaben ahí estaré, nena, así como siempre lo has estado para mí. —Con eso cerré mis votos, con la sensación de que había sido mi mejor discurso. No era el hombre más idóneo para hablar de amor, porque mis experiencias eran un poco turbulentas, pero sí podía hablar sobre el amor que sentía por la única mujer a la que de verdad le pertenecía mi corazón.

—Eso ha sido profundo, hijo mío —aseguró el sacerdote al ver que nadie opinaba nada, pero las risitas no tardaron en llegar y luego le dio la palabra a Teira, que no cabía en sí de la emoción—, es tu momento, hija mía —la animó.

—Bueno, sin duda me dejaste poco para decir, Hasting —bromeó, golpeando mi hombro amigablemente.

—¡Tú puedes, cariño! —gritó Almudena desde alguna parte de los asientos, apoyando a su amiga fielmente.

Le hice señas a Teira con la mirada y hasta le guiñé un ojo para que se sintiera tranquila.

—De acuerdo. A diferencia de ti, mi querido jugador estrella, nunca te he confesado lo

mucho que de verdad te amo —aseguró, soltándose poco a poco—. Y no me refiero a un audio o a las acciones que tuve que tomar para demostrarte mi amor, sino más bien, a decírtelo aquí y ahora, o a decirlo hace dos años atrás, ni mucho menos haberlo confesado desde el primer día en que de verdad sentí que más que mi amigo te consideraba ese punto constante en mis días, te consideré el amor de mi vida por mucho tiempo.

—¡Así se habla, chica! —gritó doña Elennys, la vecina de Chicago que era todo un personaje.

—En este día, más que considerarte el amor de mi vida te considero como el padre de nuestra pequeña, te considero como mi mejor amigo, mi confidente, el hombre que me vuelve loca cuando estamos juntos, mi inspiración a ser siempre mejor para mí y para ti, para los dos, te considero el hombre del cual no quiero huir más. —Asentí, apretando mi mano entre la suya, dándole sentido a los dulces votos de Teira—. Así que mi promesa para ti, mi amor, es la siguiente: me quedaré… me quedaré a pesar de los días grises, me quedaré para disfrutar de los días donde las luces sean brillantes, incluso me quedaré cuando ya estemos viejos y llenos de canas, pero me quedaré porque te amo, Killiam, hasta el día que nuestros corazones dejen de latir. Ahí me seguiré quedando, pensando en ese primer paso que dimos para convertirnos en lo que somos y en lo que seremos, así de simple.

—Bueno, hijos míos, estoy seguro de que no hay nada más que agregar después de esos votos, así que, por el poder que me confiere… yo los declaro marido y mujer.

—¡Compadre, ya puedes besar a la novia! —gritó Dairo, levantándose de su asiento—. ¡Un aplauso para los señores Hasting, mi gente! —exclamó, haciendo que todos rompieran el silencio con una celebración de felicidad.

Me acerqué a la novia para tomar acciones sobre lo dicho por mi amigo, no sin antes colocarnos las alianzas que sellaron nuestro compromiso ante Dios y los hombres.

Así de simple.

—¡Ya llegué! ¡Talulah! ¡Killiam! —Irrumpió mi amada esposa, entrando en la sala—, señor Hasting, lo hacía con mis padres alistando la cena —dijo mientras colocaba ambas manos en sus caderas de infarto, esta mujer seguía siendo una bomba sexy que amaba explorar por las noches en nuestra habitación.

—De hecho, tus padres llegan mañana por la mañana para que nosotros podamos partir a nuestro viaje —le expliqué, dándole detalles de lo que había conversado con mis suegros, que amablemente habían aceptado cuidar de nuestra hija. Caminé gustoso hasta donde se hallaba y sin aviso le robé un beso que venía deseando darle desde que la vi entrar a la casa—, hola, nena. —Suspiré después de separarme un poco de sus labios suaves.

—Hola, ¿qué tal tu día? —devolvió el saludo con otro pico sobre mi boca.

—Un entrenamiento un poco agotador, pero terminé a tiempo para buscar a nuestra mocosa en el jardín de niños. Ya está dormida, me dijo que estaba «exhausta» por jugar a las *Barbies* con su nueva compañera de clases.

—¡Por todos los cielos! ¿Dónde aprendió esa palabra? —Se carcajeó mi esposa, babeando por las ocurrencias de Talulah, era una niña demasiado lista para sus escasos tres años y medio de edad.

—Debe ser muy bueno el colegio porque esa pequeña sale todos los días con cada cosa —opiné, disfrutando de nuestra intimidad—. ¿Tú qué tal?

—La verdad, todo tranquilo, los nuevos ingresos son espectaculares, ya quiero que sea la apertura del instituto en Chicago —contaba, a medida que nos echábamos en el mueble—, por cierto, le di el día a Tristan para que pase el descanso con su familia —comentó de pasada, refiriéndose a nuestro chofer.

Uno de los requerimientos para nuestra privacidad y seguridad era que nuestro grupo de guardaespaldas fuera lo más discreto posible, para así no afectar el día a día de Talulah, que aún no conocía todo sobre el mundo de famosos en el cual sus padres se desenvolvían. Tristan había desplegado un personal destinado a la seguridad de nuestra hija mientras estaba en el colegio, uno para cuando yo estaba en mis entrenamientos y demás diligencias y otro destinado al instituto donde trabajaba Teira día y noche. Claro está, nuestra casa no pasaba desapercibida para algún camarógrafo entrometido, pero, aun así, estábamos resguardados por mucha gente y los protocolos de prevención contra cualquier intromisión inesperada eran seguros.

—Me parece genial, trabaja mucho —acepté, reconociendo que Tristan ya se había comunicado conmigo temprano para asegurar su día de descanso.

Ella se retiró los tacones que le hacían ver unas piernas alucinantes y yo me quedé a su costado, masajeando sus pies y escuchándola hablar de forma distendida sobre su emprendimiento, uno que había generado mucha productividad en cientos de estudiantes.

—¿Quieres pedir algo para comer? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta—, esta vez toca comida árabe. —Cada tanto escogíamos un menú diferente para pasar nuestro rato juntos.

—Sí, lo sé. —Señalé la mesa de centro en la cual Teira no había reparado—. Por eso pedí unos cuantos platillos cuando me dijiste que ya estabas en camino.

—¡Chico inteligente! —exclamó mientras reía gustosa—. Dime que pediste lo que me gusta.

—Salsa súper picante, lista para la señora Hasting —anuncié y le pasé el frasco de color rojo que tanto disfrutaba mi alocada nena—. Sigue pareciéndome una locura, cabe destacar.

—Yo no digo nada sobre tus combinaciones de papas fritas y helado, así que…

—Hay que comer en paz, mujer —concedí al ver que nunca dejaría de ser terca.

Ambos disfrutamos de la comida árabe y platicamos sobre una que otra cosa, hasta que llegamos al tema del viaje secreto que tenía preparado para ella.

—¿A dónde iremos? —insistió por décima vez en la semana.

—Lo más gracioso de todo esto es que piensas que te lo diré —me burlé de sus miles de intentos fallidos por descubrir la ruta a donde la llevaría.

Entrecerró sus ojos buscando algún indicio y sin previo aviso se lanzó sobre mí, cruzando sus piernas revestidas de medias pantis. Ahora estábamos frente a frente, como en los viejos tiempos. Sus labios a pocos centímetros de los míos. Mi respiración se incrementó, conociendo sus intenciones para sacarme información, pero yo gustoso emprendería ese camino de soborno si con eso obtenía todo su amor y deseo.

—Entonces, ¿me piensas decir? —preguntó de nuevo, regando más besos por mi cuello y pecho. Todo mi sistema nervioso se encendió al sentirla tan cerca, eso me seguía sucediendo

cada que vez que la hacía mía.

Sin embargo, la cosa no iba por ahí. Recordé algo importante, el porqué de ese viaje que le tenía preparado. Antes de separarla un poco la agarré por la cintura y la besé con todo lo que era, le demostré lo mucho que seguía encendiendo mi cuerpo con su cercanía y luego me separé para hablar.

—Estaba pensando en algo antes de que llegaras —le expliqué, desviando el tema por completo.

—Eres malvado para besarme de esa forma. —Me empujó juguetonamente, pero aun así me prestó atención.

—Estaba pensando en el día que nos casamos y en que por ciertos compromisos no logramos tener luna de miel. —Sus ojos brillaron y la comisura de sus labios se elevaron en una sonrisa emocionada—. Así que nuestro viaje tiene que ver con eso, nena. Solo serán cuatro días para que Talulah no nos extrañe, pero serán…

—Los mejores cuatro días —completó por mí, fundiéndose en un abrazo conmigo—, saber eso es suficiente para mí. —Se rindió y depositó un beso en mi mejilla, luego se alejó por completo, pero yo no la dejé ir tan fácil y alcancé su mano izquierda, esa donde su anillo de bodas y su anillo de compromiso se juntaban.

—¿A dónde cree que va, señora Hasting? No he terminado con usted —la acusé, acercándola de nuevo hasta dejarla acostada bajo mi cuerpo.

—¿Ya quieres empezar con nuestra luna de miel? —cuestionó, cruzando sus brazos por encima de mi cuello, juntando nuestros pechos. El latido de su corazón era muy fuerte.

—Creo que quiero continuarla para siempre —le confesé, cerrando así un trato de entrega total y absoluta de nuestras almas.

De repente, todo tipo de electricidad recorrió desde la punta de mis pies hasta la coronilla de mi cabeza. Teira me hacía sentir como si estuviese en medio de millones de luces neón, que sin previo aviso se encendían de manera veloz hasta hacerme explotar en millones de chispas… Un momento genuino, ciertamente.

Genuino como haber encontrado en mi novia falsa a mi mejor amiga y a la mujer de mi vida.

Así de genuino.

Agradecimientos

Primero, me agradezco a mí misma por nunca desistir de esta idea descabellada de publicar mi primer libro en papel.

A mis padres, que a pesar de la distancia siempre están presentes en el brillo y la sonrisa de su hija. Gracias, familia, por ser los primeros en felicitarme por cada logro.

Un especial agradecimiento a Yeison Troconis, mi mejor amigo y fan número uno. Gracias por acompañarme en todo el proceso y ser el primero en leer mis historias.

A Carolina Vivas, Marian Sanoja y Tinta Venezolana, por creer en mí desde el primer día y darme la oportunidad de crecer profesionalmente. Son geniales y tienen un lugar especial en mi corazón.

A mi Ana Banana y mi dulce Doumary, que son las animadoras más fieles de *Se busca novia falsa*. No saben lo mucho que las quiero y cuánto me reí con sus comentarios sobre la historia.

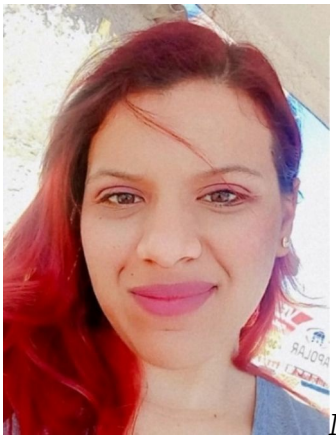
A Jhoan, mi querido amigo, gracias por apoyarme con las herramientas para culminar la historia de Teira y Killiam. Agradezco tu paciencia y que toleraras mis alaridos cuando cantaba en inglés mientras tecleaba como loca. Te quiero.

Por último y no menos importante, a ti, lector, que te tomaste el tiempo de llegar hasta aquí y disfrutaste de una historia de romance muy graciosa.

Gracias a aquellos mejores amigos que de alguna forma terminan completamente enamorados.

Gracias.

Sobre la autora

***María Fernanda Núñez Colmenares***, nacida el 5 de abril de 1.998 en Venezuela, es una talentosa escritora que ha cautivado a sus lectores desde una temprana edad. A los 14 años descubrió su amor por la escritura y desde entonces ha cultivado su talento con pasión y dedicación.

Con más de tres novelas publicadas en la plataforma Wattpad, María Fernanda ha demostrado su habilidad para crear historias emocionantes que atrapan al lector desde la primera página. Su estilo único y su creatividad desbordante la han convertido en una autora amateur en el mundo de la literatura juvenil.

Además de su talento como escritora es conocida por su personalidad divertida, encantadora, audaz y apasionada por las letras. Su carisma y su energía contagiosa han conquistado a aquellos que tienen el privilegio de conocerla, tanto en persona como a través de sus escritos.

María Fernanda es un ejemplo de determinación y talento y su pasión por la escritura la han llevado a explorar nuevos horizontes para inspirar a otros a seguir sus sueños. Con un futuro prometedor por delante, sin duda alguna continuará dejando una huella imborrable en el mundo de la literatura.

Ésta entusiasta escritora, bautizada bajo el seudónimo de Mafer Colmenares, no solo ansía abrirse camino entre los reconocimientos de la literatura, sino en los corazones de quienes la leen.

REDES SOCIALES

Instagram: @colmenaresmafer05

Facebook: Mafer Colmenares

Wattpad: @MarieColmenares_05

[1] Casamiento hecho sin juicio ni consideración, o de poco lujo.

[2] Dinero en billetes

[3] Algo que está listo en un breve espacio de tiempo.

[4] Comportamiento en el cual uno o ambos miembros de la relación deciden ignorar, evitar o rechazar emocionalmente al otro.

[5] Consiste en armar una ronda, poner una botella vacía y acostada en el medio y hacerla girar. Cuando pare de girar, la boca de la botella estará apuntando a una persona y la base de la botella a otra, esas personas deben besarse.